

*El último  
hombre lobo*

se

GLEN  
DUNCA

Lectulandia

Jacob Marlowe es el último de su especie y ya no puede más. Durante los pasados 150 años, gracias a la eficiencia de la organización mundial de Control de los Fenómenos Ocultos, el hombre lobo ha pasado de campar a sus anchas sin ningún tipo de problema a encontrarse en vías de extinción. Sin embargo, Eric Grainer, el mandamás de la organización, no se quedará tranquilo hasta que acabe con Jacob Marlowe, responsable de la muerte de su padre. Pero no será fácil porque hay muchos intereses en juego. Los vampiros quieren mantener a Marlowe con vida a toda costa porque en su sangre se esconde un deseo arrastrado durante siglos. Hasta el propio Marlowe, cuando ya se había convencido de que morir era la única salida, descubre una razón para sobrevivir.

**Lectulandia**

Glen Duncan

# **El último hombre lobo**

ePub r1.0

Titivillus 06.05.18

Título original: *The Last Werewolf*  
Glen Duncan, 2012  
Traducción: Luis Murillo Fort  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Pete y Eva

**PRIMERA LUNA**

**QUE PASE LO QUE TENGA QUE  
PASAR**

# 1

—Ya es oficial —dijo Harley—. Al berlinés lo mataron hace dos noches. Tú eres el último. —Luego, tras una pausa—: Lo siento.

Esto fue ayer por la tarde a última hora. Estábamos en la biblioteca del piso de arriba de su casa en Earl's Court, él de pie en una pose tensa entre el hogar de piedra y el sofá rojo oscuro, yo en el banco de la ventana con un vasito de Macallan de cuarenta y cinco años y un Camel con filtro, contemplando la copiosa nevada que caía sobre un Londres oscuro. La habitación olía a mandarinas, a cuero y a leña de pino. Habían pasado cuarenta y ocho horas y yo todavía estaba aletargado por la Maldición. Muñecas y hombros son lo último que el lobo abandona. Pese a lo que acababa de oír, pensé: Madeline me hará un masaje después, con aceite de jazmín caliente y esas manos color magnolia de largas uñas que nunca me han gustado ni me gustarán.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Harley.

Di un sorbo, tragué, eché un vistazo a la etiqueta de la botella (blancas piernas del clan Macallan chapoteando en turbera escocesa) mientras el whisky prendía en mi pecho. *Ya es oficial. Eres el último. Lo siento.* Yo sabía lo que Harley iba a decirme. Y ahora, ¿qué? Un ligero vértigo ontológico. El astronauta de Kubrick con el cordón umbilical cortado girando y girando en solitario hacia el infinito... En un momento determinado la imaginación se negaba a aceptarlo. La frase era: «Da miedo solo de pensarlo». Así era, evidentemente.

—¿Marlowe?

—Esta sala ya no significa nada para ti —dije—. Pero hay bibliófilos en todo el mundo que derramarían lágrimas de gozo solo de verla.

No era una exageración. La colección de Harley está valorada en seis millones, son libros que él ya no consulta porque ha entrado en la fase de renunciar a la lectura. Si vive diez años más entrará en la fase siguiente, que es volver a leer. Al principio, renunciar a la lectura parece el ápice de la madurez. Una falsa cima, como otros ápices semejantes. Es algo humano. Lo he visto en innumerables ocasiones. Con doscientos años a cuestas, uno ve las cosas innumerables veces.

—No me puedo imaginar lo que esto supone para ti —dijo.

—Yo tampoco.

—Tenemos que diseñar un plan.

No respondí. Dejé, en cambio, que la alternativa a hacer planes poblara el silencio. Harley encendió un Gauloise y sirvió más whisky en los dos vasos con mano temblorosa, últimamente poblada de venas liláceas y manchas de la edad. A sus setenta años conserva una mata de pelo gris y más bien largo que ya empieza a ralea, y un tupido bigote color nicotina que parece encerado pero no lo está. En tiempos, sus novios le llamaban Buffalo Bill. Ahora sus novios solo conocen a un Buffalo Bill, el asesino en serie de *El silencio de los corderos*. Cuando pasa por un período de

debilidad psíquica usa un bastón con puño de hueso, aunque su médico le ha dicho que así se está haciendo polvo la columna.

—Al berlinés, ¿lo mató Grainer? —pregunté.

—Grainer no. Su pupilo californiano, Ellis.

—Grainer se reserva para lo mejor. Vendrá a por mí él solo.

Sentado en el diván, Harley bajó la vista. Sé lo que le da miedo: si yo muero antes, dejará de haber esa balsámica surrealidad entre él y su conciencia. Jake Marlowe es un monstruo, y punto. Mata y devora personas, y punto. Eso convierte a Harley en un accesorio después de los hechos, y punto. Punto y no se hable más. Conmigo vivo, andando por ahí y charlando y bailando el claqué lunar una vez al mes, él puede vivirlo como si fuera un sueño decadente. «A propósito, ¿os he contado que mi mejor amigo es un hombre lobo?» Muerto, sin embargo, provocaré un brutal despertar. «Yo ayudé a Marlowe a salir impune.» Probablemente se suicidará o se volverá loco de una vez por todas. De todas formas, tiene un incisivo superior izquierdo de oro macizo, anacronismo dental indicativo de una cierta demencia.

—La próxima luna llena —dijo—. El resto de la Cacería tiene órdenes de abandonar. Esta fiesta es solo para Grainer. Ya sabes cómo funciona la cosa.

Desde luego. Eric Grainer es el mandamás de la Cacería. Toda la élite del COMFO (Control Mundial de los Fenómenos Ocultos) está forradísima por cuenta de su pericia en la materia. Que, en el caso de Grainer, consiste en seguir el rastro y liquidar a los de mi clase. *Los de mi clase*. De los cuales, gracias a los buenos oficios de los asesinos del COMFO y a que hace un siglo que no hay nuevos aulladores en el barrio, resulta que soy el último. Pensé en el berlinés —cuyo nombre de pila (muerto Dios, la ironía estaba vivita y coleando) era Wolfgang<sup>[1]</sup>—, me imaginé sus últimos momentos: tendido sobre la escarcha, el hocico y el pelaje sudorosos a la luz de la luna, la fracción de segundo en que sus ojos fusionaron incredulidad, miedo, terror, tristeza y alivio... y por último la luz blanca de plata final.

—¿Qué piensas hacer? —repitió Harley.

*Todo wolf y nada gang*. El humor se va haciendo más negro. Miré por la ventana. La nieve caía implacable cual plaga bíblica. En Earl's Court Road los peatones daban trapiés y patinazos, una angelical frescura danzarina que por un momento les hacía sentirse niños otra vez hasta que, como un tallo que se parte, la realidad les decía que ya no eran niños. Hacía dos noches yo había devorado a un tipo de cuarenta y tres años especialista en fondos de inversión. He pasado por una fase de cargarme a los que nadie quiere. Mi fase final, según parece.

—Nada —respondí.

—Tendrás que irte de Londres.

—¿Y para qué?

—No vamos a hablar de esto.

—Es el momento.

—No.



—Harley...

—Tienes el deber de vivir, como el resto de nosotros.

—No me incluyas.

—Dejemos eso. Tú sigue viviendo. Y ahora no me vengas con chorradas poéticas sobre lo cansado que estás. Eso es una falacia. Un mal guión.

—De mal guión, nada —dije—. Estoy cansado.

—Sí, ya: que llevas mucho tiempo aquí, que la historia te tiene agotado, demasiadas cosas dentro, repleto pero vacío... Pues, mira, no cuela. Además, tú no te rindes nunca. Te encanta la vida porque es lo único que tenemos. No existe Dios y ese es precisamente su único mandamiento. Dame tu palabra.

Yo estaba pensando (como la parte honrada de mí había empezado a hacer desde que Harley me había dado la noticia): Tendrás que contarle ahora. Decir lo que no se puede decir. Te preguntabas cuánto tiempo podrías postergarlo. Resulta que tienes ciento sesenta y siete años. Demasiado tiempo para tener esperando a una chica.

—Dame tu palabra, Jake.

—Mi palabra ¿de qué?

—Tu palabra de que no vas a quedarte aquí quieto como un vegetal hasta que Grainer te localice y te mate.

Había asociado este momento a una sensación de alivio puro y sano. Pues bien, el momento había llegado y había alivio, sí, pero no era puro ni sano. La sórdida llamita del egoísmo titilaba en son de protesta. Y eso que mi ego ya no es lo que fue. Últimamente diría que merece como mucho una sonrisa tristonca, lo mismo que el cosquilleo de lujuria residual en los testículos de un viejo.

—Le pegaron un tiro, ¿no? —pregunté—. A herr Wolfgang, digo.

Harley dio una honda calada al Gauloise y mientras expulsaba el humo por la nariz aplastó el cigarrillo en un cenicero de obsidiana con pedestal. Luego dijo:

—No le pegaron un tiro. Ellis le cortó la cabeza.

Todo cambio de paradigma responde a la inmoral ansia de novedad. Como la victoria de Obama en las presidenciales. Como las imágenes de Auschwitz en su momento. El bien y el mal son irrelevantes. Mostrádnos que el mundo no es como pensábamos y una parte de nosotros se regocija. Nada está exento. La propia sentencia de muerte suscita pequeños aleluyas demenciales, y la mía en concreto ha sido atrozmente aplazada. Durante diez, veinte, treinta años no he hecho más que cumplir con las formalidades. «¿Cuánto viven los hombres lobo?», me preguntó recientemente Madeline. Según el COMFO, unos cuatrocientos años. Cómo, no lo sé. Uno se plantea ciertos retos —sánscrito, Kant, cálculo avanzado, tai chi—, pero eso solo aborda el problema del Tiempo. El problema gordo, el del Ser, solo se va haciendo más y más gordo. (No me extraña que los vampiros mantengan un discontinuo romance con la catatonia.) He ido agotando uno por uno los distintos modos: hedonismo, ascetismo, espontaneidad, reflexión, todo el espectro desde un Sócrates insatisfecho hasta el cerdo feliz. Mi mecanismo está agotado. No tengo lo que hay que tener. Conservo sensaciones, pero estoy harto de ellas. (Estar harto de ellas es otra sensación que me harta.) Digamos... digamos que no quiero vivir más.

Harley cayó primero en la ansiedad, luego en la morbosidad y a continuación en la melancolía. Yo, en cambio, permanecí oníricamente liviano, en parte por una voluntaria cerrilidad, en parte por aceptación zen, y en parte por mera incapacidad de concentrarme. «No puedes hacer caso omiso —me decía él una y otra vez—. No puedes darte la vuelta y ya está, joder.» Durante un rato respondí mansamente con cosas del tipo «¿Y por qué no? Pues claro que puedo...» Pero Harley se puso tan frenético —el bastón con puño de hueso entró en juego otra vez— que temí por su corazón y cambié de táctica. «Deja que lo asimile —acabé diciendo—. Deja que lo piense. Mira, deja que eche un polvo, tal como tenía planeado, y como de hecho estoy pagando ya mientras seguimos hablando.» Era verdad (Madeline me esperaba en la otra punta de la ciudad en un hotel de lujo a trescientas sesenta libras por noche la habitación), pero no fue un agradable cambio de tema para Harley: le habían extirpado la próstata hacía tres meses, su libido estaba de morros, y los chaperos londinenses se habían quedado sin un generoso patrocinador. Sin embargo, me sirvió a mí para salir del atolladero. Ebrio y lloroso, me estrechó entre sus brazos, insistió en que tomara prestada una gorra suya y me hizo prometer que le llamaría antes de veinticuatro horas, después de lo cual, no dejó de repetir, todas esas patéticas mariconadas de Hamlet espurio tendrían que terminarse.

Seguía nevando cuando salí a la calle. El tráfico rodado estaba patéticamente estupefacto y la boca de metro de Earl's Court se hallaba cerrada. Necesité unos segundos para adaptarme a la furiosa inocencia del aire. Yo no había conocido al berlinés, pero ¿qué éramos sino parientes? Wolfgang había estado a punto de palmarla en la Selva Negra hacía dos años, había cruzado el charco y le habían

perdido la pista en Alaska. Si se hubiera quedado en la tundra quizá aún viviría. (Ese pensamiento, «la tundra», despertó al animal fantasma, hizo erizarse el pelo que no había; montañas como cristal negro y esquirlas de nieve y el espeluznante aullido en el aire oloroso a hielo...) Pero la patria tira mucho. Te hace volver para decirte que eres un desertor. A Wolfgang lo cazaron a unos treinta kilómetros de Berlín. *Ellis le cortó la cabeza*. La muerte de un ser querido lo vivifica todo de una manera brutal: nubes, esquinas, rostros, anuncios de televisión. Se soporta porque es una pena compartida con otros. La muerte de la especie no deja otros. Uno está solo entre los misteriosamente renovados casos aislados.

Con la lengua fuera para saborear los fríos copos que caían, tuve un primer presentimiento de lo que el mundo podía depararme en el tiempo que me quedaba de vida, la gran masa de detalles, esa implacable insistencia en la falta de argumento. Una vez más, fue insostenible pensarlo. Esta iba a ser la tortura: todas las cosas que eran insostenibles de pensar se confabularían para obligarme a soportar pensarlas.

Encendí un Camel y me centré un poco. Aspectos prácticos: caminar hasta Gloucester Road. Circle Line hasta Farringdon. Enérgica caminata de diez minutos hasta el Zetter, donde Madeline, que Dios bendiga sus mercenarios encantos, estaría esperando. Me calé la gorra hasta las orejas y eché a andar.

Harley había dicho: «Grainer quiere al monstruo, no al hombre. Tienes tiempo». Yo no puse en duda sus palabras. Quedaban veintisiete días hasta la próxima luna llena, y, gracias a las interferencias que Harley había puesto en funcionamiento, COMFO me creía aún en París. Cosa que me dio ánimos durante unos minutos pese a la creciente certeza («Esto es pura paranoia, todo te lo haces tú») de que alguien me estaba siguiendo.

Pero al torcer por Cromwell Road me quedé sin reservas de denegación y no pude interponer nada entre mí mismo y la cruda realidad: me seguían.

Eché mano del mantra («Esto es pura paranoia...»), pero ya no surtió efecto. Una cálida y perceptible insinuación —donde debería haber habido frío y nada más— acechaba a mi espalda: vigilancia. Nieve y edificios se hincharon molecularmente para transmitir una apremiante confirmación: «Te han encontrado. Esto va en serio».

La adrenalina no entiende de hastíos. La adrenalina, pase lo que pase, se desborda, en mi estado no solo las fibras humanas sino también los restos lupinos, esos posos del animal que no habían sucumbido del todo a la transformación. Energías lobunas fantasma y sus correlatos *homo sapiens* se agitaban y escupían en mi cuero cabelludo, hombros, muñecas, rodillas. La vejiga me cosquilleaba como cuando uno desciende demasiado rápido de lo alto de una noria. Lo más absurdo era ser incapaz —por estar de nieve casi hasta las pantorrillas— de acelerar el paso. Antes de salir, Harley había intentado obligarme a coger una automática Smith & Wesson, pero yo me había reído. «Pareces una abuelita.» Me lo imaginé mirando la CCTV y diciendo: «Conque la abuelita Harley, ¿eh? Que te vaya bien, Marlowe, tonto del culo».

Tiré el cigarrillo y hundí las manos en los bolsillos del abrigo. Era preciso avisar a Harley. Si la Cacería estaba siguiéndome los pasos, entonces sabían de dónde acababa de salir. La casa de Earl's Court no estaba a su nombre (disimulado en cambio como lo que, por otra parte, podía muy bien parecer: la de un experto en libros raros) y hasta el momento había sido un lugar seguro. Pero si el COMFO había descubierto el engaño, las probabilidades de que Harley —durante casi cincuenta años mi doble agente, mi hombre para todo, mi pariente, mi amigo— ya estuviera muerto eran muy altas.

«Si... Si...» Demasiados condicionales. Es de esto (aparte del asunto de la transformación mensual), la tremenda lata de Ser un Hombre Lobo, de lo que estoy harto: la inacabable logística. Los humanos palman hacia los ochenta años por un motivo: la fatiga de la prosa. Aparentemente es una insuficiencia de tal o cual órgano, un cáncer, un infarto, lo que sea, pero de hecho se trata solo de la incapacidad para seguir recorriendo la pista americana del trivial causa-efecto. Si se lo pedimos a Sheila, no podemos pedirselo a Ron. Si me como los arenques ahora, la quiche será para el té. Ochenta años es hasta donde uno puede aguantar de condicionales. La demencia no es más que la cordura de comprender que ya no puedes seguir con eso ni un día más.

Tenía la cara caliente y dolorida. El aislamiento acústico de la nieve, como en un estudio de grabación, resaltaba los pequeños sonidos: alguien abriendo una lata de cerveza, un eructo, el chasquido del cierre de un bolso... En la otra acera tres jóvenes ebrios se peleaban histéricos. Un taxista envuelto en una manta de cuadros escoceses vociferaba por un teléfono móvil junto a la puerta abierta de su vehículo. Delante del Flamingo dos seguratas ataviados con gorro de cosaco devoraban perritos calientes ante una cola de presuntos clientes muertos de frío. «Nada como la sangre y la carne de los jóvenes. Uno puede saborear la audacia de la esperanza.» Tras la Maldición, estos pensamientos siguen brotando como las inoportunas erecciones en la adolescencia. Crucé la calle, me puse al final de la cola, registré con budista distanciamiento la impactante succulencia de las tres chicas casi desnudas que tenía delante de mí y llamé a Harley por el móvil de seguridad. Contestó al tercer tono de llamada.

—Alguien me sigue —dije—. Tienes que marcharte de ahí. No es un sitio seguro.

La esperada demora. Harley había estado durmiendo la mona con el teléfono en la mano, modo vibratorio. Me lo imaginé levantándose con esfuerzo del sofá, el pelo tieso por la electricidad estática, buscando afanosamente un Gauloise.

—Harley, ¿me oyes? En esa casa corres peligro. Sal y escóndete.

—¿Estás seguro?

—Sí. No pierdas ni un minuto.

—Oye, pero si ellos no saben que estás aquí en Londres. De eso puedo dar fe. He visto las actualizaciones de Intel. Coño, si yo mismo escribí la mayoría. ¿Jake...?

Imposible, con la nieve que estaba cayendo, tener controlado a mi perseguidor. Si

me había visto cruzar, debía de haberse metido en un portal. Al otro lado de la calle había un tipo joven con pinta de modelo —cabello oscuro y barba de dos días a la moda, trinchera—, que aparentemente se había detenido para leer un sms, pero, si era él, entonces una de dos: o era imbécil o es que quería que yo le viera. Ningún otro candidato en las inmediaciones.

—¿Jake?

—Sí. Mira, Harley, no me toques los cojones. ¿Hay algún sitio adonde puedas ir?

Le oí expulsar el aire, vi derrumbarse su vieja osamenta bajo el traje de lino. De repente caía en la cuenta de lo que significaba quedarse sin tapadera. Setenta años no es edad como para empezar a correr. En el no silencio de la línea telefónica presentí que Harley lo estaba visualizando: habitaciones de hotel, sobornos, alias, el fin de la confianza. No era vida para un viejo.

—Bueno, supongo que puedo ir a Founders, suponiendo que nadie me pegue un tiro entre aquí y Child's Street.

Founders, o la Fundación, era el satíricamente superexclusivo club de Harley: mayordomos a lo Jeeves, señoritas de compañía despampanantes, antigüedades de incalculable valor, entretenimiento de última tecnología, quiromasajistas, una lectora de tarot y un chef con tres estrellas Michelin. Ser rico era un requisito, ser famoso estaba prohibido; la fama atraía la atención, y Founders era un lugar para pudientes dedicados discretamente al vicio. Según Harley, lo conocían menos de cien personas.

—¿Por qué no dejas que lo compruebe primero? —dijo—. Entraré en COMFO y...

—Dame tu palabra de que cogerás esa pistola y te marcharás.

Harley sabía que yo llevaba razón, pero no quería aceptarlo, menos aún en aquel momento, tan de improviso. Me lo imaginé mirando alrededor. Todo aquel montón de libros. Muchas cosas tocando a su fin sin previo aviso.

—Está bien —dijo finalmente—. ¡Joder!

—Llámame cuando llegues al club.

Se me ocurrió que yo podía hacer lo mismo pero en el Flamingo, puesto que lo tenía a mano. Ningún cazador se arriesgaría en un sitio con tanta gente. Desde fuera solo se veía una insulsa fachada de ladrillo oscuro y una puerta metálica que podría haber servido para una cámara acorazada. Encima de la misma, un diminuto flamenco de neón rosa que nadie salvo los enterados sabría ver. En la versión cinematográfica yo entraba en el club y me escabullía por la ventana de un retrete, o conocía a una chica e iniciaba un conflictivo romance que de alguna manera me salvaba a mí la vida a expensas de la de ella. En la vida real, entraba en el club, me tiraba allí cuatro horas observado por mi asesino sin saber quién podía ser y finalmente acababa en la calle otra vez.

Me aparté de la cola. Un cálido haz de conciencia me siguió. Bastó una mirada al chico mono de la trinchera para ver que guardaba el móvil y se disponía a seguir mis pasos, pero no pude convencerme de que fuera él. Notaba en el éter un rastro de

mayor refinamiento. Mi reloj marcaba las 12.16. El último tren desde Gloucester Road no pasaría más tarde de las 12.30. Podía alcanzarlo incluso sin apretar el paso. Si no, me metería en el Cavendish y renunciaría a Madeline. Claro que, como le había dado carta blanca con el servicio de habitaciones, la factura del Zetter me dejaría probablemente en números rojos.

Me diréis que todos estos cálculos no eran propios de alguien extenuado por la historia, demasiado lleno de contenido, repleto y vacío a la vez. Vale, de acuerdo. Pero una cosa es saber que dentro de veintisiete días te espera la muerte y otra muy distinta saber que puedes toparte con ella dentro de un segundo. Ser asesinado ahora, bajo forma humana, sería ordinario, precipitado y —por más que no exista eso que llaman justicia— injusto. Además, el que me seguía no podía ser Grainer. Como había dicho Harley, su señoría valoraba mucho el *wulf*, no el *wer*, y la idea de ser liquidado por alguien que no fuese el líder de la Cacería era repugnante. Por no hablar del único de mis deberes de diarista no cumplido: si acababan conmigo allí mismo, ¿quién contaría lo que no se puede contar? «Toda la enfermedad de tu vida escrita a excepción de esa última lesión cardíaca, su malignidad y su musa. Dios ya no existe, el Sentido tampoco, y sin embargo el fraude estético conserva el poder de avergonzar.»

Todo lo cual, dijo el cínico que hay en mí mientras me detenía bajo una farola para encender otro Camel, estaba muy bien, sí, solo que no era más que una sofisticada racionalización del súbito y desesperado deseo de no morir.

Fue entonces cuando una bala servida con silenciador impactó en el hormigón de la farola ocho centímetros por encima de mi cabeza.

### 3

Choque cognitivo múltiple. Por una parte, ocupado en catalogar los hechos perceptuales —detonación de petardo navideño, bocanada de polvo, breve rebote— a fin de confirmar que, efectivamente, me habían disparado; por otra, superadas semejantes trivialidades, estaba ya saltando —sí, como un muelle— para ponerme a cubierto en el portal de una antigua Bradford & Bingley.

En momentos así uno quiere reaccionar limpiamente y al estilo 007. Por querer que no quede. Sin embargo, una vez en el portal que apestaba a orines me puse a pensar (al mismo tiempo que «la madre que lo parió» y «Harley puede publicar los diarios y lo que sobrevivirá de nosotros es cero») en la vivificante brusquedad con que ciertas instituciones financieras —B & B entre ellas— habían sucumbido a la hora de la Verdad. Anuncios de bancos y sociedades de crédito hipotecario habían seguido apareciendo días y, a veces, semanas después de que los propios negocios en marcha hubieran desaparecido. A muchos les resultaba imposible creer, mirando a la señora de americana verde y bombín negro con aquella sonrisa que combinaba pericia sexual y financiera, que la empresa por ella representada hubiese dejado de existir. No es la primera vez que veo algo así, claro, la muerte de las certidumbres. Yo estaba en Europa cuando Nietzsche y Darwin, al alimón, se cargaron a Dios, y en Estados Unidos cuando Wall Street redujo el «sueño americano» a una maleta rota y unos zapatos gastados. La diferencia con la crisis económica actual es que la depre global ha coincidido con la mía propia. Lo diré otra vez: ya no puedo más, no aguanto (ni me cabe) más vida.

Una segunda bala servida con silenciador se incrustó con un golpe sordo en el ladrillo de B & B. ¿Munición de plata? No tenía nada que temer, si no lo era, pero tampoco tenía modo de averiguarlo aparte de recibir una bala en el pecho y esperar resultados. (La típica falta de lógica del universo: descontando unos días para hacer lo que tenía que hacer, yo no deseaba ni un momento más de vida; ¿qué son unos pocos días después de doscientos años? Pero así las gasta el universo: décadas de ecuanimidad y, de golpe, *negociación cero*.) Me tumbé boca abajo. El olor a meados que despedía el hormigón fue un placer de lo más cruel. Gateando centímetro a centímetro, asomé un poco la cabeza al portal.

El supermodelo de la trinchera estaba a unos veinte metros de espaldas a mí. Tenía la mano izquierda metida en el bolsillo. Me había disparado y ahora se ofrecía como blanco suicida de mi revancha, o los disparos habían venido de otra parte, en cuyo caso solo una idiotez clínica podía excusarlo de no haberse dado cuenta de eso. La escena era de carátula de disco de los ochenta: el atrincherado jovenzuelo a contraluz, la nieve, los coches vistos en contrapicado. Tuve tentaciones de llamarlo, pero ¿qué demonios podía yo comunicarle? Palabras de amor, tal vez, pues la inminencia de la muerte lo colma a uno de ternura hacia el que tiene más cerca.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo el tipo allí de pie. Los grandes momentos

tienden a dilatarse, permitiendo la expansión intelectual... en un abrir y cerrar de ojos, un portal no transitado de Londres se convierte en un urinario público; saltan las bajas funciones animales no bien las altas miran para otro lado; la civilización permanece en maniqueo empate con la bestia... Pero al final dio media vuelta y empezó a caminar hacia mí.

Me puse de pie pegado a la pared, sobrecargado interiormente de conjeturas. Aquella marioneta no me duraría ni tres segundos en combate cuerpo a cuerpo, pero por alguna razón imaginé que la cosa no iría por ahí. Entre el lugar donde me encontraba y el cruce con Collingham Road, treinta metros más allá, había cuatro coches aparcados o abandonados en la acera de mi lado, y en la esquina dos cabinas telefónicas de las antiguas. Ir hasta allí era correr mucho riesgo, pero desarmado y en el portal yo era un blanco seguro.

Mientras tanto mi pequeño lord de bonitos pómulos había cubierto la mitad de la distancia que nos separaba y se había detenido otra vez. Le vi fruncir momentáneamente el entrecejo, como si hubiera olvidado su objetivo. Entonces, justo cuando yo estaba abriendo la boca para decir «¿Qué cojones quieres?», sacó lánguidamente del bolsillo la mano izquierda empuñando una Magnum calibre 44 con silenciador, una herramienta tan voluminosa que costaba creer que aquel pelele tuviera fuerza suficiente para levantarla y apuntar. Él, no obstante, me sonrió —boca grande y sensual, dentadura brillante enmarcada por un rostro huesudo animado a su vez por ojos con un cerco de rímel—, y a continuación, con brazo sorprendentemente firme, alzó el arma despacio y apuntó hacia mí.

Mientras la conciencia parlotea, el cuerpo se amolda a las cosas. Sin darme cuenta, había doblado las rodillas para saltar (y ahí estaba el gran, inane fantasma de los cuartos traseros lobunos, una sensación de exquisita e inútil memoria), y tenía las manos abiertas, con los dedos extendidos, y la cabeza llena de habladurías «qué pena no ver los primeros azafranes de primavera y si hay otra vida no solo eso de que la boca se te llena de tierra entonces nada...».

La mano, su mano —alcanzada por una bala—, escupió sangre al tiempo que soltaba el arma. Con un salto y un grito simultáneos y en diminutivo, el tipo avanzó dos tambaleantes pasos agarrándose la muñeca y luego cayó de hinojos en la nieve. La cara, lejos de esa máscara trágica que cabía esperar de él, mostró una suerte de estupefacta desilusión, aunque, mientras yo miraba, la boca acabó abriéndose. Un péndulo de saliva (fenómeno del que se ha apropiado casi en exclusiva la pornografía moderna) descendió de su labio inferior, se estiró, se rompió, cayó. La bala le había atravesado la palma de la mano, es decir, solo sangraba por las venas superficiales. Si le había cortado el nervio mediano los daños podían ser perdurables, aunque con los cracks de la cirugía actual era un tanto dudoso. Se sentó sobre los talones y miró a su alrededor, como si se le hubiera volado el sombrero. Por el caso que le hacía, la Magnum podría haber sido una simple colilla.

El mensaje del francotirador: «Si desde aquí puedo darle a la mano de nuestro



amigo, a ti te puedo matar cuando me dé la gana». Fue como si hubiéramos estado conversando y él, o ella, hubiera dicho esto en voz queda.

—¿Quién eres? —le pregunté al joven de la trinchera.

No respondió, pero se puso tristemente de pie sosteniendo el brazo izquierdo pegado al cuerpo. El dolor estaba transformando su extremidad en algo grande, caliente e inapaciguable. Con mesurado esfuerzo, se inclinó para recoger la Magnum y volvió a metérsela en el bolsillo. Luego, sin decir palabra ni mirarme otra vez, dio media vuelta y se alejó caminando con dificultad.

Yo no dudaba de mi lectura, de mi valoración de riesgos, de la provisionalidad de mi situación, pero esos primeros pasos fuera del refugio del portal requerían fuerza de voluntad. Di tres y me detuve. Imaginé al francotirador observándome a través del visor y, puesto que el mutuo entendimiento siempre procura algún placer, por pequeño que sea, sonriendo. Mi espalda cobró vida sintiendo el frío y limpio espacio detrás de mí que habría de atravesar una bala de plata. El olor de la nieve fue una bendición, si bien estaba convencido de que el pestazo a orines rancios se me habría pegado a la ropa. Di cuatro pasos más, así hasta diez... No pasó nada.

El calorcillo de estar siendo observado no me abandonó en ningún momento, pero llegué sin novedad a Gloucester Road y subí al último convoy de la Circle Line camino de Farringdon.

Harley había llamado y dejado un mensaje mientras yo estaba en el metro. Había llegado sano y salvo a su club.

Es difícil no pensar en 1965, el año en que le salvé la vida a Harley, como un período de creciente anarquía sexual. Las manifestaciones contra la guerra de Vietnam juntaron a los jóvenes de ambos sexos y pusieron en evidencia el potencial erótico del activismo. Mailer rompía tabúes con *Un sueño americano*, Brigitte Bardot era portada de todas las revistas de Estados Unidos y en Inglaterra se supo que Myra Hindley y Ian Brady se ponían cachondos asesinando niños. Si no era el «Todo vale», sí al menos el «Aquí pasa de todo un poco».

Es difícil no pensar así, pero de este modo uno sucumbe a las compresiones de la cultura popular. Los hechos son ciertos; la interpretación, falsa. El 1965 que los humanos de ahora imaginan no se produjo de hecho hasta 1975, e incluso en semejante año de hastío lo que le sucedió a Harley aquella noche habría sucedido igual. Como seguía sucediendo diez, veinte, treinta años después. Y sigue sucediendo ahora.

Wayland's Smithy, la Herrería de Wayland, es una tumba megalítica de cinco mil años de antigüedad situada en el valle de Uffington, kilómetro y medio al este de la aldea de Ashbury y al sudoeste de White Horse Hill, en las tierras bajas de Berkshire. Queda oculta por un bosquecillo situado a cincuenta metros del Ridgeway, un camino de creta que sigue el trecho de las tierras bajas por el que el *homo sapiens* (sus nudillos cada vez más separados del suelo) ha venido caminando durante más de un cuarto de millón de años. Cuenta la leyenda que si dejas tu caballo al lado de la tumba y pones una moneda encima del dintel, cuando vuelvas te lo habrá herrado Wayland, el herrero de los antiguos dioses sajones. De día la gente viene de paseo desde White Horse Hill, saca fotos, fisgonea, habla en voz baja, no se queda mucho. Las piedras exudan un frío de congelador. De noche no hay ni un alma.

Ese fue el lugar adonde llevaron a Harley para torturarlo.

Yo no debería haber estado allí, sino a un kilómetro y medio, tras los barrotes de mi celda en el sótano de una alquería comprada al efecto. (¡Ah, las maquinaciones de aquellos tiempos anteriores a la microtecnología! En mi celda había una caja fuerte con la llave de la puerta metida dentro. La caja estaba sellada, pero tenía un agujero lo bastante grande como para introducir la mano. He dicho mano, cuidado. En cuanto me transformaba, solo tenía que esperar a transformarme de nuevo. Las soluciones sencillas son las mejores.) Yo debería, repito, haber estado encerrado, autopreso y autosedado, pero en el último momento cedí. Pasaba por esa fase de una víctima cada tantas lunas llenas (menos por ética que por miedo a la Cacería, que estaba reclutando gente a mansalva desde las revelaciones de posguerra sobre el ocultismo nazi), pero la abstinencia era durísima incluso con los barbitúricos, las benzodiazepinas, el cloroformo, el éter. Aquella noche me detuve un momento en lo alto de los escalones del sótano y pensé en lo que vendría a continuación. Bajas, te tomas las drogas, sufres hasta casi morirte, lo superas. Todavía estás vivo y aún no has matado a nadie.

Bueno, sí. Pero... Las paredes desnudas, los barrotes, el suelo de lajas, la impertinente caja de caudales y su alegre robustez. Incluso bajo tierra la incipiente luna llena cual Virgen María tendida en una cama diciendo: «¡Por favor, por favor, por favor, fóllame de una vez!».

Apretando los dientes y con un «Échale huevos» mental, di media vuelta y enfilé otra vez la escalera...

El impulso inicial, «descender» cual Ángel de la Muerte sobre la finca o pueblo más cercanos, no duró mucho. Fue un pequeño delirio fruto de todo un mes sin carne viva. Además, yo, para entonces, ya era perro viejo. Hacía tiempo que me había enrarecido y cedía a aplazamientos y devaneos. Permites que el hambre te domine un rato y es como poner en movimiento los rasgos lobunos. La musculatura se enciende, dejas que la conciencia se disuelva casi por entero en placer animal. Corres, y la noche pasa sobre ti con un tacto de fría seda. Crucé las vías de la línea Oxford-Didcot al norte de Abingdon, atravesé a nado el gélido Támesis, corrí hacia las Chiltern Hills hasta llegar casi a la carretera de Londres. La versión de «Mr. Tambourine Man» de los Byrds había sido desbancada del número uno aquella semana por aquel estúpido «Help!» de los Beatles. Ambas canciones me estaban martirizando a base de bien, como moscas imposibles de aplastar a zapatazos. Cosas del hambre: agarra cualquier detalle al azar y lo convierte en hechizo o tótem, en exasperante recurrencia. Al final maté y comí. A la entrada del pueblecito de Checkendon, un pobre zoquete con insomnio estaba fumando un cigarrillo liado absorto en la contemplación de su huertecito al claro de luna. Boqueó, apenas un instante, cuando lo dejé sin respiración, pero no emitió más ruido que ese. Había sobrevivido a la batalla del Somme, matado a un hombre en una reyerta en Ostende, descubierto la paz de cultivar alimentos en su propio huerto, el curioso milagro de comer tubérculos arrancados del suelo. El amor, en aquel entonces, era una dependienta flacucha de una tetería en Margate con el pelo moreno y rizado, que le había provocado una lawrenciana certeza vía adormecimiento de la sangre. Habían paseado juntos durante tres meses y la noche antes de que él se incorporara al regimiento habían hecho el amor, larga y soñadoramente, en una habitación que un amigo les había dejado libre, con una ventana abierta por donde se colaba el olor a mar. A continuación la guerra y la extraña cotidianidad de sus horrores. Miembros esparcidos aquí y allá como pedazos de un muñeco grande. Uno pierde cosas. Les oyes decir: «Ha cambiado, no es el de antes». Su libido seguía siendo una cosa de lo más astuta y juguetona: un fajo de mohosas revistas porno detrás de las latas de creosota en el cobertizo, una blasfema erección el otro día teniendo a uno de los nietos sobre el regazo, incluso el viejo culo gordo de Nell después de tantos años le servía de apañó. Dios podía irse a freír espárragos después de todo lo que había visto, la cabeza de Jones separada del cuerpo y rodando trinchera abajo, Sterne con una familia de gusanos alojada en el pie del que le faltaban los dedos...

Dejé sus restos entre las coles empapadas de sangre, me escabullí del pueblo y

regresé al bosque. El asco me llegó al cabo de una hora de haber comido, pero los años lo habían reducido a un fuerte, untuoso abrazo. De asco no se muere nadie. En cambio, de soledad...

Llegué a Wayland's Smithy una hora antes del alba y me detuve a observar. De hecho, no había tiempo para detenerse a observar. La alquería (llamémosle casa en el sentido de hogar) estaba a un kilómetro y medio de terreno abierto. Estoy hablando de un terreno elevado a merced de vientos valhallianos durante todo el año. Escaseaban los árboles. Los setos eran poco tupidos. Para llegar a casa sin ser visto hacía falta oscuridad o, como mínimo, crepúsculo. No obstante... Allí las piedras prehistóricas tenían capacidad de percepción. Allí el aire iba cargado de hedores humanos, un farfullar de energías primitivas. Había un Cortina aparcado cerca. Mi carne echaba humo. El último aliento de vida de mi víctima se hacía notar.

Junto a la entrada de la tumba —un elástico rectángulo de oscuridad más acentuada entre monolitos—, dos hombres estaban haciendo algo que yo no podía ver. Un tercero vigilaba allá donde los árboles lindaban con el camino.

—Terry, la linterna debería tenerla yo —dijo entre dientes el tercer hombre—. Aquí está más oscuro que mi ojete.

El equilibrio de poder era manifiesto. «Terry», que iba por la treintena y tal vez les llevaba diez años a los otros dos, era el jefe. Él llevaba la linterna. El haz basculó hasta iluminar al centinela —un rostro de ojos menudos y adolescente dulzura, pelo rubio, una mano protegiéndose del resplandor— y luego volvió con inquietante precisión a su blanco original.

—Mariconazo —dijo el cómplice más próximo a Terry—. Probablemente se lo está pasando bien.

—Hazlo salir otra vez —dijo Terry—. Vamos, chucho, ven acá.

—Eh, mariconazo, date prisa.

—Está... Échame una mano, Dez.

Entre Terry y Dez arrastraron a su víctima al exterior: un joven enjuto de pelo largo con las puntas remetidas hacia dentro, frente alta, muñecas y tobillos finos. Le habían atado las manos y amordazado. Aparentemente llevaba la camisa pegada a la espalda, pero aparte de esto y de un calcetín oscuro estaba en cueros. Yacía de costado, no inconsciente pero apaleado hasta el punto de que el esfuerzo de levantar las rodillas —acto reflejo para proteger sus órganos blandos— era ya demasiado para él.

—Vamos, vamos —dijo por lo bajo el centinela—. Dentro de nada será de día, joder.

—Primero lloriquea porque está oscuro —dijo Terry—, y ahora viene con que le molesta la luz.

—¡Cállate de una puta vez, Georgie! —dijo Dez.

Echó un trago de una botella de Haig, se la pasó a Terry, Terry empujó el codo, derramó unas gotas sobre la cabeza de la víctima y acto seguido le pateó la cara.

Como si con ello hubiera accionado un interruptor, inmediatamente Dez pateó al joven media docena de veces en el estómago y las costillas. Así era Dez: si Terry bebía una pinta, él bebía seis y aun así no conseguía ser Terry.

El que estaba postrado emitió un difuso sonido animal, ni súplica ni protesta, solo una nota de desespero que sonó como una sirena de niebla. Dez le lanzó un escupitajo. Como quien no quiere la cosa, se puso de pie encima de la cara del otro, se mantuvo allí un par de segundos en equilibrio y luego bajó. Del interior de la chaqueta, Terry se sacó una navaja de quince centímetros con filo dentado.

—Bueno —dijo, como el patriarca al término de un satisfactorio almuerzo dominical—, sabemos dónde le gusta, ¿verdad que sí?

Llamémoslo valoración estética. Uno reconoce que hay belleza en el sadismo consumado, pero aquel confuso pastel de crueldad era un insulto a la inteligencia. Dez y Georgie, al menos, reaccionaban a conceptos de tipo sentimental: la camaradería entre obreros; la reina; la familia; mamá; los chanchullos; esta isla con cetro. Los días de partido este par de ingleses debían de desgañitarse en las gradas, abiertos de brazos, llorosos. Por el contrario, Terry era intenso pero carecía del coraje y la perspectiva que le habrían sido útiles para conectar con el mundo de los otros. Su imaginación siempre dependería de él mismo. Tuve una estrafalaria visión de Terry sentado en el inodoro, absorto en sus planes, las facciones relajadas. Luego pasé a la acción.

Rápido. Irrisoriamente rápido para ellos. Georgie ya estaba muerto antes de que los otros dos se dieran cuenta siquiera. Le había arrancado la garganta (pura redundancia, puesto que ya le había roto el pescuezo) y aún tenía yo buena parte de sus húmedos conductos en mi mano izquierda cuando fui a por Terry y Dez. No había nada que decir. Para mí era como salir, aliviado, de una mala función teatral. Dez intentó huir. Terry se sentó, casi a cámara lenta, boquiabierto, después de lo cual hizo un intento de levantarse sobre unas piernas que no lo sostenían. Le propiné una dentellada a Dez en el diafragma mientras su vida se extinguía, tragué, tuve un flash de una esquina de calle adoquinada y el rostro húmedo y vulgar de una mujer rubia que fruncía el ceño... pero no seguí. Ya había comido hasta saciarme. Os lo digo yo, cuando uno ingiere una vida se queda más que satisfecho. Terry lo miraba todo como quien no es capaz de asimilar la fiesta sorpresa aun después de que todo el mundo ha aparecido de golpe gritando «¡Sorpresa!». Pero sí dijo una cosa, mientras me paraba a su lado arrastrando las humeantes salchichas del intestino de Dez. «Por favor —dijo—. Por favor.»

Harley, la víctima, se había apartado unos pasos reptando por el suelo y ahora estaba inmóvil. Me acuclillé a su lado. Vi que estaba en esa fase del miedo que parece serenidad. Con sumo cuidado le quité la mordaza y le puse un dedo, un horrible dedo híbrido, sobre los labios: *chsss...* Él asintió, o se estremeció de pura repulsión, el caso es que no emitió sonido alguno. Encontré sus pantalones y se los acerqué. Tenía la cara hecha un mapa sanguinolento. El ojo izquierdo era como un globo morado y

estaba cerrado por completo. Con el derecho intentaba mirarme. Desatarle las manos fue arduo y penoso, claro, con *mis* manos... Ponerse él el pantalón, con tres dedos rotos, le costó Dios y ayuda. No me atreví a echarle un cable. El pobre estaba al límite de sí mismo. Permanecí sobre mis cuartos traseros a unos pasos de él. Se me ocurrió entonces que no había pensado más que en librarlo de sus agresores. Si Harley hubiera echado a correr (o a andar o a arrastrarse), imagino que le habría dejado, aunque entonces me habría visto obligado a poner pies en polvorosa (la noche había sido ya lo bastante aciaga, habiendo matado como quien dice a la puerta de mi casa), pero no se movió. Finalmente se puso de pie con gran esfuerzo, dio tres o cuatro pasos y se derrumbó, inconsciente.

Por el cielo supe que amanecería en cuestión de una media hora. Teniendo en cuenta el panorama, no podía decirse que hubiera hecho un gran estropicio. Rápidamente metí los cuerpos y las vísceras en el Cortina. La manga de la camisa de Dez sirvió de mecha, introducida con una ramita en el depósito de gasolina. Por obra y gracia del azaroso universo, en el bolsillo de Terry apareció un Ronson de acero inoxidable. Levanté a Harley, me lo cargué al hombro, prendí fuego a la tela y salí pitando.

El resto, como suele decirse, es historia.

Llamé a Harley desde el vestíbulo del Zetter.

—No van a por mí —me dijo—. Acaba de telefonarme Farrell. No sabían que tú estabas en Londres. No te seguían a ti, sino al otro tío. Ni siquiera era el comando de aquí. Uno de los de Francia. Podría haberme quedado en casa tan tranquilo, espero que te darás cuenta.

El jovenzuelo, Paul Cloquet, estaba siendo vigilado por el COMFO de París desde hacía un mes.

—Un peso ligero, nada más —dijo Harley—. Lo habían pillado demasiadas veces en el sitio equivocado. Ah, y parece ser que se tiraba a Jacqueline Delon.

Además de ocultista compulsiva y majara integral, Jacqueline Delon es la heredera de Delon Media. La vi una vez en persona hace diez años, saliendo del hotel Burj Al Arab de Dubai. Ella tendría entonces treinta y tantos años y era una pelirroja delgada, maquillaje perfecto, un vestido verde ceñido, gafas de sol enormes y boca de labios finos que denotaba tedio interior bajo la apariencia externa de diversión. Me imaginé que su aliento olía tentadoramente a espresso y que era un poco estreñida; su psique, una compacta masa de gusanos freudianos. Delon padre, que había empezado como naviero, era un famoso libertino tipo Sade. Según decían, ella había heredado sus gustos además de su fortuna.

—Ni siquiera se suponía que el agente francés estaba aquí, en Inglaterra —continuó Harley—. Tenía que avisar para que nos ocupáramos nosotros desde Portsmouth. Pero así son los franceses; nos toman por unos maricas incompetentes.

—Habrás querido decir «por maricas y encima incompetentes».

—Muy gracioso. En fin, ni puta idea de cómo, pero resulta que Cloquet te estuvo vigilando en París y te siguió hasta aquí. Debió de pensar que cortando una buena cabellera ganaría muchos puntos. Yo me huelo que el COMFO rechazó su candidatura y que el monsieur es de armas tomar. El agente francés lo siguió a él hasta Londres y acabó, digamos que por delegación, siguiéndote a ti.

—Ya, pues es imposible —dije—. Si ese mequetrefe me hubiera estado siguiendo en París, yo lo habría notado. Es bastante chapucero.

—¿De veras?

—Lo que oyes.

Sonaron cubitos de hielo en un vaso. Harley tomó un sorbo, tragó. El vestíbulo del Zetter tenía una buena temperatura y una iluminación suave. Los murmullos y tintineos en el bar todavía abierto del hotel resultaban muy tranquilizadores. Atendían la recepción dos jovencitas de impecable blusa. Al entrar me habían sonreído como si mi aparición fuese una saludable sorpresa erótica. La gracia de la civilización está en poder pedir una habitación en un hotel de muchas estrellas.

—Mira, Jacob, de alguna manera te estuvo siguiendo, tenlo por seguro. Acabo de hablar por teléfono con Farrell, del cuartel general. El agente francés te identificó y

(con retraso) nos llamó a nosotros. Créeme, COMFO sabe que estás aquí, pero desde hace solo diez minutos.

No me quedé convencido, pero Harley parecía exhausto y no quise insistir más. Es cierto que en París yo había tenido la cabeza muy ocupada. Una de mis empresas estaba metida en una absorción de gran envergadura y me había visto obligado a mantener un excesivo contacto con mis apoderados. Cabía la posibilidad, me dije a mí mismo, de que, con la cabeza llena de irritantes asuntos prácticos, hubiera podido pasar por alto que alguien me seguía, incluso tratándose del imbécil de la Magnum. Cuyas balas, según me confirmó también Harley, eran de pura plata mexicana. Fuera quien fuese el tal Cloquet, conocía la naturaleza de su presa.

—Ni que decir tiene que no deberíamos vernos durante una temporadita —dijo Harley.

—¿Temporadita? Dentro de veintisiete días estaré muerto.

Silencio al otro extremo. En el mío, remordimiento.

—¿Es que ya no te fías de mí, Jake?

—Perdona. Olvídalo.

—No te culpo. Una mariconna patética con la tensión alta y el culo escocido. No sé cómo no te hemos buscado alguien más joven. Alguien que te...

—Por favor, Harls, olvídalo.

Silencio otra vez. Podía ser que Harley estuviera llorando. Lo cierto era que, efectivamente, deberíamos haber buscado otra persona, o quizá ninguna, ya que durante un siglo o más no he necesitado parientes humanos. De entrada, para ser sincero, no debería haber metido a Harley en este asunto, pero aquella noche, cuando lo inscribí en mi deuda recuperable, yo pasaba por una fase de profunda soledad. Al oírle sorber ahora por la nariz y echar un trago, pensé: Es culpa mía. Todo enfado presente responde a una debilidad pasada. Que pase lo que tenga que pasar.

—No me hagas caso —dije—. Es que estoy picado porque me seguía ese tipo.

Harley carraspeó. A veces, oírle hacer eso, o verle tratando de abrir un bote de encurtidos o palmearse los bolsillos en busca de las gafas que tiene sobre la frente, me rompe el corazón. ¿Y qué es eso? Una sensación. Ya estoy harto de sensaciones, aunque ellas no de mí.

—No vale la pena que te marches del Zetter esta noche —dijo—. Ellos ya saben que estás ahí. ¿Qué tal si me llamas mañana a primera hora, a ver si después de un polvo ves las cosas más claras?

—Es verdad, ¿por qué no lo hago?

Otra pausa. En algunos de estos silencios noto cómo reprime Harley la palabra «amor».

—¿Quién toca hoy? —preguntó—. No será la del coño de plástico...

—Esa es Katia —respondí—. Hoy toca Madeline. Todo auténtico, nada de plástico.



## 6

Un vampiro ha dejado escrito: «La gran asimetría entre los inmortales y los hombres lobo (aparte de la manifiesta asimetría estética) es que mientras que la transformación eleva al vampiro, al hombre lobo lo degrada. Ser vampiro es experimentar un aumento de la sutileza mental y del refinamiento en el gusto; el yo abre la puerta de su mísero cuarto amueblado y descubre la casa de muchas mansiones. La personalidad se expande indefinidamente. El vampiro obtiene inmortalidad, inmensa fuerza física, capacidad hipnótica, poder para volar, esplendor psíquico y hondura emocional. El hombre lobo obtiene dislexia y priapismo. No merece la pena hacer comparaciones...». Todo lo cual se puede interpretar así: «Los hombres lobo follan y nosotros no».

Aunque no soy misógino, solo practico el sexo con mujeres que me desagradan. Emocionalmente no hay otra alternativa, pero es duro. Que te desagraden no constituye obstáculo para el deseo (al contrario, como sabemos los modernos y como queda moderno decir); lo que ocurre es que el desagrado a mí me dura poco, especialmente con prostitutas, la mayoría de las cuales se desviven por agradar. El año pasado me busqué una argentina de veintinueve años, Victoria, cuya alma habló a la mía en su propia lengua oculta desde el primer instante que nos vimos. Tuve sexo oral, vaginal y anal con ella (por este orden; ya he dicho que no soy un misógino) a lo largo de seis horas (tres mil seiscientas libras esterlinas) y luego nos fuimos de compras al Borough Market y desayunamos contemplando el Támesis. Al cruzar el puente de Hungerford nos tomamos de la mano y el viento levantó sus cabellos y ella alzó la cara hacia mí para el inevitable beso, vagamente consciente ya de lo que podía haber entre nosotros, y no os imagináis cuánto me gustó y entonces ella dijo: «Esto va a ser un problema, ¿verdad?». Después de meterla en un taxi al llegar al Embankment, llamé a la agencia y les dije que no me enviaran a Victoria nunca más.

¿Por qué recurrir a prostitutas, si son tan deseables? ¿Por qué no rastrear entre el contingente de féminas neonazis o en el registro de mamás pedófilas? Hay una razón que es de peso y otra que no. Sobre la razón de peso ya iré entrando, poco a poco. La otra, hela aquí: en pocas palabras, porque las no prostitutas requieren deseo recíproco. No soy feo (ni como hombre ni como licántropo; esto último puedo afirmarlo tras haber visto algunos de los caretos que salen en los archivos que Harley birló del COMFO), pero no presupongo ni mucho menos que cualquier mujer posea atractivo. No soporto estar de plantón esperando a alguien a quien le agrado. Qué pérdida de tiempo. Qué agotador. De ahí la elección de *escorts* profesionales; con ellas, igual que con los terapeutas o los mercenarios (y contradiciendo jocosamente a Lennon y McCartney), lo único que necesitas es dinero, no amor.

Madeline, esta chica de piel blanca, ojos verdes, pelo rubio estirado, torso menudo y pechitos tiesos, es ufana, presumida, materialista, tiene la cabeza llena de axiomas de prensa sensacionalista y es especialista en tópicos: está de vuelta de todo,

cuando tú vas ella vuelve. Se pone hecha unos zorros. Le da un pálpito. Ella quiere hablar con el jefe, no con el chico de los recados. No te ayudaría ni aunque fueras el último hombre sobre el planeta. Lo novedoso pero ya putrefacto (*Amis dixit*) es su lingua franca. Su despedida por teléfono es «Un besote». Esto, más que sus déficits espirituales, ha hecho que me siga desagradando, pero la cosa no puede durar siempre. Al cabo de un mes ya veo a la niña confusa que lleva dentro, los grandes boquetes y los bultos inoportunos en la vieja tela del amor. Había un papá que la adoraba y era de poco fiar, una mamá hipercelosa y en imparable declive. Es la pega de haber vivido tanto y visto tantas cosas. Hueles el historial, la biografía, todos los antecedentes atenuantes. Las personas desprenden su propia información y a mí se me despierta la jaqueca de interesarme por ellas. Cosa inútil, puesto que, si vamos al fondo de la cuestión, esas personas son ante todo *comida*.

Estaba esperándome en la suite-estudio de lujo, aunque con cara de acabar de arreglarse tras un polvo rápido (a mis expensas, puesto que yo la tenía reservada para toda la noche). «Eh», me dijo, alzando un vaso. Quitó el volumen del televisor y adoptó la pose felina. Daban *Cirugía estética extrema*. A una mujer le extirpaban grasa del abdomen y se la metían en las nalgas.

—Toca —le dije, tendiéndole una mano congelada—. ¿Te la meto en alguna parte para ver si entra en calor?

La mano de Madeline, muy cuidada, estaba caliente, bien hidratada, y hasta en las húmedas yemas de sus dedos proclamaba las ventajas del sexo comercial.

—Solo si te gusta la comida de hospital, amigo —dijo—. ¿Una copa de champán? ¿O prefieres algo del minibar?

—Todavía no. Voy a quitarme toda la porquería del mundo. Tú acaba de mirar eso. Pide lo que quieras al servicio de habitaciones.

Brutalmente distendido después de tres minutos en la ducha, dejé que los chorros de agua caliente limpiaran de mis hombros los últimos posos lobunos. Entretanto, cosas de la costumbre, estaba dándole vueltas a posibles estrategias de desaparición y a los puntos flacos del COMFO (Oriente Próximo, República Democrática del Congo, Sudán, Zimbabue, destinos muy divertidos), números de cuentas bancarias en Suiza, celdas de detención equipadas con temporizador, pasaportes falsos, escondrijos de armas, transportistas corruptos... pero bajo todo ello había algo parecido a mi voz diciendo: Es lo que tú querías. Para. Descansa en paz. Que pase lo que tenga que pasar.

Tampoco es que pudiera concentrarme mucho en ninguna de estas cosas. Del último polvo con Madeline hacía ya diez días. A los que son como yo, diez días los ponen al límite. Cuando estás bajo la Maldición necesitas follar con una hembra (bueno, eso si eres hetero; hay también, por supuesto, hombres lobo gay; llamarlos «hombres loba» no pega), mientras que sin Maldición tu libido normal se ve amplificada, precisamente, por la frustración de no haber follado con una hembra. Es un problema de cifras. El porcentaje de infecciones para ellas siempre ha sido bajo,

COMFO calcula que uno de cada mil machos. Como podéis imaginar, no nos tropezamos los unos con los otros. Jamás me he encontrado a uno. Hablo del mundo real, claro. Internet no vale: COMFO ha creado tantas páginas incitadoras (la tristemente célebre orgialicantropica.com, a partir de la cual exterminaron a casi cien monstruos —todo machos; si quedaba alguna hembra, ninguna picó— en solo un mes allá por los noventa del siglo pasado) que nadie se atreve a correr el riesgo. Durante mucho tiempo predominó la explicación romántica para esa reducida tasa de infección en las hembras: supuestamente, poseer un útero confería una ternura que sencillamente no casaba con la perversidad de un corazón licantrópico. Las mujeres lobo, sostenía la estulticia masculina, debían de suicidarse a troche y moche. Al transformarse con la primera luna llena, se zampaban a un ser querido, eran incapaces de superar el sentimiento de culpabilidad, buscaban un sitio tranquilo y se tragaban un pendiente de plata. Es de todo punto extraordinario, dada la enorme cantidad de pruebas que lo refutan, que esta falacia del sexo tierno durase tanto tiempo, pero el siglo veinte (años antes de que Myra y las chicas de Abu Ghraib aportaran su granito de arena) acabó con esa historia. Ahora lo sabemos: si las mujeres no pillan el virus licantrópico no es de ninguna manera porque ellas sean las buenas y dulces de la película. Al margen del motivo, nunca ha habido suficientes hembras lobo para todos; es una de las grandes catástrofes sexuales del universo. No solo eso, también es una de las grandes farsas sexuales del universo, porque esta concupiscencia trucada no sirve a ningún propósito evolutivo en absoluto. Los hombres lobo no se reproducen por vía sexual. Las aulladoras no tienen ovarios, el semen de los aulladores es una birria. Si no has tenido descendencia para cuando te transformas, ya no la vas a tener, y más vale hacerse a la idea. La reproducción licantrópica es vía infección. Sobrevives al mordisco y la Maldición es tuya.

Pero ahí está la cosa, noticia pasada, titular rancio: resulta que ya nadie sobrevive al mordisco.

Desde hace al menos cien años, según los informes del COMFO. Las personas atacadas mueren en un plazo de doce horas. Es un misterio. Yo me convertí en 1842 y puede que sea el último hombre lobo. El COMFO, ebrio de incredulidad científica, ha capturado hombres lobo y les ha proporcionado víctimas para que las traten a sus anchas... sin que se haya producido la transmisión. Durante el último siglo, y al margen del celo exterminador del COMFO, la especie ha enfilado el carril rápido de la extinción. El año de la Exposición Universal éramos ya menos de tres mil. Cuando murió la reina Victoria quedábamos apenas dos mil quinientos. Y cuando se produjo el primer alunizaje, la lista se había reducido a 793 nombres. La Cacería es de chiste: los tíos han hecho tan bien su trabajo que ellos solitos se han puesto en el paro. Los fondos del COMFO merman año tras año. Ha caído un velo de melancolía. Harley me había dicho: «Serás el canto de cisne de Grainer. Su última obra maestra».

Cerré el grifo de la ducha sintiéndome voluptuoso por el calor y por la perceptible vibración del anhelante cuerpo de Madeline. Un primer polvo a lo bestia, *allegro*,

para matar el gusanillo y calmarme un poco, y después el segundo, tercer y cuarto movimientos, *adagio*, *ritardando*, *grave*. Es poner en la misma copa un deseo profundo y un profundo aburrimiento. Hago lo que hago con la vidriosa desesperación que uno observa en los superobesos cuando atacan rítmicamente una tonelada de chocolate y pollo frito. Si una cosa he esperado todo este tiempo es la muerte de mi libido. ¿Por qué no, si he perdido el interés por todo lo demás? Pero la cosa continúa, digamos, pujante.

Una mirada precoital al espejo me devolvió el temido y familiar rostro sereno de ojos oscuros (últimamente, cada vez que lo veo pienso: Venga, Jacob, hazte un favor y para ya), después de lo cual me reuní con Madeline en el lecho. A petición mía, apagó el televisor, se tumbó boca arriba, abrió sus piernas embutidas en medias blancas, puso los brazos por encima de la cabeza en un gesto de esclava infantil y durante los siguientes quince minutos soportó el hecho cada vez más doloroso de que yo no iba a tener una erección, al tiempo que hacía todo cuanto estaba en su mano para provocarme una. Al final, enfáticamente blando, acepté la derrota.

—Aunque suene cómico —dije—, acabamos de hacer historia. Esto no me había pasado nunca.

Su yo profesional estaba molesto y no era muy buena disimulando. Después de expulsar brevemente el aire contenido y apartar de su clavícula la melena rubia, dijo:

—¿Quieres que lo intentemos de otra manera?

Ya es oficial.

Eres el último.

Lo siento.

Por algo lo llaman shock retardado. Hasta ponerme encima de ella había estado en una especie de bruma, como si no lo hubiera asimilado o, mejor dicho, aceptando la contradicción de asimilarlo y rechazarlo al mismo tiempo. Pero luego había puesto las manos en su cintura y notado el roce de sus pezones en el pecho y la suavidad y el calor de su aliento me había devuelto, a la manera de estos misterios, a una plena y mareante comprensión. Fue como si hubiera estado haciendo caso omiso de una sombra en mi visión periférica y al volver la cabeza hubiera visto que se me echaba encima un tsunami. Eres el último.

—Más tarde, si acaso —dije—. Por cierto, el problema no eres tú.

Hizo un gesto de duda ante tamaña absurdidad y desvió la vista hacia el invisible documentalista que siempre la acompaña. El narcisismo de Madeline transforma momentos difíciles en otras tantas oportunidades de asombro mirando a cámara. Hola, ¿estás ahí?

Yo me había tumbado con la cabeza apoyada en uno de sus muslos y estaba inhalando el olor de su cálido coño joven con su guirnalda de Dior Addict. La última imagen que tuve antes de dejar de meter la pata con Madeline fue Ellis con chaleco antibalas sosteniendo en alto la gigantesca cabeza lupina cortada de Wolfgang mientras un colega cazador lo filmaba todo para los anales del COMFO.

—¿Qué tal si te doy yo un masaje? —pregunté.

Si esto fuese Hollywood la habría despedido tras pagarle lo convenido y habiéndola gratificado de la mejor manera posible como preparativo para una noche de heroica meditación en solitario, una secuencia de fundidos que el ojillos llorosos de Pacino haría con torvo minimalismo, contemplando la ciudad, cigarrillo en mano, botella y vaso, el rostro dejando que toda la muerte y la tristeza se congregaran con una suerte de derrotada sabiduría. Pero esto no era Hollywood. La idea de pasar solo toda la noche liberó chorros de adrenalina mala y provocó en mí una segunda fase de negación. Fue insoportable pensarlo. Le quité las medias a Madeline.

—¿Te gusta? —le pregunté al cabo de un rato.

Había apagado las luces pero dejado la cortina abierta. Seguía nevando. El cielo gris amarillento y los tejados blancos daban una luz lunar, suficiente como para resaltar el brillo de sus pendientes y la pátina de su piel. Yo tenía su pie izquierdo en mis manos y se lo masajeaba suavemente.

—Uuuuf —dijo—. Genial.

Le di masaje en lo que habría sido silencio absoluto de no mediar sus esporádicos gemidos, convencido de que si paraba sería incapaz de tolerar mis desbaratadas energías. Recordé que Harley me había parecido muy cansado al hablar por teléfono y lo reinterprete como la primera señal de que estaba dispuesto a dejarme ir. Mi muerte, desde luego, lo enfrentaría a su historial, no dejaría ni un hueco entre su persona y los horrores que él había contribuido a ocultar, pero también sería una liberación. Harley podría jubilarse del COMFO. Vivir a su aire. Tragar cada día un poquito de aquello en que se había convertido y confiar en vivir lo suficiente como para ingerir toda la fea masa. Y al menos buscarse un lugar cálido donde poder pasarse el día sentado con un sombrero de paja y los pies descalzos en el polvo y escuchar lo que el vacío tuviera que decirle. Si yo necesitaba una argumentación altruista para morir, esa era perfecta.

—Cuéntame cosas de hombre lobo, venga —ronroneó Madeline.

Yo llevaba casi una hora trabajándola sin temor a que su conciencia se despertara: no hay cosa buena o placentera que Maddy no engulla o absorba perentoriamente como parte de sus derechos innatos. Por ella, como si seguía haciéndole cositas toda la noche, todo el año, toda la vida. Madeline no es muy buena prostituta, la verdad.

—Pensaba que te habías dormido.

—Háblame de la primera vez que mataste a alguien.

Cosas de hombre lobo. Maddy se lo toma como un capricho de cliente, pero está enganchada. Resulta que en este mundo postodo los humanos no son capaces de estarse sin contar o que les cuenten historias. El que ríe el último es Homero.

—Una chica preciosa yace a oscuras en una cama escuchando un cuento de hadas —dije—. Pero está desnuda y las manos del que le cuenta el cuento la tocan por todas partes.

Madeline tardó un segundo en decir:

—¿Qué?

—Nada. Busco correlatos objetivos. Olvídalo. Maté a mi primera víctima el catorce de agosto de 1842. Yo tenía treinta y cuatro años.

—En 1842... Entonces hace...

—En marzo cumpliré doscientos un años.

—Pues te conservas muy bien.

—La forma humana queda como en el momento de la transformación. Es el lobo el que desarrolla artritis y cataratas.

—Tendrías que ir a la tele y contar todo esto.

*Háblame de la primera vez que mataste a alguien.* Para el monstruo como para el hombre, la vida es sorprenderse (cada vez menos) de ser capaz de llevar dentro a tu doble maltrecho. Pero hay excepciones, claro está: lo que causa un desagrado especial, los tumores inoperables...

—Un mes antes de cobrarme mi primera víctima —dije—, me encontraba de vacaciones en Snowdonia con un amigo, mi mejor amigo de esa época, Charles Brooke. Como ya he dicho, esto pasó en 1842. Éramos caballeros cultos y acaudalados con sendas fincas en Oxfordshire y por lo tanto íbamos de excursión de la misma manera que hacíamos cualquier cosa: con jovial sentido de tener derecho a todo. Charles iba a casarse en septiembre de aquel año. El verano anterior yo había conmocionado a mi pequeño círculo desposando a una norteamericana pobre de treinta años de la que me había enamorado en Suiza.

—¿Y qué hacías tú en Suiza?

—Charles y yo estábamos recorriendo Europa. De gira, por así decir, pero no en plan Rolling Stones.

—¿Qué?

—Uno iba a Europa a ver monumentos y tal, era la costumbre. Arabella estaba allí de viaje con una tía suya, un vejestorio con muy mal genio pero de quien ella dependía para su sustento. Nos conocimos en el hotel Metropole de Lausana. Un flechazo, amor a primera vista.

Pasé la yema del pulgar muy suavemente por la húmeda arruga de su ano. Un pornógrafo de Los Ángeles me dijo no hace mucho: «El ojete está acabado. Todo acaba. Te inventas qué sé yo cuántas cosas pensando que no encontrarás la chica adecuada para ello, que las tías por ahí no pasarán, y resulta que siguen viniendo y lo asumen todo. ¡Es deprimente!».

—¿Has encontrado algo que te gusta? —preguntó Madeline, arqueando la espalda.

Retiré el dedo y reanudé el masaje.

—No, es que por un momento me ha parecido pertinente. La palabra «amor».

Madeline bajó los glúteos, alcanzó el cubo del hielo y sacó la botella de Bollinger, que ya no tenía gas.

—Ah —dijo, preguntándose de manera harto vaga qué podía significar

«pertinente»—. Bueno, pues sigue así.

—Charles y yo acampamos en un claro en el bosque a varios kilómetros de Snowdon. Había pinos y abedules, y un arroyo que brillaba como el oropel a la luz de la luna. Luna llena, por supuesto.

—Que es lo que toca, ¿no? Digo, la luna llena...

La noche de bodas, Arabella y yo habíamos arrastrado las sábanas y la colcha hasta el trecho iluminado por la luz que se colaba por la ventana. «Quiero verla en tu piel.»

—Sí —dije—, es lo que toca. Estúpidos de nosotros, creímos que todo acabaría cuando los astronautas se pasearon por la Luna en el 69. Se produjo una apreciable depresión en la especie, cuando era evidente que ese pasito que dio Armstrong no cambió nada en lo concerniente a nosotros, por más que fuera un salto de gigante para la humanidad.

—No te me despistes —dijo Madeline—. Siempre haces igual, empiezas a desviarte y me pierdo. Me pone frenética.

—Naturalmente —dije—. Disculpa. Eres hija de tu tiempo. Quieres saber la historia y nada más que la historia. Muy bien. Para resumir: Charles y yo encendimos lumbre y montamos la tienda. Pese al cielo despejado, no hacía frío. Cenamos carne en salmuera, confitura de ciruela, pan, queso, café caliente, y entre los dos nos pulimos casi toda una botella de brandy. Recuerdo la sensación de libertad, la luna y las estrellas allá arriba, los viejos espíritus de la madera y el agua, la camaradería de un buen amigo... y como una radiación venida de una gran distancia, el amor y el deseo de una mujer bella, tierna y fascinante. Antes he mencionado esa sensación de creerse con derecho a todo, ¿verdad? Por regla general era así, pero en ocasiones la conciencia de ser tan afortunado me bajaba los humos.

—A propósito, ¿cómo te lo haces?

—¿El qué?

—Para hablar como los de la tele.

Había dejado de nevar. La habitación era un nido provisto de todas las comodidades del mundo contemporáneo. Con aquella iluminación nueva, fija, como de ciencia ficción, podríamos haber estado en otro planeta. Los diarios están en Manhattan, en una cámara acorazada. Todos menos el actual. Este. El último. La historia que no se puede contar. Harley es quien tiene el código, la llave de repuesto, la autorización.

—Cuestión de práctica —respondí—. Eso pasa por tener mucho tiempo libre. ¿Continúo?

—Sí, sí, perdona. Os zampasteis el brandy y tú te sentías libre, o no sé qué.

—Charles tenía mal beber, y además estaba rendido después de andar tantos kilómetros ese día. Poco después de las doce se retiró a la tienda y al cabo de unos minutos ya roncaba, flojito. —Aparté los cabellos de Madeline y le masajee los trapecios desde la escápula hasta el hueso occipital. El latín anatómico es un amigo

imparcial cuando tienes que descuartizar a gente y devorarla—. Yo me quedé tumbado junto a la lumbre, pensando en Arabella. Me consideraba el hombre más feliz del mundo. Ni ella ni yo éramos vírgenes al conocernos, pero la pequeña experiencia de burdel que yo tenía no me sirvió de preparativo para lo que vino después. Arabella era ardiente, apasionada, amoral. Cosas que el mundo habría calificado de perversión eran entre nosotros una vuelta a la inocencia angelical. Nada nos daba vergüenza. Todo lo del cuerpo era sagrado.

—A mí me suena a polvazo, más que a flechazo —dijo Madeline, no sin un tonillo molesto.

Le fastidia no ser la reina del lugar, por más que la competidora haya muerto hace un siglo y medio.

—Hubo eso que dices, sí. Lujuria, santa lujuria. Pero no vayas a pensar: nos amábamos todo lo que dos personas pueden amarse y más. Es importante que lo entiendas. Importante para lo que viene después.

—Mmm...

—¿Entiendes lo de que estábamos enamorados?

—Sí, sí, lo capto. Oh, Dios mío, sí, ahora las manos. Te olvidas de las manos.

—Si esto fuera Poe o Stevenson o Verne o Wells, un extraño sonido o una silueta entrevista me habrían apartado del campamento.

—¿Cómo dices?

—Da igual. No es importante. Me levanté y dirigí mis pasos hacia el arroyo. Verás, pensar en Arabella me había puesto en un estado de insoportable enardecimiento. Necesitaba, por decirlo en plan castizo, cascármela.

Madeline guardó silencio, pero mis manos percibieron a través de su piel una microcorriente: era la profesional, poniéndose alerta. Oh. De acuerdo. Allá vamos otra vez.

—Caminé como una veintena de pasos hasta los árboles que flanqueaban el arroyo, me desabroché el pantalón y con la cara vuelta hacia al luna empecé a acariciarme. Sabía que cuando volviera a casa se lo explicaría a Arabella. Para ella sería un dulce sacramento más...

Había empezado a contarlo con mecánica ironía pero, a mi pesar, estaba ya totalmente metido en la escena. De repente, pensé que doscientos años no era tanto tiempo, en realidad muy poco. Fue el primer indicio del hombre lobo, como si en aquel preciso momento me hubiera arañado con un arbusto espinoso. Solo que entre entonces y ahora mediaban casi dos mil víctimas. Me las imaginé amontonadas como otras tantas víctimas de un campo de concentración. Mis tripas son una fosa común. Y podría perfectamente no haber pasado. Podría perfectamente haberle ocurrido a otro.

—Sigue —me apremió Madeline.

El masaje se había detenido al mismo tiempo que la narración. La paciencia no es su fuerte.



—Fue el último momento de mi vida como ser humano —continué, pasando a masajear sus muslos—. Y valió la pena: la fragancia de las coníferas, el murmullo del arroyo, el aire tibio y la balsámica luz de la luna. Me corrí, una delicia, con la imagen de ella mirándome por encima del hombro mientras yo me la follaba por detrás.

—Creo que me hago una idea, chato.

—Y entonces el hombre lobo atacó.

—Ah.

—Digo «atacó», pero lo cierto es que me pilló allí en medio de casualidad. Él huía de algo. Estaba yo todavía con la polla en la mano cuando oí un alboroto en la espesura, y en menos de lo que se tarda en explicarlo el hombre lobo se me echó encima (enorme, despidiendo un fuerte olor, aterrorizado) y luego desapareció. Tuve un segundo de lucidez en el que lo percibí todo, la premura con que actuó, su volumen, las tremendas garras, el olor a carne en su aliento, el frío helado de su mordedura y apenas un atisbo de sus bellos ojos. Después se perdió en la oscuridad y yo me quedé allí sin respiración, un brazo tendido en el arroyo y la camisa empapada en mi propia sangre. El contraste fue agradable: agua fresca, sangre caliente. Me pareció estar allí mucho tiempo, cuando en realidad debieron de pasar solo unos segundos hasta que los vi. Entonces eran conocidos como Servidores de la Luz, no la Cacería. Estaban en la otra orilla: tres encapuchados a caballo armados con pistolas y lanzas de punta de plata, uno de ellos con un arco y un carcaj de flechas centelleantes.

—En serio, deberías escribir un guión o algo.

—Ellos no me vieron, y el sonido del galopar habría ahogado mi voz aunque hubiera tenido fuerzas para llamarlos. Al cabo de un momento los perdí de vista. Permanecí allí, extrañamente despreocupado, un rato más, consciente solo a medias. No sé cuánto tiempo transcurrió. Los segundos pudieron ser días. La luz de la luna me cubrió como un ángel y las constelaciones se posaron tiernamente sobre mí: Pegaso, la Osa Mayor, el Cisne, Orión, las Pléyades.

»Para cuando llegué al campamento, la herida había dejado de sangrar. Charles seguía durmiendo a pesar de todo y una sensación de náusea me decidió a no despertarle; es más, a no contarle nada de lo sucedido. ¿Qué le habría dicho, de todos modos? ¿Que un ser de más de dos metros y medio, mitad hombre, mitad lobo, había salido de la nada y me había mordido para desaparecer rápidamente, perseguido por tres cazadores a caballo? Quedaba un poquito de brandy en la petaca, de modo que me limpié la herida con él y me la vendé lo mejor que pude con un par de pañuelos. Avivé el fuego y me senté a vigilar durante el resto de la noche. No teníamos armas de fuego, pero al menos podía dar la alarma si regresaba la bestia.

Me tumbé al lado de Madeline y con la mano derecha le hice un experto masaje shiatsu en las vértebras lumbares. Ella estaba concentrada sobre todo en asimilar el placer del masaje; una pequeña parte de su persona mantenía el motor profesional al ralentí. Solo una pequeñísima parte de ella estaba molesta pensando si todo este rollo del hombre lobo no sería en último término una especie de problema mental.

—Lógicamente me quedé domido —dije—. Cuando desperté, la herida había prácticamente desaparecido. Los cuatro días que quedaban de excursión los pasé temiendo que, en el mejor de los casos, hubiera sido presa de un imponente fantasma, y en el peor, que estuviera volviéndome loco. Cada vez que pensaba en contárselo a alguien (en primer lugar a Charles, a Arabella cuando llegara a casa), la sensación de repugnancia me subía hasta la boca y me hacía callar. —Madeline, cuyas antenas sabían captar determinados cambios de frecuencia, me tocó muy suavemente el pene con las uñas—. Por supuesto, guardar el secreto ante Arabella fue un verdadero calvario. Los ojos de mi esposa escrutaban los míos buscando al Jacob que ella conocía, pero encontraban en ellos una diferencia que habría sido menos espeluznante si hubiese sido menos sutil.

—Eh —susurró Madeline—. Mira lo que he encontrado.

—Me costaba dormir, pasaba de la euforia a la desesperación, dos o tres días tuve una fiebre inexplicable y cada vez más, cuando hacía ya un mes del ataque, tenía que luchar contra una nueva y violenta fuerza de deseo. —Madeline se dio la vuelta, meneó tentadoramente el trasero y guió lo que había encontrado hasta su raja—. De día no paraba de tener fantasías, de noche estaba a merced de los sueños. Arabella... ¿Qué podía hacer ella sino demostrarme todo su amor? Era lo único a lo que podía aferrarse. Y a mí me sentaba como los rayos del sol sobre la piel quemada.

Por los movimientos de Madeline deduje que hurgaba con mano diestra en el bolso que había quedado en el suelo. Una pausa. Un susurro de envoltorio. Todo ello gracias a los finos músculos de su mano, su brazo, su hombro. Mi corazón latió sobre su espalda. Madeline estaba esperando el momento propicio. Le noté esa pequeña dificultad que seguía teniendo para acallar la parte de su persona que no quería ser puta. Mi propia tumescencia me recordó el dolor punzante que aquel joven debió de sentir en la mano.

—Arabella nunca me había parecido tan apetecible —continué—, y sin embargo cada vez que me acercaba a ella algo me frenaba. No la impotencia. Con las erecciones que tenía entonces podría haber partido piedras. Era más bien como si algo me obligara a esperar, a esperar...

Madeline abrió el condón y alargó el brazo lentamente para cogerme la polla. Entre los dos colocamos la goma de la manera menos desagradable posible. Otro viaje al onmisciente bolso se tradujo en lubricante, que ella aplicó con mesurada prodigalidad en dos dedos de su mano izquierda. Me levanté de la cama con mucho cuidado, como si cualquier cosa —un muelle suelto del colchón— pudiera traducirse en hemorragia. Ella retrocedió a gatas hacia mí y se detuvo al borde de la cama con las rodillas juntas y el culo alzado en elemental sumisión. Si mi historia le había interesado, ahora su único interés era puramente profesional, mi historia como afrodisíaco. Esto, y ella lo sabía, requería sentido común; de lo contrario podía salirle el tiro por la culata, por así decirlo. Echó de nuevo el brazo hacia atrás para untarse el ano de lubricante.

—¿Y qué pasó después? —dijo, en un susurro.

Arabella volvió obligada a la cama, desnuda, una versión de su rostro que nunca le había visto. Por mi parte, yo reflejado en el espejo de cuerpo entero con marco dorado que nos regaló Charles con motivo de la boda, la fantástica, absurda y prosaica realidad de mi transformación anatómica.

Introduje la polla en su ano mientras la imagen cambiaba a ella, a Madeline, de compras en King's Road. La oí emitir un ruidito con la garganta, fingiendo bienvenida. *Lo que sobrevivirá de nosotros es cero.*

—Esa parte nunca la cuento —dije.

Que es la verdadera razón de que solo folle con mujeres que me desagradan.

La noche se me hizo muy larga a partir de que Madeline se durmió a eso de las tres, dejándome a solas en la funesta madrugada, que es cuando al corazón le pasan tantas cosas. Me quedé un rato tumbado en el suelo del cuarto de baño, a oscuras. Fumé. Salí a la terraza de la suite, donde la nevada se veía copiosa (e inmaculada y uniforme) y contemplé los tejados de Clerkenwell. La nieve vuelve otra vez inocentes a los ciudadanos, revela la fragilidad del gesto humano contra el vacío. Pensé en despertar a Madeline para así compartir la extraña y callada belleza de aquella escena... y noté cómo el impulso era inmediatamente absorbido por el horno de lo extravagante (adonde irán a parar todos esos impulsos míos), acompañado de una sensación de inerme comicidad. Pasado un rato, lo único que se puede hacer con la soledad es reírse de ella. Me bebí, uno por uno, todos los licores del minibar con veneración por sus diferentes personalidades. Vi un rato la televisión.

*Esa parte no la cuento.*

No la he contado. Todavía.

Pasaron camiones esparciendo gravilla en la oscuridad con jovial ineptitud británica, pero para cuando la cocina del Zetter abrió de nuevo volvía a nevar intensamente. Los londinenses se despertarían, mirarían por la ventana, suspirarían agradecidos: «Hoy no es día para negocios». Gracias a Dios. Pase lo que pase, hoy no es día para negocios. El despuntar del día fue como el lento revelado de un daguerrotipo. Madeline se despertó —lo hace con tanta brusquedad como asombroso vigor— y dejó bien claro con un tembleque de tobillos que estaba esperando la luz verde sexual.

—Por qué no te metes en la ducha —le dije— y yo mientras tanto pido el desayuno.

Que fue lo que supuse que llegaba cuando, un cuarto de hora después (Maddy apenas si estaba en los prolegómenos de sus abluciones) llamaron a la puerta.

—¿Qué tal? —dijo Ellis, sonriente, cuando la abrí—. No soy del servicio de habitaciones. —Él sabía que solo iba a tardar un momento en estamparle la puerta en las narices o saltar sobre él, de modo que levantó las manos y dijo—: Desarmado. Solo he venido para hablar.

Tenía una voz suave, acento californiano. Hacía tres años, una noche helada en los Dolomitas, Grainer y él me habían cazado y por poco me matan. Ellis estaba igual que entonces: cabello blanco hasta la cintura peinado con raya en medio enmarcando un rostro blanco como la cera con una gran concavidad entre el pómulos y la mandíbula. Primero pensabas que era albino, pero los ojos desmentían esa hipótesis: eran de color lapislázuli e irradiaban una rara seguridad en sí mismo. De haber tenido una estatura media habría sido un hombre grotescamente atractivo; con su metro noventa rayaba la ciencia ficción. Daba la sensación de haber nacido como esbelta hippy de San Francisco y recurrido después a algún diabólico trueque de genes.

Llevaba un pantalón de cuero negro y una cazadora Levis descolorida.

—¿Puedo entrar?

—No, no puedes.

Puso los ojos en blanco, dijo algo como «Venga, Jack, es solo...» y acto seguido, con vertiginosa y gimnástica precisión, me dio una patada entre las piernas.

Yo, antes, era muy bueno peleando. Bueno y peligroso. Sé karate, kung-fu, jiu-jitsu; sé cómo matar a alguien con una llave Yale. Pero hay que seguir practicando y yo, como humano, llevo décadas sin pegar a nadie. Hice, pues, lo que haría un hombre: sorbí aire como resultado de la descarga y me desplomé, primero sobre las rodillas y después, con las manos abocinadas sobre mis partes, de costado, sabiendo que ya no sería capaz de sacar el aire. Ellis pasó sobre mí dejando un tufillo a botas de motero húmedas y pies mohosos y cerró la puerta. En la ducha se oyó estornudar a Madeline. Él la ignoró y se sentó en el borde de la cama.

—Jake —dijo—, queremos que sepas una cosa. ¿Sabes lo que voy a decir?

No lo sabía, pero responder estaba del todo descartado. Cualquier cosa que no fuera permanecer encogido sujetándome los huevos e inhalar aire y más aire estaba descartada.

—Lo que voy a decir es esto: eres el último. Se han puesto en marcha todos los recursos. No queda nadie más. Todo es para ti.

Cerré los ojos, pero eso no me ayudó. Los abrí otra vez. Lo único que quería era completar el doble movimiento de la respiración, pero mis pulmones estaban templados. Ellis tenía las rodillas separadas y los codos apoyados en los muslos. Detrás de él, a través de la ventana, se veía un paisaje de nubes pálidas en el que la nieve parecía una lluvia de ceniza. La Historia ha dado a la nieve nuevas posibilidades de evocación: desfiles con lanzamiento de trocitos de papel; crematorios nazis; finales de campeonato mundial; la contaminación del 11-S.

—¿Tú lo sabías? —preguntó.

Con muchísimo cuidado, negué con la cabeza. Ellis se encogió de hombros (lógicamente, de haberlo yo sabido no se me habría ocurrido admitirlo y poner en evidencia que COMFO tenía un infiltrado), inclinó la cerviz y giró el cuello como para aliviar cierta tensión mastoidea. Inspiró hondo un par de veces, relajó los hombros y luego, mirándome, se enderezó.

—Se supone que me toca hacer de malo malísimo —dijo—. Percibo una cierta coerción narrativa en el éter. Es aquí, en esta habitación, ¿sabes?, donde debería ponerme de pie y mearte encima o algo así. —Tenía unos dedos largos y huesudos, poseedores de esa fea destreza que uno observa en los guitarristas virtuosos—. Descuida —añadió—, no lo voy a hacer. Simplemente quería verte antes de... bueno, de que nos pongamos manos a la obra. El último hurra. —Miró por la ventana—. ¡Uf, qué tiempo! —Nos quedamos ambos embobados mirando en silencio los copos que caían en torbellino. Pasados unos segundos volvió la cabeza hacia mí—. Para serte sincero —dijo—, tengo sentimientos ambivalentes con respecto a este asunto. Ahora

domina la ambivalencia, ¿no? Zonas grises, la moralidad reducida a aproximaciones. Yo sé que tú lo sabes, Jake, que todo el mundo es más o menos bueno, teniendo en cuenta todo lo que hay que tener en cuenta. Por ejemplo, el tío ese, Fritzl o como se llame, que durante años estuvo violando a su propia hija en el sótano. Él no nos preocupa, en realidad. Sabemos que habrá la psicología, sabemos que habrá... causas. El shock, la fatiga. Más allá del bien y del mal.

En la ducha, Madeline ajustó el chorro a modo «masaje» y soltó una exclamación. Me pareció que Ellis podía estar drogado. Tenía la cara húmeda.

—Fue de chiripa, ¿sabes? —dijo—. Lo de encontrarte. Un agente francés vino siguiendo a un sospechoso, y resulta que el sospechoso te estaba siguiendo a ti. Nosotros creíamos que aún estabas en París.

Sin poder aguantar la respiración por más tiempo, conseguí decir, muy rápido:

—¿Por qué no me mató, el agente?

—Vamos, Jake. Tú eres cosa de Grainer, su exclusiva. Lo sabes muy bien. Lo sabe toda la Cacería, todo el COMFO. Es uno de los Cinco Pilares, por decirlo de alguna manera.

El dolor se diversificaba: pinchazos en el abdomen, cefalea ardiente y turbia, algo tortuoso y afilado en el colon, necesidad de vomitar. Me incorporé sobre un codo y solté un eructo, lo cual fue casi un pequeño milagro.

—No te mentaré —dijo Ellis—. No me hará gracia perderte. No me gustan los finales, no a este nivel, no el final de una era.

Cerca de su mano descansaba una de las medias de Madeline. Ellis la toqueteó ausente con sus horribles dedos blancos como espárragos, y por primera vez dio la impresión de visualizar lo ocurrido durante la noche. A él le traía sin cuidado. Recordé cómo me lo había descrito Harley: magníficamente meditabundo, lleva siempre encima un plan inescrutable comparado con el cual el tuyo palidece. Debes hacer memoria de que es solo porque el tipo está medio chiflado.

—Hay un posible anticlímax literario —continuó Ellis, desechando la media—. Tú y Grainer os enfrentáis cara a cara y él comprende que matarte acabará con lo que da sentido a su vida, con su identidad, así que te deja vivir. Lo he hablado con él, y Grainer no lo descartó de buenas a primeras.

Mientras Ellis hablaba yo había estado explorando alternativas posicionales para terminar (repito lo de que muerto Dios, la ironía sigue viva y coleando) exactamente en la misma postura que Madeline unas horas antes, a punto de ser sodomizada. El humor iba mejorando.

—Pero al final lo descartó —dije, o más bien grazné con un resoplido de helio.

—En efecto. Lo meditó, evaluó pros y contras y lo descartó. El honor filial puede con cualquier cosa.

El honor filial. Hace cuarenta años maté y devoré al padre de Grainer. Grainer tenía entonces diez años. Siempre hay un padre, una madre, una esposa, un hijo. Es el problema de matar y comerse a gente. Bueno, uno de los problemas.

—Es una pena —conseguí decir.

Ellis no se rió. (Él no ríe, me había dicho Harley. No es que no entienda las cosas, sino que lo divertido ya no le hace reír. Ha trascendido más de la cuenta.)

—Estoy de acuerdo —dijo—. Es una condenada pena. Pero, ya ves, por desgracia la decisión no es mía.

Con monumental retraso me pregunté qué diantre hacía él en la habitación, ya que no me había metido una bala de plata en el cerebro ni me había cortado la cabeza. La pregunta inquietó a mi otro yo, el que no estaba saltando de alegría por haber conseguido exhalar finalmente un poquito de aire.

Llamaron a la puerta.

—Será el desayuno que has pedido —dijo Ellis—. Te dejo a tus anchas. —Se levantó, pasó otra vez por encima de mí y abrió la puerta. Le oí decir—: Asimílalo, ¿vale?

Y luego se marchó.

Un joven con el pelo engominado y librea del Zetter entró el desayuno inglés completo para Madeline en una bandeja enorme.

—Un calambre —dije, boqueé—. No pasa nada. Déjelo encima de la cama, por favor.

El teléfono de Harley estaba desconectado cuando le llamé, lo cual quería decir que había ido al COMFO o que estaba muerto. No podía quitarme de encima la idea de que iban a por él. Una hora después de que Madeline se marchara (me pasé casi todo el rato del desayuno acariciando mis gemebundas pelotas mientras ella comía... con meticulosa gula, pues solo se permite una fritanga al mes), había llegado a la conclusión de que la visita de Ellis era solo para reafirmar la versión de cómo habían dado conmigo. Por su estilo mental —oblicuo, tangencial, posiblemente colocado— no era fácil de calar, pero sin duda había algo postizo en cómo había dicho *Fue de chiripa, ¿sabes?, lo de encontrarte*. La única explicación con sentido era que COMFO deseaba prolongar la ilusión de que la coartada de Harley seguía intacta. Así pues, no lo estaba.

Pasé media tarde tumbado con un paño frío sobre la frente, registrando mentalmente el lento regreso de mis gónadas a la quietud, el televisor de plasma sintonizado en la CNN y su arrullador ruido blanco informativo. Soy inmune a las noticias, sean de última o de primera hora, al flash informativo, al telediario, todo eso. Para alguien que ha vivido tantos años, nada es noticia. «Noticia» quiere decir «novedad». Vale, muy bien, hasta que pasan cien años y te das cuenta de que no hay novedades, no hay cosas nuevas, solo estructuras y ciclos muy profundos que se repiten variando los detalles según la época. Estoy con Yeats y su «espiral» como pauta de la Historia. Incluso la Noticia con mayúscula sabe que no existe la verdadera noticia y hace lo que sea, cualquier cosa, con tal de conferir urgente novedad a su contenido. *Dé su opinión*, esa es la última sandez, presentadores de informativos leyendo emails de telespectadores: «Y desde Birkenhead nos escribe Steve: “Las leyes de inmigración de este país son el hazmerreír del mundo. Es la mentalidad buenista pasada de rosca...”». En otro tiempo me habrían molestado, o al menos divertido, cosas como que la democracia que tanto excita a los occidentales haga de todo bloguero gilipollas un crítico y de todo empecinado fascista un político experto. Pero ahora no siento nada, salvo un callado distanciamiento. De hecho las noticias me parecen ya postapocalípticamente redundantes, como si (paisaje de dunas, insectos grandes como coches) estuviera sentado en uno de los miles de millones de hogares vacíos mirando imágenes de esas cosas que antes importaban y preguntándome cómo es posible que a la gente le importaran.

—He tenido visita —le dije a Harley desde el bar del Zetter, cuando por fin lo localicé pasadas las ocho de la tarde—. Esta mañana ha estado aquí Ellis.

—Sí, lo sé —dijo él—. No me sorprende. Toda la Cacería está de acuerdo en que deben restregártelo por las narices.

—No es eso lo que me preocupa. Parecía más que nada un intento de imponer la versión oficial de «cómo te hemos encontrado». De lo cual se deduce que no fue así como me encontraron.



—Oye, Jake, no. Eso es pura paranoia. Yo mismo hablé con el francesito.

—¿Qué?

—Sí, hombre, el de la Magnum. Cloquet. Lo trajeron para interrogarlo y estuve presente en el interrogatorio. Ese tipo te seguía, en efecto. Llevaba una semana siguiéndote por todo París.

Tomé un sorbo de whisky escocés. El bar estaba a media luz, tonos oscuros y mobiliario cómodo, un ambiente diseñado para estar a gusto dándose un merecido gusto. Las largas pantorrillas de una morena taciturna sentada con las piernas cruzadas en un taburete me distrajeron momentáneamente. Se bebía su cóctel con una pajita. En la versión cinematográfica yo la abordaba con un gambito de hastiada inteligencia. Solo en las películas una mujer sola en un bar es realmente una mujer sola en un bar. Esta idea vino a sumarse al lío mental que empezaba a repugnarme. No hay ya película de Hollywood que no refleje el índice de la fatiga de Occidente. Tuve una visión de mi muerte como solitario menhir en medio de un paisaje desierto. Solo había que ir andando hacia allá. La paz de rodear la piedra fría con tus brazos. La paz, por fin.

—¿Para qué? —pregunté luego.

Oí el chasquido del Zippo de malaquita de Harley y la primera furiosa calada.

—Es lo que no tenemos claro —dijo—. Cloquet asegura que va por libre y que tiene una cuenta pendiente con los hombres lobo, pero ha estado beneficiándose a Jacqueline Delon durante el último año, así que debe de haber algo más. El problema es que está medio ido, ¿sabes? Cuando lo recogimos llevaba un soberbio colocón. Farrell me dijo que había esnifado suficiente coca como para hacer volar a un caballo. A mí me parece que incluso sereno es un psicótico chiflado. Sea como sea, madame Delon jamás ordenaría cazar a un hombre lobo. Os quiere mucho. —Se contuvo—. Perdón, perdón, perdón. He elegido mal las palabras.

—Olvídalo —dije. Olí el whisky. Tenía que ser Oban, pero el sabor no acababa de convencerme—. ¿Qué hay del agente del COMFO al que seguía Cloquet? ¿Has hablado con él?

—Broussard, se llama. Ha regresado a Francia. Yo no hablé con él, pero Farrell sí. Versión confirmada: estaba vigilando a Cloquet, salió de su jurisdicción, vio que el otro te seguía nada menos que a ti y, tímido él, nos pasó el aviso. En serio, Jake, deja de preocuparte. Estoy bien. Estamos bien. Nadie lo sabe.

Había salido de la habitación para llamar a Harley, no fuera que Ellis hubiese dejado un micrófono y a mí se me hubiera pasado por alto después de dos horas buscando. Quizá sí que era paranoia. En cualquier caso, me sentía muy cansado, me abrumaban las alforjas de tanto condicional («si...»), el peso muerto de la moneda antigua. A veces me sube un hedor de toda la carne y la sangre que ha recorrido mi gaznate, de los despojos en los que he metido el hocico, las tripas que he removido y con las que me he saciado. La manera, digamos, fresca con que Harley lo enfocaba era un recordatorio de que no teníamos la misma visión del problema.

—Bueno, mira —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Tenemos que solucionar lo tuyo. Voy a tardar unos ocho o diez días en montar una salida como Dios manda. Sí, ya sé, es horrible, pero este clima obliga a verificarlo todo por partida cuádruple. Estoy pensando que...

—Para, Harley.

—Jake, no pienso seguir discutiendo de lo mismo.

—Es curioso, ¿verdad?, que ahora que ha ocurrido esto los dos supiéramos que iba a ocurrir así.

—Oye, no...

Uno acaba desarrollando el instinto de dejar que el silencio se encargue de levantar las pesas. En los tres, cuatro o cinco segundos que transcurrieron sin que ninguno de los dos dijese nada, las muchas maneras en que la conversación podía continuar fueron y vinieron como un documental filmado a tiempo prefijado, cuando se ve florecer y morir la misma flor en apenas un momento. Pasado ese tiempo, hizo su entrada la información pertinente. Y eso, paradójicamente, renovó nuestro permiso para fingir.

—Que te den, Jake —dijo Harley—. La cosa va a ir así: yo te consigo una salida pase lo que pase. Si sigues empeñado en este ridículo melodrama suicida cuando llegue el momento, entonces no hace falta que le saques partido. Pero ahí lo tendrás, eso te lo aseguro.

La compasión y el enojo se cortaron como se corta la leche, fue un anticipo de la energía que iba a necesitar para combatir a Harley. Muy bien. Él quería esto por su propio interés; yo no contaba. Al final, por obra y gracia mía, se ha convertido en un humano cuya razón de ser es mantener con vida a un hombre lobo.

—Bueno —dije.

—¡Qué menos que eso!

—He dicho que bueno.

—Por el amor de Dios. Y oye, ¿por qué olisqueas todo el rato?

—He pedido Oban, pero creo que me han dado Laphroaig.

—Con las cruces que llevas auestas, Jake, no sé cómo no te han dado una medalla.

Nos pusimos a hablar de la logística a muy corto plazo. El Zetter estaba bajo vigilancia, por supuesto. El COMFO había intentado colar un agente, pero hoy empezaba un simposio sobre productos farmacéuticos y el hotel estaba completo, y lo seguiría estando durante dos días más. El director me conocía, podíamos contar con que se encargaría de poner algún que otro obstáculo, pero el personal del establecimiento era susceptible al soborno. Debíamos suponer que mis movimientos estaban siendo vigilados.

—Y eso nos viene bien —dijo Harley.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Los que te están vigilando te seguirán cuando salgas mañana de la

ciudad. Yo no puedo montar una salida con toda la organización patrullando Londres. Soy bueno, pero no hasta ese punto. Los necesito ocupados en otra cosa, ¿entiendes?

Así es como funciona: te pones alerta, esperas, notas cómo encaja una pieza en su sitio, experimentas el goce de la inevitabilidad estética.

—Bueno —dije.

—Vaya, ¿no hay pataleta?

—Tengo un asunto pendiente. Necesitaré un poco de paz y tranquilidad. ¿Te importa adónde vaya?

—¿Qué asunto pendiente?

*Esa parte no la cuento.* Ella me había mirado a los ojos, diciendo: «Eres tú. Eres tú».

—Aclarar ciertas cosas —respondí—. ¿Cornualles te dará suficiente margen de maniobra?

—Es precisamente el sitio que estaba pensando.

—Deberíamos cambiar otra vez de teléfonos.

—No hay tiempo. Habrá que confiar en la suerte.

—Ni siquiera sé si van los trenes.

—Sale uno cada hora desde Paddington o Waterloo. En la oficina de Alamo, en St. Ives, encontrarás un cuatro por cuatro a tu nombre. Utiliza la documentación de Tom Carlyle. Hay otra cosa que deberías saber.

—¿Cuál?

—Hace tres meses alguien atracó una de las casas de Mubarak en El Cairo. La guardia lo neutralizó con un tranquilizante de efecto rápido. No forzaron la entrada, tuvo que ser alguien de dentro.

Housani Mubarak, marchante egipcio de antigüedades robadas. En un momento u otro, la mitad del mercado de Oriente Próximo ha pasado por sus manos.

—El caso es que lo dejaron todo en su sitio —continuó Harley—. Solo se llevaron una cajita de chorradas sin valor procedentes del Museo de Irak, en Bagdad. Mubarak está que trina. No entiende cómo es posible que no hubiera nada de valor en la caja.

—¿Y qué había en la caja?

—El Libro de Quinn.

Me quedé sin habla, abrumado por una segunda oleada de compasión y enojo. Fue doloroso comprobar hasta dónde pensaba llegar Harley.

—Harls —le dije—, no seas ridículo, por favor.

El Libro de Quinn, si es que existió, era el diario de Alexander Quinn, un arqueólogo del siglo XIX que, supuestamente, en el año 1863, en Mesopotamia, dio con la historia del verdadero origen de los hombres lobo y lo consignó en su diario. La palabra clave es «supuestamente». Ni Quinn ni su libro consiguieron salir del desierto. Cien años atrás la búsqueda de ese documento había constituido una estúpida obsesión para mí. Era como estar hablando de Santa Claus o del Ratoncito

Pérez.

—Solo te informo —contraatacó Harley—. Es una posibilidad. Tú nunca has sido el único que buscaba ese libro.

—Pero si yo no lo busco desde hace un montón de años. Todo eso me trae ya absolutamente sin cuidado.

—Vale. No quieres saber nada de cómo empezó la cosa. No quieres saber qué significa.

—Yo ya sé qué significa, Harley.

—¿Qué?

—Nada.

Otra vez silencio. La mera insistencia de lo real y el palpable esfuerzo de Harley por ignorarlo. Así iban a ser las cosas desde ahora hasta el final, él escondiendo la cabeza y haciendo oídos sordos y aguantándose de decir lo que tenía que decir hasta que yo dejara de negar que el fin había llegado. Y luego, ¿qué? ¿Qué podría decirme Harley salvo «Adiós»? ¿O yo a él salvo «Lo siento»? Me noté inundado de tristeza como si acabara de tomarme un relajante muscular. Cada vez son más los momentos que me empujan a concluir que no quiero más momentos.

—Llámame en cuanto llegues a Cornualles —dijo Harley, y colgó.

A un kilómetro y medio del pueblo de Zennor, al sur del promontorio conocido como Gunard's Head, la costa de Cornualles dibuja un acordeón de calas angostas y ensenadas como dientes. Las playas de piedra y guijarros —bueno, llamarlo playas es una exageración— son, incluso a pleno sol, literal y figuradamente frías. Al agua color de ónice le haría cierta gracia que uno se ahogara en ella. Los adolescentes del lugar, frustrados hasta casi el autismo o la impaciente violencia, acuden aquí a fumar, beber, encender fogatas y practicar con ansia entumecida el cálculo fornicacional. A ambos lados las rocas se elevan abruptas.

Con vistas a una de estas calas, The Pines, Los Pinos, es una casa alta protegida en su parte posterior por una colina de coníferas que le da su nombre. Se encuentra en el lado de mar de un profundo valle y se accede a ella por un camino de tierra (vía sin salida) que parte de la carretera secundaria que enlaza las poblaciones costeras unos quince kilómetros en cada dirección. Una antigua granja de vacuno, ahora centro ecuestre, queda como a kilómetro y medio tierra adentro. La casa particular más cercana está fuera de la vista y del oído al otro lado del bosque, donde la pista se aleja de la carretera.

Este lugar, ateniéndonos a lo que he venido a hacer, debería tener una especial importancia, pero no la tiene. Yo no nací aquí. Tampoco me convertí aquí en hombre lobo. No he matado a nadie en esta casa, aunque una hipotética víctima podría desgañitarse y no la oirían más que las arañas y los ratones. A lo largo de los años ha habido objetos de valor (liquidados este último medio siglo), pero no encontraréis ningún Holbein en el desván, ningún Rodin debajo de la escalera. Compré la finca porque no tenía ninguna propiedad en el sudoeste y porque estas retorcidas ensenadas son ideales para las escapatorias de Harley por vía marítima. Por eso mismo la habré utilizado apenas tres o cuatro veces en veinte años.

Pero heme aquí ahora. Es sabido que Mailer bautizó la escritura como el arte espeluznante. Hay mucha mandanga de lóbulo frontal, mucho sacar punta al lápiz, mucho hacer crujir los nudillos y emborronar cuartillas, pero las grandes decisiones se toman en el inconsciente cerrado bajo llave, decisiones no solo sobre la propia escritura sino también acerca de las condiciones para escribir: yo decido sobre lo único que nunca he contado, y ¡ya veis! Aquí estoy, escondido en una casa que nada significa para mí, absolutamente seguro de que ningún otro sitio serviría. El arte, aun en la humilde faceta de la autobiografía, invoca necesidades ocultas. Las húmedas habitaciones son de techo alto y sin apenas mobiliario. De hecho, los muebles que hay son bastante heterogéneos y de segunda mano: un sofá de vinilo de los setenta; una mesa de comedor de formica; una cama que se hunde y en cuyo colchón algo ha estado escarbando con lo que se diría furia sexual. Todo está roído, mordisqueado, agujereado, colonizado, entelarañado. Anoche subieron tres zorros del sótano y se quedaron sentados cerca de mí, conmocionados por mi autoridad. (Son cánidos, y

todo lo cándido sucumbe. Hay hermosas mujeres en Manhattan que se habrían casado conmigo sin pensarlo dos veces por el hechizo que yo ejercía sobre sus perritos. «¡Mira por dónde!, si normalmente odia a los tíos. Es la primera vez que lo veo portarse así. Dime, ¿vives por esta zona?») La calefacción central funciona, aunque después de la primera noche me fui a Zennor a comprar leña para encender fuego. El cuartel general es el salón. Estoy bien provisto de Camel, whisky escocés y productos básicos de supermercado. Ni tele, ni internet, ni radio, ni libros. Nada que pueda contribuir a retrasar las cosas. Porque resulta que las cosas se retrasan ellas solas, por regla general: es la tercera noche que consigo no escribir lo que he venido a escribir aquí. Se me han pasado las horas contemplando el fuego o el mar o simplemente tumbado en una duermevela etílica con la cálida y muda compañía de mis parientes los zorros.

La vigilancia ha continuado tal como estaba previsto. Hice un poco de juego de piernas simbólico camino de Paddington, pero en el tren a Penzance vi que había al menos tres agentes del COMFO. Si no tenían coches esperando, puede que me perdieran de vista en St. Ives, pero a eso de la medianoche comprobé que me habían localizado de nuevo. Para ellos no es un bolo nada cómodo. Te toca acechar al último hombre lobo de la historia pero te pasas casi todo el tiempo pensando en el termo, en los sabañones, en el culo helado, o soñando con refugiarte de la nieve dentro de la furgoneta. Llegué a pensar en invitarlos. Rechacé la idea: otra vez retrasando las cosas. El día 2 las cosas dieron un pequeño vuelco; creo que se presentó Ellis. Las tripas me dicen que Grainer se mantiene a distancia, no quiere echar a perder la tensión. Somos como Mellors y Connie al final de *El amante de lady Chatterley*: separados, castos, contentos de purificarnos en honor de la inminente consumación.

Muy bien. Ha caído la noche. Los zorros están por ahí cazando. Hay lumbre en el hogar y Glenlivet en mi vaso.

Pero un cigarrillo, cómo no, para organizar mis pensamientos.

Como si no estuvieran ya organizados. Como si no lo hubieran estado durante ciento sesenta años, una irritada turba de pensamientos.

Nueva, nueva visible, cuarto creciente, gibosa creciente, llena, gibosa menguante, cuarto menguante, creciente menguante, nueva. En el verano de 1842 yo no conocía los nombres de las fases lunares. Ignoraba que un ciclo completo se llama «mes lunar», o que la luna llena solo lo es durante una noche (aunque pueda parecer que dura dos o tres), o que la expresión inglesa «once in a blue moon»<sup>[2]</sup> proviene de que se produzcan dos lunas llenas en un mismo mes, fenómeno que solo se da cada 2,7 años. No sabía tampoco, gracias a mis desastrosos profesores de letras, que para los griegos la luna era Selene (más adelante Artemisa y Hécate), hermana de Helio que se enamoró del joven y apuesto pastor Endimión, tuvo quince hijas de él y, no pudiendo soportar la idea de que se muriera, le indujo un sueño eterno. Como caballero del Oxfordshire, mis conocimientos del folclore popular derivaban de mis arredantarios, quienes me aseguraron que si los cuernos de la luna apuntaban ligeramente hacia arriba, el mes sería bueno, y que si se podía ver el contorno de la luna quería decir que llovería. Una melancólica fregona con la que practiqué sexo oral recíproco antes de cumplir los veinte creía que inclinarse ante la luna nueva y agitar las monedas que pudieras tener en los bolsillos doblaba tu riqueza antes de terminar el mes. De lo que yo sabía sobre nuestro satélite solo hubo una cosa que me sirvió de algo, y es que la palabra «lunático» viene del latín *luna*. Me sirvió de algo porque mediado el mes de agosto de 1842 me convertí en eso, en un lunático.

—Es la muerte —me dijo Arabella en un tono teñido de imparcialidad—. Estar contigo, verte y sentirte pero que tú no me conozcas. No lo puedo soportar.

Estábamos en el estudio de Herne House, yo en una tumbona y ella de pie ante el hogar apagado. Las contraventanas, en ese momento cerradas, daban a una terraza y a un césped con parterres cuyos colores estivales eran alternativamente apagados o vivos según la hora del día.

—Y sin embargo aquí estoy, soportándolo —añadió. Yo tenía la vista fija en la descolorida alfombra bengalí. Mi abuelo había ganado una fortuna vendiendo opio de la India a los chinos—. ¿De eso se trata, entonces? —preguntó después—, ¿de soportar lo que no puedes soportar?, ¿de aprender la lección del melodrama y poner la retórica de la pasión en el lugar que le corresponde? Yo diría que la palabra «insorportable» es por definición una falacia. A menos que uno se pegue un tiro inmediatamente después de emplearla.

Arabella también había tenido sus fases, desde mi regreso de Snowdonia. De entrada, una inocente preocupación. El médico había venido un par de veces a causa de mis accesos de fiebre y calambres, pero los síntomas habían ido desapareciendo. Había otros —jaqueca, molestias visuales, pesadillas, momentos de embeleso sin motivo aparente—, pero los disimulaba lo mejor que podía. Lo cual me volvió furtivo y huraño y provocó en Arabella una segunda fase de preocupación, ya no tan

inocente, un par de preguntas sobre posibles «excursionistas divertidos» que Charles y yo pudiéramos haber conocido durante nuestra salida, una nueva determinación investigadora en la cama, algo que sondeaba y se impacientaba y que acabó tornándose en miedo cuando yo me apartaba de ella como si me inspirara repulsión o desdén. Finalmente, en vista de mis erráticos estados de ánimo y de mis inexplicables actos (de repente la agarraba, echaba la llave para que no entraran los sirvientes, le quitaba la ropa, la sentía abrirse para mí con aliviada connivencia... y entonces desistía otra vez, maldecía, le imploraba perdón, la dejaba allí y salía a caballo o a pie y no volvía hasta varias horas más tarde), llegó la fase actual: una casi absoluta convicción de que las cosas que tanto me habían gustado de ella eran las cosas que ahora más despreciaba.

—¿Es posible que me haya equivocado tanto? —preguntó un día Arabella. Yo notaba que me miraba pero no levanté la vista de la alfombra, cuyos tonos dorados y granates latían al ritmo de mi propia sangre—. ¿Realmente me imaginé que tenías un alma más grande de la que tienes? —Otras mujeres se habrían echado la culpa. Ella no. Seguía estando espléndidamente segura de sí misma. Yo, desde el fondo de mi amnesia, no pude sino bendecir su rareza—. Me resulta difícil creer que me haya equivocado hasta ese punto —insistió—. Y sin embargo es lo que parece. Soy norteamericana, pertenezco a un pueblo enfermo de progreso. Mírame, Jacob.

Ironía como para parar un tren: Arabella pensaba que yo estaba experimentando una regresión moral. Pensaba que aquello (mi conducta desde que había vuelto) era un renacer del sentido de la propiedad: la mujer para la cama, no para la boda, según el consenso regional. Durante nuestra primera conversación mientras tomábamos el desayuno en el Metropole, sus ojos habían exhibido una franca e ilustrada decadencia. «Yo de Eva habría hecho lo mismo y tú de Adán también. Dios apostó por la vergüenza y la pérdida; ahora es cosa nuestra sacar provecho de lo que hemos ganado...» todo esto mientras untaba de mantequilla una rebanada de pan y hablábamos de Ginebra y su tía cotorreaba con Charles y el sol iluminaba el mantel blanco sacando destellos a los cubiertos. Lo supe desde el primer instante. Lo mismo que Arabella. Hubo entre los dos un continuo regocijo latente por ese saber compartido. Era morena, cimbreante, la piel blanca como la leche, las caderas un tanto gruesas. Su padre había peleado en la guerra de la Independencia contra los británicos. Ella había sido actriz, modelo de pintor, un par de veces mantenida, y siempre lectora voraz. Al final, sin un céntimo, había estado a punto de morir de neumonía en Boston. Su único pariente vivo, la pomposamente dispéptica tía Eliza, se había cernido desde Filadelfia sobre su presa con el solo propósito de buscarle un marido rico, a poder ser europeo, que se la llevara muy lejos y la descargara, a Eliza, de toda responsabilidad para siempre jamás. Arabella había aceptado todo aquello en parte por curiosidad y en parte por cansancio. Se había encaprichado algunas veces, pero nunca enamorado. Quince años de no decir nunca «no» a la vida la habían despojado de miedos... y de convenciones. En nuestra primera experiencia de cama



hicimos con mesurada avidez todo cuanto se nos pasó por la cabeza, que era —una vez hube superado mi propio asombro— gran parte de lo que podíamos hacer ella y yo juntos. Yo entonces ignoraba que el deseo podía hacer que el yo de uno se fundiera con el yo del otro. Desconocía la indiferencia del amor, la condescendencia del amor para con Dios. Arabella era un año mayor que yo pero diez años más madura. Su forma de amar tenía mucho de imperiosa puesta en práctica de un derecho inalienable. Yo, en cambio, amaba presa del miedo a perderla. El personal de Herne House no se habría sorprendido más si hubiera decidido casarme con un orangután de Borneo.

—¿Cuál es tu deseo? —le pregunté una mañana, pocos días después de casarnos.

Estábamos acostados, ella con las muñecas cruzadas sobre la frente, yo acodado en la cama, acariciando su cuerpo desnudo. (La carne parecía dotada de infinitud. Yo me sabía de memoria hasta el último centímetro de su cuerpo y sin embargo cada centímetro renovaba su misterio táctil no bien lo tocaba mi mano. La imperecedera delicia de las cosas inútiles.)

—Ser lo que soy en este momento —respondió. El sol la bañaba con una suerte de benévola inteligencia—. Una persona feliz. Quiero conversación, hierba bajo los pies, agua fresca para beber, que esto —buscó mi miembro con la mano— se yerga hambriento de mí, y un atisbo de mi muerte que me recuerde lo bella y preciosa que es la vida. Ya está. Ahí tienes el deseo completo de Arabella Jackson, es decir, Arabella Marlowe. La señora Marlowe, de hecho. ¿Qué opinas?

Los espíritus de la casa estaban sobrecogidos, horrorizados.

—Opino que para darte alcance no me quedará otro remedio que correr toda la vida —dije.

Y así, durante un año, fuimos sacando y sacando, sacando con calma y sin exceso, de aquella herencia que se renovaba sola a diario.

Luego, a mediados de julio, me fui con Charles a Snowdonia.

La pregunta es: ¿cuánto dura la incredulidad?, ¿cuánto tiempo aguanta uno diciendo «esas cosas no existen» hasta que tal cosa surge de la oscuridad y te clava los dientes? La respuesta es: no mucho. Mi madre había sido una gran devoradora de novelas góticas, pero a mí, más que los *Vathek* y los *Frankenstein* y los *Monk* y los *Udolpho*, lo que me atraía de la biblioteca siendo todavía un niño eran las diabólicas ilustraciones de *Bestiario, mitos y folclore*. El libro estaba en alemán (mi padre, monóglota militante, debió de comprarlo por las fantásticas imágenes) y yo no entendía nada de nada. Ni falta que hacía. Con las ilustraciones era suficiente. Al volver un día de Gales antes de hora (Arabella había salido a dar un paseo), me apeé rápidamente del carruaje para ir hasta la estantería donde se amontonaban y enmohecían los libros. Era una calurosa tarde de hojas temblorosas como sus sombras. El polvo no se había despegado de los tapices desde la Revolución de 1688. Allí estaba el libro, cómo no, y sus muchos años de callada —y ahora explícita— percepción sensorial. La Biblia King James. El *Ensayo* de Locke. Las obras

completas de Shakespeare. Los *Principia mathematica* de Newton. Al ir pasando las páginas del *Bestiario* noté que aquellos otros tomos se ponían tensos, arrugaban la nariz; eran una familia respetable y sabían que su vergonzoso secreto estaba a punto de ser revelado. En la caldeada habitación las motas de polvo bailaban a la luz del sol en ajetreado torbellino. Me vibraban las manos. Lo supe un instante antes de verlo.

#### WEREWULF.

En la ilustración a toda página, erguido sobre sus cuartos traseros, las fauces abiertas, la lengua marcialmente enroscada.

Cabía pensar que esto sería el remache. Pues no. Fue, por el contrario, el inicio de un breve período de enfático y aliviado escepticismo. Una cosa de lo más absurda. Cerré el libro, no como si este me hubiera revelado una terrible verdad, sino como si hubiese puesto al descubierto una mentira ridícula.

Un período breve, digo.

La transformación ya no me afecta (en total dura menos de dos minutos), pero no siempre fue así. El proceso necesita descubrirlo a uno, encontrar el encaje óptimo para cada cual. Como el asesinato, como el sexo, como todo en realidad, cuantas más veces lo haces, o te hace a ti, más fácil es. Sin embargo, no existe una pauta, una coherencia. A algunos les cuesta tres lunas cogerle el tranquilo, mientras que otros siguen pasándolo fatal décadas después del Primer Mordisco. Pero, al margen de lo que uno pueda tardar en asimilar la transformación, ningún aullador olvida jamás la primera de todas, el debut.

En sueños un lobo pequeño dormía dentro de mí y no me resultaba cómodo. Movía los talones, los codos, las patas, tratando de abrirse paso entre mis pulmones, mi estómago, mi vejiga. De vez en cuando una zarpa pinchaba algo y entonces me despertaba. Arabella quería saber qué era lo que estaba soñando. Yo sabía lo que «él» estaba soñando; soñaba con nacer. La forma y magnitud del espacio que ocupaba dentro de mí variaban. A veces sus patas se acomodaban en mis piernas, su cabeza en la mía, sus zarpas en mis manos. Otras veces era del tamaño de un gatito, caliente e inquieto como esa acidez que te roe la base del esternón. Yo me despertaba y por un momento notaba la cara cambiada, quería tocarme el hocico y no estaba allí.

Pasaban los días. Estar despierto no era garantía de nada. Supongamos que uno coge la taza del té o la rienda del caballo: es la propia mano, el propio brazo, con el aspecto de siempre. Pero algo pasa, ya sea el volumen, la tensión, o la forma de asir. Exteriormente uno no ha cambiado. Interiormente... sí. «No eres tú —me decía Arabella—. Yo soy la de siempre pero tú no.» A todo esto yo seguía hurtándome a sus manos, a su mirada. Enamorarse convierte lo desconocido en conocido. Desenamorarse implica el proceso inverso. Yo observaba cómo el misterio que llevaba dentro iba formando un escudo entre los dos. Una vez que dejas de amar, partirle el corazón al otro no es más que una tarea desagradable que es preciso dejar atrás. «Dios mío, realmente ya no me quieres, ¿verdad?» Por muy considerado que seas, la incredulidad de la víctima siempre puede resultar cómica. Y te esfuerzas por

no reír. Pero partirle el corazón a alguien a quien todavía amas es un extraño horror que nadie encuentra gracioso, salvo tal vez Satanás, caso de existir, pero hasta su gozo se vería malogrado por no haber tenido parte en ello, por el mero hecho de ser un estúpido accidente que a nadie beneficia. El Diablo busca el sentido a las cosas como cualquiera de nosotros. Una vez, de madrugada, cuando creía que ella estaba durmiendo, Arabella, de espaldas a mí, me dijo que la rodeara con los brazos. Así lo hice, ahuecando las manos sobre sus pechos y con la nariz sepultada en el recodo de su nuca... y noté que otra pizca de fe desaparecía de ella porque, pese al contacto de mi piel con su piel, algo seguía separándonos. Yo. «¿Por qué no te acercas? —me dijo, apretándose contra mí—. Aquí me tienes. Te estoy esperando.»

Tareas de lo más sencillo requerían una inmensa concentración: bajar una escalera, abrir una puerta, calzarse una bota de montar. Tenía recuerdos que no eran míos. Rodeado de niebla hasta la cintura. Árboles que pasaban corriendo. La luna reflejada en una laguna de montaña. Una muchacha yaciendo en el lecho de un bosque con el muslo desgarrado, cuerpo de muñeca desnudo sobre una verde alfombra de helechos, los ojos muy abiertos, muerta. «Jacob, ¿se puede saber dónde estás? —inquirió Arabella—. ¿Estás viendo algo?» Y sí que veía cosas. Campánulas aplastadas bajo sus arrugados y temblorosos talones. Los tres jinetes al claro de luna como un Uccello viviente. La mucosidad de su hocico había hecho un ruido. Me dormí en la butaca con el brazo colgando y desperté sintiendo el fresco y manso fluir del arroyo y la camisa empapada de sangre, caliente y pesada. Tuve que levantarme y salir de la habitación, de la casa, de ella.

Así habían transcurrido dos semanas desde mi vuelta de Gales, día tras día sufriendo la tortura de torturar a la mujer que amaba, a la mujer que me amaba. En momentos de suprema autocompasión había llegado a odiarla por ello. La última noche, al despertar con la boca abierta, la lengua fuera, el cuerpo a punto de quebrarse en la hirviente forma del lobo, la había dejado allí dormida y había salido al jardín. La luna lo sabía. La luna sabía algo que yo no sabía. La luna era una inescrutable preñez, un paliativo que no llega, un amor más astuto que el de una madre. La luna tenía un secreto que compartir. Pero todavía no. Casi. Me puse a caminar por los campos, me arrastré húmedo de rocío antes del alba. Que Arabella se despertara y viera que yo no estaba a su lado había arrancado una capa más de negación.

—Esto casi me va a matar, pero no del todo —dijo entonces, todavía con su aciaga neutralidad, mientras la criada de rostro menudo cruzaba el umbral con un jarro de rosas blancas—. Que el amor no esté a la altura de los cuchicheos de vecinos ingleses. La puta americana de Marlowe. ¿Recuerdas que eso te hizo reír? ¿Recuerdas que lo llamaste *pintoresco*?

Lo recordaba, claro. Recordaba que ese «pintoresco» me había dado acceso a una benevolencia superior; con una sola palabra el arnés que constreñía al mundo —«cadenas forjadas por la mente», que diría Blake— había caído de golpe. Ahora

Arabella estaba convencida de que yo quería algo más; ¿cómo no iba a estarlo? Yo quería algo más, desde luego. *De venas más azules, más suave, más encantadoramente blanca/que Venus cuando salió de su concha.* Juntos habíamos festejado el gozo de la carne caída. Yo sabía ahora que aún quedaba otra caída, la del gozo de devorar esa carne. (Y todavía una tercera. O así lo dijo la luna. O así se guardó la luna de decir. Aún no. No del todo.)

—¿Adónde vas? —preguntó Arabella. Me había levantado de la butaca y estaba a punto de salir—. ¿No piensas mirarme, Jacob? ¡Por el amor de Dios!

Las piernas me fallaron. Poco a poco caí de rodillas mientras la mano húmeda resbalaba del tirador de la puerta. Ella corrió hacia mí... o tal vez vez fue la bestia; el éter me robó un instante y no supe cuál de las dos. Entonces noté sus brazos y su perfume de flores de azahar, yo tenía la cara cerca de sus blancos senos *quítale la vida quítale la vida quítale la vida Dios por favor basta déjame morir quít...*

—No —dijo Arabella al tratar yo de incorporarme—. No intentes ponerte de pie.

Pero ya estaba erguido como si un espíritu me hubiera levantado por las axilas.

—Tengo que marcharme —dije, sabiendo que ella me tomaría por un perturbado—. Iré a ver a Charles.

Me di cuenta entonces de que su desapego había sido solo un experimento, la punta del pie con que había comprobado la temperatura de esas aguas emocionales. De hecho, seguía esperando que yo volviera a ella. En vano. Me miró con fijeza, aunando en sus ojos recelo, ira, preocupación, en último término perdón; reconocer que no comprendía absolutamente nada habría sido la muerte. Unas gotitas perlaron su labio superior. Pensé en su manera de mirarme cuando me corría dentro de ella, una mirada de astuta bienvenida que derivaba en sosiego infinito, gozosa confirmación. Una mujer no tiene mejor regalo que hacerle a un hombre. Y yo estaba destruyendo todo aquello.

—No es por ti —acerté a decir. Ya había abierto la puerta. El olor y peso del césped tiraban de mí como la fuerza de la gravedad—. No es por ti. Te amo.

—¿Entonces...?

—Por favor, Arabella, puesto que me quieres créeme cuando te digo que no hay nada... Tengo que...

Salí a la terraza y, de repente, vomité de una sola y desgarradora acometida. El ruido fue como un violento tajo en la tarde tranquila.

—Jacob, entra, por favor. Estás enfermo.

Cierto alivio, lógicamente, ante la reaparición de un síntoma físico: mejor mis tripas que mi alma, o que yo.

—No te preocupes —dije, incorporándome mientras sacaba un pañuelo—. Eso me ha ido bien. Disculpa, ya sé que es repugnante. Déjame un rato, por favor. Deja que vaya a casa de Charles. Pasaré allí la noche y verás como mañana todo es diferente. Concédeme esta noche para que se me aclare la cabeza.

Me daba perfecta cuenta de hasta qué punto mi voz no sonaba como debía.

Invisibles y pequeñas pesas afectaban a mi cuerpo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, saqué a la superficie la versión de mí que Arabella necesitaba, me volví hacia ella, vi una chispa de esperanza en su mirada, le tomé ambas manos.

—No pienses eso que has estado pensando —le dije—. Es injusto para los dos. Hay algo que me atosiga, algo que... Te lo juro, Arabella, no puedo quedarme aquí esta noche. Mañana será diferente, te doy mi palabra. Déjame marchar. Por favor.

No había sido capaz de mirarla a los ojos durante días. Lo hice y pude comprobar que ella todavía estaba de mi parte. Fue la suya una mirada de súplica formal, para volver a la connivencia, para renovar los tácitos votos, para que la reconociera. El verano había pintado un racimo de pecas bajo sus oscuras pestañas inferiores. En Lausana, aturcidos en la cama después de hacer el amor por primera vez, ella había dicho: «Cielo santo, qué bonito ha sido».

—Sea lo que sea, Jake —dijo—, tú sabes que estaré a la altura. No te estoy preguntando nada, te digo algo que tú ya sabes.

Por un momento me sentí completamente normal. Éramos ella y yo. Compartíamos una extravagante exención. La distancia que había entre nosotros se desvaneció. Aquellos últimos días habían sido una absurda vuelta atrás.

—Sí, lo sé —dije.

Pero la sangre me empezó a subir endurecida desde las plantas de los pies y la visión del muslo de la chica se me antojó un tesoro de rubíes desparramado, y aunque apenas eran las tres de la tarde noté ya el júbilo en lenta ascensión de la luna. Di media vuelta y me alejé por el césped.

Han matado a los zorros.

Oí un ruido fuera y fui a echar un vistazo. Habían dejado las cabezas cortadas en el porche de atrás, mirando hacia la puerta, dos con los ojos cerrados y una —la del más joven, orejas demasiado grandes para la cabeza, como los murciélagos— con los ojos abiertos. Pisadas en la nieve de una sola persona desde los árboles a seis metros de distancia. *Podemos acercarnos hasta la casa sin que tú nos oigas*. Escruté el bosque desde el umbral. Nada que fuera visible, pero la oscuridad estaba poblada de conciencia. Supuse que sería Ellis. Para sacudirse el aburrimiento e impresionar a los novatos. Una alusión a Wolfgang. Un anunciar el producto. Se supone que me toca hacer de malo malísimo, me había dicho Ellis en el Zetter. Si esto era obra suya, había sido hecho con eficacia desprovista de afecto. El centro del yo en el hombre es remoto. Imagino a Grainer viendo a su pupilo en acción y reconociendo de mala gana en su fuero interno que la antorcha ha pasado a manos de un nuevo y extraño portador.

Ya enterraré las cabezas más tarde. Ahora hace demasiado frío. Y a los zorros les va a dar igual.

Hasta casa de Charles eran nueve kilómetros a campo traviesa, y de camino —doblado por la cintura, aturdido, mareado, en ocasiones privado de voluntad— me detuve muchas veces. Cuando me tumbaba, el terreno era como una prolongación de mi piel, pleno de un frenético rumor de vida. Aquel grabado del *WEREWOLF* surgía de la hierba, de los troncos de los árboles, viajaba en los vibrantes átomos del aire. Al llegar casi a la finca de Charles, me puse a cuatro patas y me refresqué la cara —la tenía ardiendo— en un riachuelo de guijarros pulidos por el agua. Los hombros del lobo coquetearon con los míos; lo mismo las ancas, la lengua apergaminada. Pese a todo, había interludios de cordura. Guardaba dentro suficiente dosis de religión como para creer, ahora sí ahora no, que eso era un castigo, una penitencia, aparentemente por los excesos carnales pero en verdad por vivir un amor que convertía a Dios en algo desdeñable, obsoleto, optativo. «No tendrás otros dioses aparte de mí.» El primer mandamiento de Yahvé y uno que no le daba ningún apuro desarrollar: «No los adorarás ni les servirás: porque yo, el Señor tu Dios, soy un dios celoso...». Tenía todo el derecho a estar celoso de Arabella. Y no por el follar, lamer, chupar, sino porque con ella todos estos actos enaltecían el alma en lugar de denigrarla. «No sea que os convirtáis en dioses también.» La serpiente hizo una lectura correcta de la proscripción edénica. Estábamos hechos a imagen y semejanza de Dios, no esculpidos, sino en carne y hueso. Jesucristo nació de una virgen y murió virgen también. ¿Qué podía saber él? Las verdades del cuerpo nos pertenecían. El amor entre humanos no erradicaba a Dios, sino que lo ponía en un correcto y distante segundo plano.

«Y por ello, por tu maldita arrogancia, te he convertido en monstruo.» Por

momentos casi me convencía a mí mismo de que podía oír —en el susurro de los árboles, en el chacoloteo del agua, en el suave clamor del aire enrarecido— la sentencia del Todopoderoso. Pero era una sensación a la que se imponía luego una sensación peor: que donde debería haber estado el estruendoso mal genio divino había de hecho una losa de silencio grande como el universo entero. Este presentimiento del cielo nocturno como un abandonado almacén de estrellas, de la tierra produciendo flora y fauna en épica carencia de sentido, era un horror tan inesperadamente tremendo que di la espalda con cierto alivio a la convicción de la ira de Dios. *Aquel que te creó ¿creó al cordero?*

Era de noche cuando llegué a Archer Grange, la mole de dos siglos de antigüedad que Charles compartía con su madre, su hermana mayor, un tío sordo, tres mastines y veinticuatro personas de servicio. Madre y hermana estaban de veraneo en Bath. (Una suerte, porque lady Brooke veía con malos ojos mis orígenes mercantiles y la señorita Brooke veía con malos ojos a mi esposa.) Tuve problemas con Charles. Le conté que Arabella y yo habíamos tenido nuestra primera riña, que yo había dicho cosas muy gordas y había salido de estampida, que lo que necesitaba era una buena botella de la bodega Brook y una cama donde pasar la noche, que la caminata me había dado tiempo suficiente para darme cuenta de que había actuado como un imbécil, y que al día siguiente regresaría contrito buscando la reconciliación. Sí, muy bien, pero mi amigo no era ciego ni tonto. Yo estaba empapado de sudor y temblaba de pies a cabeza; qué digo, si parecía que acabara de tener un encuentro con un oso. «Tenemos que llamar al doctor Giles. Enviaré a un criado...» Discutí para quitárselo de la cabeza, pero el esfuerzo casi acaba conmigo. Solo con el ardid de confesar que había resbalado y caído en el arroyo lastimándome la rodilla y la concesión a tomar un poco de brandy caliente, ponerme una de las legendarias compresas de hierbas que preparaba el ama de llaves y acostarme temprano, conseguí esquivar al médico. Incluso así, Charles insistió entonces en cuidar personalmente de mí. Iba a casarse pronto y quería conocer detalles de mi ficticia rencilla conyugal, y mientras me aplicaba la maloliente cataplasma de la señora Collingwood yo, al borde de la risa ante mis propias palabras, inventé tonterías sobre los disparatados gustos de mi esposa en cuestión de interiorismo y sobre mi ilógica renuencia a modificar ni una sola pieza del mobiliario de Herne House. La mía fue una gran interpretación. Me hallaba en el más amplio de los cuartos para huéspedes, que daba sobre el césped con fuente y los recargados jardines delanteros de Grange. La luna saldría sobre los chopos que había al fondo. Faltaba menos de una hora. Por dos veces las ganas de destrozar la cara de Charles con mis manos casi pudieron conmigo. Solo el brandy (cuando por fin me dejó a solas para que descansara, me había bebido ya media botella) le salvó.

Permanecí no sé cuánto tiempo allí tumbado esperando la cosa que no creía que fuera a pasar y creía que pasaría y sabía que no podía pasar y sabía que tenía que pasar. El olor de la madreSelva emparrada al pie de la ventana venía a sumarse a las

fragancias de la habitación, madera antigua y ropa de cama perfumada a la lavanda. Por algún motivo decidí frenar el impulso de levantarme y caminar. La cataplasma parecía una garrapata gigante. Me la arranqué y la tiré al orinal. Luego cogí la vela de la mesita de noche para ver si la cera se derretía al contacto con mi mano. No fue así. La dejé caer al suelo. Abandoné por un momento mi cuerpo, lo suficiente para verlo tiritar en la cama. Pálido, sudoroso, las rodillas encogidas. Charles me había prestado una camisa de dormir. Quitármela me quemó, me abrasó la piel. Estupideces de la moda americana, dije. Eso me hizo reír en voz alta. A ella le habría dado igual vivir conmigo en un cobertizo. Sus oscuros ojos tenían pecas de un tono dorado rojizo. «Cuando me duermo a tu lado —dijo—, es como si durmiera dentro de ti.» Regresé a mi cuerpo. Él no era un hombre y no era un lobo. Campánulas aplastadas bajo un apéndice que no era pie ni pata, un híbrido correoso. El solitario ojo, un brillo estable de las vidas que él había segado. Y ese ojo decía: «El más profundo alimento, algo parecido al amor. Semejante al amor. Ya lo verás, ya lo verás».

Y salió la luna.

La sangre empezó a subir lentamente, mi anatomía entera apelotonada bajo la tapa del cráneo, un alojamiento imposible, un aliento creciente antes de la redistribución brutal. Vi abrirse mi boca y moverse mis dedos durante aquellos instantes de seductora semilibertad de la carcasa humana. Irrumpí hacia afuera, en tensión, fui devuelto adentro bruscamente. Eso era un nuevo oscuro franco sacramento, algo simple, práctico y directo. Había flecos de resistencia —me imaginaba lanzándome de cabeza contra el parteluz de piedra—, pero la otra cosa los quitaba de en medio. La otra cosa. En efecto. Un hermano mellizo de antes del nacimiento, alto y con una enérgica agenda de recalibrado. Llegó con necesidades no negociables, o negociables solo en su potencial expansión: mucho ahora no era garantía de mucho después. Mis hombros se movieron, aprendiendo no sin dificultad el extraño juego de la osteomorfosis, soportaron la apresurada tectónica, la sensación de convertirse en hielo y el subsiguiente espeluznante deshielo que dejaba a su paso una nueva gramática del movimiento. Hombros, muñecas, tobillos, los primeros en cambiar y los últimos en revertir el cambio. Rodé de costado. Fantasiosamente demasiado grande para la cama, pues todo estaba creciendo. Aquello que no eran uñas ni tampoco garras había rasguñado la taraceada madera de palo santo. Me dejé caer al suelo mareado por la sinfónica acometida de olores nocturnos, desde las rosas cerradas del jardín hasta los campos sembrados de excrementos. Media hectárea de trigo en el sur restañaba con líquido sonido. Gigantescas manos invisibles me agarraron el cuello y me lo retorcieron en direcciones opuestas —versión brutal de la «quemadura china» del matón de colegio haciéndote eso en el brazo—, lo que a la postre se demostró necesario para que la cabeza adoptara de un modo mágico sus descaradamente depredadoras peculiaridades. Mi gemelo lupino se impacientaba. Un ser no era nada sin un cuerpo. Los lentos cuartos traseros pusieron a prueba su tolerancia a la demora y la mía al dolor. Mi nuevo cráneo se estremeció, mis



intestinos descargaron una aflautada cagarruta humeante. Aquello era todavía él y a la vez yo, pero nos miramos mutuamente sabiendo que todo dependía de salvar la distancia entre ambos. La cooperación llegaría tarde o temprano, las dos hebras se trenzarían de forma que «nosotros» deviniera «yo», pero era derecho inalienable suyo tomar por la fuerza el momento inaugural. *Haz lo que yo diga. Harás como yo...* Muchas de sus primeras frases quedaron interrumpidas por el inarticulado apremio de la necesidad animal. Descendió como una guillotina. Yo sabía qué era esa necesidad. No había desconocimiento. No había dónde esconder el pensamiento de que yo no... de que yo nunca...

También muchas de mis frases quedaron cortadas.

Permanecí un momento en cuclillas sobre mis nuevas, largas y peludas ancas. La materia, violentada y reordenada, murmuraba su trauma en las células temblorosas. Y sucedió que la conciencia era tierna: si algo le daba un codazo o un empujón la lastimaba. *Entró en mí a la fuerza.* Pensé en las doncellas violadas de la historia... y recibí este correctivo a modo de bofetón: «Déjate de anacronismos, imbécil. El viejo mundo está muerto».

Una pausa, como si hubiera sonado una campana amortiguada. El suave tumulto de la noche cesó. Silencio y quietud absolutos. Era que él estaba sufriendo, se permitía un instante para registrar el tránsito de la vida que yo había conocido. (Para él era esta la durísima tarea que tenía que quitarse de encima lo antes posible.) Contemplé el jardín al claro de luna, las pálidas flores, el césped conteniendo la respiración. Esperé. Nada. Una vez más un silencio colosal allí donde debería haber estado la voz de Dios, de alguien, de cualquiera. «Aprende bien esta lección —dijo mi hermano—, no te la enseñaré otra vez. No hay nada. ¿Has entendido? Nada.» Y la noche volvió a respirar y a fluir. Con clarividente hastío, supe que volvería incontables veces a la pregunta de por qué y cómo, pero al mismo tiempo sabía que la respuesta la llevaba dentro. Había entrado dentro de mí como una mota de polvo tóxico que uno inhala. La vida es solo una declaración de lo que casualmente acontece. «Eso es todo lo que sabe el hombre y todo cuanto necesita saber.» Unos cuantos segundos era poco para ingerir un universo de absurdidad, pero ese fue todo el tiempo que tuve.

Un soplo de viento agitó la madreSelva, los pelos de mis orejas y de mi delirante hocico húmedo. Sentí un tirón en el escroto y noté cómo el aire salía cálido de mí sobre la lengua. Mi ano estaba tiernamente en alerta. Imaginé a mi yo humano saltando los seis metros, sentí el impacto de los tobillos aplastados y las pantorrillas hendidas, y acto seguido la fuerza nueva como un indicio de depravación. Salté desde la ventana y fui correteando hacia el claro de luna.

Los campos pasaban raudos. Hierba seca de verano y el amargor frutal de la mierda de vaca. Margaritas y ranúnculos, frágiles luces en la umbría. Reses y ovejas huían acobardadas, se apiñaban en los setos vivos. *Estas no*. De acuerdo, pero el aire estaba preñado de vida, de sangre caliente, del hedor a miedo, y la luna era una mujer cuya sonrisa y cuya entrega absoluta abrasaban de generosa exigencia. Mi larga quijada y mis híbridas manos suspiraban por lo que podían hacer. Orión se encaramó al bosque y surgió la pregunta: ¿cuándo empezó todo? ¿Viene de los griegos, acaso de los egipcios? El mito de Licaón. ¿Y no había leído yo algo sobre que las tribus de América...? Pero los árboles me abrazaron, y pronto, demasiado pronto, el olor ferroso y dulzón como de tocino de la carne y la sangre humanas hicieron que me detuviera con una sensación de embriagado aturdimiento.

Mi hermano gemelo era una caprichosa fuerza de gravedad. Hasta entonces su tirón había sido suave. Ahora, en cambio, lo notaba como si se hubiera abierto una trampilla bajo mis pies.

Bragg era el guardabosques de Charles.

Esto era su casita.

Bragg había ido a cazar furtivos.

Esta era la esposa de Bragg.

Esto era no. Esto era sí. Esto era él. Esto era yo.

La madre naturaleza no juzga. Un gusano de tierra se enroscaba y desenroscaba bajo mi híbrido pie. El aire despedía aromas —salvia, serrín, madera húmera, abono, lavanda, carbón— mientras yo me acercaba sigiloso a ella. Quince pasos. Diez. Cinco. Tan cerca como para poder mirar por la ventana. Estaba en pie, de perfil ante el fregadero, quitándole el hollín a una cacerola. Sobre la mesa restregada, los restos de la cena: media hogaza de pan blanco, cebolla cocida al vapor, muselina de queso, mantequilla, un pichel de peltre con restos de espuma. Los utensilios de cobre y latón que había en la estancia cobraban vida gracias a la buena lumbre que ardía en el hogar encalado. Un niño de dos o tres años y cabello oscuro jugaba en el suelo con una caja de carretes de hilo vacíos.

La mujer era poco más que una adolescente, muy pálida, con cara de ratón y el pelo grasiento recogido bajo una cofia. Manos finas enrojecidas de tanta agua fría. Quise recordar su nombre. ¿Sally? ¿Sara? Una vez había hablado con ella, cuando...

Fue como si él hubiera estado refrenando la fuerza, el poder de lo que éramos, para maximizar el impacto cuando la soltara. Cosa que tampoco hizo del todo. Guardó una pequeña parte a fin de que yo pudiera ser consciente de mi impotencia en medio del torrente de nuestra voluntad. ¿*Lo ves?* Lo vi. Una oleada de salvaje apetito perforó mis glándulas salivales y, como una pincelada de experimentada lascivia, dotó a mi miembro lupino de una dureza hasta entonces desconocida... pero a los pocos segundos lo tenía blando otra vez. No, eso no. Solo si ella fuera apropiada. Tú

crees que... pero no. No es...

El enfado de mi hermano se me hizo patente, como si lo llevara ceñido con un collar demasiado apretado. Mi ignorancia era una tarea exasperante que había que superar rechinando los dientes. *Si intentaras eso no funcionaría... Esto no es lo que...*

Mi polla se irguió de nuevo al verla apartar el flequillo de su cara húmeda, pero por segunda vez quedó flácida. Un momento de silencio interior total y enseguida un hambre súbita e impetuosa, la otra hambre, atronando como un tambor de hojalata. Entonces lo comprendí: el deseo era un reflejo equivocado, una fase de adaptación, se consumía rápido. El nuevo deseo hacía que el antiguo pareciera un capricho. Solo si ella fuera apropiada. Solo si ella. Follar matar comer. Follamatacome. He aquí el misterio de la Santísima Trinidad, pero solo si... solo si...

Él aceleró el ritmo del tambor. Los pensamientos se deslizaron y cayeron como nieve de un tejado. Los brazos de la chica estaban desnudos del codo para abajo. El cuello de la blusa abierto. Los tendones visibles por el movimiento de fregar. Unas piernas infantiles poco interesantes y blancas flotando a cada lado del encelado Bragg como antenas de un insecto desorientado. Tristes, pálidos dedos de los pies. Ombligo como un somero verticilo. Una muchacha callada. Los humanos llevan puestas sus historias como un microclima. Ella nunca había brillado entre sus ocho hermanos, apenas había recibido amor cuando se fijaban en ella, había permanecido informe hasta Bragg y entonces había visto la ocasión de dar el salto a la identidad. Pero su centro no estaba firme todavía. Ni siquiera parir le había dado el menor prestigio; lo había vivido como un incendio recorre un sembrado, dolores atroces que la habían dejado transida y enroscada sobre sí misma. Se pasaba horas como a la deriva, viviendo por delegación lo que sentía como ensueños ajenos, aunque ella lavaba y limpiaba y cuidaba del hijo y se abría de piernas para el hombre.

No solo vas a por el cuerpo, vas a por la vida. Quitas una vida. Y la absorbes. El más profundo de los alimentos. Algo como el amor. Ya lo verás. El espacio entre los dos se inflama, repleto de posibilidades. Sus pequeños pechos como manzanas y su delicada garganta con su vibrante yugular estaban ya en mis manos, entre mis dientes, tensos y turgentes, a punto de estallar. Yo estaba fuera. Vi cómo iba a suceder. Solo mi hermano, sujetándome con fuerza, consiguió frenarme.

Ella no.

Dejó ese pensamiento flotando tal cual, sin adornos.

Ella no.

Él corrió. Yo corrí. Corrimos. El plural y los dos singulares justificados. Forcejearon, se rompieron, mezclaron sus sangres, gozaron de instantes de unidad. Saliendo del bosque la luna me pintó desde el morro hasta el rabo, un palpable lametón de amor infinitamente permisivo que solo pedía de mí que fuera *completamente yo mismo*. ¿Hay petición más generosa por parte de un amante? Es lo que yo le había pedido a Arabella. Es lo que ella me había pedido a mí. Hasta ahora.

Él corrió. Yo corrí. Corrimos. A veces el triunvirato se disolvía y ya no era él ni yo ni nosotros, sino un irreflexivo aspecto de la noche, inseparable del viento que agitaba la hierba o de los aromas del aire, un estado —como ensimismarse escuchando música— solo reconocible cuando se sale de él.

Herne House.

Mi hogar.

Olí el sudor de los caballos a cien metros de distancia, en el establo, los oí piafar en el establo, precioso sonido el que produce el metal contra la piedra. Salvé de un salto el camino de grava y me aproximé por el pulcro césped delantero. Desde el mayordomo hasta el chico del té, había en la casa diecisiete corazones humanos. La luna daba un baño de plata a los marcos de las ventanas. El dormitorio principal estaba en el segundo piso. En esas noches de calor dormíamos con la ventana abierta. Y, en efecto, abierta estaba. El decimoctavo corazón.

Existe la idea de que con la atrocidad no puede hacerse otra cosa que describirla sin más. Hechos, no sentimientos. Queremos fechas y cifras, pero no nos habléis de la psicología de Hitler. Todo eso está muy bien cuando el cronista está al margen de la atrocidad. Pero no cuele cuando el cronista es la atrocidad.

Dormía boca abajo, con la cara vuelta hacia mí, brazo y hombro desnudos brillando de tal manera a la luz de la luna que casi parecía imposible que la claridad no la hubiera despertado. Registré de forma periférica la suntuosidad pictórica de la escena: sus tirabuzones negros contra el blanco marfileño del almohadón, los capullos lilas de sus ojos cerrados, aquel blanco brazo de Afrodita sobre el cubrecama de damasco. De forma periférica, digo, pues lo visible importaba mucho menos que lo que podía oler: su aliento a vino y su perfume de azahar; el sudor dulce-salado tras un día de mucha tensión (se había bañado por encima) y la cena apenas tocada (salmón a fuego lento, macedonia de frutas, café), su sangre de hembra intrépida, un turbador tufillo a mierda y el penetrante aroma de su hábil y sedoso coño dormido. Y lo que yo olía importaba mucho menos que lo que yo sabía: que por un momento estaría más cerca de ella que nunca, que todos los secretos serían revelados, todos los tesoros entregados, todas las vergüenzas puesta a la luz, rendida hasta la última esquirla del yo. Sabía —me llegó a través de él, esa vieja, aburrída, divina verdad— que la unión vía éxtasis no puede compararse con matar a lo que más quieres.

Mi esposa no se despertó hasta que estuve completamente dentro de la alcoba. Me

sentía por una parte rabioso de plena conciencia y por otra sepultado en el hambre como una solitaria semilla hincada en el subsuelo. Eres la cosa que no quieres ser y eso produce regocijo. Ella debería haber gritado. Con arreglo a la ficción, ella debería haber gritado. Pero la gente nunca se comporta con arreglo a la ficción. En lugar de un grito, su boca emitió un ruidito de descomunal sorpresa y repulsión, casi un hipido. Y como si tuviera todo el tiempo del mundo, se incorporó sobre un codo. Su rostro siempre había tenido esa versión distendida de sí mismo —el terror—, pero yo no me había fijado hasta entonces. Apoyé una pata en la colcha y retiré esta junto con la sábana de arriba. Mi polla se irguió de nuevo al ver su cuerpo desnudo. Babeé sobre su piel. Este espectáculo originó un extraño hiato. Ella se volvió para saltar de la cama y yo la agarré del tobillo atrayéndola hacia mí. Nada más tocarla, mi miembro se encogió. Follar matar comer. Follar matar comer. Follamatacome. Pero no con...

Me lanzó una patada con la pierna libre, falló porque yo tuve tiempo de sobra para apartarme. Era tan rápido que se podría haber pensado que adivinaba el pensamiento. Fue entonces cuando ella lanzó un grito... y me reconoció. Como yo había estado esperando. Uno no lo sabe hasta que eso que espera se produce. Ambos quedamos paralizados. Luego, ella me miró a los ojos y dijo: «Eres tú».

Y como yo sabía que ella lo sabía, y como era capaz de matar todo lo que había en ella antes de matarla a ella, y como ese era el truco para alcanzar la paz que va más allá del entendimiento, y como la única salida era empezar por lo peor de todo, me dije: Que pase lo que tenga que pasar.

Un chorro de sangre caliente brotó del muslo, dejándola salpicada de granates. No paraba de repetir «Eres tú», de modo que la agarré del cuello y la atraje hacia mí. El hambre te ciñe como un útero. Tienes que hacer de partera de ti mismo. Es preciso nacer, salir. «Saboréalo —me dijo él—. Saboréalo porque muy pronto no podrás paladear los detalles.» Deseé poder hablar con ella. Deseé con toda mi alma poder decirle «Sí, soy yo». Que no pudiera perderme ni una pequeñísima fracción de su espanto, y aunque era pequeñísima, él y yo, mi hermano y yo, la sentimos como si fuera una astilla. La dejé sin aire en la garganta y miré fijamente sus ojos. Fue increíble, buenísimo. «Saboréalo...» Pero él no me reprimió. El olor de la sangre era irrevocable. Noté que me fallaban las rodillas. Cuando no pude seguir aguantando más, la tiré sobre la cama y hundí los dientes —*ese primer, estupendo, despreocupado éxtasis*— en su garganta.

Hay, en efecto, un frenesí (nuestro poco dado a las atrocidades cronista enumeraría los hechos post mórtem: la tráquea y las arterias carótida y femoral cercenadas; pérdida masiva de tejido en torso, muslos, nalgas; intestinos reventados, riñones, hígado y corazón ausentes; laceraciones en pechos, vagina y perineo), pero el frenesí tiene un núcleo como el huracán tiene un ojo, y ahí está sucediendo otra cosa, una embelesada consunción. Sucede que quitas una vida. No puedes tragártela entera. Coges pedazos, tragos, mordiscos, hebras. La vida de Arabella Marlowe, de soltera

Jackson. Ella estaba, se podría decir, en paz consigo misma. Algo conseguido con dolor y a costa de despojarse de limitaciones. No sin algún centelleo de odio hacia sí misma —*furcia, puta*—, un relámpago en la lejanía, pero impotente contra su yo más grande, más sabio, más íntegramente humano. Recuerdos: el olor de su madre, a harina y lavanda. Un rojo campo arado bajo un cielo azul. Un caballo de tiovivo. Un mapache muerto en el jardín. Sus brazos y sus piernas se iban alargando. La llegada de los pechos la llenó de virginal orgullo. La pequeña y sorprendente perla de placer más abajo. *¿Me amáis? Lo sé, vos diréis: Sí; y yo os tomaré la palabra.* Su padre tenía las obras completas de Shakespeare. Ella se aprendía versos y se identificaba con personajes. Había un contrato de cláusulas no del todo pactadas entre el arte y Dios. Ella despertaba el interés masculino. Una vez o dos algo tímido e intenso en un hombre que podía ser un anticipo del amor futuro, un índice de las enervantes carencias del cuerpo. Posó desnuda para pintores y escultores, se desnudó también para el amante, aprendió a jugar al póquer y conoció la tosca amistad del whisky de centeno. A sabiendas de los peligros fue ganando experiencia, sufrió, se quemó, rodó por el suelo para apagarse. Forzó aún más las cosas y enfermó. Pulmonía. No había visto a tía Eliza desde hacía quince años. Surgió del interrogatorio a cargo de la muerte sabiendo que nunca volvería a estar tan despierta como una vez había soñado. Y luego Europa, Suiza, montañas nevadas, yo. Amor a primera vista.

Engullí, robé, esa riqueza que uno no pone en su haber hasta que se la quitan. Entró en mí, un obscuro enriquecerse, un festín de inmundos beneficios. Ella se resistió hasta donde fue capaz. Quería vivir. Necesitaba inequívocamente la vida. No podía llorar porque yo le había cortado las cuerdas vocales al primer mordisco. Cinco segundos. Diez. Veinte. Uno sabe por instinto cuándo la palman. (Igual que un instinto análogo te dice cuándo se corren.) Entonces la miré, le ofrecí mi cara de hombre lobo roja de sangre, de su sangre, los colmillos adornados con jirones de sus tesoros. Había dejado de sufrir. Lo decían sus ojos: estaba más allá del dolor, acodada en el pasamanos del barco de la muerte viendo alejarse el muelle. Yo jamás podría haber dejado de amarla sin convertirme en otra cosa. Pero me había convertido en otra cosa, en otro. Parpadeó, lánguidamente, una sola vez. Movié los labios. Un cachito de carne al rojo parpadeó en su mejilla. Ojos castaño oscuro moteados de oro. Y los ojos decían: «Me voy». Había superado el viejo vocabulario: asesinato, moralidad, justicia, culpa, castigo, venganza; en su periplo final estas palabras eran moneda sin valor. Decían sus ojos: «Bueno, se acabó». Un momento antes de que se cerraran, hizo un último movimiento: en el verdadero acabamiento de la vida da igual cómo llega uno a la muerte. Yo no era Jacob ni su marido ni su asesino ni un monstruo, sino simplemente la cosa que le había abierto la puerta. Ahora ella veía a través de mí y de este mundo la oscuridad final o la luz aniquiladora que todo lo resuelve. Yo ya no contaba. Sus ojos se ensancharon una vez más... para cerrarse del todo.

Durante el forcejeo debíamos de haber golpeado la mesita de noche, porque la

lámpara había caído y se había astillado, esparciendo un pequeño charco de llamas. Una de las cortinas se había incendiado y el fuego trepaba por ella consumiéndola pausadamente en su avance hacia la otra cortina. Solo noté el calor porque el de Arabella se había extinguido. No bien la luz del cuerpo se apaga, el hambre confiesa un deje de repugnancia, un realismo poscoital antes de que el acto se haya completado. Uno devora con prisa, cada vez de peor humor, despreciando la vulgaridad creativa de Dios por haber ligado la conciencia a la carne. Uno come con prisa porque el asco va ganando terreno. Y cuando uno nota en el hombro el brazo de la ley, tiene que parar, es imposible seguir adelante.

El fuego cobró fuerza. De una sola barrida las llamas dieron cuenta de la alfombra. Me vi por primera vez reflejado en el espejo de cuerpo entero ante mi banquete de vísceras. Una composición horrenda, pareja pornográfica de *La pesadilla* de Fuseli o, mejor, una sátira sobre sus excesos. El brazo izquierdo de Arabella pendía blanco, delgado, joven, milagrosamente intacto, la mano semiabierta, los dedos detenidos como en evocación de algo frágil y escurridizo. ¡Qué bella imagen!

La saciedad me tendió una emboscada. Demasiado y demasiado pronto. Una expansión postergada a fin de acomodar el botín. Ahíta de su carne, la mía se encenagó. La vida robada pasó sobre mi conciencia como la sombra de nubes presurosas. Reparé en que había levantado una pata para mantener el equilibrio. Tuve que hacer un esfuerzo para bajarla otra vez. La sangre ingerida se vuelve espesa como la melaza. Uno la lleva a cuestras, qué remedio, durante un rato. Vamos, sal, antes de que el fuego te lo impida. Noté el calor en la espalda. Una de las cortinas estaba ya envuelta en llamas.

Dejé caer los restos de aquel cuerpo sobre la cama que ya ardía. Déjalo. Abandona. Me detuve un instante en la ventana, lo suficiente como para notar el costado derecho chamuscado y el izquierdo untado de balsámica luz de luna, y luego salté, caí, me levanté y hui a la carrera.

El fuego devoró la mitad de la casa y segó la vida de nueve de los diecisiete miembros del personal. Además, y como subliminalmente se pretendía, borró las pruebas de cómo había muerto Arabella.

El pobre Charles sufrió no solo la pérdida de mi esposa (por quien sentía como mínimo un desmesurado cariño y como máximo un amor culpable), sino también la de mi amistad. Los días inmediatamente posteriores al incendio estuve, como él pudo constatar, comprensiblemente distante. Encargué a mi administrador que se ocupara de la reconstrucción y partí para Escocia al cabo de quince días. No tenía planes, tan solo obedecí al impulso de alejarme de la gente todo lo posible.

Solo llevé conmigo un recuerdo.

El cuartito de la planta baja que miraba al lado oeste del jardín había sido el estudio de Arabella. No contenía gran cosa: una librería, un buró de nogal, una de las alfombras indias más gastadas, y una butaca enorme en la que mi difunta esposa solía instalarse con su diario para escribir durante tardes enteras. El diario lo guardaba en el buró dentro de una extraña cajita de hierro junto con talismánicas chucherías de su arriesgada existencia, y aunque el escritorio había perecido en la conflagración, el cofre (y el diario) se habían salvado. Ahora está en la caja de seguridad de Manhattan, junto con mis crónicas, pero a raíz del incendio y con el paso del tiempo acabé memorizando buena parte de él. Solo consignaré aquí unas pocas líneas.

Su comportamiento es cada vez más inquietante. Otros me condenarían por guardar el secreto, pero él es tan imprevisible que temo las consecuencias de una revelación a destiempo. A lo largo de esta última semana he estado muchas veces a punto de decírselo. Las palabras son como oro bajo mi corazón, como miel bajo mi lengua: «Jacob, voy a darte un hijo».



Anoche, al cabo de un rato de dejar la pluma (*quad scripsi, scripsi*), se puso a llover. Estuvo lloviendo toda la noche y todavía llueve ahora, a media tarde. La poca luz que resta del día muestra un cielo encapotado por nubes blandas recorridas de vez en cuando por jirones de un tono más claro (*pannus* para los meteorólogos, «mensajeras» para los pescadores; doscientos años, momentos de ocio, libros). El mar parece carne veteada de grasa. En contraste, el blanco de las gaviotas tiene una pureza de espot de detergente. La lluvia está destrozando la nieve, cómo no. Queda bastante todavía aquí en el valle, en el bosque, pero las aceras están resurgiendo en Zennor. Para cuando llegue mañana a Londres, la magia se habrá casi desvanecido. La ciudad estará nerviosa y tristísima, desdeñosa de su descanso forzoso, de su sueño de que las cosas eran diferentes.

—¿Has hecho eso que tenías que hacer? —me ha preguntado Harley por teléfono hace una hora.

—Había un vacío en el historial —respondí—. Lo he llenado. ¿Quieres que lo envíe al apartado de correos, o al club?

Harley lo entendió: este diario iba a ser el último. Se acabaron las crónicas porque me acabo yo. Mala manera de iniciar la conversación. Me lo imaginé cerrando los ojos y apretando las mandíbulas antes de permitirse hablar de nuevo.

—Lo tengo todo organizado —dijo—. Pero no puedo sacarte del país hasta el diecisiete. Es dejarlo para el último momento, ya lo sé, pero no hay alternativa. Tienes tres cambios de coche entre la ciudad y Heathrow. Billete para el vuelo de Virgin por la tarde a Nueva York con la documentación de Tom Carlyle. Esa es la interferencia. En realidad viajarás en vuelo privado hasta Exeter como Matt Arnold. Hablo de documentación completamente nueva: pasaportes, permisos de conducir, número de la seguridad social, la hostia en barca. Desde Exeter...

—Me marcho a Gales, Harley.

—¿Qué?

—Lo que oyes. A Snowdonia.

—No digas ridiculeces.

—Saldré por donde vine. Una manera de cerrar el círculo.

Otra vez silencio. Tomándose tiempo para encender un cigarrillo.

—Desde Exeter —repitió, sin alterarse—, tienes opciones. Puedes tomar un avión a Palma de Mallorca y de allí a Barcelona o Madrid, o bien, si no estás totalmente convencido de habértelos quitado de encima, he previsto otros dos cambios de coche hasta Plymouth. Reggie te estará esperando hasta la medianoche del diecisiete. Te llevará al otro lado del canal, y a partir de ahí es cosa tuya.

—Has hecho un buen trabajo, Harls —dije—. Eres un genio.

—Vale, sí, pero no me vengas con esas chorradas de ir a Gales.

Lo dejé correr. Él lo sabía. Yo sabía que él lo sabía. Él sabía que yo sabía que él lo

sabía. Contemplando la cala a través de la lluvia desde el mirador de The Pines, noté cómo la impaciencia roía el afecto que siempre había sentido por él. Cuanto más lo alargara, peor iba a ser. No se puede vivir en función únicamente de otra persona sin acabar odiándola. Empecé a preguntarle por un sitio donde recoger la nueva documentación falsa, pero él me interrumpió.

—Te entregaré yo mismo los documentos. No quiero que nadie meta la pata.

—Es correr un riesgo estúpido.

—No estaré tranquilo hasta que no te los haya dado en mano. Hagámoslo a mi manera, Marlowe, por favor.

Era su concesión, al fin y al cabo. «Si te vas a morir quiero verte por última vez.» Un postrer apretón de manos antes del fin.

—¿Algo nuevo sobre Cloquet? —pregunté.

Era la primera vez que pensaba en el chico de la Magnum desde que había dejado Londres, pero al hacerlo me sentí inquieto otra vez.

—Lo hemos dejado marchar —dijo Harley—. No tiene nada. Después de soltarlo lo vigilamos un par de días, micrófonos y eso. Estuvo vacilando un poco por ahí (a propósito, la mano se la curamos nosotros) y finalmente hizo una contrita llamada a Jacqueline Delon en persona. Ella se puso furiosa por que te hubiera seguido, y le ordenó que no se moviera del hotel hasta que fueran a buscarlo para regresar a París. Veinticuatro horas después de la llamada dos tipos de la Delon se presentaron allí y se lo llevaron. Caso cerrado.

—¿Tú sabes por qué inventaron esa expresión, «caso cerrado»?

—¿Cómo dices?

—Para que la audiencia supiera que no lo estaba.

—Sigues en tus trece, Jacob. Estás persiguiendo fantasmas. Quien debería preocuparte es Ellis.

—¿No Grainer?

—Grainer sabe esperar. No actuará hasta la luna llena. Pero Ellis vigilándote sin otra cosa que hacer más que tocarse los cojones... Y en compañía de dos jovencitos con ganas de apretar el gatillo.

—Han decapitado a mis zorros.

—¿Qué?

—Da igual.

—Solo digo que tengas cuidado, Jake.

Todo arreglado, por más que los preparativos de novela de capa y espada sean superfluos y ambos sepamos que lo son. Graham Greene solía tener una relación semiparódica con los géneros que explotaba, una irónica tolerancia hacia sus requerimientos y sus tropos. Yo, inevitablemente, tengo la misma relación con mi vida. Documentación falsa, códigos y contraseñas, misiones, vigilancia, vuelos nocturnos. Película de espías. Y todo eso antes de empezar siquiera con el ceremonial de historia de terror. Si fuera una novela, yo la rechazaría junto con cualquier otro

producto de género que por definición sea injusto con la realidad. Desgraciadamente para mí, es la realidad.

He aquí la patata caliente: maté y devoré a mi esposa y a mi hijo nonato. Maté y devoré el amor, en definitiva. Eso dejaba dos opciones: ampliación o bancarrota. Pégate un tiro o apechuga. Renuncia o, como se dice ahora, traga. Bien, aquí estoy.

Fue un error. No desde el punto de vista ético, no, sino un error de estrategia. Debí haberla convertido. Era mi oportunidad. Sí, esa fue mi oportunidad. Ella habría sido mejor licántropo que yo. Más grande, más valiente, más blasfema. Todo su potencial habría salido a relucir. Ella me habría servido de guía, no al revés. Con las prisas, mi hermano erró el remedio para la soledad. Lo tenía él en sus brazos y no pudo verlo. *Llevo once años felizmente casado. Tenemos dos hijos preciosos. Disfruto de un buen empleo y de una bonita casa. Ella es mi alma gemela en todos los aspectos... salvo en uno. En la cama, a mí me gusta...* Matrimonios como catedrales se derrumban porque ella no quiere mearle encima a él o él quiere no atarla a ella a la cama. Nada cimenta el amor como el vicio compartido o la perversión en connivencia. En los años transcurridos desde que la maté y la devoré he tenido tiempo de sobra para pensar en cómo podría haber sido vivir con Arabella bajo la, digamos, luna del amor. Me la imagino con medias pálidas en un eduardiano banco de ventana iluminado por el sol, con un cigarrillo en una boquilla larga y leyendo en voz alta: «La historia de la civilización humana no deja la menor duda acerca de la íntima relación entre crueldad e instinto sexual...». Eh, no, que no era ese fragmento, sino: «Según algunos expertos, el factor agresividad en el instinto sexual responde a un vestigio de deseos canibalistas; es decir, se trata de una contribución que deriva del aparato para obtener el dominio, más interesado en la satisfacción de las otras y, ontogenéticamente, más antiguas necesidades del instinto...». ¿Lo veis? Ya os lo había dicho. ¿Y a qué hora se supone que hemos de estar en esa juerga?

Habríamos matado juntos y habríamos descollado, de eso no hay duda.

Todo apunta a lo contrario, pero yo no he dejado completamente atrás el bien y el mal. Por ridículo o cualquier otra cosa que parezca, sigo suscribiendo la expiación. Maté el amor. Al poco de hacer pedazos a Arabella y nuestro pequeño secreto fetal mi psique dictó sentencia contra mi corazón: en lo sucesivo aguantarás sin amor. Matarás sin amor. Vivirás sin amor. Morirás sin amor. No puede decirse que suene a proscripción, ¿verdad? Probadlo un par de siglos y luego me lo contáis.

Ya he dicho que ha habido y sigue habiendo un residuo de locura ética. En todos estos años he procurado ayudar a los oprimidos, ya fueran fugitivos judíos en los bosques de Polonia o peones aterrorizados en las colinas de El Salvador. Fundé movimientos sindicales en Chile y proporcioné armas a los antifascistas en España. Ya sé, no hay para tanto. Ni siquiera las SS utilizaban balas de plata. Los forofos del ocultismo entre los *Reichsführers* habrían insistido, piensa uno, pero no. En cualquier caso, salvé muchas vidas y, cuando lograba afinar la puntería, maté a muchos cerdos. Mi fortuna (reducida en un treinta por ciento con la última debacle) ha servido para

repartir máquinas de diálisis y escáners, para meter comida en la tripa de los hambrientos y vacunas en la sangre de la población de riesgo. Las fundaciones y todo el almacén filantrópico son ya autosuficientes. Y todo gracias a (muerto Dios, la ironía etcétera) las amapolas. Mi padre, director de la East India Company en Londres hasta poco antes de la guerra del Opio, había seguido el camino de mi abuelo en el negocio, de manera que yo, a su muerte en 1831, me convertí en un joven acaudalado. Había tierras, había fincas, había acciones en la propia John Company. Del opio se pasó al algodón, del algodón al carbón, del carbón al acero... es una larga historia. Opté por diversificar. Los años treinta del siglo xx fueron muy duros, pero me recuperé. Uno renuncia al amor y es capaz de una concentración casi demoníaca. Tan pronto tomé la decisión de seguir con vida, otras decisiones vinieron solas. Me haría falta movilidad, anonimato, seguridad. Dicho en otras palabras, un flujo constante de dinero. Pero de esto ya se habla en anteriores diarios. Digamos solo que ni me disculpo ni pido perdón. Soy un hombre. Soy un monstruo. Un cóctel de opuestos. Yo no pedí convertirme en hombre lobo, pero una vez que sucedió me acostumbré rápidamente a ello. Uno se sorprende a sí mismo. Se sorprende a sí mismo y luego ve que hasta la sorpresa misma era un poco fingida.

Durante ciento sesenta años renuncié a escribir sobre Arabella y la muerte del amor. Y ahora que lo he hecho, ¿qué? ¿Siento que me he quitado un peso de encima?, ¿me siento purificado?, ¿avergonzado?, ¿tal vez absuelto?

Este asunto de hablar de sentimientos está cambiando. Tiene casi un pie en la tumba, diría yo. En el diván de Manhattan, el analizado abre la boca para expresar un sentimiento y sabe que si tuviera un mínimo de decencia volvería a cerrarla enseguida. Los humanos están iniciando una fase nueva, basada en la certeza de que hablar de los propios sentimientos nunca ha servido para nada. Llamémoslo la Era Demostrativa. Bueno, yo ya no estaré aquí. Y así es como me siento, desde que me planteé la cuestión, más seguro que nunca de que mi reloj no ha fallado nunca, de que ya basta, de que es hora de partir, de que en verdad no aguanto más, no aguanto seguir viviendo y matando y recorriendo el mundo sin amor.

Soy un escritorzuelo lo bastante competente como para saber cuándo estoy en punto muerto, así que dudo mucho que ayer hubiera podido escribir más... aunque no se hubiera presentado el vampiro.

En mi forma lupina, su hedor habría resultado flagrante. A decir verdad, no lo percibí hasta que estaba a medio subir la escalera, alertado por unos anómalos crujidos en el piso de arriba.

Una ligerísima corriente de aire perfumado a nieve me sirvió para deducir que se había colado por una ventana del dormitorio. Retrocedí de puntillas cual personaje de dibujos animados, al tiempo que recorría mentalmente todo el mobiliario de la casa pensando en algo que pudiera hacer las veces de estaca de madera. (Ah, entonces, ¿es verdad lo de la estaca?, preguntaría Madeline. Pues sí, funciona. Aunque también lo de la luz del sol, o la decapitación. Ármate de crucifijos, agua bendita, ajos en ristra y latinajos... y prepárate para una mortífera decepción.) Mi pelo fantasma de *wulf* se erizó de golpe. Bueno, permitidme que lo explique con la máxima franqueza posible: hombres lobo y vampiros se llevan mal. La repulsión es visceral además de mutua y no hay excepciones, y eso sin meternos a analizar la estrategia de supervivencia de los chupasangre, su *realpolitik*, que (todo sea por el bien del análisis objetivo) no puedo por menos de admirar: hace casi tres siglos, las cincuenta familias vampiras más poderosas crearon una alianza y sellaron un pacto con la Iglesia católica. (El COMFO —o SOL, como se llamaba entonces— nació en calidad de filial eclesiástica, aunque para mediados del siglo XIX era ya una empresa laica dotada de ejército privado.) Además de pagar un porcentaje de todas las ganancias a los representantes de Dios en la Tierra (como negociantes, los nocturnos no tienen igual), los vampiros accedieron a no superar en todo el mundo la cifra de cinco mil, más o menos. Lo cual, puesto que siempre hay algún rebelde adicto a quebrantar las normas que no puede resistirse a crear nuevos congéneres, supone liquidar cada año a unos cuantos de su especie. Imaginaos focas adultas machacando a sus propios cachorros. Como contrapartida, la Cacería permite que las Cincuenta Familias operen sin la menor interferencia. Ha habido enfrentamientos, como es natural, ha habido rencillas (y lógicamente algunas trampas con las cifras), pero en líneas generales el pacto se ha mantenido en vigor. Los *padrinos* vampiros siguen teniendo el control de sus familias, y las cajas registradoras del COMFO no paran de cantar. La mitad de los contratos de «reconstrucción» tras la guerra de Irak fueron adjudicados a dedo a firmas propiedad de vampiros (de cuyos favores monetarios, querido presidente Obama, los republicanos estarán exigiendo a estas horas el pago inmediato). Una de esas empresas, Netzer-Böll, tiene una filial que fabrica armas y, de puertas adentro, está especializada en SLP, Sistemas de Lanzamiento de Plata. Hay incluso algunas sanguijuelas especialmente cínicas que de hecho trabajan para el COMFO. La Cacería los utiliza como rastreadores. De hombres lobo, se entiende. Grainer, que

pertenece a la vieja escuela, no quiere saber nada de eso.

Entonces, ¿qué coño estaba haciendo aquí?

Le sacas punta a un tronco, ¿vale?, no digo una pata de silla, ni un mango de escoba, ni un lápiz, ni un... ¡maldita sea...! Volqué el único taburete de madera que había en la cocina, lo apuntalé con un pie y descargué el otro sobre una de las patas. Nada. Probé otra vez. Un simple quejido en la juntura con el asiento. Agarré el puto taburete y lo estampé contra la campana de la chimenea. (¡Ay, aquellos muebles de pelea de saloon en las pelis de cowboys!) Efecto nulo salvo la tremenda vibración que me dejó en las muñecas. Lo puse otra vez en el suelo, dispuesto a descargar un tercer pisotón... pero para entonces ya era tarde.

Estaba en el umbral de la cocina, un vampiro joven y delgado, chato como un doguillo, pantalón de camuflaje y cazadora de motero, con piercings en las cejas y el pelo muy corto teñido de blanco, empuñando un voluminoso rifle. Digo «joven», pero como si hubiera vivido desde los tiempos de Gilgamesh. Alzó el arma y me apuntó con ella.

—Espera —dije.

—No puedo —replicó con una sonrisa.

Antes de que sucediera lo que sucedió después tuve apenas tiempo para pensar: No, es un vampiro joven. La mirada aún es viva. El tiempo no ha hecho de las suyas. Un vampiro viejo no se habría molestado en decir «No puedo». Entonces pasó lo que pasó luego.

Procedente del exterior, un alarido femenino que se interrumpió con brusquedad asombrosa.

Un silencio denso e incómodo duró dos segundos, y luego la ventana de la cocina estalló y una cabeza cercenada de mujer aterrizó sobre las baldosas, rebotando de fea manera para detenerse a los pies del horno. La larga melena negra flotó hacia atrás revelando unos ojos verdes a media asta y una boca espantosamente flácida. Colmillos relucientes de baba. Su piel empezaba ya a tornarse negra.

—¿Laura? —dijo en voz baja el vampiro.

Y de pronto una estaca de madera le abrió el pecho desde dentro con un ruido húmedo. El tipo frunció el ceño, soltó el arma y cayó de rodillas, oscurecido ya el haz de capilares de las manos, la garganta y la cara. Ellis, con ropa de camuflaje de invierno y armado de un lanzaestacas último modelo, apareció detrás de él. Llevaba la melena recogida en un moño de extraordinaria solidez.

—¿Qué tal, Jake? —dijo—. ¿Estás bien?

Expulsé lentamente el aire, dejé el taburete en el suelo.

—Pasa —dije—. Bienvenido a la fiesta.

—Mira, ya que lo dices, tomaría un trago muy a gusto.

—¿Se puede saber qué coño está pasando?

—No tengo ni idea.

Rodeó el cadáver medio rígido ya del vampiro, se acercó a la ventana y gritó:

—¡Russell!

—¡Aquí!

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—Vale. Pero le has roto la ventana al señor Marlowe.

—Lo siento, jefe. Ha sido la euforia.

Ellis no dijo nada, se limitó a recoger la cabeza cortada y lanzarla afuera. Cosa que al parecer hizo gracia a sus ayudantes. La piel del cadáver, en franco proceso de oscurecimiento, crujió suavemente.

—Permíteme que te libre de esto —dijo Ellis.

Agarró el cadáver por el cuello de la cazadora y lo llevó a rastras hasta la puerta de atrás. La descomposición de los vampiros no tiene nada que ver con esa transformación instantánea en ceniza que Hollywood se ha empeñado en llevar a las pantallas, pero sí es curiosamente rápida. Pasadas una o dos horas el único indicio de que habían venido las sanguijuelas serían unas manchitas de sangre. Fui al salón, eché otro leño al fuego, encendí un Camel y serví dos vasos de Glenlivet solo.

—¿Me guardas rencor? —dijo Ellis al volver, aceptando el vaso que yo le tendía.

—No nos emocionemos.

—Tienes razón. A tu salud.

—Chin chín.

Se sentó en el brazo del sofá y dejó el rifle del vampiro apoyado a su lado. Yo, muerto de frío y un tanto mareado por el lance con los inmortales, permanecí de pie junto a la lumbre. Vigilada por todas partes, la casa había conservado su aire de frágil santuario. Ahora, con el aire glacial que se colaba por la ventana rota de la cocina y con Ellis dentro, la magia se había perdido. Menos mal que me marchaba al día siguiente...

—Bueno —dijo él—, ¿y cuál es tu teoría?

—Confiaba en que me lo explicaras tú.

—Pues no. Tal vez tienes enemigos en Vampilandia...

—Sería la primera noticia. No tengo nada que ver con ellos.

—Pero en otro tiempo sí tenías algo que ver, ¿verdad? Si no me equivoco, allá por los cincuenta fuiste como una espina que llevaban clavada en alguna parte.

Cierto. Véase *Filantropía licantrópica*. Durante la guerra, empresas regentadas por vampiros habían pagado una fortuna a los nazis a cambio de datos genéticos de procedencia poco ética (continúan buscando una solución al problema de la nocturnidad) y otra más a los aliados a cambio de lo que quedó de todo ello al terminar la contienda. Ellos, por su parte, habían ganado una fortuna comerciando con los tesoros que el Reich se había apropiado, a lo que hubo que sumar la muy rentable actividad de sacar de Europa a criminales de guerra. (Naturalmente, al cabo de unas décadas vendieron a los judíos información sobre el paradero de aquellos nazis viejos, pero para entonces yo había dejado ya de interferir.) Al comienzo de la

posguerra yo financiaba y lideraba con frecuencia una docena de grupos dispares convencidos de que la acción directa contra ciertas organizaciones servía a sus dispares causas. Comunistas, anarquistas, partidarios de los derechos de los animales, parapolicías, teóricos de la conspiración... Durante diez años o más justifiqué para mis adentros el activismo antivampiro como iniciativa para «proteger a los humanos», un modo de compensar las pérdidas que yo mismo estaba infligiendo a los pobrecitos humanos. Es de locos, ya lo sé, pero es la verdad.

—Les tiré unas cuantas piedras —dije—. Mal genio que tiene uno. Pero bueno, eso es historia antigua.

Ellis tomó un sorbo y miró a su alrededor sin pestañear. Aparentemente, nada turbaba ese aire suyo de tener la mente en otra cosa más importante que tú. Daban ganas de abofetearle.

—Ya, pero esos tíos son muy rencorosos —dijo—. ¿Cincuenta años? ¿Qué son cincuenta años para ellos? Como si fuera ayer, o hace cinco minutos.

—Entonces quizá deberías tener unas palabras con ellos y explicarles que hay cola.

—No pretendían matarte.

—¿Cómo dices?

Dejó el vaso en el sofá y cogió el rifle. Mejor dicho, lo que yo había tomado por un rifle convencional. Sus larguísimos y ágiles dedos se pusieron a trabajar, extrajeron la recámara, sacaron la munición que llevaba. Me la enseñó: un dardo.

—Sedante —dije.

—Bingo. Si no llegamos a actuar nosotros, ahora estarías roque y de camino.

—¿De camino?

—A Pensilvania.

—¿Quéééé?

Ellis sonrió. Mejor serio, porque la sonrisa dotó a su cara de un aire como de bebé desnudo.

—Mi hermana da clases de segundo. Un chaval le cuenta a otro la historia de Drácula. Le dice que el conde vive en un misterioso castillo en los montes de Pensilvania, ¿no?, en vez de decir Transilv...

—Ya lo he entendido. Ja, ja. ¿Conocías a estos dos?

Se metió el dardo en uno de los innumerables bolsillos de la guerrera. Alcanzó el whisky. Desaparecida la sonrisa, fue como si nunca hubiera existido.

—A la chica —respondió—. Puede que sea una Mangiardi. A él no lo había visto nunca.

Mangiardi es una de las casas italianas, una de las Cincuenta Familias. Yo quizá hice volar por los aires un par de sus laboratorios, hace muchos años, pero no me cuadraba que esto pudiera tratarse de una venganza tardía. Los vampiros no se meten en esas cosas, y no por principios de ninguna clase, sino porque nueve de cada diez veces les importa un pimiento. Toda motivación nace del hecho primordial de la



mortalidad. Sin mortalidad, la motivación pierde su... motivación. Por eso los vampiros se pasan tanto rato sin hacer nada o mirando por la ventana, porque saben que a ellos no los pueden joder.

—Me deja frío, la verdad —dije—. Pero supongo que debo darte las gracias. Quieran lo que quieran de mí, seguro que no es nada agradable.

—Va incluido en el servicio, Jake. Pero mira, si de veras estás agradecido, quizá podríamos hablar de una cosilla.

—Di.

—Beneficios mutuos. Tenemos una... —Le sonó el auricular: un comunicado del comando. La cerosa cara blanca y los ojos de lapislázuli inmóviles mientras escuchaba, procesaba la información, concluía—. ¡Corto! —dijo. Y luego a mí, con el micro tapado—: Joder, no puedes dejarlos solos ni cinco minutos. —Terminó el trago y se puso de pie—. Habrá que aplazarlo, ya encontraremos otro momento, ¿de acuerdo?

El tono me habría convencido si él y yo hubiéramos sido dos ejecutivos de segunda.

—A propósito, no me gustó demasiado lo de los zorros —dije.

—Sí, lo sé. Te presento mis disculpas. Esos novatos... Lo siento, Jake, de veras.

—Y ahora me habéis roto una ventana.

—Mañana a primera hora la tendrás arreglada. Oye, en serio, reitero mis disculpas por lo de los zorros. Los animalitos siempre hacen mucha compañía. Me encantaría tener un perro, pero con la vida que llevo... No sería justo, pobrecillo. Bueno, ya hablaremos.

La tentación, no bien se hubo marchado Ellis, fue telefonar a Harley. Me contuve: el Cazador podía haber instalado un micrófono oculto. Yo había descuidado apenas un momento la vigilancia, pero no habría podido impedirlo con los vampiros aquí. Además, al cabo de unas horas, el COMFO recibiría un informe completo; Harley se enteraría sin necesidad de saberlo por mí. Lo cual, bien pensado, no me iba a hacer precisamente un favor, puesto que Harls tenía ya el pedal del estrés apretado a fondo. Esto último —vampiros atacan a Jake— solo sería una excusa para hacerle perder más tiempo y energías devanándose los sesos. Le mandé un mensaje de texto: «Audio no seguro. Solo SMS hasta nuevo aviso. Pequeño incidente. Lo sabrás por Ellis. Tranquilo, estoy bien».

Vampiros atacan a Jake. Qué ridiculez. ¡Pero si hace más de veinte años que no veo un vampiro! ¿Error? ¿Treta de la Cacería? Pero ¿y el dardo sedante? Eso era una prueba. *De no ser por nosotros estarías roque y de camino...*

De camino ¿adónde? ¿Con qué fin?

Ya está aquí otra vez, esa cosa que me fatiga, la obsesión de la vida por cortejarte, ese pretendiente que se niega a aceptar un no por respuesta. Vampiros, Jake. ¿De qué va eso? Quédate por aquí. Averigua qué diablos pasa.

Bueno, ya sé qué pasa. Pasan más cosas. Variaciones sobre la misma media

docena de temas. Solo hay seis tramas, afirma Hollywood, o doce, o nueve. Da igual, es un número finito, y pequeño. Si la cosa va de que la vida intenta implicarme de nuevo mediante la intriga narrativa, no funcionará. Yo ya no entro, voy directo a la salida.

Eché las cortinas de toda la casa. Fuera, la oscuridad, ahora que me ponía a escuchar, resonaba con el infatigable conspirar de la Vida, el rastrero *chup chup* de un nuevo ataque a mi determinación. Me produjo una intensa, peculiar y triste sensación de vacío, como cuando pillas a tu mujer en la cama con otro y te das cuenta de que no te importa, de que hace años que te da lo mismo, y sientes un poco de lástima por los dos, hasta cierto punto les deseas suerte.

Sentado otra vez en el sofá con un Camel recién encendido y un vaso de Glenlivet hasta el borde, me quité los zapatos, estiré las piernas hacia la lumbre y bostecé. Eran solo las seis de la tarde, pero el alcohol y el jaleo me habían dado sueño. Haciendo una concesión a la Vida, rememuré mis años de militancia antivampiros, rebusqué en mi memoria los chupasangre de altos vuelos a quienes pudiera haber fastidiado de manera especial. No encontré nada convincente, la verdad. Casa Mangiardi no me decía absolutamente nada y, por lo demás, estaba convencido de no haber visto nunca a la decapitada Laura ni a su joven acompañante.

Apuré el vaso, puse los pies en alto, cerré los ojos. Que les den por saco, busquen lo que busquen. La Cacería, siguiendo órdenes de Grainer (muerto Dios, la ironía etcétera) me estaría vigilando. Mi cita suicida con el maestro mata-hombres-lobo del COMFO era una semana después, y yo no pensaba faltar, con sanguijuelas o sin ellas.

Incluso apañándomelas yo solo puedo conseguir una pinta de mujer bastante convincente, pero para la cita con Harley en Londres conté con ayuda profesional.

—¿Estás seguro de que hace falta? —pregunté—. ¿Por qué no puedo llevar pantalones? Al fin y al cabo, las mujeres también llevan.

—Con pantalones te mueves como un hombre. El lenguaje corporal te delataría.

Quien así hablaba era Todd Curtis, un amigo de Harley, mientras me depilaba las piernas. Me habían dicho que lo hiciera antes de salir del Zetter. La depilación a la cera era una precaución extra y, a mi modo de ver, innecesaria.

—Mira, si llegan a acercarse tanto a mí, dudo mucho que sea por las piernas... ¡Ay! ¡Joder!

—Tres más y terminamos.

Todd, apuesto, discretamente musculoso, con el pelo oscuro rizado muy corto y un rostro enjuto de serena crueldad mafiosa, era el tipo de gay que muy pocos heterosexuales sabrían decir que lo es a simple vista... aunque una vez conocido su oficio probablemente atarían cabos. Su especialidad, la de su equipo, es el travestismo de élite. Para cine, teatro y televisión, claro, pero también para clientes particulares y concursos de disfraces. Según él, habían facturado casi un millón de euros el último año.

—Tenemos el tiempo de nuestra parte —dijo, eligiendo un tres cuartos de imitación chinchilla del perchero con ruedas que había traído su ayudante—. El abrigo hará la mayor parte del trabajo. ¿Qué tal los zapatos?

Estábamos dentro de un cubículo de masajes en un balneario urbano en Knightsbridge. Apenas si había espacio y el aire acondicionado estaba puesto a temperatura de desnudez. La peluca no picaba (Todd, sereno como Dios, me había dicho que sus pelucas no picaban), pero el maquillaje me producía cierta claustrofobia. Me habían seguido dos agentes al salir del Zetter pero les había dado esquinazo en Covent Garden. El COMFO está conectado a muchas cámaras de televisión en circuito cerrado de la ciudad, pero Harley conoce los puntos débiles. Entre esto y los cuatro cambios de taxi, era prácticamente seguro que el enemigo no me había visto entrar en Halcyon Days. No obstante lo cual, la vida de Harley estaba en juego. De ahí Todd, y de ahí mi nuevo yo.

—¡Uau! —exclamé mirándome en el espejo de cuerpo entero—. Creo que volveré yo solito al hotel.

—Sí, estás como un tren —dijo Todd sin entusiasmo aparente. Había realizado la transformación con tanto oficio como distanciamiento, y tuve la sensación de que ya estaba pensando en otras cosas, en otros hombres que convertir en mujeres—. Date una vuelta por aquí para acostumbrarte a los tacones.

El disfraz estaba a tono con mi tez oscura. Mi aspecto era el de una mujer corpulenta vulgar y corriente que, pese a haber recibido un tratamiento cosmético

estelar, continuara irradiando un no sé qué de infollable. No negaré cierta excitación. Las bragas en concreto me procuraban un enardecedor abrazo secreto. El miembro más o menos enhiesto amenazaba con delatarme. Mi querido Harley, creo que te encantará saber que...

El ayudante de Todd asomó la cabeza a la puerta.

—Ha llegado el coche —dijo.

El frustrado ataque vampiro había causado revuelo en el COMFO, pero Harley no había sacado aún nada en claro. Hubo cruce de llamadas entre el cuartel general en Londres y muchas de las Cincuenta Casas, pero las familias principales —entre ellas, Casa Mangiardi— fingían no saber nada, o realmente no sabían nada. Por lo visto, Laura Mangiardi había echado a perder sus derechos familiares saliendo con parias, vampiros de factura ilegal que habrían eludido la matanza selectiva de cada año. Los *padrinos* afirmaban estar tan molestos como el COMFO. Iban a aumentar los controles, a redoblar esfuerzos. Un lamentable problema técnico, afortunadamente sin víctimas, larga tradición de respeto mutuo blablablá. Como es lógico, Harley recelaba. No tiene ninguna importancia, le había dicho yo. Nada importa ya. Dentro de siete días...

«¿Quieres hacer el puto favor de callarte?», había dicho él.

El recepcionista del Leyland hizo dos suposiciones. Primera: que como había ido derecha a los ascensores sin dedicarle apenas una mirada, yo era una prostituta. Segunda: que, habida cuenta de mi falta de atractivo femenino, solo podía ser una prostituta del ramo ultraperverso o asqueroso.

—Tu conserje me ha tomado por una furcia —le comenté a Harley a modo de saludo. Él estaba de pie, apoyado ostensiblemente en su bastón con puño de hueso—. Una experta en coprofilia. Ah, y para que lo sepas, estos putos zapatos me están matando.

Harley sonrió, pero ambos sabíamos que no era momento para frivolidades. Yo llevaba cinco segundos en la habitación y el ambiente era ya quebradizo. (No me acompañes al andén, decimos, sabiendo lo que pasará: la obligada levedad, la conversación que no es tal, los minutos que es preciso llenar como sea.) La suite era grande, sosa y formal, demasiado azul marino en la decoración: cortinas, colcha, sofás de pana. La ventana daba a tejados encharcados, respiraderos, claraboyas, el patio trasero de un pub (sombrillas cerradas y mobiliario de plástico mojado). Quedaban unas costras sucias de nieve, francamente irritantes ahora que el gran sueño blanco había terminado.

Toda la documentación me pareció perfecta, impecable, pero después de que Harley me lanzara los papeles a la cama, donde yo me había sentado, no volvimos a hablar de ellos. Eran su última esperanza, el talismán que podía dar nueva vida a la magia. El pobre Harls había hecho todo cuanto estaba en su mano... para luego comprobar que nada sería suficiente. Guardamos silencio durante minutos enteros, creo, yo en el borde de la cama, exhibiendo nailon en mis piernas cruzadas, él de

perfil junto a la ventana, débilmente silueteado por la luz lechosa de la tarde londinense.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Me marcho a Gales. A Snowdonia. Nunca he vuelto allí.

Abrió la boca —el acto reflejo de protestar—, pero la cerró. Tanto él como yo habíamos imaginado que tendríamos cosas que decir, que encontraríamos *algo* que decir, pero, viendo que Harley seguía con la mirada fija en los tejados, supe que estaba experimentando una primera impresión de lo que sería la vida sin mí, algo parecido a ese sabor gomoso y antiséptico que queda tras la intervención del dentista. *Toda esa gente que Marlowe ha matado...*

—Yo te imagino en Sudamérica —le dije—. Pijama blanco. Mangos. Un patio polvoriento. Cielo rabiosamente azul y media docena de estáticas nubes de un blanco puro. Tú siempre buscas la belleza. Piensas que Dios no te perdonará, pero el único Dios es la belleza y la belleza siempre perdona. Mediante su infinita indiferencia.

Encendí un Camel, me miré en el espejo, una mujer medio moruna y sin atractivo, sentada en la cama fumando. En el fondo ambos habíamos creído que el hecho de ir yo disfrazado aligeraría el horror de la situación. *Y si me río de las cosas mortales es porque no puedo llorar.* El truco había fracasado como puede fracasar la música cómica en un funeral. Harley se sentó en uno de los sofás, dejó el bastón entre sus rodillas, encendió distraídamente un Gauloise y se rascó despacio la amplia frente convexa.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Venga ya, Harls.

—Un padre nunca espera tener que enterrar a su hijo.

El humo ascendió en torbellino como si tratara de concretar la representación de algo. Los recuerdos de la suite eran de agentes comerciales masturbándose y de parejas adúlteras.

—Lo siento —dije.

Y ello me proporcionó el primer atisbo de hasta qué punto iba a ser penoso y extenuante este proceso de despedirse.

—Yo también me voy —dijo él, añadiendo con satírica alegría—: Un mes de vacaciones. No quiero estar presente cuando te corten la cabeza.

—¿Y adónde vas?

—Al Caribe. Barbuda. Un enclave ballardiano. Hastiadas esposas de neurocirujanos, astronautas retirados, ejecutivos de la industria farmacéutica. En el folleto casi parece un mundo virtual. Hormigón blanco y cielo azul ultramar. Un immaculado punto final de modernidad. Me imagino un silencio compuesto por el murmullo del aire acondicionado y los humidificadores.

—Bueno, la ropa adecuada ya la tienes. Pero continuó pensando que deberías ir a Brasil. Como mínimo, por los chicos. No estás muerto, Harls, vive la vida.

—Vale, vale, cúrate tú y no me toques las pelotas.

El silencio subsiguiente fue ganando solidez hasta hacerse infranqueable. Me puse de pie, tambaleándome un poco sobre los zapatos de tacón, y vi que él pensaba no por favor, todavía no, tan pronto no, espera.

—Digamos lo que digamos, nada será lo adecuado —sentencié. Él bajó la vista. Un fragmento de ceniza le cayó sobre el pantalón—. Estamos aquí esperando que todo esto no parezca tan doloroso y de hecho lo va a ser más cuanto más esperemos.

No se movió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Dio una agresiva calada al Gauloise y expulsó el humo por la nariz. Una lágrima aterrizó en su solapa con un audible *pat*. Había que hacer algo, pero ambos estábamos como paralizados. *Si el hombre está de pie es porque no sabe volar.*

—Te lo pediré solo una vez —dijo—. Así sé que te lo pedí.

Me quedé a la espera. Alguien pasó por el pasillo empujando un carrito de limpieza. Fuera, Londres parecía ceñudo y adustamente concentrado en superar la migraña económica. Yo notaba en mí el tremendo peso de la capacidad del mundo para seguir girando, para seguir produciendo días iguales pero diferentes, suscitando guerras y conversaciones, echando bebés entre fluidos sanguinolentos y tragándose en silencio a los muertos. El inconsciente colectivo humano no puede soportarlo, eso de que «las cosas» continúen eternamente, y por eso ha decidido (inconsciente y colectivamente) cargarse el planeta. El ecoapocalipsis no es ningún accidente, sino una estrategia de la especie.

—No lo hagas —dijo Harley—. No me dejes solo. Me faltan arrestos para suicidarme, tú lo sabes. ¿Qué más te da otra década? Para entonces yo ya habré muerto. Quédate, va.

—No puedo.

—Eres un hijoputa y un egoísta, ¿lo sabías?

—Sí.

Fue a decir algo otra vez, comprendió que era inútil, cerró la boca. Luego sacó un arrugado pañuelo blanco y se enjugó los ojos. Muy despacio, dejó el vaso sobre la mesita y aplastó el cigarrillo. Cuando me miró, vi todo el temor de lo que vendría pasado ese momento. Le horrorizaba el futuro —por él mismo— y no quería mirar hasta que no le quedara otra alternativa, hasta que yo me hubiera ido. Su rostro temblaba como el agua encharcada en los tejados.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Nos despedimos y ya está?

—Sí, nos despedimos y ya está —dije.

—Tienes otra semana. Cambiarás de opinión.

—Ven.

Cuando lo estreché entre mis brazos encontré piel y huesos en un traje demasiado ancho, calvicie avanzada y olor a cuero cabelludo: un viejo. Otro olor, además, a algo medicinal como Vicks o bálsamo de tigre. Rebusqué por costumbre entre mis sensaciones y fui sacando tristeza, pesar, algo parecido a la pérdida, pero también sin duda aburrimiento y una suerte de impotencia del corazón. Mientras, mi voz interior

repetía: *basta, basta, basta*.

Ya en la puerta, me di la vuelta y le miré. Harley no tenía nada que decir, o tal vez demasiado. Se me quedó mirando, humedecidos los ojos, caídos los brazos, llenándose ya con la arena de su futuro. Cada partida es como una victoria. Esta vez la emoción fue minúscula, tenue, una birria, casi inexistente.

Harley permaneció inmóvil, sin parpadear. Dejarlo a solas con su conciencia era como dejar a un niño en compañía de un pedófilo.

—Has sido un buen amigo —le dije.

No reaccionó. Giré sobre mis talones, abrí la puerta, salí al pasillo y la cerré.

Había imaginado, al cruzar la frontera hacia Clwyd bajo un cielo cubierto de nubarrones, que encontrar el sitio exacto donde había sido atacado ciento sesenta y siete años atrás no iba a ser fácil. Había supuesto que me pasaría horas estudiando mapas, haciendo consultas a octogenarios locales, metiéndome en ciénagas, perdiéndome en el bosque. Pero estamos en el siglo XXI. Simplemente alquilé un coche, partí de Londres hacia el norte y luego hacia el oeste cruzando el parque nacional de Snowdonia hasta Beddgelert, un pueblo situado unos ocho kilómetros al sur de Snowdon y a menos de cuatro de agradable caminata del bosque del mismo nombre, donde me bastó media tarde para dar con el claro donde Charlie y yo habíamos acampado hacía tanto tiempo. Desde allí los veinte pasos hasta el riachuelo, el lugar exacto del ataque, la línea que había cruzado la Cacería (entonces Servidores de la Luz). Me senté a fumar en una roca junto a la orilla. No había más que hacer.

Beddgelert tenía escaso interés, de modo que me hospedé en el hotel Castle de Caernarfon, a media hora en coche al noroeste del bosque, con vistas a las insalubres aguas del estrecho de Menai.

¿Cómo matar el tiempo (cinco días) antes de morir?

Todos los asuntos prácticos estaban solucionados desde hacía tiempo. Las empresas pasan a ser controladas por sus respectivos consejos de administración. Un porcentaje de los beneficios va a asociaciones de beneficencia. Otro tanto, con la venta de bienes inmuebles. La fortuna personal (en estos últimos cincuenta años me he desprendido de obras de arte, chucherías, antigüedades) será repartida entre determinados individuos a los que conozco (pero que no me conocen a mí), en virtud de alguna característica sobresaliente: compasión, talento, bondad, humor, conciencia. Una parte irá a manos de gente corriente que he conocido de casualidad y que me ha caído bien. Ni un céntimo a los familiares de mis víctimas por la sencilla razón de que descubrir el origen del dinero (por muchas precauciones que se tomen, es una posibilidad) los volvería locos puesto que no querrían tener parte en ello, pero, al mismo tiempo, se verían obligados a aceptar y acabarían odiando al muerto en cuestión.

Si os quedaran solo cinco días de vida, imagino que se os ocurrirían docenas de cosas que hacer. Entre ellas difícilmente ir a ver las Iñigo Jones Tudor SlateWorks o el Museo del Aire de Caernarfon o el Foel Animal Park o el Acuario. No obstante, un poco por exponerme interiormente al ridículo y otro poco a causa de una inesperada vacuidad, pasé todo un día dedicado a visitarlos. Tomé un helado mientras lloviznaba. Metí monedas en una máquina tragaperras delirante. Tomé un té en una cafetería repleta de pensionistas mojados. Actualicé este diario. En suma, débiles distracciones contra la Maldición, que, indiferente al bonito drama de la despedida, se empeñaba en estimular mi sangre obedeciendo a la hinchazón de la luna. Y en cuanto a hinchazones y sangre, mi libido se estaba volviendo loca. Después del semifracaso de



mi último encuentro con Madeline y de los días de quietud sexual en Cornualles (nada de nada, ni siquiera una paja), pensé que el deseo había dicho definitivamente adiós. Tanatos avanza, Eros retrocede. Pues no. A los dos días de estar allí ya se me notaba en el careto casi todo el tiempo. Ponerme a hacer cola podía acabar conmigo en comisaría.

Por consultas en internet desde el móvil supe que en Caernarfon funcionaban no una sino cuatro agencias de escorts, de las que fui tirando hasta que, sobre la medianoche del tercer día, transportada incrédulamente en taxi a mis expensas en una carrera de trescientos kilómetros y con una bolsa Louis Vuitton, apareció Madeline. Le había prometido el triple de tiempo y un generoso plus en concepto de *sayonara*. Sí, Me Marchaba Definitivamente.

—Tú tienes algún tornillo flojo, nene —me dijo cuando abrí la puerta—. ¿Qué haces en este pueblo de mala muerte?

—Morirme. Toma, champán. Bébetelo y acuéstate.

—¡Caray! ¿Me dejas que me quite primero el abrigo?

—Si te parece necesario... Pero date prisa.

Maddy no era lo único que había llegado de Londres. Yo casi había puesto anuncios de mi partida y, lógicamente, el COMFO me había seguido los pasos. Agentes por todas partes, aunque, eso sí, Grainer y Ellis no se habían dejado ver. Me pregunté qué pensarían que estaba yo haciendo, a qué venía este despreocupado pavoneo. Debía de parecerles algo así como los preparativos para una fuga a lo Houdini. Dejarme ver con tanta osadía solo podía ser la tapadera del más espectacular juego de manos de la historia. A saber qué intrigas creían ellos que había tramado.

—Ay —exclamó Madeline al entrar en contacto con algo no blando una vez en la cama—. Tu maldito teléfono.

Era por la tarde del cuarto día y acabábamos de despertarnos. Las cortinas estaban echadas y oscurecía rápidamente. La noche había sido agotadora, para ella porque me la había follado cuatro veces (con inaudito aguante), y para mí porque ni follándomela tantas veces pude acallar el loco cuarteto formado por miedo, aburrimiento, tristeza y hambre, que se turnaban en ser yo y a veces no se turnaban sino que formaban un nauseabundo conglomerado produciendo un hipnótico efecto especial. Jaqueca por el champán y tripas revueltas por la coca, pero por encima de todo los primeros estremecimientos de la sangre y los primeros hipidos musculares de una inminente transformación. El lobo estaba, por decirlo así, a la vuelta de la esquina. La última Maldición.

—Por cierto, tienes un mensaje de voz —dijo Madeline—. Toma. Voy a hacer pis. ¡Madre mía, estoy hecha polvo!

El «teléfono» era, cómo no, el teléfono de Harley. La batería casi agotada. El icono de mensaje parpadeando. La antipática voz femenina no humana (una descendiente medio tarada del reloj parlante) dijo: Mensaje. Recibido. Ayer. A las. Siete. Catorce. Minutos.

Era Harley.

«Santo cielo, Jake, escucha. Hay...»

Eso era todo.

Lo puse de nuevo, una estupidez porque lo había oído perfectamente a la primera. La interrupción era radical, tecnológica. Marqué el número. Buzón de voz. Marqué de nuevo. Buzón de voz.

Fuera oscurecía a marchas forzadas. La habitación olía a moqueta, a champán sin gas, a sexo. La adrenalina se puso a bailar y a brincar en mis hombros y muñecas, me recorrió el cuero cabelludo, los testículos, las rodillas. Me quedé de pie con la mirada perdida, tratando de ver a través de paredes, kilómetros, horas, otras personas.

Marqué de nuevo.

Buzón de voz.

Maddy volvió del baño. Se había lavado la cara, cepillado los dientes y recogido el pelo con horquillas. En diez minutos estaría tan flamante como un coche nuevo. Su tiempo de recuperación es asombroso.

—Mira lo que me has hecho. Muchas gracias —dijo, volviendo la cara para que viera el mordisquito que yo había plantado en su maleable y joven cuello—. Eso es una marca, ¿vale?

—Vístete —le dije—. Te daré mil libras extra, pero solo si te vistes y bajas al restaurante ahora mismo. Necesito unos minutos.

—No puedo bajar con esta pinta.

Fui a por el vestido que llevaba la víspera y se lo lancé.

—Un billete de mil como propina. Date prisa. Yo bajaré dentro de nada.

A solas en la habitación cuando ella se hubo marchado, permanecí de pie (vestido, bestialmente despierto) con todas las luces encendidas y el móvil en la mano, tratando de no sucumbir al pánico.

*Santo cielo, Jake, escucha. Hay...*

Hay ¿qué?

Era arriesgado, pero hice una llamada a Earl's Court. Este es el contestador automático de Elite Antiquarian. Por favor, deje su nombre, número de teléfono y un breve mensaje, y nos pondremos en contacto tan pronto como nos sea posible. Gracias. «Sí, hola. Soy el señor Carlyle. Me han dicho que acaban ustedes de adquirir un *Malleus Maleficarum* del siglo XVI y me interesaría mucho verlo. Llámenme por favor al...» No tenía sentido no dar el número del hotel. El COMFO conocía mi paradero, y si tenían controladas las llamadas de Earl's Court sabrían también lo de Harley. Colgué y llamé a su club. Pues no, el señor Harley no se encontraba allí. ¿Deseaba dejar un mensaje?

*Santo cielo, Jake, escucha. Hay...*

Harley no era amigo de estratagemas. Quería hacerme volver a Londres para que recapacitara. Estaba desesperado. ¿Tan desesperado como para recurrir a semejante mensaje? Quizá sí. *Eres un hijoputa y un egoísta*. Dicho de la manera como solemos

decir esas cosas, con un deje de cariño. Pero en el fondo lo decía en serio. ¿Y por qué no? Era la verdad.

Encendí un Camel. Separé las cortinas y miré al exterior. Anochecer. Lluvia. Faros de coches. Peatones con paraguas. De vez en cuando uno contempla el mundo y sabe que sus dioses se han largado a otra parte. Se nota en su personalidad de niño abandonado demasiado pronto que logra sobrevivir a un precio demasiado alto.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Madeline—. Déjame entrar un momento.

—Joder, maldita sea.

Abrí la puerta. En una fracción de segundo pude ver a Ellis con un extintor de incendios en las manos y a Grainer sujetando a Maddy. Después, el extintor me golpeó de lleno en la cara.

No quedé fuera de combate pero sí en tierra y, debido al tremendo impacto del golpe, lo suficientemente aturdido como para que Ellis pudiera esposarme las manos a la espalda. Grainer condujo a Maddy a punta de pistola hasta el sofá, la hizo sentar y se situó detrás de ella con la boca del silenciador apoyada en su nuca. Muebles, cortinas, lámparas, adquirieron de pronto una tensa capacidad de percepción. Debo decir que Madeline supo mantener la boca cerrada. Tuve la impresión de que no era la primera vez que estaba en compañía de hombres armados, cosa que me hizo sentir ternura por ella... y lamentar no haberla besado más.

Grainer estaba más delgado que la última vez y por ese motivo se le veía más apuesto. Una espesa mata de pelo negro lustroso entreverado de gris, la cara ancha, ojos pequeños y duros de color castaño, cutis con marcas de viruela. La parte de sangre india norteamericana contribuía a los bonitos pómulos, a la inescrutable distancia. En los Dolomitas había llevado prendas de combate ligeras y gafas de visión nocturna. Aquí iba de gángster acicalado con pantalón informal oscuro y chaqueta negra de buena calidad.

Escupí un diente sanguinolento. Tenía la nariz rota.

—No te preocupes, Madeline —dije, con la boca aplastada—. Vienen a por mí.

Ellis buscó el regulador de potencia de la luz y disminuyó un poco la intensidad, al parecer no por otro motivo que su propia sensibilidad estética. Luego agarró la silla del escritorio, la colocó delante de mí y tomó asiento. En una película empezaría a limpiarse las uñas o pelaría una manzana. En la realidad no hizo más que quedarse allí sentado, los codos apoyados en las rodillas, relajado pero listo para actuar.

—Bien, la cosa está así —dijo Grainer—: sabemos lo de Harley.

Un cambio estructural instantáneo. Como si hubiera desaparecido una pared, o una puerta, y entrara el frío.

—¿Está muerto?

—No intentes manejar esto, Jake. Tú ahora eres el copiloto.

Pensamos que el horror hace entradas espectaculares. Y no. Aparece de la manera más prosaica. Ya en los primeros segundos uno sabe que le encontrará el sitio adecuado. Recordé (¿cómo no?) la cara de Harley al despedirnos, lo frágil que me había parecido entre mis brazos. Me sentí recorrido por una especie de hastío, como si el corazón hubiera desprendido un estimulante que no estaba surtiendo efecto. Y, simultáneamente, la deprimente certeza corporal de que se me exigiría algo, de que tendría que hacer algo.

—Conocemos tus intenciones para mañana por la noche, Jake —dijo Grainer—. Aceptarlo sin plantar cara. Debo decirte que no nos gusta.

—Sería pan comido.

—Por ahí va la cosa. ¿Sabes que lo he soñado un montón de veces? Tú estás en un bosque, sentado a una mesa de picnic, transformado por completo a plena luz del

día. Cuando yo salgo de entre los árboles, tú te alegras de verme. Qué digo, hasta me saludas agitando el brazo. No, a ver, te corto la cabeza, ¿vale?, pero tú sigues allí sentado, tan risueño. Un sueño de lo más deprimente.

—¿Desde cuándo sabes lo de Harley?

—¡Uf!, años. No tuvisteis mucho cuidado, que digamos. Eso también fue pan comido.

—¿El qué?, ¿la vigilancia?

—Todo. Teléfonos, móviles, el piso de Earl's Court, el club de Harley. Joder, tío, si os hemos puesto micros una docena de veces.

Un cierto alivio, claro. No se puede vivir temeroso de algo durante mucho tiempo sin empezar a desearlo.

—Entonces la historia del francés, ese imbécil de Cloquet, ¿era todo un montaje?

Las preguntas se amontonaban, pero solo importaba una: ¿qué le habían hecho a Harley? *Santo cielo, Jake, escucha, hay...*

—Menudo papanatas —dijo Grainer, meneando la cabeza—. No, lo que te contó Harley era verdad, hasta cierto punto. Cloquet te estaba siguiendo en París, y el agente del COMFO lo seguía a él. Harley solo ignoraba una cosa: que nosotros estábamos al cabo de la calle de todo. Hemos sabido tu paradero casi sin interrupción desde 2003. Gracias a Harley, sin que él lo supiera, teníamos vigilancia gratis. En fin, el caso es que cuando vimos que Cloquet pensaba quitarte de en medio, se lo impedimos. Yo personalmente, de hecho. Ya sabes que te considero de mi exclusiva responsabilidad, Jake.

—¿Y de dónde ha salido Cloquet?

—Es el novio de Jacqui Delon, bueno, uno de ellos. Cocainómano y gandul. No sabemos más. Parece que ella se cabreó bastante cuando supo que te había amenazado con una pistola.

—¿Eres espía? —me preguntó Madeline en voz baja.

—No —respondí.

—Te presento a un hombre lobo, nena —dijo Grainer—. Imagino que se lo habrás contado, ¿eh, Jake?

—Pues mira, ya que lo preguntas, sí.

Me sentí cansado otra vez. Maddy haciendo tensas cábalas, como reflejaban sus ojos. Deseé sinceramente que no la mataran. Sobrevivir a esto podía ser la experiencia epifánica que la sacara de la prostitución.

—No es modo de poner fin a una guerra, Jake —dijo Grainer—. Quedarse sentado y...

—¿Que pase lo que tenga que pasar?

—¿Que pase? Eso no vale para el universo.

—Así es como termina el mundo —dije yo.

—El tuyo no, amigo. Eres el último de una magnífica especie. Le debes algo mejor a la historia.

—No hay historia, ya lo sabes.

—Claro que la hay. La que tú y yo escribimos, Jake. Es responsabilidad nuestra.

Ellis asintió y dijo:

—Que la vida carezca de sentido no significa que no podamos vivirla como algo pleno de sentido.

—Caramba —dije—, deberías patentarlo. A ver qué te parece esto otro: Para trabajar aquí no hace falta estar majara, pero ayuda.

Finalmente, la rabia empezaba a recorrer mis vasos sanguíneos. Suscitada no por la banalidad de Ellis (ni por la arrogancia de Grainer), sino simplemente por verme forzado a algo cuando lo único que yo quería era nada.

—Muy bien —dijo Grainer—. Ahora Madeline bajará un momento con nosotros. Tú te quedas aquí sentado. Te la mandaremos de vuelta con la llave de las esposas y la información que vas a necesitar.

—¿Información?

—Sobre Harley. Madeline, si haces lo que se te dice, podrás marcharte tranquilamente. Si la jodes o intentas algo, te mato. ¿Has entendido?

Maddy asintió, tragó saliva. Sus pequeños orificios nasales se ensancharon. Según le indicaba el cañón del arma, se puso de pie sobre sus tacones de aguja. Un temblor apenas perceptible en las rodillas. Ellis se levantó y fue a dejar la silla donde la había encontrado.

—No te muevas de aquí —me dijo Grainer—. Ella volverá enseguida.

Me dispuse a esperar. La habitación esperó conmigo. La luna llena que había de lucir la siguiente noche empezaba a dar tirones, bofetones, pellizcos. Suele ocurrir en las horas previas a la transformación, espasmos fantasma, como si los músculos y los huesos tomaran la delantera del cambio. El monstruo conoce la duración de su espera como un perro conoce la longitud de su correa, pero, al igual que el perro, tira y se asfixia. El diente que había perdido empezaba ya a crecer de nuevo con un fibroso cosquilleo. Información sobre Harley. Lo tendrían encerrado en alguna parte. «El trato es el siguiente: él vivirá mientras tú sigas con vida. Renuncia, y adiós Harley.» Idea de Ellis, seguro. Un plan de sencilla simetría pergeñado desde su remota estatura. Yo había imaginado... ¿Qué me había imaginado yo? ¿De rodillas como Ana Bolena mientras la espada de Grainer hendía el claro de luna? ¿Acaso sentado en la postura del loto sonriéndole al cañón de una pistola con bala de plata en la recámara? En cualquier caso, *cediendo*. Quietud, estrellas en el cielo, veneración por la benevolente indiferencia de los últimos detalles. Una muerte dichosa.

Se abrió la puerta y entró Madeline, sola, llevando una pequeña bolsa de viaje. Y la llave de las esposas. Cerró la puerta, dejó la bolsa en el suelo. Luego me ayudó a ponerme de pie y me quitó las esposas. Todo ello, me di cuenta, siguiendo instrucciones precisas. Madeline irradiaba un calor húmedo. Sus pechos, cuya parte superior mostraba el escote del vestido sin espalda, estaban casi mojados. Se le había escurrido un mechón de pelo. Era conmovedor verla así, despojada de su yo

profesional, una chica humana, asustada. Y peligroso también: esa tosca humanidad la hacía erróneamente apetecible. Ahora que se había visto forzada a una intensidad desconocida, yo tendría que matarla y devorarla. De un modo o de otro, mi relación con ella tocaba a su fin.

—Tengo que decir una cosa —empezó—. Es lo que ellos me han dicho que te diga: «Tómalo como un incentivo». Y ahora se supone que debes abrir la bolsa.

Ella no la había abierto. Siguiendo instrucciones. La habría subido en el ascensor negándose a saber que viajaba con ella, negando la mano, el brazo, el hombro que la sostenía, todo ese lado de su cuerpo. Porque, naturalmente, el animal inferior que había en ella lo sabía. Lo sabía el animal inferior, y el animal superior se ocupó de levantar el obstáculo para negar la evidencia. Guardó silencio mientras yo me agachaba para abrir la cremallera, se recostó en la puerta, los hombros desnudos ligerísimamente más elevados de lo habitual. Sabía por instinto que este era un momento muy especial; era probable que ella dejase de ser la misma a partir de entonces. Esa posibilidad hacía que se sintiera viva de un modo nuevo, como si de repente la hubieran elevado unos cientos de metros por encima del suelo. A pesar de todo, una parte de mí se preguntó en qué podría convertirse Madeline. Es este agotador impulso lo que me tiene harto, este inevitable interesarse por las personas. Te gusta la vida porque es lo único que hay, había insistido Harley. Dios no existe y ese es su único mandamiento.

Dentro de la bolsa de viaje había una segunda bolsa, de plástico duro transparente, bien cerrada con cinta adhesiva. Y dentro estaba la cabeza de Harley.

Tenía una nota pegada encima de la boca. El mensaje estaba escrito con rotulador negro: NO HA SIDO INDOLORO. NO HA SIDO RÁPIDO.

—Dios mío —exclamó Madeline. Estaba en pie, los hombros ligeramente encorvados y las manos pegadas al diafragma—. ¡Esto es la hostia!

El rostro había sido golpeado a conciencia. Y a placer, supuse yo. En los surcos del plástico había pequeñas burbujas de sangre, como a veces en la ternera envasada al vacío del supermercado. Se habían asegurado de que los ojos estuvieran bien abiertos.

«Quédate», me había dicho Harley.

Sería reconfortante afirmar que me puse a llorar. No lo hice. Aquello tan solo puso al día el inventario de todas las cosas que debería haber sentido pero no sentía. Abrí la bolsa con mucho cuidado, metí la mano y arranqué la nota. Lo quisiera o no, me vino a la mente la imagen de mí mismo pegando esa nota sobre los labios de Grainer después de darle caza y matarlo, y esa era la idea. Mejor dicho, la idea de Grainer. Porque Ellis hubiera dejado a Harley con vida. Ellis apostaba por la culpa, la conciencia, la responsabilidad... mías. Grainer apostaba por la venganza tipo ojo por ojo, diente por diente... mi venganza. Nuevo y Antiguo Testamentos, respectivamente.

—Jake —dijo Madeline—, ¿todo esto es real? Dime que no, ¿eh?

Le cerré los ojos a Harley. Qué remedio. Abiertos, los ojos de los muertos son una farsa, una parodia, convierten al difunto en un tonto. Abiertos, los ojos de los muertos hacen la más indecente de las restas, muestran a la persona sin su vida. Supe que en ningún momento había creído realmente que Harley se recuperaría de mi muerte en soledad. Los peores horrores confirman esa sospecha que uno ha ocultado incluso para sus adentros.

NO HA SIDO INDOLORO. NO HA SIDO RÁPIDO.

Estoy acostumbrado a ver el cuerpo como un objeto separable por medios violentos en sus partes constituyentes. Para mí un brazo arrancado no es más desgarradoramente triste que para vosotros un muslo de pollo. Pero, bueno, era Harley (lo que quedaba de él), un rotundo testimonio de las profanaciones sufridas; un testimonio absurdo, puestos a verlo de esa manera. Los torturadores natos sueltan risitas mientras trabajan; la estúpida obediencia del cuerpo a la física (tira fuerte y arrancas esto; aprieta fuerte y aquello revienta), contra la cual los matices personales de la víctima no cuentan, contiene una de las bases de la comedia: la sumisión del espíritu a la carne. Uno puede cortar una cabeza y meterla en una bolsa o clavarla en lo alto de un palo o jugar al voleibol o al fútbol con ella. Además de otras cosas, es cómico. También de eso estoy cansado, de la friabilidad de los límites, de la cercanía de los extremos opuestos, de la deprimente facilidad con que la pena muda en risa, el bien en mal, la tragedia en farsa.



A todo esto, Madeline parecía hacer acopio de energías rebeldes. Era evidente que, si se quedaba, el susto y la conmoción darían paso a una exigencia de coherencia. Con sumo cuidado devolví la cabeza cortada a la bolsa de viaje, cerré suavemente la cremallera y, por una arraigada y estúpida costumbre, se me ocurrió que la oscuridad sería un alivio para él.

—Tienes que marcharte —le dije a Maddy.

—¿Quién es?

—No importa.

—Hemos de llamar a la policía.

—No, es mejor que te vayas. La policía no pinta nada aquí.

—Pero...

—Nadie te hará ningún daño, te lo aseguro. Vete y deja que me ocupe yo.

Entendí que su organismo se había venido temporalmente abajo. Cogí todas las cosas suyas que pude encontrar y las metí de cualquier manera en la bolsa Louis Vuitton mientras ella permanecía pegada a la puerta.

—Ese tipo ha dicho que eras un...

—Son palabras en clave. Cosas de agentes.

*Te presento a un hombre lobo, nena.* Lógicamente eso le había calado. Y, lógicamente, había hecho la asociación.

—Sí, pero tú has dicho... Todo ese rollo. Son patrañas. Esas cosas no existen.

La última frase con escasa convicción, casi en forma de pregunta.

—Por supuesto que no —dije—. Es un truco que suelo utilizar. Pura rutina. Olvídalo. Vamos. Ten, coge esto.

Seis mil libras. Se acercó y cogió el dinero, pero como aturdida. Tenía la cara húmeda, las blancas manos preciosas con sus venas. Tuve que llevarla yo mismo hacia la puerta para impedir que parara, rebobinara, reflexionara. Al final la saqué casi a empujones. Era altamente probable que acudiera a la policía nada más salir a la calle.

De ahí que recogiera yo también mis cosas a toda prisa y bajara a pagar la cuenta. Luego metí mi bolsa y mi equipaje en el maletero del Vectra y arranqué. Rumbo al sur. Sin un plan concreto, solo la repentina necesidad claustrofóbica de dejar atrás la atestada ciudad y llegar a los despejados espacios de la costa.

Era de noche, llovía. No dejaba de pensar en que hablaba de todo ello con Harley... solo para caer en la cuenta de que él estaba muerto. Un *loop* mental reforzado por el mantra bisilábico que entonaban los limpiaparabrisas: *chichac, chichac, chichac*. Supongo que sentí algo parecido a la pena (o quizá fue autocompasión), el caso es que tomé el fiel volante del coche y su olor a vinilo nuevo por solidaridad antropomórfica. No derramé ni una lágrima. Las cosas reales no me hacen llorar, eso solo me pasa con lo falso o lo sensiblero. En este sentido soy como la mayoría de los humanos civilizados. Seguí conduciendo fluidamente, devoto de los pequeños actos, sin abandonar el *loop* de imaginarme hablando con Harley de lo

ocurrido y cayendo luego en la cuenta de que estaba muerto. Un vacío gigantesco vino a sustituirlo cuando dejó de funcionar.

La carretera seguía la línea de la costa. Al oeste la bahía de Caernarfon y el mar de Irlanda, luces de barcos de vez en cuando, un petrolero o dos. Al este y al sur el terreno ascendía hacia otra ristra de colinas hambrientas de vocales: Bwlch Mawr, Gyrn Ddu; Yr Eifl. Me venían siguiendo desde que había salido del hotel. Una furgoneta negra, cosa rara, pues la Cacería siempre utilizaba vehículos más rápidos.

*Tú te alegras de verme. Un sueño de lo más deprimente. No me gusta nada la idea.* Naturalmente que no. Cuarenta años preparándose para vengar la muerte de su padre. Una venganza indigna de tal nombre si el asesino te lo iba a agradecer. De ahí el truco de provocar en el asesino algo diferente a la gratitud.

La pregunta era: ¿había funcionado? ¿La muerte de Harley (o, como yo infiero, tortura y muerte) era suficiente incentivo como para soliviantar al lobo?

Según parámetros humanos, una respuesta negativa me convertiría en reo de obscena debilidad. Harley, ese hombre que había dedicado su vida a protegerme, que me había querido, cuyo amor había explotado yo cuando me interesaba y bloqueado cuando no, ese hombre que se había dejado mutilar hasta la muerte por mi bien. Yo conocía a su asesino o asesinos, tenía medios y experiencia para vengar ese infame crimen, y si no lo hacía yo no lo haría nadie.

Pero mis parámetros no son humanos, ¿cómo podrían serlo? La idea de oponer resistencia a Grainer la siguiente noche atenuó el agarre de mis manos en el volante del Vectra. Toda venganza entraña una cierta fe en la justicia, fe de la que yo carezco. (Mi filantropía de monstruo, mis buenos actos de licántropo, no cuentan. Eso es un vestigio, un hábito, un moribundo sistema de contabilidad personal. No es por principio alguno, lo hago porque me proporciona el equivalente moral de una paja.) Sabía qué era lo que debía sentir. Sabía que debía hacérselo pagar a Grainer (y a Ellis, porque seguro que él también había intervenido). Pero «deber» y yo cortamos definitivamente el día que maté y devoré a mi esposa embarazada y decidí seguir viviendo.

Me desvié de la carretera principal a la altura de Trefor. El vehículo del COMFO me siguió, y luego se detuvo unos simbólicos veinte metros detrás de mí cuando aparqué en el extremo del pueblo que daba al mar. Yo estaba sudando. La Maldición tocaba ráfagas de free jazz en mi corriente sanguínea, en mi piel de gallina. La mano que alcé para enjugarme la cara era el fantasma impaciente de la otra mano, esa cosa híbrida, gruesa, elegante, terminada en garra. Quedaban menos de veinticuatro horas para la transformación. El coche estaba inundado de mi calor corporal. Salí.

Mejor. Aire frío, lluvia. Manos, garganta, cara, cuero cabelludo, todo más fresco. La playa estaba cerca. Un caminito blanco llevaba hasta allí. Los faldones de mi abrigo restallaron cuando eché a andar. Una puerta de la furgoneta se abrió, se cerró. Pronto iba a ser insufrible, esa manera tosca, primaria, de seguirme; cosas de Grainer, seguramente, para darle un toque aún más satírico y fastidioso, pero ahora no podía

pensar en ello. Solo había una cosa en la que pensar, una sola cosa que decidir.

NO HA SIDO INDOLORO. NO HA SIDO RÁPIDO.

Tras un montículo herboso aparecieron pequeñas dunas. Y, de repente, el fresco aroma del mar encrespado. El viejo superviviente del Somme se agitó: aire salobre de Margate había entrado por la ventana para mezclarse con el delicioso sabor de la entrepierna de su chica. (Los recuerdos de mis víctimas obstruyen mis arterias. Estoy a tope, le dije a Harley. He alcanzado el puto *plenum*.)

Una boya repicó en la oscuridad, amortiguada por el viento y la lluvia. El titilar de las luces de un petrolero evocó la imagen de una pequeña cocina, jerséis trenzados, tazones metálicos, humo de tabaco de liar. Oí rumor de un helicóptero tierra adentro, su sonido como una ametralladora vomitando fuego sin cesar.

¿Y cuál es mi motivación?, quieren saber los malos actores. Grainer me había proporcionado una muy legítima. *Yo he matado a tu amigo, ahora tú querrás matarme a mí.*

Casi. La mecha que conectaba con la adecuada bomba emocional prendió, crepitó, fulguró durante unos cuantos latidos y luego titubeó, chisporroteó hasta extinguirse. No fui capaz de darle suficiente sentido. No fui capaz de darle sentido alguno. Vengar un asesinato suponía que la víctima gozaba de suficientes años después de muerto como para agradecer tus esfuerzos. Y no, los muertos no gozan de nada semejante. Los muertos no van a ningún lado, salvo a tu propio interior en caso de que seas el monstruo que les ha quitado la vida y los ha devorado. Ese es el regalo que debí haberle hecho a Harley; mejor dicho, él a mí. Al menos así habríamos estado juntos al final.

Me encaminé tierra adentro, liviano de corazón y pesado como el mar Muerto, mientras pensaba: Muchas gracias, Grainer, pero no... Y entonces sucedieron dos cosas.

La primera fue que al meter las manos en los bolsillos del abrigo encontré en uno de ellos el gorro que Harley había insistido que cogiera aquella noche de nevada. «Se te va a helar la cabezota, tonto del culo», me había dicho. Puesto que él me quería y yo no, habíamos adoptado respectivamente los papeles de padre irascible pero amatísimo e hijo taciturno y temperamental. La cosa había empezado tímidamente, en plan burla, pero como tantas cosas que empiezan así había absorbido parte de la sustancia emocional que pretendía satirizar. Y este recuerdo —con la perversidad con que suelen manifestarse esas cosas— me traspasó, me penetró, instaló un dolor físico en el lugar vacío que debería haber ocupado la energía para ir a por Grainer.

La segunda cosa fue que el agente del COMFO, que me había seguido y ahora estaba apuntándome rodilla en tierra a menos de seis metros de distancia, hizo fuego.

Sentí un pinchazo en el muslo, como una cuchillada, transcurrieron tres segundos eternos de algo como una leve indignación, y luego se apagaron todas las luces.

No sé qué utilizarían, pero la primera vez se equivocaron con la dosis. Recobré en parte el conocimiento, lo suficiente como para deducir —por la vibración, el ruido, la forma del techo— que me encontraba en el helicóptero. Estaba atado de brazos, piernas, pecho y cabeza. Una voz de hombre (seguro que de vampiro no) dijo en francés: «¡Hostia!, está despierto». Luego noté el picotazo de una aguja y todo se volvió negro otra vez.

Cuando desperté transformado lo primero que noté fue un olor a óxido, a combustible y a algas. Yacía espasmódico boca arriba en una mesa metálica y ya no estaba atado. Pero sí desnudo. Hombros, pantorrillas, cabeza, manos y caderas impulsaban la sangre metiendo prisa a los huesos para que se adaptaran a la exigencia metamórfica de la Maldición. Todas mis vidas consumidas se agitaron. El mundo parecía extrañamente ondulante. Pensé: Bien, espero que estéis preparados, secuestradores de mierda, seáis quienes seáis. Y entonces, desgarradoramente ávido de carne viva, aullé y rodé de costado.

Unas lámparas halógenas me permitieron ver que estaba en una jaula.

En lo que parecía la sentina de un barco.

Me estaban filmando.

Al otro lado de los barrotes había tres hombres y una mujer y sobre sendos trípodes dos cámaras con sensor de movimiento. Uno de los hombres era el agente que me había sedado: treinta y pocos años, carita de cobaya enojado, piercing en la nariz y gorro negro de lana. Los otros dos eran skinheads corpulentos con uniforme de trabajo y botas Timberland. Uno, el de los brazos cubiertos de pelusa dorada, tenía una inquietante mirada vidriosa. El otro parecía un niño, con sus ojos asombrados y el mentón con hoyuelo. Ambos iban provistos de rifle automático y pistola.

La mujer llevaba un pantalón blanco ceñido y un top rojo sangre, más ceñido todavía. Era Jacqueline Delon.

En diez años había cambiado poco. Delgada, senos pequeños, abdomen minúsculo y rostro enjuto. Pelirroja, con el pelo cortado al estilo chico como solo las francesas parecen ser capaces de llevar. La última vez que la había visto, en Dubai, unas gafas de sol le tapaban los ojos, y mi deducción —que sufría de estreñimiento y era sexualmente perturbada, en el sentido positivo de la palabra— se había fundado (fantasiosa y lánguidamente) en su boca de labios finos y en el patente narcisismo de su porte. No obstante, ahora sí pude verle los ojos: eran pequeños y de un color verde turbio, llenos de insomne inteligencia, un brillante primer plano de compulsiva picardía sobre un fondo de... ¿de qué? Tal vez miedo a la muerte, autoevitación, culpabilidad por ser rica, soledad, hambre de amor... quizá puro y simple aburrimiento.

—¿Puede hablar? —preguntó, en francés, a sus compañeros el skinhead con cara de niño.

—No —dijo la Delon—. Pero entiende, o sea que no digas nada que luego puedas lamentar.

Nada más oír esto, y sin previo aviso, me lancé gruñendo contra los barrotes.

Debo reconocer que Jacqueline apenas dio un respingo. Los hombres —sin excepción— retrocedieron de un salto, los dos tíos cachas con el arma a punto, el Sedador con un hilarante gritito de soprano.

Me calmé de inmediato, cejé en mi agresividad, moví la cabeza en plan «hay que ver lo que he hecho», recuperada en parte la dignidad. La mesa sobre la que había yacido era, como pude ver, un enorme cajón de embalaje. Volví a ella y me tumbé con las manos juntas sobre el abdomen, los tobillos cruzados. Jacqueline rió con encantadora y contenida musicalidad.

—¡Joder! —dijo el skinhead con cara de niño.

—Está jugando con vosotros —dijo Jacqueline. Y luego, al Sedador—: Por el amor de Dios, no seas crío. Apaga las cámaras.

A pesar de mi aparente despreocupación, el hambre me tenía rabiando. Y estaba metido en una jaula. Adelanté mentalmente unas horas hasta la típica escena de «mono» de toda película sobre adictos al caballo. «Tío, venga, dame algo, cualquier cosa, colega. Si no no salgo de esta, tío. Dios, cómo duele...»

Jacqueline se aproximó y rodeó los barrotes de la jaula con sus dedos de uñas rojas (a juego con la blusa).

—Jacob —me dijo en inglés—, siento mucho todo esto. Te prometo que no es lo que parece. Sé que no puedes responderme, así que deja que hable yo un rato. Me llamo Jacqueline Delon. Hace ya tiempo que deseo hablar contigo. Tengo que hacerte una proposición, pero no hay prisa. Supongo que te preguntarás dónde estamos...

Yo no me moví. La jaula estaba atornillada al suelo. Aparte de unas cajas de madera, varios andullos de cuerda, unos rollos de lona y media docena de bidones de aceite, no había nada más en la sentina.

—A bordo del buque mercante *Hecate* rumbo a Biarritz, donde tengo una casa muy confortable y donde confío que podamos mantener una conversación satisfactoria para ambos. Aparte de esta lamentable situación, por la que me disculpo de nuevo, no pretendo hacerte ningún daño ni causarte la menor incomodidad, y tan pronto como dejes de constituir un riesgo para mí o para mi tripulación, lo cual ocurrirá dentro de... —consultó su reloj—... de unas ocho horas, te será devuelta la libertad y yo personalmente haré cuanto esté en mi mano para compensarte por las molestias. Mientras tanto, en señal de reconciliación, quisiera que aceptaras un regalo. Lo encontrarás dentro del contenedor sobre el que estás tumbado.

Se apartó de la jaula y, en voz queda, dijo:

—Vámonos.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y las cámaras?

—Dejadlas desconectadas. Ya tengo lo que quería.

Los hombres salieron primero. Ella se detuvo al llegar a la puerta de la sentina, volvió la cabeza y me miró.

—No sabes lo que me emociona haberte conocido por fin —dijo—. Eres tal como te había imaginado. Sé que esto puede ser el inicio de algo excepcional.

Al quedarme a solas hice un esfuerzo por permanecer inmóvil, escuchando cómo el hambre subía el volumen en mi torrente sanguíneo, el pulso como el *chumba-chumba* de un coche con los graves del equipo de música a tope.

Quédate quieto.

Una orden de lo más idiota.

Quédate quieto.

Porque tú y yo lo sabemos.

Quédate quieto.

Sabemos lo que hay aquí debajo.

No es fortuito que los grandes filósofos de la moral escribieran también sobre estética. Discernir por qué algo estaba Bien (o Mal) tenía mucho que ver con discernir por qué algo era Hermoso (o Feo). Ahora son los científicos quienes están en ello: en la indemostrable periferia cosmológica, la belleza manda. Los actuales modelos matemáticos son como supermodelos: tienen gracia, donaire, simetría, elegancia. Que nadie se extrañe. Abolidos por la Modernidad los Valores Morales Absolutos y la Realidad Objetiva, no queda más que la belleza. ¿Qué teoría no propugnaremos, si es hermosa?, ¿qué atrocidad no justificaremos?

¿O qué instinto (para no irnos, como habría dicho Madeline, por las ramas) no dominaremos?

Con mis calientes y letales manos peludas aferradas a los fríos barrotes de la jaula, resistí un rato la tentación de abrir el contenedor. La verdad es que estaba un poco mareado con el vaivén del barco. Tenía la punta del hocico seca. Desde el exterior de mi improvisado calabozo, la luna llena se insinuaba una vez más, me enviaba su inquebrantable amor, extrañamente mezclado en ese momento con el recuerdo de Jacqueline Delon (su cara delgada, sus pechos embutidos en rojo). *Mientras tanto, en señal de reconciliación, te ruego que aceptes un regalo.* Qué duda cabe de que había traspasado los límites tradicionales. Ventajas de ser rica. *Eres tal como te había imaginado.* Un comentario insultante, sujeto y objeto con los asientos cambiados. ¿Que yo estoy a la altura de sus expectativas? ¿Quién coño se había creído que era?

He aquí el desagradable quid de la cuestión. Yo era un animal atrapado, metido en una jaula y filmado por una cámara. El escroto se me encogió de la vergüenza de que me hubieran visto cambiar; no, peor aún, de haber sido filmado mientras cambiaba. Y abandonado a la suerte de lo que me dictara el instinto. Yo era *l'object d'une voyageuse*. Hasta el león se envilece cuando monta a su pareja a plena vista de la aburrida muchedumbre del zoo. Matar y devorar aquí y ahora, en cautividad y primer plano (no me fiaba de las cámaras pese a las órdenes dadas por *madame*, sospechaba que podía haber cámaras de circuito cerrado, mirillas), sería una degradación de lo más grosero y vulgar, un insulto a la estética (querida Maddy).

Así fue como el hambre tuvo el primer indicio de que aguantar era una posibilidad. «Oye, estás de broma, ¿verdad?», dijo el hambre. Y luego, un poco más seria: «Estás de broma, ¿no?».

De un salto me planté junto al contenedor y abrí la tapa.

Dentro había un chico desnudo, blanco, un ser andrógino de unos veinte años, atado y amordazado y, a juzgar por sus pupilas, fuertemente drogado. Cabellos rubios sucios y grasientos, pezones diminutos. Brazos de heroinómano y un pene largo y delgado. Fuera cual fuese la droga, está claro que no le impidió percibir la pinta que yo debía de tener. Sus irritados ojos enfocaron y luego se abrieron como platos. Le oí

bramar tras la mordaza. En el aire que expulsaba por los orificios nasales, un olor muy amargo a miedo.

«Mmm... —dijo el hambre—. ¡Pero qué cosa más linda!»

Mis devorados muertos, en su prisión celular, se alzaron. (Una de las consecuencias de comerse a gente es que los ingeridos piden compañía a gritos. Cada nueva víctima añade una voz al coro mensual.) Ganímedes tenía los tobillos y las muñecas amoratadas de tanto intentar desatarse. La blanca piel de su abdomen transparentaba un entramado circulatorio azul. Las succulentas secreciones del pánico brotaban de sus poros. Por mi parte, mis glándulas salivares se pusieron en acción. Delante de aquel... de aquella carne tierna, la idea de tirarme ocho horas sin probar bocado me produjo dolor en los dientes y las garras. ¡Hasta en el pelo! La flaqueza aportó su punto de vista: resistirse era inútil. Yo sucumbiría, mataría al chico, lo devoraría... y Jacqueline Delon lo vería todo mientras alguien le lamía el coño, o mientras se fumaba un cigarrillo, o se zampaba una *crème brûlée* o se limaba las uñas de los pies.

Y aun así...

Quedaba la profunda repugnancia estética. O, por decirlo llanamente, el asco de mí mismo. Por haber sido capturado de esta manera. Por verme convertido en el Payaso. Por las décadas que había pasado asqueado de Ser un Hombre Lobo. Por seguir adelante a pesar de los pesares. Por haberle costado la vida a Harley. (Pobre, la cabeza debía de estar aún en el maletero del Vectra; los vecinos notarían el olor. Saldría en las noticias, el mundo se enteraría por mediación de la ensayada incredulidad de un presentador: «En el pueblo galés de Trefor la policía ha encontrado hoy la cabeza cortada de...». Joder, que todo sea tan agotadoramente predecible...)

El chico se debatía, gritaba tras la mordaza. El barco hizo una cosa rara, una exagerada inclinación en respuesta al mar, y sinceramente pensé (muerto Dios, etcétera) que vomitaría encima del pobre diablo. Cerré la tapa, pero luego se me ocurrió que igual se asfixiaba dentro. Que Jacqueline abriera la caja y se lo encontrara no hecho trizas sino muerto por falta de aire, no era el desenlace que yo perseguía. Eché un vistazo y detecté unos agujeros de ventilación en el flanco de acero. Estupendo. Pero el hambre había captado que yo iba en serio. Nada de pullas, pataletas, cloroformo, gas de la risa. Nada de cadenas ni cierres programados. Nada de bromitas ni de coqueteos. Simplemente Jake Marlowe, con mono de carne humana, diciendo «No».

Un silencio interior mientras el hambre lo asimilaba.

Volví a los barrotes (pensando en Tántalo, en Jesús en Getsemaní, incluso en Sansón —ya me perdonaréis— atado a las columnas filisteas), así el acero con mis dedos de monstruo, cerré los ojos y esperé a que empezara la tortura.



**SEGUNDA LUNA**

**FOLLARMATARCOMER**

Me lo comí.

Unas tres horas después de decidir que no lo haría.

A lo largo del deslucido banquete en solitario, el estribillo de la «Mariana» de lord Tennyson no dejó de machacar los espacios tórridos de mi cabeza atiborrante:

*Solo dijo: Mi vida es espantosa,*

*Él no viene, dijo.*

*Y dijo: Estoy cansada, tan cansada,*

*que preferiría morirme.*

*Preferiría morirme...* Sí, pero qué decir de la carne succulenta que ponía mis dientes perdidos de placer y de la fuente cálida y amarga de sangre, del momento de la punción que nunca envejece pero ya no basta. Y, después, la inflamada jaqueca de mi yo no sorprendido, la vieja y fatigada cognoscencia de todas las veces que he jurado que iba a ser la última y todas las veces que no lo fue.

No me interpretéis mal: de culpa, cero, nada de nada. Solo la cavidad donde estuvo en tiempos. Esto y el peso de mi propio estar-todavía-aquí me cayó encima como un cadáver. Permanecí largo rato en postura de recuperación, con los ojos cerrados. El asco absoluto de uno mismo es algo así como la paz.

Jacqueline regresó al amanecer acompañada por el skinhead con cara de niño. Ambos llevaban botas de goma y bata de quirófano. Desde el umbral desenrollaron un plástico a modo de pasarela hasta la jaula. Luego descolgaron una manguera que había en un rincón. Comprendí: escena de crimen en la era del CSI. Los restos estaban en la caja de madera. El muchacho semidevorado en un caldo de sangre gélida. Vestigios del lobo se removían bajo mi piel humana como ratas dentro de un saco. Las uñas de los dedos, como siempre después de que desaparece su contrapartida lobuna, me dolían horrores.

—Es agua tibia —dijo Jacqueline—. ¿Te importa? Con tu permiso, intentaré echar una mano.

Me senté (desnudo, naturalmente) de perfil respecto a mis secuestradores y de espaldas a los barrotes, las rodillas levantadas, la cara inmundada, saciado. Tenía la tripa llena, me pesaban los miembros otra vez humanos. Las dimensiones fantasma del lobo jugueteaban conmigo cuando me movía, el peso del hocico, los largos pies híbridos, las ancas pugnando por desprenderse de su masa anterior. El matón me estaba apuntando con su pistola, pero a una señal de su jefa la bajó.

—Toma —dijo Jacqueline, pasándome una botella de plástico blando—. Es un detergente esterilizador. ¿Prefieres que sea él quien maneje la manguera?

—El decoro no me va bien —dije. Tenía el gaznate en carne viva por aullar—. Además, el papel de guardiana te va. Adelante, cuando quieras.

—Lo siento —dijo ella—. En serio. Te prometo que será la última molestia que sufras como invitado mío. Te ruego que me perdones.

Repito: el asco absoluto de uno mismo es una especie de paz, porque más ignominia no añade ni quita nada. Mientras me lavaba delante de ella hice una concesión intelectual al envilecimiento, pero eso fue momentos antes de disfrutar con el jabón suave y con la temperatura perfectamente ajustada del agua. Con la música de fondo adecuada, pensé, esto podría ser un anuncio de gel para ducha...

Me sequé con una toalla blanca que bien podría haber sido hecha en el cielo. La carne no puede evitarlo. La carne simplemente informa. Cuando terminé estaba cansado, sonrosado, contento de avanzar en el fracaso de mí mismo.

—La munición es de plata pura —dijo Jacqueline—. No se trata de una amenaza, solo te lo digo para que sepas que morirás si decides agredirme en cuanto abra la puerta. No te culparía. Debes de estar furioso conmigo. Pero ahí fuera hay un helicóptero que nos llevará a mi casa en cuestión de media hora. Una vez allí, te garantizo que todo serán lujos, reposo y conversación. Si lo prefieres, puedo arreglarlo para que te lleven al destino que tú elijas y no volveré a molestarte nunca más. Pero que quede claro que confío en que accederás a escuchar lo que tengo que decir. ¿Puedo abrir la puerta tranquilamente?

Lo heroico hubiera sido negarme. Tomarle la palabra y hacer que el helicóptero me dejara en el aeropuerto más cercano. ¿Conversación? ¡A la mierda! Pero estaba exhausto. La idea de ponerme en manos de alguien rayaba lo sensual.

—Tendrás un bar bien surtido en tu casa, ¿no?

—Tres a falta de uno.

—Entonces puedes abrir la puerta tranquilamente.

Cuando estuvimos frente a frente sobre la pasarela de plástico, Jacqueline me tendió la mano. Estuve tentado de cogérsela y arrancarle un dedo de un mordisco (me quedaba lobo dentro para eso y más) pero opté por darle un ligero apretón.

—Bueno, ahora ya podemos relajarnos —dijo ella—. Es un verdadero placer conocerte.

La seguí hasta la puerta. El tío que parecía una gárgola con pistola no dijo esta boca es mía. En el reducido corredor había una pequeña mesa plegable, encima de la misma mi ropa (incluido el gorro que Harley me había dado) lavada, secada y planchada. Jacqueline abrió la puerta que había a su izquierda y vi una taquilla de pequeñas dimensiones. Había una ducha, una silla de plástico, un vestido de color trigo colgado de una percha.

—Tengo que quitarme esto —dijo Jacqueline, indicando la bata de quirófano.

Yo estaba comprobando si en el bolsillo interior del abrigo estaba todavía el diario. Sí, junto con los pasaportes y la cartera. No me tomé la molestia de preguntarme si lo había leído.

—¿Y bien? —pregunté.

—Fascinante —dijo—. Pero mejor lo hablamos tomando una copa.

El chalet de Jacqueline Delon se encuentra unos cuantos kilómetros al sur de Biarritz, en una colina arbolada un poco al oeste del pueblecito de Arbonne. Moderno, todo blanco, cristal, roble y acero, rodeado por cuatro hectáreas de terreno particular. Los extras que eran de esperar: helipuerto, piscina descomunal, pista de tenis, gimnasio, televisión por circuito cerrado, un plantel de servicio doméstico y personal de seguridad. Las habitaciones son grandes, luminosas, decoradas con artefactos que reflejan la obsesión de madame Delon por el ocultismo. Desde los pisos superiores (la villa es de tres plantas, más azotea) y por encima de las copas de unos árboles de hoja perenne, se ve la playa, las rompientes, el mar. En el sótano hay una biblioteca comparable a la de Harley. La parafernalia tecnológica está a la última. Hay, efectivamente, tres bares —salón, piscina, suite principal— y fue en el primero de ellos donde ella y yo nos cobijamos a nuestra llegada.

Encendí el primer y muy ansiado cigarrillo desde la transformación (un paquete blando de Camel sobre la barra: Jacqueline había hecho los deberes) mientras mi anfitriona preparaba las bebidas. Tanqueray con tónica para mí (demasiado sol en la habitación como para tomar whisky), y para ella un Tom Collins. Nicotina y alcohol se abrazaron en mi organismo como hermanitos largo tiempo separados, dándome las gracias por haberlos reunido de nuevo.

—¡Cuánto tiempo sin preparar yo las bebidas! —dijo ella—. Siempre lo hace alguien. Pero he pensado que sería mejor si estábamos los dos a solas.

Estaba sentada a mi lado (había seis taburetes giratorios con asiento de cuero blanco) y empujaba los cubitos de su combinado con la uña del dedo índice. La pared que quedaba a mi izquierda era de cristal y daba sobre un patio de baldosas de terracota y un jardín de cactus. Tierra roja como el pimentón. Estábamos a mediados de marzo, pero el cielo lucía despejado y el aire estaba en calma. Era fácil imaginar los radiantes veranos de esa zona. Los pajarillos iban y venían de un comedero colocado en una blanca pared.

—Bien —dijo—, te debo una explicación. Resulta que... —Bajó la vista, sonrió, mantuvo un breve diálogo consigo misma, dejó caer los hombros y luego se bajó del taburete y se plantó frente a mí—. Acompáñame, Jacob —dijo, ofreciéndome la mano. Como si fuera una niña de nueve o diez años que quiere fardar de casa en el árbol—. Ven.

Le tomé la mano (sin soltar el Camel y el gin-tonic), me puse de pie y la seguí.

Atravesamos dos amplias habitaciones —una con un hoyo circular para encender fuego en el centro y una gran piedra erecta, pero poco más— y recorrimos un pasillo hasta una puerta de acero con cerradura de teclado numérico. Franqueada aquella, una escalera de roble barnizado descendía hasta la formidable biblioteca. Aire acondicionado, aislamiento acústico en las paredes. Más puertas macizas con teclado numérico daban acceso al exterior. Jacqueline se detuvo ante una, me miró un

momento a los ojos, marcó el código secreto y abrió la puerta.

Daba a una habitación pequeña y sin ventanas. Un archivador, un escritorio, un ordenador... y recortes de periódico cubriendo toda una pared. Relacionados conmigo, de una manera o de otra. HALLADO EL CUERPO DE LA MUCHACHA DESAPARECIDA. CORAL INDUSTRIES CREA UNA ORGANIZACIÓN BENÉFICA PARA COMBATIR EL SIDA. ADQUISICIÓN TOTAL DE VECTOR POR LOS TRABAJADORES. ENCUENTRAN UN CUERPO MUTILADO. MATANZA AL ESTILO MANSON. MISTERIOSO DONANTE SUBVENCIONA INVESTIGACIÓN PIONERA CONTRA EL CÁNCER. ¿QUIÉN ESTÁ DETRÁS DE LAERSTERNER INTERNATIONAL? TESTIGO OCULAR DE UN «HOMBRE LOBO» RESULTA DROGADICTO. DONANTE ANÓNIMO INSUFLA NUEVA VIDA EN LA DISTRIBUCIÓN DE VACUNAS. HALLADAS «BALAS DE PLATA» TRAS UNA NOCHE DE MISTERIOSO TIROTEO. VECTOR PASARÁ A LLAMARSE HERNE. LA POLICÍA AFIRMA QUE LOS ASESINATOS EN LUNA LLENA SON MERA COINCIDENCIA.

—Pulsa «enter» —dijo Jacqueline.

Los restos de animal huyen de los espacios pequeños. Hice un esfuerzo y me senté a la mesa. Toqué la tecla que ella me decía y al instante aparecieron imágenes. Yo saliendo de la terminal del aeropuerto de Tokio. Pie: JM Tokio, 07-02-06. Yo saliendo del Algonquin. Yo en la playa de Galveston. Yo entrando en casa de Harley en Earl's Court. Yo paseando por la rue Rivoli. Yo en una cafetería de El Cairo. Imágenes todas ellas tomadas en los últimos tres años. La última secuencia, yo vestido de mujer bajando de un taxi y entrando en el hotel Leyland.

—Y ahora se supone que debo mostrarme sorprendido, ¿no? —dije.

—En absoluto —contestó ella—. Simplemente convencido de mi dedicación absoluta.

No había donde apagar el cigarrillo, de modo que me terminé el Tanqueray y dejé caer la colilla en el vaso.

—Bien, ahora tienes la imágenes del cambio. Fundamentales para una campaña de desacreditación. Y también las de la víctima devorada, imagino. Enhorabuena. Ve preparándote para soportar el peso de la indiferencia general.

—No me insultes, te lo ruego. Sabes que no se trata de eso.

—¿De qué, entonces?

—De la posibilidad de un refugio.

—¿Cómo?

—Quiero que sigas con vida. Te ofrezco protección con carácter indefinido. Y hablo de protección a nivel profesional, no de aficionados —añadió, viendo que yo torcía el gesto—. No a lo que tú estás acostumbrado. Tengo la clara sensación de que no entiendes la pérdida que tu muerte representaría para el mundo. Eres algo muy especial, Jake, algo magnífico. Y quedan tan pocas cosas así...

—Muy agradecido. Me parece que me marchó.

—Escucha lo que tengo que decirte.

—No tenemos nada de que hablar.

—Dame una oportunidad de...

—No me vengas con chorradas.

Se quedó callada. Bajó la cabeza como una niña pequeña, se toqueteó un padraastro. Representación teatral de malhumor condensado. Me acordé de sus senos turgentes y de su incitante abdomen. Los vasos sanguíneos de mi pene cobraron vida. Cómo no. La calentura post-Maldición. Una vez más: la carne no puede evitarlo. Risa, deseo, tedio y cansancio hicieron lo que suelen hacer en equipo, me redujeron a una parálisis singular. Mis manos sobre el regazo como dos cangrejos muertos. *Quédate*, había dicho Harley.

Jacqueline Delon quizá tenía un tornillo flojo, pero su instinto sexual funcionaba bien. Avanzó los dos pasos necesarios para ponerse a mi alcance. En tales momentos, es vital trabajar sabiendo cuándo no hay que decir nada. Sin hablar, colocó las piernas a cada lado de mi rodilla pero permaneció de pie. El ardiente espacio faldero quedó así un poco más arriba de mi mano izquierda. Y por allí ascendió lentamente la mano que empezaba a revivir (ascenderá siempre, es preciso, aunque los dioses hayan desaparecido y el planeta agonice y la raza humana se haya condenado a sí misma a la indiferencia terminal, y aunque no haya sido indoloro ni rápido), recorriendo zonas de calor creciente hasta la floreada puntilla bajo la cual vibraban astutos los hinchados y tiernos labios de su coño.

Conocía el repertorio completo, toda la galería de personajes sexuales, y aunque espoleados por la cocaína coqueteamos con varios de ellos, no logramos algo parecido a un alineamiento hasta que me puse encima de ella y ella me miró sin ver mientras la penetraba. Tierno y con resaca de Maldición, corría aún peligro de empalmar con un ataque de risa o de llanto, histéricos ambos. Incluso cuando me corrí (en señal de triunfo siniestramente maternal, ella me dedicó unas cejas levantadas y media sonrisa), lo hice con tristeza, con la frágil sensación de las heridas del pobre viejo mundo y de lo-que-pudo-ser-y-no-fue y mi propia larga lista de pérdidas. A lo que siguió otra sensación, de fraude total: al margen del empalagoso momento, yo seguía tan asqueado de este hediondo planeta como lo estaba de mi mísera y gastada persona.

Pero las viejas costumbres de la decencia no se pierden así como así, de modo que la llevé al orgasmo, boca mediante, sin la más remota ilusión de que le importara mucho, aunque es cierto que me sujetó la cabeza y frotó su pubis contra mis labios y hasta produjo un masculino ruidito de aparente satisfacción cuando se corrió.

—Voy a hacer que suban algo de comida —dijo—. No, ya sé que tú no quieres nada.

Estábamos en la suite principal, en la soleada planta superior del chalet, un amplio espacio rectangular de moqueta mullida y fragancia Chanel, una vez más con una pared completamente de cristal. La decoración en tonos marfil, con algún que otro hito: un diván de piel de vacuno, una araña de vidrio roja, un Miró original. Apenas era primera hora de la tarde y la travesía a bordo del *Hecate* me parecía ya muy lejana. Habían transcurrido menos de cuarenta y ocho horas desde el asunto de la bolsa con la cabeza cortada de Harley. Y es que toda mi vida ha sido así, demasiadas experiencias apretujadas en un corto espacio de tiempo. ¿Doscientos años? Como si fueran dos mil.

—¿Lo sabes? —dije.

—Todavía estás lleno. Al menos tardarás una semana en sentir hambre otra vez. Por eso fumas y bebes tanto. La boca se te aburre... A propósito, te estuve mirando. Sería deshonesto por mi parte no confesarlo ahora.

Mirando cómo me daba yo el banquete en el barco. Deshonesto ahora que íbamos a ser amigos.

—No vamos a ser amigos —dije.

—¿De veras? Bueno, pero al menos aceptarás otra copa, ¿no?

Llamó al servicio. *Pâté de foie gras*, fruta fresca, yogur, una tabla de carnes curadas y quesos, de manos de un muchacho de piel oscura y pendientes de oro que no tendría más de trece años, vestido de blanco impoluto. En sonriente silencio depositó la bandeja en la mesita japonesa con taraceados arrimada a la pared de cristal. Y en sonriente silencio se marchó. Jacqueline, que se había puesto una bata de



seda color perla (tápate un poco; da nuevos incentivos a la imaginación poscoital del caballero), preparó bebidas en el bar minimalista. Yo encendí un Camel.

—Dime, ¿cómo es que renunciaste a seguir buscando el diario de Quinn? —me preguntó.

Vaya por Dios.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. El diario de Quinn. ¿Por qué lo dejaste correr?

Sentí un hormigueo en las palmas de las manos. Cuarenta años echados a perder. Cuando inicié la búsqueda del maldito libro, Victoria ocupaba el trono británico y Tchaikovsky estrenaba en Moscú su *Obertura 1812*. Cuando abandoné, reinaba ya Jorge V y *La tierra baldía* era la metástasis intelectual que afectaba a toda Europa.

—¿Quién no lo habría dejado? —dije—. Uno se cansa de no encontrar lo que anda buscando.

—Pero tú te lo creías. ¿Para qué molestarse, si no?

—No sé qué era lo que creía. Necesitaba respuestas. Quería conocer nuestra historia. ¿Y quién no? Si alguien me hubiera dicho que en Siberia había una lavandera ciega y sorda y coja que conocía el origen de los hombres lobo, me habría buscado un yak y puesto en camino. Hay un momento en que las grandes preguntas te preocupan. No dura eternamente.

—A mí me sigue preocupando.

—Eres francesa. Si los franceses dejarais de preocuparos, las industrias del café y del tabaco se derrumbarían.

Se rió. Me trajo la copa, pasó suavemente las uñas por mi pierna y se alejó sedosamente hacia la mesita japonesa. Una vez allí se sentó de rodillas y empezó a servirse delicadamente. Sus blancas manos y tobillos mostraban un mapa de venas; mi polla empezó a moverse por simple y molesto acto reflejo. Jacqueline no era como para enamorarse, pero la idea de devorarla empezaba, como muy de lejos, a resultarme atractiva.

—El hombre lobo no es tema erudito —dijo—, pero ya te imaginas lo que dirían los estudiosos si lo fuera: «El monstruo se extingue cuando la imaginación colectiva ya no lo necesita. La muerte de una especie como esta es un simple cambio en el conjunto de la agenda psíquica. Antaño, la bestia que todo hombre lleva dentro se escondía, negada por todos, en la oscuridad. La transparencia de la historia moderna lo hace imposible: nos hemos visto en campos de concentración, en gulags, en selvas, en campos de exterminio, nos hemos leído en los anales de la criminología. El progreso tecnológico acabó con la oscuridad, y el hecho de que la bestia resulta superflua por redundante es ahora un hecho ineludible. Nosotros éramos la bestia».

—Tienes razón —dije—. No paro de repetirme que solo soy una idea pasada de moda. Pero, mira, cuando estás destrozando a un niño con tus garras y zampándote su corazón, es difícil que no te embargue la... la realidad concreta de ti mismo.

Otra sonrisa. Jacqueline lo estaba pasando en grande. Peor aún: yo también

disfrutaba un poquito. Aun así, la alusión al diario de Quinn y el recuerdo de mis años más activos, cuando el Sentido significaba algo, habían levantado un polvo largo tiempo estático.

—Y en cualquier caso —dijo—, quedan los vampiros. Si la psique humana está tan a gusto consigo misma, ¿cómo es que a ellos les va tan bien?

—Yo, en cuestión de vampiros, me mantengo al margen.

—Ellos os consideran primitivos —dijo. Y apartando la vista—: Es por la ausencia de lenguaje, claro.

La segunda copa me había entrado con vergonzosa facilidad. «Se te va a helar la cabezota, imbécil», había dicho Harley. Pobre Harls. En una ocasión, destrozado a causa de un joven dandi tan embriagador como brillante, había bebido hasta caer en un semicoma etílico que le duró dos días. Al despertar y darse cuenta de que yo había estado allí todo el tiempo, cuidando de él, dijo: «Hay que ver lo bueno que eres». Y luego volvió a quedarse dormido.

—Perdona —dije, tras perder el hilo de lo que estaba diciendo Jacqueline—. ¿Te importa repetirlo?

—Digo que los hombres lobo no hablan. A *les vampyres* les parece cómico.

—Claro. Cómo no.

Una de las grandes submaldiciones de la Maldición, esa pérdida de la capacidad de hablar. La monstruosidad completa es un fracaso. Qué duda cabe de que es muy placentero abrirle la barriga a la víctima con tus garras, pero lo sería aún más si uno pudiera hablarle mientras lo hace. «Eres tú», había dicho Arabella. Una mudez animal me había privado de la apoteosis de contestar: «Sí, soy yo». La crueldad más pura exige que la víctima sepa que sufre porque tú así lo has decidido. «Eres tú.» «Sí, mi amor, soy yo. Y ahora, observa.»

—Tienen una clara propensión al esnobismo, es cierto —dijo Jacqueline—. Eso de que el hombre lobo no pueda articular palabras es la gran justificación. Porque ellos tienen a sus espaldas mucha literatura.

Que los vampiros constituyen una civilización ha sido desde siempre uno de sus grandes pilares: ellos tienen arte, cultura, división del trabajo, sistemas políticos y jurídicos. No existe paralelo en la licantropía. La explicación palurda es que nos interesa demasiado la carne, o las carnes, pero la verdad es otra: el lenguaje del *wer* es anatema para el *wulf*. Después de unas transformaciones, el yo humano empieza a perder interés por los libros. El acto de leer te provoca un densísimo dolor de cabeza. La gente te describe como lacónico. Sacar las frases de dentro se asemeja a un parto impuro y tremendo. He oído hablar de aulladores que apenas si pronunciaron una palabra durante decenios.

—En efecto —le dije a Jacqueline mientras encendía otro Camel—, no somos muy buenos con las *belles-lettres*.

—Exceptuándote a ti.

Bueno, sí. Es evidente que yo, bicho raro, sigo sin saber tener la puta boca

cerrada. Hice una anilla de humo.

—Has leído mi diario, por tanto es inútil que lo niegue —dije.

—¿Cómo te lo explicas?

—Será que me gusta que una prostituta me saque las palabras del corazón.

—Sí, claro, pero ¿por qué?

—Logorrea congénita.

—Vamos, Jake. Si es tan evidente...

—Y yo incapaz de verlo.

Meneó la cabeza, sonriente. Se metió una fresa en la boca, masticó, tragó. Se limpió las manos en una servilleta gruesa.

—Sí que lo ves. Simplemente te avergüenza. Tú te has aferrado al lenguaje porque sin lenguaje no hay ética.

—Oh, sí, me paso el rato reflexionando sobre la ética, eso cuando no estoy matando gente y comiéndomela a trocitos.

—Yo estoy hablando de testimonio, de atestiguar sobre ti mismo. ¿Qué son los diarios sino el impulso de contar la verdad de lo que eres? ¿Y qué es el impulso de contar la verdad sino un impulso ético? Ahí tienes un ejemplo perfecto de moral kantiana.

Estaba atractiva de un modo singularmente molesto, allí sentada en bata de seda color marfil y con las piernas dobladas bajo el cuerpo.

—¿Cómo lo expresabas tú? —continuó—. «Dios no existe, el Sentido tampoco, y sin embargo la fraudulencia estética conserva el poder de avergonzar...» Fíjate bien, fraudulencia «estética». Decir la verdad es un acto bello aunque la verdad sea fea. Y tú, mi querido ser humano, no puedes eludir la belleza. Esa es realmente tu maldición, tu verdadero problema.

—La manera como ven las cosas los demás es fascinante —dije—, pero ahora debería irme.

Bajé las piernas al suelo y alcancé los pantalones.

—Tengo el libro de Quinn —dijo.

Las mentiras tienen un aura que las distingue. Esta no. Me costó un esfuerzo —tras un instante de duda— ceñirme a la idea de los pantalones. Me levanté y me los puse. Es curioso, cuando uno se pone el pantalón las cosas parecen un poquitín menos negras. Aun así, la procesión iba por dentro. Uno se acostumbra a que nadie tenga nada (salvo carne y sangre, salvo su vida) que uno pueda desear. Uno da por sentado su propia autosuficiencia, olvidando que se trata de algo contingente, de un lujo.

—Bien —dijo Jacqueline, observándome—, veo que entiendes que digo la verdad. Así nos ahorramos tiempo.

—¿Cómo lo conseguiste?

De todas formas, creía conocer la respuesta. El recuerdo de Harley (*hace tres meses alguien atracó una de las casas de Mubarak*) como un final de chiste que

provoca gruñidos.

—Uf, es demasiado largo para contártelo ahora. Quédate a cenar y te lo explicaré. Ahora mismo necesito urgentemente pasar a la ducha.

Se puso de pie.

—Esa es la táctica, entonces —dije—, mantenerme en vilo.

—Hombre, ya que no atiendes a razones...

—¿Qué te hace pensar que a estas alturas me importe una mierda? Bueno, bien pensado, ni una mierda me importa.

—Entonces puedes irte cuando lo desees. Si es verdad que no te interesa nada, márchate. En la entrada encontrarás a mi chófer. Tiene instrucciones de llevarte a donde tú le digas.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunté.

Ella se volvió con una mano en el bolsillo de la bata y, mirando por la pared de cristal, dijo:

—Ya te lo he dicho. Quiero que vivas.

Terminé de vestirme. La perfumada habitación estaba llena de sol. Me acerqué al ventanal y, como había hecho ella, miré al exterior. Oscuras coníferas descendían hasta la franja clara de la playa y el brillo trémulo del mar. Un cielo azul y sin nubes, la reciente nevada de Londres como a años luz pese a que esto seguía siendo Europa y todavía primeros de marzo. Habíamos dedicado al sexo muchas horas; me dolían los hombros. La vida del heroinómano que había engullido estaba encontrando su sitio, por increíble que pudiese parecer, en el último asiento de un coliseo atestado, esa compacta y ensordecedora muchedumbre de muertos vivientes. Entre los cuales, en alguna parte, estaba también un feto del tamaño de una ciruela: mi hija, mi hijo.

Mi presencia aquí tenía dos posibles explicaciones. Una era que Jacqueline Delon estuviera lo bastante aburrida y trastornada como para que hospedar en su casa a un hombre lobo como mascota erótica le pareciera una estimulante novedad. La otra era que sus motivos exigieran, además de todo el jaleo del secuestro y de ser cómplice de un asesinato, una ocultación temporal. Aun sin el cebo del libro de Quinn, ella era una mujer de una ambigüedad intrigantemente marcada.

¡Cielos, el libro de Quinn!

En la primavera de 1863, con treinta y siete años, Alexander Quinn visitó Mesopotamia por tercera y última vez. Una doble nota máxima en Lenguas Clásicas e Historia Antigua debería haberlo maniatado de por vida a la universidad, pero para cuando abandonó el Kings College en 1848 se moría ya de ganas de ver mundo. Trabajos fallidos en el Museo Británico, el Foreign Office (Birmania) y la East India Company (Bombay) amañados por su padre, antiguo alumno de Eton, confirmaron lo inútil que era tenerlo todo el día sentado a una mesa, y en 1854 hacía su primera expedición arqueológica a Oriente Próximo bajo la báquica mirada de lord William Greaves, conocido ocultista libertino con el que Quinn (nada manco tampoco con las señoras) había trabado amistad en el burdel de Kate Hamilton. Greaves, que era coleccionista de antigüedades religiosas y estudioso del ocultismo, se había entusiasmado leyendo los descubrimientos hechos por Botta en Nínive y Khorsabad, y estaba convencido de que tenía que haber allí objetos antiguos de talismánico poder al alcance de todo aquel que dispusiera de dinero, tiempo e inclinación para desenterrarlos. Quinn, muerto de ganas de ensuciarse las manos y practicar su árabe coloquial, fingió interés por lo diabólico y se ofreció a Greaves como intérprete y mano derecha. Y ese iba a ser exactamente su cometido durante los nueve años siguientes. Además de administrar las excavaciones y catalogar los hallazgos, Quinn untó a burócratas, propietarios de tierras, ancianos tribales y funcionarios de aduanas, y aún le quedó tiempo para proporcionar opio y chicas a su señoría.

¿Cómo sé yo todo esto?

Porque dediqué tiempo a averiguarlo.

¿Por qué dediqué tiempo a averiguarlo?

Porque, antes de morir en 1863, Quinn aseguró haber descubierto el origen de los hombres lobo.

Es una historia absurda, desde luego, pero la Historia está repleta de historias absurdas. *Un rollo así no te lo inventas*, se oye uno decirse a sí mismo siempre que el aparentemente prosaico viejo mundo alza el velo de sus sincronicidades. Mientras, el aparentemente prosaico viejo mundo se encoge de hombros: «Eh, a mí que me registren. Yo solo curro aquí».

Como ocurre a menudo con los grandes hallazgos, el buscador buscaba otra cosa. Quinn había ido hasta la localidad de Al Qusayr tras oír rumores de la existencia de un templo subterráneo a unos veinticinco kilómetros de allí, templo en cuyo interior habría caído literalmente un cabrero retrasado mental. Greaves, escéptico (los nativos habían aprendido enseguida que podían conseguir dinero vendiendo «información» a europeos excéntricos), le había pasado el testigo a Quinn como proyecto favorito, y el pupilo había partido del campamento con camellos, un guía y dos criados, uno de los cuales debía regresar con el guía en busca de personal y equipo en caso de que los rumores resultaran ser ciertos.

Para sorpresa de todos, lo eran. No solo había un templo bajo tierra, sino una aldea entera que databa del tercer milenio antes de Cristo. Lord Greaves se enmendó a tiempo y dirigió las excavaciones, en parte porque el valor de los artefactos hallados hizo renacer en él un genuino interés, y en parte por respeto al hombre bueno que había perdido.

Y es que Alexander Quinn no consiguió volver al campamento. Unos bandidos le tendieron una emboscada a él y a su pequeño equipo explorador en el trayecto de regreso. Quinn, el guía y un criado fueron asesinados. El otro criado, John Fletcher, a quien dejaron por muerto, sobrevivió a una herida de cuchillo en el hombro, vagó delirante por el desierto y al día siguiente fue recogido por una caravana de mercaderes. Fiándose de la única palabra que pudieron entender de sus labios, «Qusayr», los mercaderes lo devolvieron a Greaves al cabo de otros dos días, y tras superar la fiebre y esquivar milagrosamente una infección, Fletcher explicó toda la historia a su señoría.

La noche antes de la emboscada, estando acampados junto a la excavación, vieron surgir de la oscuridad a un hombre vestido con harapos, asombrosamente viejo, que se arrastraba sobre manos y rodillas. Estaba esquelético y medio ciego y hablaba en un dialecto que ni siquiera el guía entendió del todo, pero no les hizo falta intérprete para ver que el anciano tenía un pie en el otro mundo. Cuando Quinn hizo ademán de enviar a alguien en busca de ayuda, el viejo se lo impidió. «Es inútil. Hora de muerte. Pero tú escuchar. Guardar historia. Yo no hijos, por eso explicar. Guardar historia.» Se había reído al decirlo, aparentemente de sí mismo. Fletcher lo tomó por loco. Quinn, que no estaba dispuesto a dejarle morir sin más, mandó a los criados a la aldea, pero para cuando regresaron el viejo había expirado ya. En aquellas dos horas, afirmaba Quinn, le había contado una historia de todo punto extraordinaria, una

historia que, si su procedencia era auténtica, había sido transmitida oralmente desde tiempos anteriores a Etana y tal vez fuese la primera mención sobre el origen de un mito casi universal: el de humanos que se convertían en lobos.

Gracias a la traducción del guía, Quinn había consignado toda la historia en su diario.

Pero eso no fue todo. Descontando los harapos que lo cubrían, la única posesión del viejo, descubierta dentro de un saquito de yute, era un fragmento de piedra de unos veinte por veinticinco centímetros, sin duda parte de una tableta de mayor tamaño, en la que se veían jeroglíficos que Quinn no pudo descifrar pero que, según el anciano, demostraban que su historia era cierta.

No es gran cosa, ¿verdad? Ni mucho menos suficiente, pensaría uno, como para ser el fundamento de una obsesión neurótica que duraría casi cuarenta años. Porque durante cuatro décadas la idea del diario perdido de Quinn —y la historia de los Hombres que se Convertían en Lobos— jamás dejó de ser un pesado lastre para mis energías.

Lo que uno es capaz de hacer tiene ciertos límites. Entrevisté a John Fletcher, a lord Greaves, a todos los supervivientes de la expedición de 1863. Viajé con un intérprete hasta Al Qusayr y de allí al templo excavado en Gharab. Contacté con los cabecillas de los bandidos y les ofrecí recompensas a cambio de información. Contraté a media docena de anticuarios especializados en libros raros para que estuvieran atentos al mercado. (Lo más probable, sin embargo, era que el diario de Quinn hubiera sido considerado de nulo valor por sus asaltantes y que yaciese bajo la arena del desierto.) Todo ello entrañó tiempo, dinero y una patología mental. Yo sabía que mi fijación era absurda. (Uno, por regla general, conoce sus locuras. Y, por regla general, eso no sirve de nada. La idea de nombrar a la bestia para dominarla es puro optimismo idiota de la psicoterapia.) Cuando *The Times* publicó la noticia en mayo de 1863, hacía veintiún años que yo era un hombre lobo. Las grandes preguntas, en cualquier caso, no desaparecieron. Una vez al mes me transformaba en un monstruo, mitad hombre, mitad lobo. Bueno. Mataba y devoraba humanos; el primero de todos, mi propia esposa. Perfecto. Pero ¿dónde *encajaba* todo eso? Mi especie, ¿era obra de Dios o acaso del Diablo? El *Origen* de Darwin, publicado cuatro años antes, no afirmaba, de hecho, ni una cosa ni otra, pero es difícil renunciar a las viejas costumbres. ¿Qué me pasaría a mí cuando muriera? ¿Tenía un alma todavía? ¿Dónde y cuándo empezaron los hombres lobo?

Leí todo lo que había que leer. Leyendas populares, compendios de mitos y supersticiones, estudios eruditos. Cualquiera investigación, hasta la más somera, afirma que la licantrópía ocupa un lugar en numerosas culturas. Viajé a Norteamérica e indagué sobre el *Wendigo* y las «pieles andantes»; a Alemania, donde los aldeanos aún tenían siempre plata a mano y apreciaban mucho el *wolfsbane*<sup>[3]</sup> (que, por cierto, aun siendo tóxico para casi todos los animales incluido el hombre, no nos afecta a nosotros en absoluto); a Serbia para conocer la historia de los *vulkodlaks*; y a Haití

para investigar sobre los *je-rouges*. Nada de todo ello me pareció concluyente. Yo era un hombre lobo, pero las historias de hombres lobo me sonaban a cuento. Empecé a preguntarme si mi escepticismo no sería congénito, si el aullador no tendría un olfato especial e innato para su verdadera procedencia, o al menos para sus falsos biógrafos. Me acosaba la misma deprimente duda que a un niño ya no tan niño respecto a los Reyes Magos o la Cigüeña, intuiciones que uno tiene de que el mundo no es como lo pintan. (Hablo de la época en que no había conocido todavía a ningún otro hombre lobo. Pero debo decir que los seis o siete que he conocido desde entonces no me han sido de utilidad. Uno tenía cuatrocientos tres años y se negó a hablar. Otro había fundado una asociación licantrópica en Noruega —se fue al garete, claro—, una secta basada en la adoración de Fenrir, el ilegítimo retoño lupino de Loki y Angrboda, y, naturalmente, no se podía hablar en serio con él. Para los otros cuatro —uno en Estambul, otro en Los Ángeles, un tercero en los Pirineos y el último nada menos que de crucero por el Nilo en 1901—, todos ellos monomaniaca y desesperadamente ávidos de Hembra, yo no era más que un inoportuno competidor sexual. Tuve suerte de escapar con vida.) Mientras que, contra todo pronóstico, lo de John Fletcher sobre Quinn sonaba... bueno, no diré verosímil, pero desde luego no falso del todo. Que la historia fuera tan disparatada —¿hombres lobo en Mesopotamia?— le daba cierta pátina de autenticidad.

Bastó una entrevista con Fletcher para convencerme de que decía la verdad —lo que explicaba era lo que Quinn le había explicado a él—, por la sencilla razón de que aquel hombre era incapaz de inventarse nada parecido. Y bien, aceptada la veracidad del testimonio de Fletcher, ¿qué era lo que había escrito Quinn en el diario? ¿Cuál era la cinco veces milenaria historia de los Hombres que se Convertían en Lobos?

Lo que yo esperaba, eso que (como me percaté) había estado esperando desde que la frase *Tengo el libro de Quinn* saliera de boca de mi anfitriona, era experimentar una profunda, corporal certidumbre de que todo eso ya me dejaba frío. *¿Qué te hace pensar que a estas alturas me importe una mierda? Bueno, bien pensado, ni una mierda me importa.* Oh, qué valientes palabras. De hecho, sentí asco. Asco, sí, por saber que era demasiado tarde y a la vez saber que incluso ahora no era demasiado tarde. «El libro de Quinn»: lejano fetiche infantil y antiguo amor milagrosamente resucitado. Sabía o intuía hasta qué punto sería una liberación olvidarme de todo eso, decirle adiós con una sonrisa triste, hallar la paz por la vía de la renuncia.

Lo bonito de la ambigüedad crónica es que hasta el menor cambio en los detalles tiene la facultad de inclinar la balanza. Jacqueline cerró el grifo de la ducha, expulsó el aire, y ese sonido me sacó de mi letargo en una fracción de segundo. De repente la incertidumbre de mi situación —¿estaba preso aquí, o no lo estaba?— se me hizo intolerable. *Tengo el libro de Quinn*. Ella no mentía (incluso ahora, que después de tantos años el diario estuviera al alcance de la mano fue como una violenta bajada de tensión), pero yo no podía soportar la idea de esperar a ver cómo iban las cosas. Con la brusca interrupción del fluir del agua y aquel suspiro femenino, las semanas de



pasividad hicieron que me pusiera en pie de un salto (sin pretenderlo, había vuelto a la cama y estaba sentado en ella), presa de un paroxismo contenido de asco de mí mismo. Caminé por la suave moqueta hasta la puerta, cogí el abrigo que había dejado allí tirado y, sigilosamente, salí de la habitación.

*Lárgate de aquí* era todo cuanto yo tenía, no mucho pero suficiente. Tomarle a ella la palabra y ver cuánto tardaría en toparme con alguien que me cortara el paso. Que intentara cortármelo, mejor dicho. Eso era lo que necesitaba, algo concreto sobre lo que lanzarme, quiero decir físicamente, un poco por el alivio de no tener que pensar y otro poco para liberarme del peso de la vergüenza que se había ido acumulando. Ella te pone en ridículo y tú le lames la mano. Te enseña el juguete del libro de Quinn y tú te pones a babear. Entretanto, no fue indoloro y no fue rápido.

Un silencio compacto reinaba en la casa. Si había personal en ella, estaba escondido, aunque la extraña protoconciencia de que cámaras en circuito cerrado me seguían de habitación en habitación era ineludible. Tras la fachada de machote yo seguía intentando quitarme de la cabeza la idea de buscar el libro de Quinn. Difícilmente iba a estar a la vista, y mucho menos a mano. Además, ¿para qué? Suponiendo que lo encontrara, ¿y si en el diario decía que los hombres lobo llegaron del cielo en un navío de plata hace cinco mil años, o que un brujo sumerio los sacó por arte de magia de un humeante hoyo en el suelo? ¿Qué más me daba a mí? Fuera cual fuese el origen de mi especie, no iba a tener más sentido cósmico que el origen de cualquier otra especie. Que las cosas tengan sentido —cósmico o del tipo que sea— es algo que ha pasado a la historia. Para el monstruo como para la lombriz de tierra como para el hombre, el mundo carece de alegría, de amor, de luz, de certidumbre, de paz, de paliativos, estamos aquí como en un páramo tenebroso... Encontré el salón, abrí una de las puertas de cristal y salí al exterior.

La casa, como pude ver, se levantaba sobre la cumbre chata de una serie de bancales. En la parte delantera un pequeño jardín de cactus de tierra rojiza conducía mediante unos escalones de piedra blanca (dos tramos, uno por el lado oriental, otro por el occidental) a una especie de grada con olivos y cipreses intercalados de lavanda y tomillo, y luego más escalones hasta un entrepiso pavimentado que daba sobre los garajes, a partir de los cuales empezaba el camino de gravilla blanca que serpenteaba entre árboles de hoja perenne.

Desde lo alto del primer tramo pasé la mirada por la finca. No vi a nadie. El silencio de dentro continuaba presente, grávido y sustancioso, un silencio poblado de ojos. Me imaginé gorilas ante la consola de un circuito cerrado de televisión. «Acaba de salir del salón, madame. ¿Interceptamos?» «Todavía no. ¿Todo el mundo está en sus puestos? Bien. Esperad a que dé la orden.»

En menos de medio minuto me hallaba ya en el camino de grava, nadie me había interceptado. El sol estaba por debajo de la planta superior de la casa y la leve película de sudor producida por el desdén hacia mí mismo empezaba a enfriarse sobre mi piel. Las coníferas dibujaban un resinoso túnel verde ante mí; el olor era como una agobiante sobredosis de Navidad. Eché a andar.

En los márgenes un lecho de agujas y los abetos abrazándose en lo alto como los

dolientes de un de cortejo fúnebre. Un recuerdo: estar metido de niño en el armario de mi madre, la emoción del escondite secreto; probablemente una representación freudiana del retorno al útero. Darme cuenta de que no pensaba en mi madre desde hacía muchos años. En un mundo *sans* vida ultraterrena, los muertos se vuelven insignificantes. A menos que sean los que tú has matado y devorado. Porque entonces la vida ultraterrena eres tú mismo, tú la atestada cárcel de espíritus, el repleto hotel de los fantasmas.

Caminaba despacio y cabizbajo (tanto pensamiento me pesaba), lo que no me impidió reaccionar con presteza al ser atacado. A pesar de todo, los acontecimientos recientes habían reiniciado mis sistemas defensivos, quitado el polvo al esquema de combate. Jake meditabundo en un entorno lujoso, sí, pero con el aura siempre alerta, vigilante, los sensores en marcha, el dedo en el gatillo, de modo que cuando aquello surgió de las tinieblas arbóreas yo no podía estar más listo para reaccionar.

Fue muy rápido, el cambio de papeles. Estaba apenas a medio metro de mí, la jabalina con punta de plata camino de clavarse en mi tórax, y un momento después (la visión de la plata me provocó vértigo, como si acabara de descubrir que estaba al borde de un precipicio) el tipo estaba tirado en el suelo, boca abajo, gimiendo. Rápido como el rayo le había arrebatado el arma de un tirón, le había hecho una llave estilo Little John y le había golpeado en las piernas para hacerle caer. Y como había caído de bruces y sus piernas habían quedado adecuadamente separadas, le aticé un puntapié en las pelotas —imagináoslo: horrible— y, un tanto enojado por lo impropio de esta acción, apoyé el pie en su nuca y le clavé un par de centímetros de jabalina en la nalga izquierda. El tipo se rebulló, mudo, puesto que no podía respirar. Le saqué la jabalina y volví a pinchar, cerca de donde antes. Más contorsiones silenciosas. Volví a sacarla, luego remeté el pie debajo de una de sus caderas y le di la vuelta de un empujón. Era aquel jovenzuelo de labios carnosos, el de la Magnum, Paul Cloquet. Llevaba puesta la misma trinchera y lucía el mismo grotesco rímel. Un vendaje mugriento cubría aún su mano derecha.

—¿Otra vez tú? —dije—. Santo Dios.

Hablar le estaba temporalmente vedado, sufriendo de trauma testicular y con el culo como una diana. Encogió las rodillas y se puso de costado, mirando hacia las punteras de mis zapatos. Le registré para ver si llevaba otras armas. Ninguna, pero sí una latita para la cocaína con su cucharilla, un arrugado paquete de Marlboro, un Zippo de color cobre, fósforos sueltos, un iPhone, unos prismáticos, una petaca, una cartera repleta de tarjetas de crédito, quinientos euros en metálico. Oh, y, qué detalle, una bolsita de anacardos. Como él no se iba a mover de allí, me tomé un tiempo para comprobar que no hubiera cómplices en las intermediaciones. La exuberante conciencia del bosque me dijo que el mentecato iba solo. Estábamos, el bosque y yo, en callada sociedad contra lo puramente humano. La naturaleza se alía con el animal latente, reconoce que uno contiene un pequeño fragmento divino del todo panteísta, que de alguna manera forma parte de ella. Y esto lo sabe, lo siente, un simple perro faldero

que corree por la espesura: es feliz.

—¿Y bien? —dije—. Explícate.

Cerró los ojos con una batida de rímel e invirtió lo que juzgué un rato inadecuadamente largo en separar y juntar sus mickjaggerianos morritos sobre la excelente dentadura. Meneó lentamente la cabeza: «Todavía no puedo hablar. Los huevos. Hasta que no se me pase...». Me puse en cuclillas y empecé a masajearle la espalda. Era lo que me habría gustado que me hiciesen a mí aquella mañana en el Zetter, cuando Ellis me machacó las pelotas. Como suele ocurrir una vez que dos hombres han compartido la intimidad de la violencia, Cloquet aceptó el gesto como si fuera la cosa más normal del mundo. Sus ojos se abrieron.

—¿Por qué intentas matarme? —le pregunté, en francés—. ¿Y por qué eres tan sobrehumanamente chapucero?

Nada todavía. El tipo no hacía más que tragar saliva. Tenía mal aliento. Consciente de que estábamos demasiado a la vista, me lo llevé medio a rastras del camino y lo metí entre los árboles. Me había dejado el tabaco en el cuarto de Jacqueline, de modo que le birlé un Marlboro y lo encendí. Aunque parezca increíble, el tipo localizó con manos temblorosas los accesorios para la coca y esnifó un par de veces. La primera reacción fue como de aturdimiento, pero luego pareció serenarse.

—¿Mejor? —pregunté.

Asintió.

—No me mates —dijo en inglés. Y, con cierta ternura, añadió a renglón seguido—: Hijo de la gran puta.

Hacía días que no oía algo gracioso. Dejemos aparte el típico insulto francés consistente en obviar que tú has hablado en francés y responder en inglés.

—Te daré un consejo —le dije—. Si lo que intentas es evitar que alguien te mate, procura no llamarle hijo de la gran puta.

Sonrió, alcanzando la coca por segunda vez. Yo se la arrebaté y me la guardé en el bolsillo.

—Basta. *Quid pro quo*, ¿entendido? No te devolveré esto hasta que me digas lo que quiero saber.

Algo se le vino abajo, no hay duda. Aunque continuaba medio tumbado de costado, se apoyó a medias en un tronco como una pata de elefante y se desinfló. Por el brillo de sus ojos maquillados era evidente que no dormía desde hacía mucho.

—*Quid pro quo*, Clarice —dijo, parodiando con asombrosa exactitud a Hopkins-Lecter.

—Eso es. Bien, dime, ¿por qué quieres verme muerto?

—Porque ella quiere que vivas.

—¿Jacqueline?

—¿Te la has tirado?

Sabe Dios por qué, pero le mentí.

—No.

—Tiene un coño pensante, ¿sabes? Un coño que te conoce como si te hubiera parido. Dios es omnisciente, pero no sabe extraer los conocimientos útiles, ¿entiendes? No sabe diferenciar. Eso es una prerrogativa de Lucifer, o del coño de Jacqueline.

—¿Por qué quiere ella que viva?

—Para los vampiros.

—¿Qué?

—No te enteras de nada. Es increíble que hayas vivido tantos años. Paso de hablar contigo. No estás a mi altura.

Me incorporé y volví a salir al camino en busca de la jabalina.

—Puedo utilizar esto de varias maneras —dije, al regresar—. No morirás, pero vas a sufrir mucho. Imagino que le tienes cariño a tu ojo derecho, ¿verdad? Al menos, te has tomado la molestia de ponerte rímel. —Subrayé la frase con el objeto en cuestión.

Para mi sorpresa, un torrente de lágrimas cayó en cascada por sus mejillas. Haciendo caso omiso de la punta de plata del arma (como si realmente no se hubiera percatado de ella), alzó las manos y se tapó tiernamente los ojos.

—Dios mío —dijo con voz queda—. Tú no sabes cómo son las cosas con ella.

—Que sí, hombre, que ya lo entiendo —dije—. Tiene un conejo sabihondo. Ahora cuéntame lo que necesito saber y podrás subir a verla e intentarlo de nuevo. ¿Qué es eso de los vampiros?

Dejó caer las manos, se sorbió los mocos y se echó a reír como si le hubiera dicho algo cuya ironía solo podía captar él. Ahora, con el rímel todo corrido, parecía Alice Cooper.

—Yo me tenía por un hacha —dijo—. Hasta que la conocí. Esos pecaditos que te hacen sentir orgulloso. Nada. Simples migajas en su mesa. Y ahora no hay vuelta atrás.

—No puedo creer que vayas a obligarme a hacerte daño de verdad. —Levanté la jabalina—. Pero si es la única...

—Proyecto Helios —dijo—. ¿Estás al corriente?

—Bueno, sé lo que es —dije.

Todos los implicados sabíamos que el Proyecto Helios era el enésimo intento de los vampiros por hacerse inmunes al destructivo poder de la luz diurna. Se podría decir que lo han venido probando desde la época de los Diez Mandamientos.

—«Bueno, sé lo que es» —me imitó, con satírica voz de falsete—. ¿Y sabes, *loup-garou*, que ya tienen tres casos comprobados de tolerancia a la luz solar?

—No.

—Claro que no. Hasta ahora ha durado como máximo setenta y dos horas, pero ya te imaginas lo contentos que están. ¿Sabes qué tienen en común esos tres casos?

—¿Qué?

—Ataques de hombre lobo. Los vampiros que mostraron una resistencia

muchísimo mayor a la luz diurna fueron mordidos por hombres lobo.

Suspiré. Creo que no suspiraba desde hacía al menos treinta años, pero en ese momento era lo adecuado. «¿Ves, Jake? —dijo la Vida—. ¿Ves cómo las cosas empiezan a cobrar forma si te quedas por aquí el tiempo suficiente?»

Empezaba a ver puntitos. Supe, con fatigada certeza, que los siguientes momentos se sumarían a ellos para componer una especie de imagen bastarda. Pero uno tiene que atenerse a las formalidades.

—No cuelea —dije—. Ha habido multitud de casos de mordeduras. Los vampiros y nosotros somos como el perro y el gato.

—Sí, inspector Clouseau, pero ¿qué pasó hace unos doscientos años, eh? Que los hombres lobo dejaron de multiplicarse; las víctimas ya no sobrevivían a la mordedura. Según el COMFO, un virus. Vaya usted a saber. El caso es que si el vampiro contrae el virus se vuelve resistente, a muy pequeña escala, a la luz solar. —Alcanzó el paquete de Marlboro. Le dejé encender uno. La noche nos estaba cayendo encima. El bosque a nuestro alrededor se había poblado repentinamente de oscuridad. La grava blanca de la calzada para vehículos sería la última luz en desaparecer—. Los vampiros se dan de bofetadas por haber tardado tantos siglos en comprenderlo —prosiguió Cloquet—. Y ahora que encuentran la solución —sonrisa equina cortesía de sus gruesos labios—, *O Fortuna!*, solo queda un hombre lobo.

Rió con voz ronca echándome a la cara su fétido aliento, olvidó cómo tenía el culo, soltó un alarido, se ovilló de nuevo hacia un lado. Casi lamenté no haberle pinchado en un sitio menos molesto.

—Mira —dije—, no me caen bien los vampiros, pero tontos no son. Es imposible que hayan tardado tanto en darse cuenta de esto.

Cloquet se estaba hurgando los bolsillos; era la petaca lo que buscaba. Le ayudé a desenroscar el tapón. Después de un trago y un respingo, dijo:

—De imposible, nada. Para empezar, son casos muy separados en el tiempo. Uno en 1786, otro en 1860, el tercero en 1952. En este último caso, el vampiro no le contó a nadie lo de la mordedura. Le daba vergüenza. El año pasado un subalterno descubrió que lo había escrito en su diario y decidió dar parte. Además, estás exagerando por lo que respecta al contacto entre vampiros y hombres lobo. De hecho, cuando os encontráis cara a cara cada cual sigue su camino, ¿me equivoco? Casi nunca hay conflicto. —Meneó la cabeza—. Es para troncharse. Los vampiros están que trinan.

Me senté sobre los talones. Por el amor de Dios, Jake, escucha. Hay... Presumiblemente una conspiración de vampiros contra ti. Que el hombre lobo no consiga transmitir la infección se debe a un virus que, pasado vía mordedura a un vampiro, confiere a este cierta resistencia a la luz solar. Sentí ganas de reír, pero se me pasaron al momento. Cerré los ojos. El pequeño forcejeo me había dejado con la típica pesadez postadrenalínica, y la imagen resultante de unir ahora los puntitos no hizo sino aumentarla.

—Jacqueline me está vendiendo a las sanguijuelas —dije—. Para alcanzar la inmortalidad.

—*Le con immortal.*

—O sea que tú me matas y ella se queda sin mercancía que vender. Que Dios nos asista. Y luego, ¿qué? ¿Le envías unas flores y diez litros de botox para que te acepte de nuevo?

Cloquet arrugó la nariz, como si no hubiera tenido en cuenta cierto inconveniente. Luego sonrió. Era necio, pero lo bastante testarudo como para no resultar desagradable.

—El libro —dije—. ¿Tiene ella el diario de Quinn?

—Ah, los hombres que se volvían lobos... ¡Donde todo empezó! Por los retazos que me han llegado diría que es una historia poco saludable. Mucho perro salvaje y mucho cadáver. Repugnante, vaya.

La cabeza se me encendió de golpe. Presioné la tierna carne de su garganta con la punta de la jabalina.

—Bueno, bueno, joder. ¡Ay!

—¿Tiene o no tiene el libro?

—Lo tiene. Y la piedra también.

—¿La piedra original?

—No podrás quitárselos. Está en una cámara acorazada subterránea. Ni te imaginas. Aquello parece Fort Knox.

—¿Cómo lo consiguió?

—¿Cómo lo consigue todo? Ya sabes a qué te enfrentas. Posee el don de la extrañeza. ¿Te suena Aleister Crowley? ¿*Haz tu voluntad*? Jacqueline tiene... Mira, a ella las cosas siempre se le ponen bien. Compró buena parte del producto de los saqueos a raíz de la guerra de Irak. Tiene contactos entre los militares, Blackwater, la CIA, el Departamento de Estado. Ya te lo he dicho: su coño es una inteligencia gigante. ¿Qué piensas hacer?

Aplasté el Marlboro. Casi fuera del umbral audible, el sonido de un coche acercándose.

—Ahora mismo —dije—, no se me ocurre otra idea mejor que largarme de aquí.

*Solo que te vas sin libro, sin piedra, sin el principio.* Otra vez la náusea producida por la simultaneidad de saber que era demasiado tarde y saber que no era demasiado tarde. Una historia de cinco mil años de antigüedad. Una historia y nada más. Una puta historia, joder. Perros salvajes y cadáveres. Quise pensar que lo estaba imaginando, ese hondo reconocimiento celular, ese sabor a sangre de la vergüenza. No Jake, resonancia mítica o memoria de la especie o sí, esto me suena familiar. Si no, mi querido Jake, el deseo desesperado de no morirme sin desvelar tu propio misterio. Perros salvajes y cadáveres. Mejor una historia repugnante que ninguna historia.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Matando a los dos guardianes de la entrada sur.

—¿Con qué, si se puede saber?

—Con la pistola. Estará por ahí tirada. Se me ha caído.

Señaló hacia el lugar donde se había escondido para atacarme. Fui a ver y al momento encontré el arma, una Luger CZ 75 B con silenciador, calibre de nueve milímetros, número de serie borrado. Comprobé la munición: balas de plata.

—¿Por qué no me has disparado? Ya estaría muerto.

—Sí, lo sé. Es que me hice hacer la jabalina a medida. ¿Ves eso que está grabado en el astil? Es mi nombre y el de ella en escritura angélica.

El coche estaba cerca. El coche —no cabía la menor duda— venía hacia nosotros.

—Son ellos —dijo Cloquet.

Intentó ponerse de pie, pero solo consiguió quedar a cuatro patas, con cara de que iba a vomitar de un momento a otro. Me metí la pistola en el bolsillo y tiré de él hacia la parte más oscura de los árboles. El vehículo, un monovolumen negro con lunas de espejo, pasó lentamente sobre la pálida gravilla, única fuente de luz en ese momento.

—¿Por qué no me pescaron al llegar en el barco, si ya estaba metido en una jaula? —pregunté.

—No sé —dijo Cloquet—. Yo creía que ese era el plan, tenerte a bordo hasta que se pusiera el sol. Jacqueline debió de pensar que el soborno a los guardacostas no duraría mucho. Puede que el COMFO tuviera un barco cerca. No lo sé. O quizá solo quería follarte. Uno se enamora de ella porque enseguida te hace saber que no va a sentir nada por ti.

Tuvimos que zigzaguear entre los árboles para disfrutar de una perspectiva en la dirección del viento. Un calvario para Cloquet, que cojeaba con una mano en el alanceado trasero y otra sobre sus cantarinas pero desafinadas pelotas. Cuando nos detuvimos a cubierto no muy lejos de la parte delantera de la casa, se postró de rodillas y vomitó sin hacer ruido. Tuve que decirle que cerrara el pico porque no paraba de repetir, por lo bajo, *merde, merde, merde*.

Cinco vampiros se apearon del coche; tres varones, dos hembras. Estaba demasiado oscuro para mayores detalles. Flanqueada por dos matones armados (¿qué clase de munición?, ¿de madera?), Jacqueline Delon apareció en lo alto de los escalones con un vestido blanco.

—¿Qué ha pasado? —dijo uno de los vampiros.

Advertí que su voz carecía de la característica nota de aburrimiento (una versión del tedio adolescente que cree haberlo visto todo, perdonable puesto que muchos de ellos lo han visto todo).

—Subid —dijo Jacqueline—. Venga, subid y hablaremos.

Cuatro de ellos empezaron a subir. El quinto, una de las hembras, se detuvo a media ascensión y volvió la cabeza. Mirando hacia donde estábamos nosotros. Cloquet contuvo la respiración, pude notarlo como él notó que yo también lo hacía. La vampira, en principio, no podía percibir mi presencia, puesto que yo no percibía la



suya. Me había cuidado de dejar una distancia prudencial. Incluso a favor del viento, su olor era muy liviano, de modo que el mío sería imperceptible. Sin embargo allí estaba, alerta. ¿Tal vez el olor del vómito de Cloquet?

¡Qué coño! La sangre de su herida.

Nunca pensamos en lo más evidente.

La vampira dudó un poco, alzó la cabeza, sacó las manos de los bolsillos, dio un paso adelante inclinándose hacia la oscuridad.

—Mia, sube.

Durante unos inquietantes segundos, sus hiperbólicos sentidos tantearon en los confines de nuestra aura. No obstante, pasaron de largo sin detectarnos y volvieron a su centro. Mia dio media vuelta y subió rápidamente los escalones de la entrada.

—Y ahora ¿qué? —dijo Cloquet.

Buena pregunta. Yo, de lo que tenía ganas era de tumbarme en la mullida alfombra de agujas de pino y abandonarme al sueño, pasara lo que pasase. Qué reconfortante, qué consoladora esa expresión, «pase lo que pase».

—Te voy a decir una cosa —respondí—. Aunque te parezca increíble, lo único que intento hacer es seguir con vida hasta la próxima luna llena para que un hombre a cuyo padre maté y devoré hace cuarenta años pueda cortar mi cabeza de hombre lobo o meter una bala en mi corazón de hombre lobo.

Cloquet estaba junto a mí, apoyado en rodillas y codos, aparentemente la mejor postura para aliviar trasero, huevos y tripas.

—No me encuentro bien —dijo—. He perdido mucha sangre.

—Venga ya. No seas crío. Toma, esnifa un poco.

Le pasé la latita. Pausa. Dos viajes. Gruñido profesional de placer.

—*C'est bon. Aie. C'est beau.* ¿La matarán?

—Quién sabe. Lo más probable es que no tengan arrojo suficiente para hacerlo.

—¿Arrojo?

—Quiere decir energía, brío.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Nada. Mirar y esperar. ¿Y a qué coño viene eso de «nosotros»? ¿De quién hablas, de Starsky y Hutch?

Se rió (un jadeo espasmódico). La cocaína lo había puesto de buen humor.

—En cierto modo —dijo—, me gustaría que te la hubieras follado. Así sabrías. Así conocerías lo sublime... Su ano, por ejemplo. Es como una secretaria seria, coquetona y mimada que tuviera de jefe a Himmler...

—¿Por qué no te callas? Necesito pensar. Dame un cigarrillo.

Lo sensato habría sido partirle el pescuezo y largarme. Los vampiros me querían con vida, bueno, ¿y qué? Era una entrada más en el vocabulario de mis aprietos, pero la gramática seguía siendo la misma.

Exceptuando el libro de Quinn. La historia repugnante. Perros salvajes y cadáveres y el sabor ferroso de la memoria antigua. La iluminación proximal era una jaqueca de las que no aflojan ni a tiros.

Saqué el Zippo, encendí, chupé con furia. Los hechos estaban ahí, por más vueltas que yo les diera: esa historia es verdadera o es falsa. Jacqueline tiene el libro o no lo tiene. Suponiendo que lo tenga en su poder, lo cojo o me largo. Si lo cojo, el libro me afecta en algo o no me afecta en nada.

Simultáneamente (en la voz interior de una profesora de estudios culturales norteamericanos): solo el significado puede afectar en algo, y todos sabemos que el significado no existe. Toda historia expresa un deseo de significado, no el significado en sí. Así, la percepción de que conocer la historia afecta en algo es falsa.

Cloquet yacía de costado con las piernas flexionadas. En la oscuridad no pude intuir más que sus grandes ojos negros que parpadeaban húmedos y el brillo de la petaca.

—Estoy hambriento —dijo—. No tendrás algo de comer, ¿verdad?

Me acordé de los prismáticos y empecé a registrarle los bolsillos.

—En Le Marais hay un sitio —dijo él, aparentemente ajeno a mis tocamientos— donde hacen la mejor masa pastelera del mundo. Ahora mismo sería capaz de matar por uno de sus éclairs de vainilla. Es lo bueno de no hacer ya de modelo. Puedo comer lo que me dé la gana.

—¿En serio eras modelo? Esto sí que tiene gracia. Toma, coge.

—Los anacardos. Menos mal. Pero lo que me apetecería es algo dulce. Cuando ella se corre, ¿sabes?, te mira con un odio tan puro, un odio tan remoto y transparente... El desdén... Sí, es el desdén. Me pasé años enteros buscando a una mujer que me despreciara de verdad.

Los prismáticos no me sirvieron de mucho. Madame Delon tenía ventanas de último grito tecnológico, ventanas que, sin necesidad de cortinas, postigos ni persianas, ahora eran opacas. Pude ver a tres de sus guardias de seguridad ataviados con chaquetas acolchadas y pantalones militares; dos en la planta baja y uno en el tejado. Se paseaban, mascaban chicle, fumaban, intercambiaban unas palabras en voz baja. Los abetos alrededor eran como una oscura presencia fraternal. Cloquet se puso a comer anacardos, respirando por la nariz. El frío empezaba a ser desagradable. Transcurrió una hora.

—Jacqueline negociará —dijo, después de esnifar un par de veces más—. Tú no sabes cómo funciona ella. ¿Sabías lo de los chavales africanos? Angola, Nigeria, el Congo. Chavales acusados de brujería. Se los quita de las manos a sus padres, eso sí, pagando a base de bien. ¿Y después, qué crees tú que hace con...?

—¡Silencio! ¡Mierda, casi se me escapan! —Yo estaba vigilando la parte delantera, pero los vampiros debían de haber salido por la zona de los garajes. Fue el ruido de la puerta del monovolumen lo que me alertó. Apoyando la boca del silenciador en la nuca de Cloquet, le dije—: Si chillas eres hombre muerto.

Lo ridículo —no podía ser de otro modo—, salta en el momento de máxima seriedad.

—Tengo que estornudar —dijo Cloquet.

Normal, habida cuenta del barril de coca que se había metido por la nariz. Solté el arma y los prismáticos y con una mano le pellizqué la nariz mientras con la otra le tapaba la boca. Una puerta lateral del vehículo se cerró con un sonido de deslizamiento y un golpe sordo. La vampira, Mia, se demoró unos segundos, de nuevo mirando hacia donde nos encontrábamos nosotros. La luz interior del coche me permitió distinguir un rostro joven de pómulos altos y melena rubia hasta los hombros.

Cloquet estaba casi a punto. Apreté con más fuerza... quizá demasiada. Él se

rebulló, tratando de zafarse. Me puse encima de él como si fuera a sodomizarlo y procuré que no se moviera. Mia montó en el asiento del copiloto. Piernas y tacones altos que habrían quedado de maravilla en un anuncio de medias se alzaron con elegancia. Su mano buscó el tirador de la portezuela.

«¡Achsss!» Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Cloquet consiguió destaparse la nariz y soltar su extravagante estornudo (gracias a los dioses, quedó perfectamente sincronizado con el ruido de la puerta del acompañante al cerrarse). A punto estuve de partirle el pescuezo allí mismo. Entonces oí que el motor arrancaba y un momento después el monovolumen giraba para alejarse por el camino de grava con su pasaje de inmortales dentro.

Una muestra de cloquetiano moco había quedado adherido al reverso de mi mano.

—Gracias —dije, limpiándome en su solapa—. Bien. En pie, soldado.

—¿Cómo?

—Que te levantes. Ponte de espaldas, por favor.

La improvisación al poder. Con su cinturón le ató las manos por detrás del tronco del árbol. No protestó mucho. Tenía cierta tendencia a rendirse, eso era evidente. Se produjo un momento especial, una vez lo tuve bien atado. Cloquet me miró.

—¿Qué pasa? —dije.

—Eres un embustero. Los dedos te huelen a su coño.

—Ah, eso. Sí, lo siento.

—Volverás a por más. Le pasa a todo el mundo.

—Vuelvo, pero a por el libro.

—Te crees a salvo, y te equivocas. Ella sabe lo que estás pensando.

—Bueno, correré el riesgo. Oh, perdona, pero me llevo la Luger y tu jabalina hecha a medida.

Hice una bola con los quinientos euros, se los incrusté en la boca e improvisé una mordaza con la mitad de la venda que llevaba en torno a la muñeca. Todavía me pregunto por qué no lo maté. Era demasiado ridículo para asesinarlo: los anacardos, el rímel, su pasado de modelo profesional. ¡El estornudo!

—Igual tardo un poco —le dije.

Cuando se necesita un plan y no lo hay, entra en juego una fe *borderline*, mediocre, atolondrada. Es algo que saben los monologuistas cómicos, los criminales, también los soldados. El yo se disuelve en el flujo; puede que se recomponga al final o puede que no. En cualquier caso, uno hace lo que hace. En cualquier caso, uno «se mete».

Agazapado, avancé con sigilo entre los árboles, pasando por donde Cloquet y yo habíamos dejado la calzada hacía un rato, y seguí hasta el límite de las coníferas. Me separaban de los garajes seis metros de terreno abierto. Oscuridad suficiente como para no ver nada a simple vista, pero supongamos que a alguno de los guardias de seguridad le da por usar los prismáticos de visión nocturna... Salvé la distancia en un cómico esprint de puntillas y me detuve para recuperar el aliento de espaldas a la pared que quedaba bajo el primer balcón. Un oportunísimo *Deus ex machina* habría sido encontrar abierta una de las puertas del garaje, y dentro de este una segunda puerta que diera al sótano. Lo comprobé. Estaban las tres cerradas con llave. Preguntándome qué clase de coche conduciría Jacqueline, tuve una instantánea mental de ella al volante de un Mercedes descapotable del 65 color marfil con tapicería de cuero rojo del mismo tono que sus labios y uñas.

Una imagen placentera, pero no útil. Busqué algo que lanzar. En las películas, cuando se oye un ruido, siempre hay un guardián que abandona su puesto para ir a investigar. No había ningún objeto arrojado. ¿Qué pretendía yo?, ¿que hubiera macetas sueltas por allí?, ¿piedras?, ¿latas vacías? Alguna maldita cosa, por lo menos. Que no se diga que eso de disolverse en el flujo no tiene inconvenientes.

Al final recurrí a los prismáticos del francés. Los lancé hacia los escalones del lado oriental de la terraza, donde aterrizaron con lo que supuse que era un intrigante ruido. Sin duda un guardián —o, mejor aún, varios— iría a ver qué pasaba y de este modo yo tendría vía libre para una sigilosa ascensión por la escalinata del lado oeste.

«¿Has oído eso?»

«Sí. Pide refuerzos.»

Yo estaba ya en plena carrera (para que os hagáis una idea, imaginad el paso de ganso con que suele celebrarse un touchdown en el fútbol americano) hacia la escalinata.

Despejada. Llegué al entresuelo y, puesto que no había motivo alguno para no hacerlo, subí el tramo siguiente hasta el nivel de los olivos y el tomillo, justo debajo del jardín de cactus y del chalet propiamente dicho. Una vez allí, protegido por un tramo en sombras entre balaustrada y árboles, me detuve para hacer inventario. Cómo no, un guardián había bajado al entresuelo y estaba husmeando por allí, preparado para hacer fuego con su rifle automático. El guardián del tejado barría el terreno con unos prismáticos (¡de visión nocturna!), pero mirando hacia donde no tenía que mirar. El segundo guardián de la planta baja estaba justo encima de mí, a menos de tres

metros.

—Son un par de putos prismáticos —dijo el que había ido a investigar—. ¿Has avisado?

—He avisado.

—Me parece que hay alguien en el bosque —dijo el guardián del tejado, alzando la voz—. Sí, algo se mueve por allí. A las nueve en punto.

¿Algo moviéndose en el bosque? ¿Cloquet había sido capaz de desatarse?

—¿Quién está con la jefa?

—Marcel.

—¿Qué ves desde ahí?

—Movimiento.

—Vale, tío, pero ¿qué?

El que estaba a dos pasos de mí era un cobarde, menos mal. Debería haber barrido inmediatamente el lado oeste, pero lo que hizo fue ir hasta la parte superior de la escalinata oriental y llamar desde allí a su compañero:

—Sube.

—Movimiento en más de un lugar.

—Pero qué es, coño.

Era mi oportunidad. Nadie estaba mirando hacia donde yo me encontraba. Salí del escondite y subí rápidamente —de dos en dos, casi con agilidad de bailarina clásica, salvo por los prominentes tendones del cuello— el último tramo de escalones de piedra.

Y justo al llegar yo arriba se abrió una puerta en la pared de cristal y el matón con carita de cobaya que había visto en el barco —sin duda, Marcel— se plantó ante mí.

Nos miramos, lógicamente. Lógicamente, un segundo bastó y sobró para gozar de una purificada intimidad, para fijarse cada cual en los detalles del contrincante y sentir cada cual el peso exacto de los antecedentes del otro. Y, lógicamente, nuestras respectivas esencias, en pelotas por imperativo de la situación, intercambiaron miradas de asombro.

Luego le disparé en la cara.

Por los pelos. Quiero decir que por poco no me dispara él a mí primero. Desde luego, su arma iba ya buscando la horizontal, cosa de la que me apercibí de un modo empático, como si fuera mi propio brazo el que levantaba el arma. De hecho mi brazo, como si fuera la pesa al extremo de una máquina de gimnasio accionada por otro, ascendió describiendo un arco perfecto de cuarenta y cinco grados hasta poner la Luger a la altura de su cabeza, después de lo cual mi mano (otro elemento de un mecanismo de precisión no controlado por mí) apretó el gatillo.

La bala silenciada le entró por la frente (un *bindi* chapucero y demasiado grande). El tipo se derrumbó sin emitir el menor sonido. Jacqueline Delon estaba unos pasos detrás de él, en la alcoba, luciendo un vestido de seda de color crema. Dio un respingo con los hombros encorvados, como si acabara de oír cómo se le caía a alguien un valiosísimo jarrón. Miré brevemente a mi derecha y distinguí a los dos guardianes de la planta baja, ambos con gafas de visión nocturna, escudriñando la espesura. No habían oído nada.

Sin tiempo para pensar, crucé el patio de un salto, retiré el cuerpo de Marcel y cerré la puerta con luna de cristal. Me hallaba en el salón donde habíamos tomado la primera copa por la mañana. Aparte de Jacqueline, yo mismo y el difunto Marcel, no había nadie. Vi que los hombros de madame Delon descendían un poco. Un gesto con la Luger le dejó las cosas claras: al menor ruido, le pegaría un tiro. Porque yo mataba gente. Que se lo preguntaran a Marcel. Ella indicó con la mirada que había comprendido; sus hombros bajaron del todo. Se relajó.

—Cielo santo —dijo—. Pensaba que te había perdido para siempre.

—Déjate de chorradas, por favor. Sé lo del pacto con los vampiros. He venido a por el libro de Quinn y la piedra. Vamos al sótano. No hay tiempo que perder. Ya mismo. ¿Sí?

Jacqueline arqueó las cejas. Sonaba música a bajo volumen: Dusty Springfield cantando «No Easy Way Down». Y el aroma a pachuli era desacostumbradamente potente; por la mañana no olía así.

—La cosa no es tan sencilla —dijo.

Parecía claro que Jacqueline se esforzaba por no mirarme. Fuera se oyó a uno de los guardianes decir: «No, Marcel está con ella. Necesitamos a dos más aquí arriba para controlar todo el perímetro. ¿Recibido?».

Me acerqué a ella y, agarrándola del pelo, le puse el cañón bajo la barbilla,

movimiento que me obligó a soltar la jabalina.

—No me jodas, haz el favor. Vamos. Rapidito.

—Me interpretas mal —protestó—. Yo no tengo ese libro. La piedra tampoco.

—¿Y esta mañana sí? No te creo.

—Es verdad. Están en poder de otra persona.

—Acaba de contar el chiste —dije—. ¿En poder de quién?

Ciertas tensiones espolean la clarividencia. Supe que ella iba a mirar por encima de mi hombro izquierdo, a lo que había detrás de mí. Eso hizo.

—De él —dijo.

Me tomé un instante para reconocer que no tenía sentido decir: No esperarás que caiga en esa treta, ¿verdad? Después volví la cabeza.

Había estado allí todo el rato. «Él» era un vampiro y «allí» quería decir nueve metros más arriba, la espalda pegada al techo de la habitación justo encima de la puerta. Uno de los viejos, deduje, puesto que desafiar la gravedad es un deporte de élite que, supuestamente, solo se domina al cabo de varios siglos. El vampiro descendió muy lentamente; era un hombre delgado y pulcro de unos cincuenta y pocos años (aunque quizá se había codeado con algún Ramsés), el pelo entrecano ingeniosamente cortado y una carita serena y elegante. Ojos verdigrises, labios finos. Un asomo de hoyuelo en su delicado mentón. Pantalones pitillo negros y suéter negro de cuello vuelto. Recordé la época en que ver a alguien evolucionar así por el aire debió de ser más que sorprendente, antes de que todos pudiéramos verlo incontables veces en el cine. La mimética inversión de la modernidad: ves lo auténtico y te sorprende lo mucho que se parece a un efecto especial tediosamente perfecto.

—Como estás al corriente del pacto con los vampiros —dijo cuando sus pies se posaron en el parquet de roble—, no perdamos tiempo. Dona voluntariamente tus servicios a cambio de acceder al libro de Quinn y de la amistad de las Cincuenta Familias para el resto de tus días.

Para qué decir: «Y si no, ¿qué?». No solo pude verle bien entonces; también pude olerle, y es que la percepción híbrida no solo es influenciable, sino también idiota. Mis esencias licantrópicas se agitaron. Sentí aquella casi abrumadora urgencia límbica de arrancarle la cabeza al chupasangre. Y al mismo tiempo, apretujado en mis ancas animales fantasma, el impulso de huir. Una muy molesta ambivalencia: Muérdele. Corre. Muérdele. Corre. Oí una ráfaga de fuego de arma automática y supe que era el guardián del tejado.

—¿Qué pasa ahí fuera? —inquirió Jacqueline.

Yo aún la tenía sujeta. El cuero cabelludo caliente, aroma a champú. La sobredosis de pachuli ambiental era para disimular el *parfum de vamp*. El vampiro permanecía completamente inmóvil con los pies juntos, las manos a los costados, cero sonrisa, solo la típica economía física de su especie y el insoportable autodomínio de un mimo o un malabarista. Su inglés tenía un deje de italiano. ¿Casa Mangiardi? Qué más daba. Lo importante era que yo no había contado cuántas



personas se metían en el monovolumen. Habían partido cuatro, uno se había quedado. Dentro de nada actuaría, y a tal velocidad que yo sufriría las consecuencias (dopado, amordazado, metido en una bolsa y esposado) sin darme cuenta siquiera. En mi faceta de lobo habría podido oponer resistencia. Como humano, no era más que un muñeco grande.

—Por favor, Jacob —dijo Jacqueline—. Me estás haciendo daño.

La rendición se puso sensualmente a tiro, como una amante que me hubiera sorprendido por detrás y me hubiera rodeado con sus brazos y ahora estuviera echándome el aliento en el oído. Si yo lo deseaba, ahora tenía a mano diluirme en una voluntad mayor y hallar la paz. La paz de Cloquet con madame Delon, sin duda.

—Jacob, por favor —insistió Jacqueline—. Me haces daño.

Le solté el pelo. Ella se apartó, una mujer menuda con cabeza élfica y un cuerpo que recién empezaba a perder la batalla. Pensé en el entusiasmo de Cloquet por el ano de madame y sonreí.

—Muy bien —dijo el vampiro—. ¿Vamos?

Que no me hiciera ilusiones. O iba voluntariamente o iba tras un brevísimo forcejeo, pero al final iría. Floreció de pronto un loco montaje cinematográfico, adaptado al vampicampo, preso, de acuerdo, pero bien tratado, intercambiando historias de monstruos junto a la lumbre, renovando poco a poco las conexiones del asco, encontrando puntos en común, invirtiendo en Helios por la pura cosa científica, iniciando contra todo pronóstico (contranatura) un *verboten* idilio interespecies, la glacial Mia y sus exuberantes piernas; corte brusco a un plano de vuestro seguro servidor en forma lupina despatarrado sobre una mesa de acero cepillado, grilletes en las extremidades, la cabeza en un cepo, chillando, atendido por sanguijuelas con bata blanca y aparatología invasiva de última generación, sangrando por las orejas, el hocico, el recto...

Más disparos en el exterior. Gritos. Un helicóptero. Qué debía de estar haciendo Cloquet, me pregunté. Y me pregunté asimismo —la jabalina me enviaba modestas señales de vida desde hacía unos instantes— si podría agacharme y lanzársela al vampiro antes de que este hiciese lo que me tuviera reservado. Acción de tan escasa utilidad (obviamente, ya que no era de madera sino de metal) como enseñarle el dedo anular, pero en mi fantásica situación un gesto tan gamberro como fútil se me antojó divertido.

—Llévame contigo —le dijo Jacqueline—. Ya sé que las cosas no han salido como estaba previsto, pero al fin y al cabo tienes lo que querías. Te juro que no lo lamentarás.

—Estate callada —dijo el vampiro, sin mirarla.

A continuación ocurrieron varias cosas muy rápido.

Una explosión reventó la pared de cristal y un sonoro bolo de humo y llamas penetró como una exhalación para retroceder casi al instante. La onda expansiva nos hizo volar a los tres. Yo fui a parar contra los taburetes de la barra y noté que una de

mis costillas se rompía. La jabalina siguió el mismo camino y no me traspasó la cabeza por solo quince centímetros, hincándose en el flanco de mosaico de la barra. El vampiro, por hallarse más cerca de la deflagración, voló limpiamente por encima de la barra y fue a estrellarse con estrépito cristalero en las bonitas botellas y el espejo de detrás.

Jacqueline Delon estaba a cuatro patas un par de taburetes más allá. De la cara externa de uno de sus muslos sobresalía ensangrentada una gruesa esquirra de vidrio. Otra más en la espinilla. Y otra en la sien. La vi levantar una mano para arrancarse esta última y mirarla. Se me ocurrió entonces que yo podía estar herido también. En efecto, tras una aturdida investigación descubrí un triángulo escaleno alojado en mi hombro izquierdo. Seguí el ejemplo de Jacqueline y lo extraje con mucho esmero. La sangre se apresuró a salir detrás. Con algo parecido a una abstraída desgana, alcancé la jabalina. El helicóptero invisible era una clara y ensordecedora evocación de *Apocalypse Now*. La habitación se había llenado brevemente de calor; ahora el aire fresco irrumpió como un ángel. La jabalina no quería moverse. Conseguí ponerme de pie. Jacqueline, muda quién sabe si por un imprevisible estoicismo o como resultado del shock, logró levantarse también apoyándose en uno de los taburetes. Un tacón de aguja se había fugado. Incluso herida, el desequilibrio le resultó intolerable. Bajó la mano y se quitó el otro zapato. Entonces nos miramos como si ambos acabáramos de nacer.

El vampiro apareció detrás de ella. Primero no estaba y después sí. Así es como actúan. Rápido, demasiado rápido. Tenía la carita toda salpicada de cristales, toda tachonada de añicos, un sarampión de sangre. Se pasó la mano por ella, mejor dicho, se restregó como si la tuviera cubierta de moscas enloquecidas. Pero su expresión de compacta tolerancia permaneció inalterable.

—¿Vamos? —dijo, otra vez.

Entonces hizo su aparición el helicóptero. Descendió de perfil cual araña del antiguo Egipto. Ruido de mil demonios, los letales pecios de la habitación en loco torbellino. Era un Bluebottle del COMFO, ligero, veloz, manejable. Incluyó, una sola vez, su bulboso morro de cristal ahumado a guisa de decoroso saludo (Ellis, en función de pilotaje, me dedicó una sonrisa desde la cabina) y acto seguido viró cuarenta y cinco grados para encararnos con sus faros brutales.

Yo sabía qué llevaba a bordo. El vampiro también. Y, casi con seguridad, lo mismo Jacqueline. A esa munición la llaman «granizo»: dardos de madera de nogal de veinte centímetros disparados a razón de treinta dardos por segundo.

El pobre no escapó ileso. Al menos doce dardos lo alcanzaron —vi cómo uno le atravesaba la garganta y otro le entraba por el párpado inferior—, pero fue lo bastante rápido como para cubrir su vulnerable corazón...

... con el escudo que tenía más a mano.

Dos segundos, nada más. Tuve un atisbo del iluminado cuerpo de Jacqueline cubierto mágicamente de púas un momento antes de que el vampiro se lanzara hacia

atrás —con ella delante—, saltara sobre los destrozados restos de la barra y se precipitara a la noche por la ventana del otro lado del salón.

No me sorprendió, cuando Ellis apagó los faros, ver a Grainer con barba de tres días y atuendo militar completo sentado con autoritaria indiferencia masculina medio dentro y medio fuera del asiento del copiloto, un lanzaestacas apoyado en los muslos y un cigarrillo encajado con aire socarrón en la comisura de la boca. *No ha sido indoloro. No ha sido rápido.* Me saludó llevándose el dedo índice a la sien, sonrió, le hizo una seña a Ellis y el helicóptero retrocedió, giró lentamente en redondo, empezó a subir y se alejó por encima de los árboles.

Había empezado a llover.

No fue muy divertido salir del chalet. Primero tuve que quitarme otros dos trocitos de cristal, uno en la pantorrilla izquierda y otro —dolorosísimo cuando di los dos o tres primeros pasos— en la rodilla derecha. Estuve unos minutos tumbado en uno de los elefantiásicos sofás, desangrándome y compadeciéndome a mí mismo. Era agradable escuchar la lluvia acurrucado, sufriendo, pero no mucho. Y pensé, con un irritado resoplido: Son los primeros minutos de paz que disfruto desde hace una eternidad.

Pero eso no bastaba, claro. Fui cojeando hasta lo que había sido el bar, eché un vivificante trago de Kauffman, rescaté la Luger de entre los escombros y salí con gran cautela a la terraza.

Salvo porque llovía —gracias a ello, un agradable olor a tierra mojada impregnaba la humareda reinante—, el silencio era total en la finca Delon. Los dos guardianes de la planta baja estaban tendidos allí cerca, muertos, ensangrentados, uno todavía con los prismáticos de Cloquet en la mano. Ni un solo sonido en las alturas. Grainer habría liquidado al vigía del tejado desde cincuenta metros de distancia. Los refuerzos solicitados no se veían por ninguna parte; supuse que se habrían mirado los unos a los otros y convenido tácitamente, con sincera cobardía: «A tomar por culo».

En consecuencia, debía evitarlos ahora, si es que estaban observando con el seguro quitado y el dedo en el gatillo.

Lo más urgente era conseguir un medio de transporte. Caminar estaba descartado, sangrando como sangraba y con la costilla rota. (Costillas, en plural, pensé. Dolía demasiado para ser solo una.) Era posible que Cloquet hubiera venido en coche, pero tan posible como que lo hubiera hecho en paracaídas, camello o nave espacial. Además, ¿cómo saber a qué distancia estaba «la puerta sur»? No, no. Necesitaba un transporte motorizado y, habida cuenta de que una de las muchas cosas que no me he decidido a hacer en mis doscientos años es aprender a pilotar helicópteros (el de Jacqueline estaba sentadito en su flamante helipuerto), no me quedaba otra salida que ir hasta los garajes e improvisar un puente con lo que pudiera encontrar allí.

Tardé un fatigoso y singularmente indeterminado rato en localizar los garajes, renqueando o a rastras, maldiciendo entre dientes y, según sospecho ahora, dando vueltas en círculo. Me parece que en uno de los pasillos me quedé sentado y estuve sin conocimiento unos minutos. En otro momento vomité contra una pared presidida por un cuadro enorme que representaba una misa negra en clave elbosquiiana. La lluvia arreció, como si con su murmullo quisiera evocar el tránsito del tiempo hacia la nada. Pasé por una amplia habitación a oscuras donde un monitor de pantalla plana colgado de la pared mostraba sin sonido a un rapero obeso haciendo los típicos ademanes de rap, gestos que supuestamente proyectan la parte guai masculina pero que de hecho parecen una versión estúpidamente violenta del lenguaje para sordos. El *skin* con cara de niño del *Hecate* yacía en un charco de sangre, desmañadamente

muerto, los ojos de par en par y una pierna doblada hacia dentro. Bajé por más escaleras de las que debería haber habido.

Finalmente, con quemazón en las heridas, el cuero cabelludo irritado, las costillas vociferando contra todo aquel insensato ir de acá para allá, di con el cuarto de la limpieza y experimenté un momento de consuelo en el benévolo olor de la ropa recién lavada. Una puerta interior comunicaba con un pasillo curvo, a lo largo del cual (me encontraba debajo del entresuelo) había tres puertas que daban a los garajes.

Ricitos de Oro y los Tres Coches. Ferrari 458 Italia de color rojo. Sin llaves. Jaguar XK 140, blanco, de 1956. Sin llaves. Volkswagen Super Escarabajo de 1976, color lila metalizado. ¡Llaves! «¿Lo ves, Jake? —dijo la Vida—. Esto es una comedia. Alegra esa cara.» Monté y puse en marcha el motor.

Las fuerzas del COMFO (bueno, si es que había alguien más aparte de Grainer y Ellis) se habían retirado. Cuando me detuve en el camino de grava y bajé la ventanilla capté la densa conciencia verde del bosque absorbiendo la lluvia en la oscuridad, la intensa sed de la tierra. Eso fue todo.

—Cloquet, ¿estás por ahí?

Silencio. No sé ni por qué me tomé la molestia de llamarlo. Uno a veces tiene estos impulsos ocultos. El francés me recordaba a Gollum. Habría aceptado muy mal que «su tesoro» estuviese muerta. (Un vampiro habría dicho «no muerta».) Llamé de nuevo. No hubo respuesta. Okey. Pisé el acelerador a fondo.

Lo sensato habría sido cambiar de automóvil, buscar uno menos llamativo, y no parar hasta llegar a algún aeropuerto. No pude afrontarlo. Estaba muerto de cansancio. Las heridas ya no sangraban cuando salí por la puerta sur de la finca (tanto en forma humana como lupina, me curo con obscena rapidez), y en cuestión de horas no se vería nada de nada. Lo de las costillas, incluso con mi velocidad de recuperación celular, tardaría un día más. Físicamente esto no era nada, un rasguño, pero toda la parte de mí que no era carne clamaba por un poco de reposo. El vampiro me había dejado, como yo seguramente a él, con una pegajosa sensación de estar contaminado. Ansiaba un baño caliente, una habitación tranquila, una cama fresca.

Dejo constancia, con humilde gratitud, de que encontré las tres cosas. Al cabo de una hora de viaje, y tras haberme adecentado como pude en los retretes públicos de Arbonne, entré en el hotel Eugenie, al este del pueblo, donde por doscientos ochenta euros me proporcionaron una habitación muy amplia con baño y decoración de rústica elegancia: parquet de roble provisto de calefacción, alfombras vascas, cama de cuatro columnas con dosel, wi-fi y (Dios bendiga a monsieur y madame Duval) una bañera descomunal no empotrada. Después me refugié para meditar con un paño helado sobre los ojos y una botella de Château Léoville Barton de 1966 (Sant-Julien) por toda compañía. Puse la iluminación a media intensidad, me dejé acariciar por el agua y durante un corto espacio de tiempo fui nuevamente acariciado por aquella balsámica locución: Que pase lo que tenga que pasar... Que pase lo que tenga que pasar... Que pase... lo...

Uno quiere no pensar. Querer, lo he dicho antes, uno quiere esto y lo otro y lo de más allá. La botella estaba vacía y «Que pase lo que tenga que pasar» había dado prioridad a «¿Qué cojones vas a hacer ahora?». Bueno, sí. Una pequeña escombrera de aspectos prácticos. Los vampiros sabrían dónde estaba, pero esa noche no intentarían nada más; demasiado riesgo estando yo bajo vigilancia de la Cacería. La misión de Jacqueline consistía en apartarme del radar del COMFO el tiempo suficiente como para que me secuestraran. Había fracasado. El *Hecate* debía de haber atraído calor (palabras de Cloquet), y de ahí el precipitado trayecto hasta Villa Delon. Entre la espuma del baño, mi polla se irguió en recuerdo del polvo de la mañana... y se hundió con la misma facilidad en el agua cuando pensé en el diario de Quinn.

Robado por las sanguijuelas con la esperanza de que mis ansias de hacerme con él me dieran un motivo para vivir.

Otro suspiro. Es lo que pasa, pensé para mis adentros. La vida, como el borracho pesado en la fiesta de la oficina, no deja de perseguirte, de achucharte, de matarte con estúpidas anécdotas y de reír halitósicamente en tus narices sus propios chistes malos.

Salí de la bañera, me sequé con irritada meticulosidad, me puse un albornoz blanco del hotel y, en un acto de forzada y jovial temeridad, pedí otra botella al servicio de habitaciones. ¿Vampiros? ¿Cazadores? ¡Que vengan esos malnacidos! Y,

ya puestos, que le den a Quinn y a su libro. Si acceder a él (a la *verdad*, protestó mi interior romántico, la *verdad*, Jacob, después de todos estos años...), si acceder a él significaba someterse a los estúpidos zurriagazos de la ciencia vampírica, por mí como si no existiera. Siempre podía recurrir a la fuerza, por supuesto. Un solitario hombre lobo contra Cincuenta Familias de inmortales...

En un par de analépticos tragos me terminé el Vaso 1 de la Botella 2. Encendí el televisor. Un programa francés de reformas caseras. Una pareja llorando a moco tendido ante el milagro de su «redecorada» cocina. Zapeé un rato. *American Idol*. De nuevo una transformación, ahora de Don Nadie a Superestrella. Quizá llevaba razón Jacqueline: ahora el género humano busca emociones metamórficas en otra parte. Cuando uno puede presenciar la alquimia que convierte a capullos en multimillonarios, a incompetentes en iconos globales, ¿dónde está la gracia de que un hombre se convierta en lobo?

Apagué el televisor. Me senté en el borde de la cama sintiendo cómo desaparecía la tensión acumulada y, cosa increíble, todo ello acompañado por el tercer suspiro del día. (Igual que el maldito autobús: primero ni uno durante horas, o siglos, y luego tres de golpe.) Respirando por la nariz con temblorosa dignidad ética, aseveré: «Nada ha cambiado». Fuese cierto o falso lo del libro de Quinn, su existencia no iba a cambiar mi rumbo. Si uno puede vivir doscientos años sin la solución al enigma de la propia especie, también puede morir sin ella. Los humanos van a la tumba sin respuesta a ninguna de las grandes preguntas; ¿por qué iba a ser distinto para los hombres lobo?

Con el vino había llegado también una cajetilla nueva de Camel. Encendí uno. El mejor regalo de la licantrópía es saber que el tabaco no te va a matar. Me serví el último vaso de la noche. Recuperé la paz, un poco al menos. No había cambiado nada, repetí. Esperaría sentado a que pasaran los veintinueve días hasta la siguiente luna llena, y entonces Grainer...

Cómo no. Ahí estaba, con cruel retraso, la imagen del asesino de Harley. Sin duda su aparición a bordo del helicóptero había sido una provocación calculada, su postura relajada, la fría sonrisa de indio navajo, el simulacro de saludo marcial. *No ha sido indoloro. No ha sido rápido*. «Baja ya del burro, Jake, le oí decir. ¿Me estás diciendo que vas a permitir que salga impune de eso? Ya te lo dije, no fue indoloro ni rápido.»

Basta. Di una última calada. Apagué la luz, me tumbé en la cama. ¿Desde cuándo no dormía? ¿Cuarenta y ocho horas? ¿Setenta y dos?

Un poso lupino se removió en mis hombros. Al hincar yo los dientes en la garganta del drogota, su cuerpo se había sacudido como si eyaculara violentamente. Ahora su espíritu bailoteaba entre el atestado inframundo de mi torrente sanguíneo, sin amigos en la murmurante multitud. Ya es oficial. Eres el último. Lo siento.

Cerré los ojos.

Han pasado tres semanas.  
Todo ha cambiado.  
Joder.



A la mañana siguiente abandoné el hotel Eugenie, tomé un tren con destino a París y aproveché el viaje para poner estas páginas al día. Después de hacer transbordo en Burdeos detecté a dos agentes del COMFO, que fueron sustituidos por otros dos al llegar a la capital. Me traía sin cuidado; bueno, no del todo, puesto que su presencia mantenía a raya a los inmortales. Naturalmente los vampiros me vigilaban, durante el día por mediación de allegados humanos y durante la noche en persona(s). Estando en un club de Montmartre, a las tres de la mañana, sentí una repentina náusea vampírica mientras pedía un té helado Long Island. Obedeciendo a un impulso, me di la vuelta. Mia, la rubia de ojos azules, estaba al otro extremo de la barra iluminada de neón y alzó su copa (puro atrezo, claro) con una sonrisa. Blancas y elegantes manos serenas y labios pintados de rojo oscuro. Una mujer de extraordinaria belleza que olía como una cuba de mierda de cerdo y carne putrefacta. Uno agradece la disonancia cognitiva. De todos modos, ella no hizo ningún movimiento. Me quedé en París un par de días, demasiado abatido como para darme siquiera una vuelta de despedida por el Louvre. Contraté a una atlética escort pelirroja de grandes pechos y me sorprendió la vehemencia de mi clímax. En la fase poscoital intenté, en virtud de una supuesta correspondencia entre eyaculación volcánica y ansias de vivir, sentir alguna cosa por el hecho de estar todavía vivo. No fui capaz. La libido, hube de concluir, era un guerrero empeñado en batallar una vez firmada la rendición.

Finalmente, a los cinco días de despertar en la sentina del *Hecate*, despegué del Charles de Gaulle en un vuelo nocturno de British Airways con destino Londres-Heathrow.

Que fue donde todo —y quiero decir *todo*— cambió.

*Por el amor de Dios, Jake, escucha. Hay...*

Ahora sé lo que Harley iba a decir.

(«¿Y tú no crees en el destino?», me preguntó ella.)

(«Yo creo en todo lo que me digas tú», contesté.)

Tremendo golpe para la sección de condicionales. Si no hubiera decidido tomar el Heathrow Express en vez de un taxi... Si no hubiera parado a comprar tabaco en Llegadas Internacionales... Si no hubiera tomado el tren a París... Si no hubiera pasado la noche en Arbonne... Si, si, si... Hazte determinista y acabas yendo a parar al principio. Del universo. De todas las cosas.

(«No opina así Stephen Hawking —dijo ella—. Vi un documental en la PBS. Él considera el espacio-tiempo como un colector cerrado, cuatridimensional, sin principio ni final, como la superficie de una esfera. Una idea muy hábil, pero yo lo sigo viendo a la antigua, como si el espacio-tiempo fuese una gota que gira y gira, flotando en... bueno, en otro espacio y en un tiempo distinto.»)

(«Ven —dije—. Ven aquí.»)

Ella estaba bajando del tren y yo esperando para subir. Tres puertas de vagón más

allá, descendió al andén sobre zapatos de tacón alto y un momento después una pareja de nórdicos grandotes frente a los cuales, inexplicablemente, había caído de rodillas, la ayudaba a levantarse del suelo.

Inexplicablemente para ella, que no para mí. Leí en sus labios las frases de rigor —«Oh, cielos... Oh... Gracias, muchas gracias. Sí, sí, estoy bien, no sé qué ha pasado, qué estúpida soy, les estoy muy agradecida»— mientras los gigantescos suecos o noruegos o finlandeses recubiertos de pelusa rubia con tremenda afabilidad quemada por el sol la ayudaban a ponerse de pie y le entregaban la maleta con ruedas y el bolso. Ella cumplió con las formalidades, en efecto, pero de hecho estaba mirando hacia otra parte, otras partes, al borde del ataque de pánico, en busca del origen de la fuerza que había puesto momentáneamente la realidad patas arriba.

En otras palabras: yo.

«Cielo santo, Jake, escucha. Hay una hembra...»

Una mujer lobo.

Sin preámbulo. Sin previo aviso. Todo yo caído como una losa a sus pies y todos mis devorados muertos repentinamente paralizados por la impresión. Ellos pensaban que el final —la liberación, la disolución definitiva, la paz— estaba cerca. Y ahora esta traición, Marlowe despertado a porrazos en un mundo condenado a renovarse...

Mientras tanto, de pie otra vez y libre de manos solícitas, allí ella estaba con el bolso fuertemente agarrado, el rostro húmedo, el cuerpo discerniblemente ladeado. Su aspecto era el de una corresponsal extranjera sorprendida por una explosión en pleno reportaje. Treinta y pocos años, ojos color de chocolate barato y pelo de un tono oscuro similar, partido en dos y cayendo en sendas suaves olas hasta los hombros. Una solitaria peca o lunar en la comisura de la boca. De piel blanca, pero con una calidez y elasticidad que denotaban, o así me lo pareció, sangre mediterránea. Ni «bella» ni «guapa», pero de un salomeico atractivo visiblemente difuminado por los permisivos saberes modernos. De niña sus padres la habían querido, sin duda, y de mayor ella los había dejado muy atrás. Los tenía ahora, con el acuciante dolorcillo de la celebración, por unos niños o unos bobalicones. Me vino a la cabeza una imagen de nostálgicos inmigrantes europeos en el portal de una vivienda en Estados Unidos, diciéndole adiós, orgullosos de ella y desconsolados a la vez. Llevaba puesto un impermeable de color beis y debajo una blusa blanca y una falda marrón de raya diplomática, pero sin el menor esfuerzo (pues nada podía detenerme) la vi bailando desnuda a excepción de un velo y un rubí en el ombligo. Mi primera idea acerca de su nacionalidad (al leerle los labios había decidido que era norteamericana) se vio confirmada por el modo en que se relacionaba con su equipaje, el chaquetón, el bolso, esa despreocupada declaración de propiedad sobre cosas útiles. Mientras yo absorbía todo esto, su conciencia corría por el túnel maltratando apresuradamente a la multitud en dispersión, sabedora de que en alguna parte... muy cerca...

Retrocedí hacia una de las salidas, conseguí —por los pelos— no saltar sobre ella y ponerle las manos encima. ¡Ella! Este pronombre, de un momento para otro, había

adquirido toda la primacía. Una identificación que parecía surgida de tiempos hermafroditicos anteriores a la división del nacimiento. El primer atisbo de Arabella en el vestíbulo del Metropole había sido un acrecentarse de la esperanza y el temor: esperanza de que el reconocimiento fuera mutuo, temor a que no lo fuera. Ahora no había ni esperanza ni temor, únicamente una insoslayable fuerza de gravedad, una caída sobre la pura perra animal como la hoja de la guillotina sobre la madera de su base.

«Cielo santo, Jake, escucha. Hay una hembra.»

Tragó saliva, se pellizcó la blusa para ahuecarla y darse aire. El olor que desprendía era pura perversión, un carnal combinado de *femme* perfumada y lascivo pestazo a lobo. Naturalmente, venía de una transformación cuatro noches atrás. Oh, y se había cobrado una víctima. Sí, señor. El fantasma de su atracón era visible en su mirada, pese a que conservaba parte de la chica ingenua recién graduada que se abre paso en el sorprendente mundo laboral, resuelta a seguir adelante, a superar las humillaciones, a controlar las atrocidades.

Acechando al final del andén, un agente del COMFO con la cabeza rapada. Al no percibir olor a vampiro supuse que debía de rondar algún allegado humano, pese a que de momento no había conseguido identificarlo. ¿Estaban la Cacería o los Inmortales al corriente de ella? ¡Ella! ¿Y no lo había sabido yo, de alguna manera, en el inexorable paso de los días? ¿No había yo preguntado muchas veces: «¿A qué estás esperando, Jacob?».

Las aletas de su nariz se ensancharon. Convertirse en lobo casi la había destruido, solo casi. Había descubierto así la verdad conradiana: el primer horror es que el horror existe. El segundo es que uno se acomoda, se adapta a él. Y en aquellos ojos color café se percibía la adaptación, ese rendirse a la experiencia que ella había firmado en la intimidad de su alma, sorprendida de sí misma, una vez decidió aceptar lo que era, una vez tomada la decisión de matar a otros en vez de quitarse la vida. Ahora padecía un hambre feroz y cometía vilezas, había aprendido la manera de ensanchar la autoindulgencia. Haces lo que haces porque la única alternativa es morir. Había tenido una infancia de secretos y hete aquí el Gran Secreto que los justificaba a todos. *Ella...*

Cálmate, Marlowe. Por el amor de Dios, ¡piensa! Asuntos prácticos. ¿Podían estar al corriente? Pues claro que sí, cómo no iban a estarlo. Harley lo sabía, de eso estaba ya convencido, y si Harley lo sabía, ¿por qué no el resto de la organización?

Imposible dar una respuesta. Por lo tanto, supón que no. Y a partir de ahora mismo haz cuanto esté en tu mano para asegurarte de que jamás lo averigüen.

Estaba pasando otra cosa. (Ocurra lo que ocurra, como afirmó la difunta Susan Sontag, siempre pasa alguna otra cosa. Sacarla a colación es tarea de la literatura. No me extraña que casi nadie lea.) En el caso que nos ocupa, esa otra cosa era mi admisión objetiva de que los platos de la balanza habían vuelto a inclinarse —y de la manera más risible, apremiante y ruidosa— a favor de la vida. ¿Admisión objetiva,

he dicho? Dejémoslo en desinflada. Resignarse a la muerte al menos simplificaba la vida que uno dejaba atrás. Y ahora, ¿qué? ¿Complejidad? ¿Embrollos? ¿Otra vez preocuparse por eso? Pero además estaba pasando otra cosa. (El número de «otras cosas» es infinito, de ahí el infierno a que se enfrenta a diario la literatura. Me extraña que haya quien escriba.) Debajo de la primera admisión había otra con cara de pocos amigos: olerla de lejos había conseguido lo que la tortura y muerte de Harley no habían logrado. Ese fue mi merecido, un imponente menhir de desengaño a poco que quisiera mirarlo. Pero enseguida me llegó otra vez aquel tufillo sensacional —¡oh, Dios mío!— con el consiguiente aflujo de sangre y alegría peneanas. Hasta luego, quisquillosa conciencia: tengo cosas que hacer.

¿Y la vida sin amor?

Mis muertos organizados cual sindicato en silenciosa falange, con Arabella — dependiente de comercio— en cabeza.

El Heathrow Express arrancó. Todos salvo un puñado de pasajeros habían desfilado por las salidas y se apresuraban ahora hacia las escaleras mecánicas. La avisté todavía allí, aparentemente ocupada en quitarse una mota de suciedad de la falda, de hecho buscando aún con embelesada conciencia el origen del olor que la había hecho caer de bruces. Mi olor. Yo. Se había recobrado, ciertamente, aunque su rostro conservaba una pátina de sudor nervioso. La habían atacado por el lado ciego, sí, pero ahora su curiosidad había tomado las riendas, véanse si no las inteligentes luces femeninas en sus ojos de líquido oscuro. Levantó una mano y con el dedo meñique se apartó un mechón que se le había adherido a la frente. Alzó ligerísimamente la barbilla. Respiraba a pleno pulmón, y eso estaba produciendo un delicioso oleaje subterráneo a la altura de sus pechos. *Sé que estás ahí, en alguna parte.*

Esperé a que se dirigiera hacia la salida más próxima, aguardé hasta donde fui capaz y juzgué oportuno, y empecé a seguirla.

El reto, siguiéndola por los ventilados túneles y pasarelas móviles hacia las brillantes luces y el eco de los avisos de salida, consistía en mantener la distancia. Solo una vez me acerqué demasiado y ella se detuvo, dio media vuelta, avanzó unos pasos hacia mí. Tuve que ocultarme para que no me detectara y hacerlo además con la suficiente despreocupación como para que los agentes del COMFO no sospecharan nada.

Resulta que había un vampiro, sí, un negro alto de pelo entrecano y pendiente de aro mirando hacia abajo desde el vestíbulo de facturación. Otro quebradero de cabeza: tenía que mantenerme lo bastante cerca de mi chica para cubrir su olor sin que ella se volviera. Se había despojado del impermeable beis y lo llevaba colgado del brazo, dejando a la vista una figura esbelta y un porte que denotaba confianza no natural sino adquirida. Me fue imposible dejar de imaginármela como la hija buena de unos padres inmigrantes, conscientes del esfuerzo y los padecimientos soportados para convertirla en su genuina Chica Americana, ducha en nombres de marcas y provista de estudios, seguro médico, opiniones políticas, una buena ortodoncia, poder adquisitivo, aunque tanto este como los restantes pronósticos inaugurales estaban contaminados por la presencia del vampiro, como unas manos que me presionaran el cráneo desde arriba.

La chica se detuvo al pie de una de las pantallas de información. Yo me detuve también, fingiendo que llamaba por el móvil. Los problemas logísticos se acumulaban: dentro de nada ella encontraría su mostrador de facturación, cogería la tarjeta de embarque y pasaría por seguridad para entrar en el inmenso purgatorio del salón de Salidas. ¿Cómo la iba a seguir? Evidentemente, compraría un billete a donde ella se dirigiera. Pero, a menos que ese mostrador atendiera un único vuelo, ¿cómo iba a saber yo cuál era su destino? La distancia me había impedido leer la etiqueta que colgaba del equipaje. ¿Y si había comprado el billete y hecho todo el proceso por internet?

No había otra salida: tenía que aproximarme ya.

No bien avancé unos pasos, ella se alejó... pero solo hasta la cola de la ventanilla de Travelex. Tenía tres personas delante.

—No te vuelvas —dije en voz baja.

Seguía con el móvil pegado a mi oreja. En los veinte pasos que había necesitado para llegar a su altura había notado que ella se percataba de mi presencia, que se esforzaba por mantener la calma y no volver la cabeza. Toda ella estaba envuelta en un aura de calor. Su aroma era como una argolla prendida de mi hocico de macho. Vi que temblaba. Había que estar muy cerca para percibirlo, en sus tacones, en sus muñecas, en el pelo. Conseguí a duras penas reprimirme de agarrarla por las caderas, arrimar mi paquete a su trasero, abocinar las manos sobre sus pechos, sepultar la nariz en su nuca.

—Sé lo que eres y tú sabes lo que yo soy. ¿Tienes un móvil?

—Sí.

—Dame el número.

Su acento, al recitar el número sin dudarlo un instante, me confirmó que efectivamente era norteamericana. Fui tecleando dígitos, pero no lo guardé ni marqué después.

—Me están vigilando —dije—, y puede que a ti también, o sea que cambia algo de moneda y luego ve al Starbucks que está justo enfrente y esperas a que yo llame. ¿Entendido?

—Sí.

—No tengas miedo.

—No lo tengo.

—Tú lo notas, ¿verdad?

—Sí.

Me sobrevino una inmensa oscuridad de alivio. Casi me desmayo. Ella se acercó al mostrador de cambio y abrió el bolso.

No tenía modo de saber si el móvil era seguro. Aparte de para oír otra vez el mensaje de Harley, no lo había utilizado, pero, teniendo en cuenta que había pasado por las manos de Jacqueline Delon, era lógico pensar que había un riesgo. Me copié el número en el reverso de la mano y lo borré del Nokia. En Travelex pedí diez monedas de una libra y luego me dirigí a un teléfono público.

—¿Diga?

—Hola. Te estoy mirando. Esos dos tipos con mochila, ¿te pueden oír?

—No.

—Perfecto. De todos modos, procura que no se note que miras hacia acá.

—Tú estabas en el andén.

—Sí. Siento lo ocurrido.

—Lo he notado. Es tan... ¿Quién te vigila?

—Es una larga historia. Ya te contaré. ¿Adónde vas?

—A Nueva York.

—¿Vives allí?

—Sí.

—¿A qué hora sale tu avión?

—Once y media. —Se arriesgó a mirar. Nuestro primer intercambio transparente. Eso nos dejó a los dos mudos, pues ratificaba que acabábamos de entrar en el reino de lo inevitable—. Lo puedo perder, si hace falta —dijo.

*Tú lo notas, ¿verdad?* Sí. No solo el acto sexual del que nos privamos, sino la transfiguración de las cosas mundanas: carritos de equipaje, pantallas de información, logotipos de líneas aéreas, familias feas. Glorificado hasta el último átomo. *Lo puedo perder*. La certeza mutua recorta el habla, y allí estábamos nosotros, con el habla recortada. Ella simplemente no subiría al avión. Mi yo débil y egoísta se imponía sobre la pequeña parte que no lo era. Ella tomaría una habitación en un hotel del aeropuerto. Yo despistaría al vampiro y al poli. Luego, al entrar en la habitación, me la encontraría sentada en el borde de la cama. Ella levantaría la cabeza.

—No es seguro —dije—. Tenemos que saber si te vigilan.

—Ese negro de ahí arriba —dijo ella—. Hay algo que...

—Es un vampiro.

Otra sorpresa, transmitieron su rostro y su silencio. Pero también, con cierta demora: «Claro, ¿por qué no? Vampiros, por supuesto». Ella había aprendido: el mundo daba estos repentinos tirones convulsivos y revelaba nuevos elementos de su estrafalario yo a una élite maldita. A todo esto, Bloomingdale's y *Mujeres desesperadas* y las Navidades y el gobierno seguían adelante. Ella, en extraordinaria fusión, también seguía adelante. Lo noté en sus hombros tensos, en su rostro arrebolado, en el esmero con que se había puesto el maquillaje. Me llegó al alma, ese no recompensado valor, esa enorme determinación de no venirse abajo a pesar de

todo. A pesar de convertirse en un monstruo. Me partió el corazón (y el corazón estaba despierto, vaya si lo estaba: tieso y erguido) que hubiera tenido que ejercer su valentía ella sola.

—¿Has sentido náuseas? —le pregunté.

—Todavía siento un poco.

—¿Cuándo te ha empezado?

—Ahora, al entrar en facturación.

—¿Y antes no habías sentido nada?

—No.

—¿Nunca?

—Como esto, no.

Bien. Si no se había topado jamás con un vampiro, lo más probable era que el tipo de arriba solo iba a por Jacob Marlowe. El olor de ella debía de estar removiéndole las tripas, pero lo atribuiría a mí porque ignoraba que hubiese otro aullador cerca.

—No mires hasta que yo te diga, pero junto a las pantallas de información de tu izquierda hay un tío con pinta de Bruce Willis, cazadora marrón y camiseta blanca. Necesito saber si le habías visto antes. Vale, ya puedes mirar.

—No le reconozco —dijo ella—. ¿Quién es?

—Del COMFO no sabes nada, claro.

—¿Del qué?

—Es una organización que... Mierda, demasiadas cosas para explicártelas así. Por ahora basta con que sepas que no son amigos nuestros. Los vampiros tampoco. Tenemos que ir con cuidado.

Después de una pausa, ella dijo:

—No voy a subir al avión.

Lo cual me obligó a mí a correr el riesgo de mirarla. Ella me estaba mirando con la conciencia abierta de par en par. Fuera o no verdad lo demás, no había duda de que esto lo estaba viviendo ella con alivio, reivindicada por todos los días de furiosa contención: «No estás sola». La facilidad con que yo podía colgar el teléfono, acercarme a ella y tomarla en mis brazos era una tentación satánicamente razonable. Me vi a mí mismo haciéndolo, sentí cómo su ágil cuerpo se amoldaba al mío. «Yo sé lo que eres y tú sabes lo que soy.»

—Escucha —dije—, no deseo que subas al avión, pero hemos de asegurarnos de que no te han detectado.

Ya éramos primera persona del plural. Naturalmente que sí.

—¿Fuiste tú, el del desierto? —preguntó.

—¿Cómo?

—En California. Hace nueve meses. Cuando fui atacada. ¿Eras tú?

Yo había visto el expediente. A finales de junio de 2008 la Cacería había liquidado al hombre lobo Alfonse Mackar en el desierto de Mojave. Eso nos dejaba a Wolfgang y a mí solos ante el peligro. Mejor dicho, el COMFO lo creyó así.



—No era yo.

Vi que se mordía un momento el labio.

—No, no eras tú —dijo—. Creo que... lo noto.

Una mezcla de placer, vergüenza y alivio. De repente, estando los dos en el mismo recinto, por muy desangelada que fuese la sala de Facturación, ella notaba toda clase de cosas. Yo también. La intimidación era, literalmente, de risa. La risa estaba irrisoriamente a nuestra disposición.

—¿Cuántos...? ¿Cuántos somos, nosotros?

Tratando de decidir qué pregunta hacer primero, enfrentada de pronto a la posibilidad de varias respuestas.

—Se suponía que yo era el último —dijo—. Pero ahora estás tú. No entiendo cómo. No sé qué puede significar.

Seguíamos sin mirarnos y luego nos mirábamos, ahora no, ahora sí. Una cosa hipnótica. Para ella, como para mí, existía una vaga conciencia de las cosas que, dentro de nuestra absoluta certeza, necesitábamos decir, como si las páginas de un guión televisivo (*No puedo creer que esto esté pasando... Lo supe desde que te vi*) fueran pasando en un teleprompter al que ambos hacíamos caso omiso.

—No puedo marcharme ahora —dijo—. Tú no puedes pedirme eso. Es absurdo.

Imaginaos si hace ciento sesenta y siete años me hubiera topado con alguien de mi especie en una estación de tren. Alguien que hubiera apartado su ejemplar de *The Times* y mirando por encima de sus gafas hubiera dicho: «Sí, lo sé todo, pero tendrás que esperar».

—Sé que para ti es duro —dijo—. Para mí también lo es... —Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y allí estaba todavía la cómica transparencia mutua, la enconada connivencia—. Pero no hay otro modo de asegurarse. Confía en mí, por favor. Solo quiero cerciorarme de que estás a salvo.

—¿Y para qué te buscan? Nos buscan.

Le expliqué lo que sabía, saltándome todo salvo lo trascendental. Helios, los vampiros, el virus. Me escuchó con el ceño ligeramente frucido. Parecía una madre oyendo un informe sobre el inadecuado comportamiento de su hijo en la escuela. Los cabellos oscuros enmarcaban su cara en sendas medialunas blandas. Una imagen tipo años setenta, vagamente recordatoria de *Los ángeles de Charlie*. Y yo mientras, con una mezcla de amargura y alborozo, pensando: Todos estos años. Todos estos años...

—Saldré del aeropuerto —le dije—. Tú quédate. Si no saben que existes, me seguirán a mí. Toma el vuelo a Nueva York. Me reuniré contigo cuando los haya despistado. No creo que tarde más de un día o dos.

—Espera. Esto es una locura. ¿Y si no te siguen?

—Lo harán. En caso contrario, volveré y pensaremos otro plan.

—¿Y si hay otros vampiros?

—Te llamaré dentro de media hora. Si hay otros por aquí seguirás sintiendo náuseas, especialmente si uno de ellos sube a tu avión. Pero lo dudo mucho. Si hacen

subir a alguien contigo, se tratará de un allegado, un humano. No actuarán mientras permanezcas en lugares públicos. Pero mantén los ojos abiertos.

—¿Qué hago con esos tipos del COMFO? —dijo—. ¿Cómo sabré si me están siguiendo?

Allí estaba aún el encantador ceño de concentración. Ahora parecía una secretaria que estuviera recibiendo instrucciones importantes y tratara de conservar al calma, obligándose a estar a la altura de lo que inhumanamente se exigía de ella.

—No lo sabrás. Pero ahora no podemos hacer nada al respecto. En cualquier caso, de momento, no actuarán. Son cazadores de trofeos. Esperarán a la próxima luna llena.

Estas dos palabras, «luna llena», hicieron que nos miráramos otra vez. No habíamos dicho nada todavía sobre lo más importante. No me quedaban más monedas. Memorice sus señas en Nueva York.

—No puedo irme así como así —dijo—. Necesito respuestas.

—Las tendrás, pero no de este modo. Tengo que saber que estás a salvo.

Cuando lo dije noté un dulce pinchazo en el pecho, por la sencilla razón de que era verdad. De pronto, algo me importaba. En las películas alguien encuentra una nave espacial sepultada durante años, conecta la corriente y todo el sistema cobra vida de golpe: luces, palancas, indicadores, mandos. Era la emoción de pensar que esta posibilidad había estado ahí todo el tiempo, a la espera.

—Dime una cosa. ¿Hay cura? —preguntó.

—No.

Cerró los ojos. Tragó saliva. Absorbiendo la respuesta. Se había fabricado una personalidad nueva y bellamente deformada para adaptarse al ser licantrópico, pero aquel cerrar los ojos y tragar saliva era indicativo de lo que quedaba de la antigua personalidad, vestigios que no había eliminado a condición de fingir que en realidad no existían. Ni siquiera esto —que no había cura— había logrado aniquilar su viejo yo. Probablemente le duraría décadas, siempre aferrado a la esperanza como a un clavo ardiendo.

—Procura no estar sola cuando se ponga el sol y no duermas por la noche —le dije—. Tendrás que meterte en un club, un bar, lo que sea. Duerme durante el día. Con alguien, si existe esa opción, pero solo si le conoces muy bien.

Temerariamente, ahora nos estábamos mirando. La certeza *wulf* que había entre nosotros era tan fea y excitante como una hemorragia masiva sobre un suelo de baldosas blancas. Pero estaba la otra, la certeza humana, que a ambos nos tenía conmocionados. Me vino una imagen de Ellis y Grainer y un grupo de bien armados Cazadores riéndose de nosotros a mandíbula batiente.

—Más te vale venir a buscarme —dijo con voz queda.

La compostura no era total. Detrás, al acecho, estaba la desesperación. Las oscuras pestañas y aquel lunar eran los acentos eróticos de su rostro.

—Descuida.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Esto es una locura. Hay tantas... Es que no sé nada.

—No te preocupes. Sabrás todo lo que yo sé, que tampoco es mucho.

—¿Me llamarás dentro de media hora?

—Confía en mí.

Una pausa. Nos miramos de nuevo.

—Sabes que confío.

Momentos como engranajes diminutos; un clic bien engrasado, la tectónica cambia por completo y de repente dices: «Confía en mí», y ella: «Sabes que confío». Detrás de las cosas apremiantes —de los condicionales que todavía nos abrumaban— estaba la carnal eventualidad o, mejor dicho, dos eventualidades carnales: la confluencia en carne humana y...

Yo sabía que esa otra consumación seguiría siendo innombrable, algo que uno retiene deliciosamente en la boca y en el corazón. Había enviado desde el futuro un presentimiento de sí misma que selló nuestros labios. *Esperarán a la próxima luna llena*, había dicho yo, y como a través del guiño de un Tercer Ojo habíamos podido ver que nada, absolutamente nada, sería comparable a...

Y luego se había acabado.

—No quiero que te vayas, de verdad —dijo ella.

—Yo no quiero irme, de verdad.

Pero me fui. En Heathrow elegí un taxi de entre los que esperaban cliente y le di al taxista (un rastafari con tirabuzones y una gorra de piel tamaño buzón de correos) cincuenta libras de propina por anticipado para que me dejara usar su móvil. El coche, un antipático Mondeo, apestaba a maría y a comida china. Ella contestó al momento.

—¿Cómo te encuentras?

—Sin náuseas. Te han seguido los dos.

—Perfecto.

—No puedes hablar, ¿verdad?

—No.

—Esto se me hace insoportable. Son cinco mil kilómetros casi.

—Estaré allí antes de que te des cuenta.

—¿En serio somos los únicos? —preguntó.

—Pensaba que el único era yo, pero ahora que estás tú también, ya no sé qué pensar.

Salvo que, por primera vez en medio siglo, estoy...

—Es como despertarse. He estado... —La oí suspirar. Me la imaginé apretando las mandíbulas, cerrando los ojos, tratando de dominarse—. ¿Tú sabes qué es esto? —dijo al cabo—. ¿Si tiene algún sentido?

«Esto», léase la Maldición. «Esto», léase Ser un Hombre Lobo. ¿Qué sentido tenía, si es que tenía alguno? ¿Alguna relación con Dios, el diablo, los extraterrestres, el vudú, la clarividencia, la vida ultraterrena? Estaba claro que ella así lo temía, así lo esperaba, al mismo tiempo que dudaba mucho de que así fuera.

—No más que el resto de las cosas —dije—. Simplemente estamos aquí, hacemos lo que hacemos, es todo. Habrás leído cuentos de hadas, imagino.

Decidí que el libro de Quinn podía esperar. Bastantes cosas tenía ella que asimilar ya como para añadir desierto primigenio, perros locos y cadáveres. Aparte de que el taxista estaba a la escucha. No era un lacayo de los vampiros ni un agente del COMFO, a menos que hubieran mejorado mucho en no desentonar, pero era preferible que no tuviera nada útil que decir cuando le preguntaran. Para empezar iba a tener que pagarle un dineral por llamar, a no ser que le destrozara el móvil y montáramos una escena. Pocas cosas hay más pesadas que un taxista colocado que se las da de Bruce Lee.

—Ojalá pudiera revelarte un gran secreto —le dije a ella—, pero resulta que no lo hay.

—Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso.

Ella había asimilado la primera gran sorpresa: a mí, el encuentro, la confirmación del mundo en el que había caído hacía nueve meses, la atracción brutal, el violento descenso a un nuevo teatro de operaciones. Absorbía las cosas muy deprisa, a

velocidad de Manhattan. En ese «Tenía el presentimiento de que...» estaba ese yo más firme, seguro y sofisticado, el que aguardaba a que se extinguieran los ingenuos furros temporales. Estaba ya también ahí el reconocimiento de que esto, al margen de cualesquiera otras cosas, era el inicio de un vínculo de proporciones fabulosas. Estaba ya ahí la faceta irónica, la persona curiosa, traviesa. Estaba ahí la inteligencia comprometida a toda costa con la vida. Era yo, no ella, quien todavía bailaba interiormente, brincando de excitación con una sonrisa de oreja a oreja. Hete aquí que el impulso de dar gracias a Dios no había desaparecido. Algo dentro de mí miraba hacia... hacia las alturas, con humildad.

—¿Alguien sabe que existes? —preguntó—. Aparte de los vampiros y esos agentes, quiero decir.

—No. ¿Y tú?

—No. Está mi padre, pero se moriría si lo supiera.

—Lo comprendo. No te preocupes, yo te ayudaré.

—Me vas a seguir, ¿verdad?

—¿Te hace falta preguntarlo?

—Repite mi dirección.

—No es aconsejable. Ten confianza en mí, la recuerdo bien.

El taxi aminoró la marcha al llegar a la rotonda de Chiswick, encontró el semáforo en verde y aceleró. Estaba empezando a llover. Si era voladora, la sanguijuela lo estaría pasando mal allá arriba.

—Sigo sin ver claro por qué he de subir al avión —dijo ella—. ¿Y si me quedara en un hotel de por aquí?

—Este país es muy pequeño. Fíate de lo que yo te digo. He hecho estas cosas durante mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Poco aconsejable otra vez.

—Eres viejo, ¿verdad?

—Lo soy.

Pausa. Empezaba a ser consciente de lo que podía significar tener las respuestas. Sin ellas, seguir adelante era casi un acto reflejo; con ellas era una decisión bien fundada. Hombre (mujer) lobo porque uno lo ha querido.

—¿Cuántos años viviré?

—Muchos.

—¿Un siglo?

—Y cuatro también.

Silencio. Noté cómo se esforzaba por hacer una inmensa extensión lógica (vía ciencia ficción, Microsoft, el programa espacial) del presente hacia el futuro. Imposible: uno sabe que la extensión lógica no puede cubrir esa distancia. Uno sabe que el futuro lejano entrañará inimaginables y, tal vez, cómicos saltos.

—Pero tu aspecto será el mismo —dije—. ¿Te ayuda eso?

No contestó. De pronto fui plenamente consciente del peso de la soledad (la de ella, no la mía). *Está mi padre, pero se moriría si lo supiera*. Llevaba nueve meses con eso auestas. Encontraron a niños de tres y cuatro años que habían sobrevivido días enteros a solas en sus casas, alimentándose de azúcar, ketchup, mantequilla. Mejor no pensar en lo que habría supuesto para ellos. Eran, por decirlo de alguna manera, censurables. A menos, claro está, que uno hubiera pasado por la misma experiencia. A menos que uno fuese uno de ellos.

—Mierda —dijo—, tengo que facturar el equipaje. Si es que me marchó...

—Sí, te marchas. Que no se te olvide: por la noche lugares públicos, ¿de acuerdo?

—Y de día ir a dormir a casa de un ex.

—Hablo en serio.

—Está bien. Pero cuanto más tardes en llegar, más tiempo voy a tener que molestar a terceros.

—He cambiado de opinión —dije—. Duerme en la biblioteca pública. Bebe mucho café. Toma anfetás.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

Alias como un remolino de hojas muertas. Y, en medio, yo.

—Me llamo Jake —dije.

—Tuviste suerte. Jake es un nombre bonito.

—Y en cambio...

Una pausa.

—Bueno —dijo—, supongo que más vale que lo supere. Yo me llamo Talulla.

No debes enamorarte de una mujer porque acabarás matándola.

No si es mujer lobo.

Yo no me inventé las necesidades. Solo estoy atado a ellas.

Enfrentarme al vampiro no me seducía, sobre todo ahora que había apostado por seguir viviendo. Mejor esperar a que saliese el sol y se produjera el cambio de turno con su pariente humano. Así pues, le dije al taxista que me dejara en Caliban's de New Oxford Street, un club nocturno que curiosamente pertenecía a una empresa filial de una filial de una de mis filiales. Allí estuve, fortalecido por unas anfetaminas apresuradamente compradas, hasta las cinco de la mañana. Luego, desayunando huevos Benedict en Mikhail's (la primera comida humana desde mi deprimente banquete en solitario a bordo del *Hecate*) me dieron las seis, momento en que un Audi con ventanillas reflectantes vino a buscar al vampi dejando en su lugar a un par de allegados. También el COMFO había relevado a su agente. Mejor dicho, sus agentes (había detectado tres). Todo aquello empezaba a ser ridículo. Salí del bar, compré un paquete de Camel en un quiosco y me encaminé a Trafalgar Square. Londres se había puesto en movimiento. Había dejado de llover y el cielo estaba absurdamente bonito con su solitaria capa de esponjosas nubecillas, teñidas de rosa y melocotón por el primer sol. Solo los menores, los locos y los recién enamorados se percataron; el resto de la ciudad deambulaba cabizbaja camino de otro día de

neurosis.

Compré un móvil nuevo y llamé a Christian al Zetter. Necesitaba un corte de pelo, un masaje, una ducha bien caliente y un poco de tiempo y espacio para afrontar el arduo arte de la evasión.

Talulla, luz de mi vida, fuego de mis entrañas... Ta-lu-la: la punta de la lengua descendiendo tres peldaños por el paladar... Ta. Lu. La.

—Si Talulla es feo —dijo—, pon al lado «Demetriou» y entramos de lleno en el terreno de lo ridículo.

Era por la tarde y estábamos acostados en la suite eduardiana del Plaza de Nueva York, después de haber hecho el amor por quinta vez en unas seis horas. Nunca tuve una hermana pero imagino que, en caso de haberla tenido, follar con ella habría sido una sensación parecida a hacerlo con Talulla recién cumplidos los veinte, lanzarse los dos a ello con regocijada capitulación después de años de obscena telepatía adolescente.

—Talulla Mary Apollonia Demetriou —dijo—. Sueltas eso, aunque sea aquí en Nueva York, y creen que vienes de Vulcano.

Despistar a mis perseguidores me había llevado menos de veinticuatro horas, si bien tras una fatigosa epopeya de jugar al gato y al ratón. Con la ayuda de Christian salí del Zetter metido entre sábanas en un cesto de la ropa sucia que fue a parar a la furgoneta de la empresa de lavandería. Así me quité de encima a los esbirros vampíricos, pero no al agente. A este lo detecté apenas cinco minutos después de salir del furgón, cosa que no me extrañó. Christian es de fiar, pero no cabe ya la menor duda de que el COMFO tiene gente fija en el Zetter. Tres horas de metro-taxi-metro-taxi (y cuatro agentes) después, me hallaba otra vez en Heathrow, no del todo seguro de haberlos dejado atrás pero temerariamente empujado por la acuciante necesidad de verla de nuevo. Volando en clase preferente bajo la identidad de Bill Morris (comprar billete de primera en el mismo aeropuerto habría sido como hacer señales luminosas), tuve todo el ancho Atlántico para recrearme a gusto en mi lujuria. Cuando ella entró en el vestíbulo del hotel con gafas de sol y un vestido de cachemira de color rosa claro, yo ya estaba en el punto de máxima agitación. A tenor de lo cual cabía esperar un primer polvo de lo más gimnástico. Y no, de hecho la cosa fue total e hiperconscientemente pausada. De la misma manera se podía esperar que nos lanzáramos a compartir biografía hombrelobuna, obedeciendo al impulso de comparar experiencias licantrópicas. Pues eso tampoco. Ambos sentimos el reflejo de posponerlo. A la larga (pero no muy larga), hablar de lo que éramos significaría hablar de la muerte. Teníamos ante nosotros la oportunidad única de confluir como si el resto del mundo no existiera.

*Wulf* estaba allí con nosotros. *Wulf* sabía lo que estaba pasando. *Wulf* quería, materialmente, entrar. *Wulf* merodeó por la sangre, afluyó repetidas veces solo para acabar evaporándose en la epidermis. *Wulf* sacudió la cabeza y enseñó su degenerada lengua y nos envolvió en su fetidez bestial, un olor tan denso como el pestazo de un zoológico atestado. Si bien no conseguía nada más de nosotros, sí al menos lo primero y primordial, que sabíamos lo que éramos, que ambos habíamos



experimentado «la paz que sobrepasa todo entendimiento», que esa cópula bajo forma humana era solo el imperfecto precursor, el profeta charlatán, un simple Bautista respecto del Cristo en camino. *Wulf* sabía lo bueno que eso iba a ser y no podía soportar, ni por un momento, que nosotros no compartiéramos ese saber. Por consiguiente, lo sabíamos. Lo habíamos sabido ya en el aeropuerto, al mirarnos por primera vez. Lo habíamos sabido siempre.

Seis víctimas humanas, conté. No tantas como para que cada una de ellas estuviera presente en forma de crudo perfume, de vestigio oloroso, en el complejo y generoso aroma de su coño, en la cálida flor de su aliento. Ella me lo contaría a su debido tiempo, eso lo sabíamos los dos. Ahora era momento de disimuladas obscenidades. Mis muertos, incrédulos ante la violación del pacto, habían sido inoculados de nuevo en la sangre presurosa. Solo el espíritu de Arabella permaneció quieto, clavándome una...

«¿Así?»

«Sí, perfecto. No pares. No pares.»

Encontrábamos la manera. Siempre ha sido así, en la historia humana, en la del hombre lobo, en la de la Vida. Besarnos, por ejemplo, muy lentamente. Aun siendo de cabello y ojos oscuros, tenía la piel blanca, un contraste sensual que exigía un continuo reajuste de la percepción. Toda ella exigía (mejor dicho, lo exigía mi deseo) esa reiteración, ese volver sobre lo mismo. El lunar que tenía junto al labio era solo uno entre los diez o doce esparcidos por su cuerpo: mis nuevas constelaciones. No hubo fuegos artificiales, no hubo pornografía, solo un convertirse mutuamente a la religión del otro, esa igualdad erótica que se burla de la distinción entre lo sagrado y lo profano, que de una pincelada anarquiza el universo moral del cuerpo. En la pícara confianza de sus muslos separados estaba todo el amor y los mimos de sus padres. Ella conocía la medida de sus riquezas. El lobo la había violado primero y ensanchado después, además de los dones humanos le había inoculado una nauseabunda exención a los límites y ordenanzas morales de la ciudad. Uno aceptaba al lobo y maduraba, o bien lo rechazaba y moría. De niña ella había tenido juguetes blandos y una alcoba pintada de rosa, aspiraciones a bailarina, fijaciones con ponis. Todo eso se había desarrollado, mutando en libros, una lengua desenvuelta, la búsqueda del equilibrio entre sofisticación y puterío, un punto de avaricia material, el problema de ser lo bastante guapa como para que la politización fuese una tarea realizada a regañadientes, y después trabajo, negocios, las estrategias cotidianas de supervivencia que convertían en meramente pintorescas las discusiones éticas de madrugada entre estudiantillos. Todo eso estaba allí todavía, empequeñecido bajo el oscuro portal del monstruo. El reto consistía en encontrar el tortuoso empecinamiento que permitiera no renunciar a ninguna de las dos: la que había sido y la que era ahora.

Follar (la expresión «hacer el amor» se presentó voluntaria, no sin cierta legitimidad) permitió que la clarividencia se revolcara un poco entre ella y yo: heme aquí mirando desde detrás de sus ojos cuando Talulla tenía ocho años, junto a una

entrada posterior moteada de sombras de follaje y aguijoneada por alguna grandísima injusticia. Y allí estaba ella detrás de los míos en la soleada biblioteca —*werewolf*— de Herne House. Aquí un cielo resplandeciente sobre un sembrado oscuro con un solitario cobertizo. Aquí un concesionario de coches y la luz rebotando en un exceso de cristal. Aquí Harley encendiendo la lumbre al anochecer y diciendo: «Eso es una solemne tontería, joder». Aquí los pies de ella sobresaliendo de la espuma de la bañera, las uñas como una diminuta familia de rubíes. Fue como vivir momentos del otro, o imaginarlo. En el instante de correrme, la agarré por el sedoso vello de la nuca y la miré con fijeza. Ella me devolvió la mirada. Sus ojos poseían la fría omnisciencia, su coño el calor. La boca abierta se movió ligeramente en una afirmación apenas perceptible. Esto y el lunar acabaron con la poca determinación tántrica que me quedaba. Un primer clímax de disolución total, un disolverse no sé si en Dios o en el vacío, y después el retorno, la humilde reafirmación de huellas digitales, cuero cabelludo, rodillas, lengua, corazón, cerebro. Uno olvida que el sexo pueda provocar todo esto, devolver momentáneamente el fragmento divino al divino todo y luego desenrollarlo otra vez, arrasado, beatificado.

Así transcurrieron las cinco horas carnales.

Pero pasadas estaban. Ahora yacíamos en el lecho como estrellas de mar. Es una de las formas platónicas, yacer con alguien en una cama de hotel tras un sexo trascendente. Fuera, Manhattan se exhibía a la luz de un sol frío bajo un cielo azul de marzo. En algún momento había llovido. Nos habíamos percatado de ello, sí, como un animal indefenso que va a lo suyo podría percatarse de otro animal indefenso que va a lo suyo también. La atmósfera lucía ahora un enjuagado optimismo. Del cual era mejor no contagiarse —me advirtió mi lado realista—, porque el futuro lanzaba ya sus manos hacia nosotros como un gigante temporalmente ciego.

—Es la Talulla irlandesa —dijo—, no la choctaw amerindia. La familia de mi madre se trasladó aquí a finales del diecinueve. Bueno, tampoco es que importe mucho. Sigue siendo un nombre espantoso.

«Demetriou» por su padre, Nikolai, nacido en Grecia, que en el 67 llegó a Estados Unidos como estudiante de posgrado de Física, flipó con la contracultura, aprobó por los pelos el máster en Ciencias por Columbia y estuvo a punto de morir de una misteriosa infección estomacal en 1973, durante un viaje a México. Vivo pero traumatizado tras esa experiencia, a los seis meses escasos de haber recibido el alta conoció a, se enamoró de y se casó con Colleen Gilaley, heredera de un buen pellizco consistente en las cuatro charcuterías y tres pequeños restaurantes de su padre en varios lugares de Manhattan y Brooklyn, un imperio familiar en el que Nikolai se integró a regañadientes (e improductivamente también). En 1975 —Ford mandaba en la Casa Blanca, *Tiburón* triunfaba en los cines, Saigón había caído, los jemereros arrasaban en Camboya, *El legado de Humboldt* representaba la cultura de altos vuelos, *Shogun* la de bajos—, Colleen dio a luz a una niña, a la postre único descendiente de los Demetriou: Talulla Mary Apollonia, ahora de treinta y cuatro

años, divorciada, mujer lobo.

—Me ocurrió en California —dijo rompiendo el silencio cualitativamente distinto que se había formado tras la explicación anterior. (*Me ocurrió en California. Ahora estábamos hablando «de ello». Comprendí que así iban a ser las cosas, que la madrugada sería escenario de una leve esquizofrenia, de las múltiples realidades sobre las que había que hablar, las múltiples realidades de lo que éramos.*)—. El verano pasado. Acababa de recibir la sentencia definitiva y había ido a Palm Springs a visitar a un par de viejas amigas de la UCLA, supuestamente para celebrar mi divorcio y haber recuperado la soltería. Pero yo estaba fatal. Triste, hecha polvo, y encima fea y sexualmente difunta.

El descubrimiento de que su entonces marido, Richard, profesor de instituto y novelista en ciernes, tenía un lío con la secretaria del subdirector había precipitado el divorcio. «Mira —había dicho Talulla—, si hubiera sido una niñata de diecinueve años con tetas neumáticas lo habría podido superar con un poquito de dignidad. Me das pena, Richard, en serio. ¡Pero es que esa tía tiene cuarenta y siete! Eso sí que me sentó como una patada, como puedes imaginarte.»

—Total —continuó Talulla—, me harté de Palm Springs, alquilé un coche y fui a lamerme las heridas a Joshua Tree. Me hospedé en un motel cabaña de la Ruta 62; de día iba de caminata por el parque y al caer la tarde bebía tequila con los chavales que regentaban el motel. El desierto me sentó de maravilla. A propósito, ¿no crees que deberíamos pedir una botella de Cuervo? Tengo la sensación de que esto es la calma que precede a la tormenta, pero no me preguntes qué tormenta porque no lo sé.

La licantropía había tenido en ella efectos positivos: autorizar la tangencialidad, consentir la intuición, relajar y erotizar a tope la inteligencia. Se había licenciado en Lengua Inglesa pensando en dedicarse luego al periodismo. Empezó la carrera pero con escasa convicción, y al cabo de un par de años lo dejó para echar una mano en el negocio familiar. La educación estaba ahí, tratada como el memo inefable por su espabilado yo comercial genuinamente americano. Llamé para que nos subieran Cuervo y media docena de limas frescas, me preocupó por enésima vez que los documentos que me había proporcionado Harley estuvieran contaminados, que mi partida de Heathrow hubiera despertado sospechas, que Grainer y Ellis estuvieran al tanto de que «Bill Morris» se encontraba en el Plaza, encamado a todo lujo con su nuevo ligue.

—Y entonces, una noche —prosiguió—, me metí de lleno en la peli de terror. Posiblemente no he hecho tantas estupideces seguidas en toda mi vida. Para empezar, conducía sola de noche por el desierto, y encima por una carretera secundaria. Había ido a pasar el día al lago Havasu y estaba decidida a volver al motel evitando el tedio de la 62 Oeste. No era muy tarde. La luna ya había salido, claro. Y, claro, tuve una avería.

Llegó el tequila con las limas. Busqué unos vasitos en el bar de la suite y serví Cuervo para los dos. Yo sabía que estos eran los minutos, días, semanas de alto

octanaje en que cualquier cosa que ella hiciera podría despertar a mi amigo el falo: verla echarse el trago al colete; la pálida garganta femenina y los sedosos cabellos revelando en su caída hacia atrás las orejas sonrosadas con sus pendientes de perla. «Y eso no es nada —dijo *Wulf*—. Espera y verás, tío.»

—La peli de horror siempre está ahí —continuó—, solo requiere de ciertas condiciones. Estupidez humana, básicamente. Vas conduciendo mientras piensas que lo importante es tu depre posdivorcio y de pronto el coche se planta y todo lo que hay a tu alrededor te dice: «No, monada, lo importante es que estás sola en el quinto infierno, no hay cobertura, hace más de una hora que no ves otro coche y en cualquier caso esto es Norteamérica, o sea que no esperes que aparezca otro coche». Ponme más.

Serví otros dos tragos. De nuevo el codo empinado, la garganta tensa, la ascensión pectoral, las perlititas.

—Podías haber sido tonta y fea —dije, mientras ella se pasaba el dorso de la mano por la boca.

—Y tú tonto y feo.

—No habría pasado nada malo. Lo que origina problemas es la desigualdad.

—Ya, pero ¿y si llego a ser lista y fea?

—De entrada una putada, claro, pero a la larga mucho mejor. Si hubieras sido tonta y guapa creo que habría acabado matándote. Bueno, o tú a mí. Pero continúa, te he interrumpido. Acababas de tener una avería...

Dejó el vaso sobre la mesita de noche y se acodó en la cama, mirando hacia mí. Habíamos dejado atrás la primera y milagrosa ola, reconocieron sus ojos. Ahora desahogo y sobriedad, y las primeras sombras del realismo.

—Cuatro o cinco kilómetros antes había pasado por un villorrio —dijo—. Un bar, una tienda, media docena de casas. Estaba casi segura de haber visto también una estación de servicio. Algún teléfono habría. Era cuestión de llamar a Triple A y asunto solucionado. Total, eché a andar. No había cubierto todavía un kilómetro cuando apareció el helicóptero.

Yo le estaba mirando la mano, disfrutando con su historia (la de la mano), embobado ante el simple hecho de que aquella extremidad fuera suya. Era una mano carnosa y de largas uñas sin pintar. En el dedo medio llevaba un anillo grande con un ópalo. Verla tocarse el clítoris con la destreza y naturalidad de una norteamericana moderna y observar cómo el dedo de marras patinaba entre el vello oscuro con astuta determinación casi me había hecho correrme.

—Lo vi elevarse como a unos cincuenta metros, imagino que salido de algún barranco. Pensé que debía de ser la policía por el reflector que llevaba. Evidentemente, eran esos del COMFO que me has comentado.

—La Cacería.

—Eso. Bueno, el caso es que fue increíblemente rápido. Me di cuenta de que perseguían a alguien, o algo, pero no pude ver qué. Estar allí en medio y ser incapaz

de ponerle nombre a lo que estaba ocurriendo fue el motivo de que me quedara parada, como un pasmarote. Entonces el reflector giró hacia mí y me dejó ciega, y de pronto, como salido de la nada, el hombre lobo me atacó. Visto y no visto.

Recordé el expediente que había leído en su momento. ¿Mencionaba que hubiera habido algún testigo? No. Menos mal.

—Decir que me mordió es casi una exageración. Fue más bien el arañazo de unos dientes. De hecho me arrolló. Lo que de verdad me hizo daño fueron sus garras. Recuerdo que pensé, y eso en una fracción de segundo: Dios mío, o sea que los hombres lobo existen. Sería lógico pensar que estaba atónita, ¿no? Pues no fue así. Quizá porque cuando has visto cosas tantas veces en el cine... Tenía un buen tajo en el tórax y otro en la mejilla. Fue... no sé, como si me hubiera explotado en la cara un artefacto de pirotecnia. Desapareció. Jamás he visto nada moverse con tal rapidez. Bueno, hasta entonces, quiero decir. Yo misma soy bastante veloz ahora mismo.

Estuve a punto de decir: «Pronto veremos hasta qué punto lo eres». Pero me callé. Eso nos habría incomodado a ambos.

—Después, nada —continuó ella—. El helicóptero había desaparecido y yo me encontraba otra vez sola en medio del silencio absoluto. Caminé una veintena de pasos, imagino que en pleno shock. Y entonces vi el dardo.

—¿Qué dardo?

—Era para el hombre lobo, pero me había dado a mí. En la pantorrilla. Un sedante, a todas luces, porque un segundo después caí redonda.

—¿Lo conservaste?

—Habría sido lo más inteligente, ¿verdad? Pero no, vi que tenía aquello clavado en la pierna, me lo arranqué y lo tiré. Fue una estupidez por mi parte, no me lo recuerdes.

¿Dardos? Estamos hablando de la Cacería. Ellos no tiran dardos, ellos matan. Decapitan. Alfonse Mackar fue un trofeo de Ellis. Grainer estaba entonces en Canadá buscando a Wolfgang. ¿Mencionaba el informe que se hubieran empleado dardos para la captura? Si era así, yo no lo recordaba.

—No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento —dijo—. Cuando recobré el sentido aún era de noche, pero la luna estaba alta. Vi que no me encontraba donde creía haber caído redonda. Supongo que me arrastré por el suelo. Volví a la carretera y anduve los tres kilómetros hasta Arlette. Estaba casi convencida de que había muerto y que aquello era la otra vida. Para cuando llegué al pueblo las heridas ya habían empezado a sanar. A la mañana siguiente no tenía ni un rasguño, no había la menor señal de nada. Bueno, ya sabes de qué te hablo. Aún hay días que noto un ligero dolor en el pecho, como si tuviera clavada una astilla o algo. Uf, este tequila me ha bajado hasta los pies.

Un momento en el que Manhattan guardó silencio y volvió su relumbrante conciencia hacia nosotros. Sentí las dimensiones de la habitación, sentí las calles y los deshilachados bordes de la metrópoli extendiendo sus autovías como dedos, las

enormes distancias de este país nuevamente esperanzado. Y nosotros aquí en la cama, juntos, tibios como un tarro de miel al sol. Con escaso esfuerzo por mi parte, podría haberme dejado invadir por la sensación de paz. Pero, después de la primera tanda de sexo, las preguntas incómodas no dejaban de pincharme otra vez.

—La infección —dijo, tal vez por telepatía—. ¿Por qué yo precisamente ahora, después de, como tú dices, ciento cincuenta años?

Construir una fortaleza. Mucha seguridad. Un ejército de perros guardianes. Que nos fueran trayendo víctimas, engañadas, pagando. No tendríamos que salir nunca. Barajé esta y otras fantasías, sentí el cosquilleo de lo inútil, oí el sonido de las fuerzas del mundo (una orquesta de un millón de músicos afinando a la vez). ¿Por qué, si podía saberse, le lanzarían un dardo a Alfonse Macker?

—No sé —respondí—. Mis datos son datos del COMFO. Ellos son, o eran, los entendidos. Parece ser que la transmisión se ha visto interrumpida por un virus; eso significa que el bicho ha muerto o que tú eres inmune. ¿Hay algún aspecto médico de tu persona que yo deba conocer...?

—No. Padezco fiebre del heno y soy alérgica a las almendras. Aparte de eso, *nada*<sup>[4]</sup>.

—Tiene que haber algo. De todos modos, no es prioritario. Lo prioritario es... Bueno, hay varias cosas en la lista.

—Todavía no, por favor. Ponme más.

El postergado careo conmigo mismo lo tuve en el baño mientras ella hacía unas llamadas. (Su madre había muerto de cáncer de colon hacía tres años y Talulla había asumido la tarea de dirigir el negocio aparentemente con —y después sustituyendo a— su padre. Hasta que vino «aquello». Dos meses después del Cambio había contratado a un director general, Ambidextrous Alison, para poder desentenderse.) «Cariño, tú no le hagas caso —la oí decir por teléfono, refiriéndose probablemente al entremetido Nikolai—. Ya le he dicho que no cuento con él. Lo hace porque sabe que eso te cabrea.» Me tumbé desnudo en el suelo del cuarto de baño. Mármol frío y la luz como estrellas de unos halógenos empotrados. Las cosas habían podido conmigo. Principalmente en lo relativo a completar el círculo de mi cambio. El universo, me dije, demanda un pacto, y uno va y pacta. En mi caso, vivir sin amor. ¡Ciento sesenta y siete años sin amor! ¿Era absurdo hablar de amor ahora? No. O solo en el sentido de que siempre es absurdo —por motivos wittgensteinianos— hablar de amor. Todo estaba igual y todo había cambiado. Así lo atestiguaban la ciudad y el voluble tráfico rodado y los millones de ojos y de bocas parlantes y de hábiles manos familiarizadas: la epopeya accidental de lo ordinario sigue su curso. Un universo impío de forcejeante contingencia... ahora con el cómico contraste de no estar solo en él. (Sentí una repentina, y culpable, añoranza de Harley.) Por aquello de compartir especie —de ser los únicos representantes de la especie—, nos habíamos saltado la fase de incrédulo placer para entrar directamente en una adicción consolidada. No había elección. Yo era para ella y ella era para mí. *Wulf* nos casó, nos bendijo, nos

envolvió en un abrazo de cura con aliento a whisky. ¿Qué había escrito yo de Arabella? «Habríamos matado juntos y habríamos descollado.» Sin duda, y la calidez de aquella resplandeciente jornada me envolvía ahora como una luminiscencia. Un halo retrospectivo, debería decir, puesto que volvía a través del tiempo de un futuro repleto de asesinatos. Talulla me había mirado a los ojos al introducir yo la polla en su coño, me había mirado, digo, presentido algo de Arabella —cuyo espíritu vivía en mí—, había detectado su presencia y, al tiempo que alzaba sus pálidas caderas en lenta, total y victoriosa conformidad, había entendido que, lo quisiera yo o no, la infidelidad acrecentaba mi placer, me ponía por entero en manos de la nueva propiedad femenina, meaba en el altar, cagaba en la tumba, desenterraba y mancillaba el cuerpo amado en un exquisito y consciente sacrilegio bajo las leyes de Eros.

Ambos sabíamos que esto era una fase juvenil que pasaría o que, caso de convertirse en una perversión monolítica, causaría problemas, asfixiaría el torrente sexual, alimentaría la pestilencia. De momento, sin embargo, me había mirado con aquella enardecedora connivencia: «Sí, lo sé». ¿Cómo no iba a saberlo? ¿Cómo podía ella ignorar, con seis víctimas a cuestas, el gozo de pecar más allá del pecado original?

El frío del suelo empezaba a resultar desagradable. Me levanté y me metí en la ducha. Quería volver a ella limpio, arrimar la nariz a su coño, meter la lengua en su dulce y joven ano, aquel olor animal que respondía años y años de preguntas. *Se les abrieron entonces los ojos y vieron que estaban desnudos; y les encantó.* Pero mientras tanto, mientras tanto, mientras tanto el mundo. No podíamos quedarnos en el hotel. Aquel asunto del dardo no tenía sentido. La época en que Grainer capturaba especímenes vivos había quedado muy atrás. También era verdad que fue Ellis, y no Grainer, quien persiguió a Alfonse por el desierto. El caso era que teníamos que marcharnos. Venir a Manhattan, donde con tanta gente era más difícil detectar si a uno lo vigilaban, había sido una estupidez.

Me cepillé los dientes y al entrar en el dormitorio vi que ella tapaba el auricular con la mano. Me miró. No nos reímos, pero si hubiera sido una película eso lo habría marcado el guión como una manera de expresar aquello de que volver a verse después de diez minutos en habitaciones separadas era un regreso a la única realidad que en verdad importaba.

—Qué limpito vienes —dijo ella.

—Contraste total. Quiero tu porquería.

—¡Puaj! Bueno.

Me acosté a su lado en la cama.

—Esta noche podemos pasarlo bien —dije—. Mañana tenemos mucho que hacer.

Las primeras decisiones fueron dictadas por la paranoia. Nos vimos solo cuatro veces en varios días, siempre en lugares diferentes. Ella tenía que preparar a Nikolai para notificarle su ausencia (su padre acusaba una clara tendencia a pelearse con Ambidextrous Alison, a «interferir») y yo tenía asuntos logísticos que atender. Matrícula de coche californiana, un surtido de pelucas, gafas, bigotes postizos y, sobre todo, conseguir un permiso de conducir falso para una tal Talulla Mary Apollonia Demetriou, así como transferir a su nombre activos por un valor aproximado de veinte millones de dólares. El espíritu de la corrección política asomó su cara de culo a la puerta, pero mi chica lo mandó a freír espárragos. «Debería sentirme como una puta —dijo—. Y no, la verdad.» Yo apenas la oí. De hecho, y aun con los recientes atracos a escala global, veinte millones para mí no son más que una piedrecita en el camino. «Es dinero para salir del paso —le dije—. Necesito más tiempo para montártelo adecuadamente. Paraíso fiscal. Cuenta en Suiza. Esto es solo por si...» Bueno. Ya. Ese traspaso de bienes despedía un tufillo a dejarla mantenida una vez muerto yo. Ambos fuimos conscientes de ello, de manera que le dimos sus dos minutos de fama. «Mi intención es seguir vivo —dije—, pero si algo saliera mal a ti no te faltará nada. Eso sí, prométeme que siempre te comprarás ropa interior bonita.» «Me lo pones francamente difícil —dijo ella—, pero de acuerdo.»

No obstante, la paranoia. Yo podía acudir a varios abogados en el mismo Manhattan (cuatro de mis empresas tienen su central ahí), pero me empeñé en citarlos fuera de la ciudad para instrucciones y firmas. (Estas reuniones son un jaleo. Llevo tanto maquillaje en la cara que parezco una momia: he sido Richard Nixon, Marilyn Monroe, el Lobo Feroz... y debo echar mano de alguno de mis muchos acentos. La identidad queda establecida primero mediante un código numérico y después recurriendo a la tecnología de reconocimiento de huellas dactilares de un artefacto portátil. Resulta muy cansado, es un recurso para cuando no hay ninguna otra alternativa.) Alquilé un coche en el JFK y tomé la autopista hacia Filadelfia. Me parecía una buena oportunidad de comprobar si estaba siendo vigilado o perseguido. Los resultados fueron ambiguos. No había señales de inmortales, pero al llegar a Filadelfia creí detectar a un par de agentes del COMFO. Dejé el coche en el aeropuerto y tomé un vuelo con destino a Boston, deambulé por la ciudad durante veinticuatro horas y luego estuve tres días saltando de avión en avión, cada vez más deshidratado: Detroit, Indianapolis, el DC, Filadelfia. Recogí el coche de alquiler, puse rumbo al JFK y desde allí tomé un taxi hasta la ciudad.

Donde prácticamente me di de narices con un vampiro.

Yo estaba apeándome del taxi en la Quinta Avenida y él salía de una charcutería arrancando el celofán de un paquete de American Spirits. El pestazo me alcanzó cuando estaba a medio salir del coche. Apoyé una rodilla en la acera a modo de improvisada genuflexión. Al levantar la cabeza vi que él se había parado en seco con



una expresión de agraviada repugnancia. No le reconocí. Era alto y carilargo, pelo corto espeso teñido de violeta, pantalón pitillo, un tres cuartos de cuero, botas Converse de color naranja. Como humano habría entrado en la categoría de cyberpunk veinteañero. Me incorporé y por un momento nos miramos el uno al otro, empezando a sentir arcadas. Daba la impresión de que era nuevo para él lo terrible y jodidamente mal que se sentía uno al toparse de repente con un hombre lobo. Ni que decir tiene que Manhattan siguió a lo suyo como si tal cosa: ríos de gente, bocinazos, destellos de acero y cristal, vapores, gritos, silbidos, temblores subterráneos. Por fin, el vampiro sacudió la cabeza, dio un paso atrás y echó a andar hacia el centro.

—Habría sido casualidad, ¿no? —dijo Talulla—. Él no te estaba siguiendo...

Nos habíamos mudado al Waldorf Astoria, a una suite con vistas a Park Avenue. Yo era otra vez Matt Arnold. Ninguno de mis alias me permitía descansar en paz.

—Casi seguro que no —dije—. Creo que ya lo entiendo. He dado por hecho que todos los vampiros saben lo del virus. Y no es así. Estos siempre intentan sacar provecho de todo. ¿Por qué soy tan lerdo?

Talulla estaba sentada en uno de los sillones rococó tapizados de rojo, con los pies sobre un escabel. Representábamos nuestros papeles, lo que éramos ambos, nuestra circunstancia, con animada circunspección. El horrendo hecho medular permeaba todo cuanto hacíamos, pero solo tomaba plena y antiirónica posesión de nosotros cuando follábamos. En el catre, *wulf* era apestosamente elocuente, la olorosa verdad frente a la cual todo lo demás se desvanecía. Fuera del catre lo tolerábamos como una pareja sin prole que hubiera acordado inventar un hijo ficticio, que, por cierto, pensé (estando Dios muerto todavía, etcétera), era la premisa del *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, de Albee. Como si ambos desafiáramos al otro a admitir la mentira. Bueno, en realidad me desafiaba —o me preguntaba— ella a mí. Lógicamente, la Maldición era muy nueva para ella, tenía una fuerte disposición a creer que todo esto —transformarse en monstruo una vez al mes, matar y devorar personas— podía aún acabar siendo una horrible pesadilla. Habíamos evitado hablar del motivo de su marcha a Inglaterra, aunque yo lo conocía: cinco víctimas, por más que las hubiera elegido en estados muy alejados entre sí, le parecieron exageradamente cercanas. Vas a otro país —entrar, hacerlo, salir—, y para cuando la poli empieza a investigar tú ya estás lejos. Inglaterra porque allí hablaban inglés. Se requiere la máxima desenvoltura. Ella sabía que yo lo había imaginado. Me sirvió para ver por primera vez la versión culpable de su rostro, la expresión que luce una presentadora de televisión cuando alguien le dice por el pinganillo que sabe lo de los abortos o lo de las fotos porno, una casi imperceptible hinchazón de los carrillos y la boca, por un momento privados de su voluntad rectora. Sexualmente favorecedora, desde luego, un vislumbre de Eva en el paraíso con los labios aún húmedos por el jugo de la fruta prohibida.

De este modo la obscenidad, por ahora al menos, permanecía a cubierto.

—Ah, buena cosa —dijo ella—. Eso quiere decir que no tenemos que

preocuparnos por la especie entera.

Llevaba un vestido gris de punto, medias negras de nailon y botas altas de cuero negro. Es decir, blando por el vestido y duro por el calzado. Como lo blando del muslo y lo duro de la cadera. Nada de picardía indumentaria, simplemente buen instinto para los acentos sexuales. Atrás quedaba la primera mitad de la lunación y su olor tenía ahora notas más oscuras. Bajo el glamour agridulce de Chanel 19, su condición de hembra lobuna exudaba un penetrante y complejo aroma de saber depredador. El calor rielaba en torno a su cuerpo. El hambre era como un segundo latido, pero todavía muy por debajo del de ella. Los siguientes doce días con sus noches serían testigos del crecimiento de esa hambre. En ella y también en mí mismo. Sincronizados.

—Sí, pero el peligro es que ese papanatas se vaya de la lengua —dije—. Parecía su primera experiencia de este tipo. Sería lógico que quisiera comentarla con sus colegas. Y si corren por la ciudad otros vampiros que sí están en el ajo, lo más probable es que aten cabos. Él les cuenta su aventura a los postres y enseguida los tenemos encima. No, es mejor que nos marchemos.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—¿Podrás soportarlo?

Se levantó del sillón, vino hasta donde yo me encontraba —de pie junto al *escritoire*—, me rodeó con sus brazos y me dio un beso.

—No deberíamos viajar juntos —le dije, con escasa convicción.

—No seas malo.

—A ti no te han pillado aún. Si llegaran a descubrirte...

—Esos tiempos han pasado. Ahora somos tú y yo. No hay más.

Por absurdo que parezca, yo ya sé que nunca veré el día en que ponerle la mano encima no mitigue la certidumbre de la muerte. El tacto de su cintura entre las palmas de mis manos me transmite la profunda geometría que lo lleva a uno a través de los imprevistos hasta el reino elemental, el reino del alma, quisiera uno decir, aun a sabiendas de que empieza a chochar. Abrazarla es un acto de belleza y verdad en el sentido de Keats. No sé qué hacer al respecto. Bueno, sé que no se puede hacer nada, simplemente vivirlo y que pase lo que tenga que pasar.

—Podríamos esperar media hora —dije, deslizando las manos hacia la firme convexidad de sus nalgas.

—¿Siempre va a ser en este plan?

—No lo sé.

—Pues date prisa —dijo—. Rápido y a lo bruto. Por favor.

Salimos de Nueva York aquella noche (taxi hasta la Estación Central, coche cama Amtrak hasta Chicago) sin apenas hablarlo. Ella sabía que yo había organizado la fuga, pero comentar los detalles, en virtud de las tácitas normas hombrelobunas, habría sido una vulgaridad. Lo que hicimos fue simplemente movernos entre nuestra gigantesca fealdad, nuestro imperdonable punto final, suciamente enriquecidos como

niños objeto de abusos deshonestos, sabiéndolo todo y no diciendo nada. En sus momentos de abstracción pude ver que seguía asqueada a pesar de los meses de violento autobautismo. Se había endurecido en lo que a la sangre se refiere, pero no todos los vestigios de ternura habían muerto. Ella era un monstruo, sí, pero todo lo que había perdido por el camino podía tenderle aún una emboscada, hacerla volver la vista a su niñez y obligarla a mirar. No Puedes Volver a Casa<sup>[5]</sup>. (Thomas Wolfe. Dios, ¿y qué más?) Esto dolía, dolía cantidad. Había sido la niña mimada de muchos, la pequeña Lula de ojos negros, frente alta y un lunar. Convertirse en mujer lobo debería haberla separado de todo eso, pero no había sido así. Persistía una continuidad identitaria. Era como ser torturado por una niña inocente.

—¿Cómo haces para no pensar en que ya deberías haber muerto varias veces? —preguntó. Salvo para unos enamorados recientes, la limitada anchura de la cama cortesía de Amtrak habría sido un calvario. Las cortinas del ventanuco estaban descorridas y se veía un cielo nocturno en movimiento, grisáceo sobre un espeso fondo negro, y nubes azul policia que en algunos puntos empezaban a disgregarse. El tren olía a café de filtro y aire acondicionado—. Tú naciste en 1808 (una frase que jamás me habría imaginado que llegaría a pronunciar), y de eso hace dos siglos. Seguro que habrá habido muchas preguntas que responder.

De estas cosas prácticas del pasado sí podíamos hablar. Era el pasado.

—Con el tiempo va siendo más sencillo —dije—. Ahora lo es más que nunca, si uno tiene dinero. Siempre el dinero. El principio no varía: sigues pagando a especialistas en manipulación tecnológica de la identidad. Antes eran vejestorios metidos en sótanos, con lupas y tintas y placas e imprenta; ahora son jóvenes en grandes apartamentos, con ordenadores y demás. Esto es el nivel primario, digamos, cuando simplemente se trata de adquirir documentos falsos, desde partida de nacimiento hasta pasaporte, permiso de conducir, número de la seguridad social... Te sorprendería lo lejos que se puede llegar con eso solo: cuentas bancarias, tarjetas de crédito, hipotecas, préstamos, carteras de valores. En una vida cronológicamente normal es más que suficiente. Si son varias vidas, la cosa se complica. Aún no me creo lo que hice la primera vez, ni que pensara que sería capaz de continuar así.

—¿A qué te refieres?

—Me hice pasar por mi propio hijo.

—Madre mía.

—En 1850 Jacob Marlowe «padre», llamémosle así, se recluyó a los cuarenta y dos años. No podía aplazarlo por más tiempo: la gente empezaba a notar que no envejecía nada de nada.

Talulla se estremeció.

—¿Qué pasa?

—Tú. ¡1850! Cada vez que creo haberme acostumbrado, vuelve a sorprenderme.

—Para ser sincero, no recuerdo gran cosa de 1850. Dickens publicó *David Copperfield*. Falleció Wordsworth. Tendré que pensar.

—No digo los grandes acontecimientos, sino las cosas cotidianas. Un mayordomo calentándose las manos; aquellos caserones tan húmedos; un gorrito de bebé sobre la silla. —Trataba de imaginar un momento en que el presente sería tan remoto para ella como 1850 lo era para mí. Estaba sintiendo el contratiraje o la estela del futuro lejano: una especie de flujo frío. Se estremeció, volvió la cabeza hacia mí, pasó la pierna derecha sobre mi cadera—. Da igual, continúa. Jacob Marlowe padre.

—Jacob Marlowe padre se convierte en un eremita. ¿Existe aún esa palabra? A estas alturas yo debería saberlo.

—A nadie le importa, cariño. Sigue.

—Marlowe padre se convirtió en un eremita, si tal palabra existía en 1850. Hablo de reclusión en un lugar secreto que solo conocían mis abogados, fuera de Inglaterra. De hecho, casi no puse el pie allí. No podía permitírmelo. —*Porque, como tú bien sabes, no podemos dejar que las víctimas se amontonen en un solo lugar.* Notó que ambos agachábamos la cabeza para esquivar este asunto práctico del presente, el brusco descenso repentino de una cometa en el viento—. Todas sus decisiones empresariales eran promulgadas por mediación de apoderados y abogados, los cuales recibían instrucciones (yo utilizaba códigos, contraseñas, cifrados, todo el arsenal del despiste) por escrito. Un montaje francamente endeble. Si un mensaje no llegaba a tiempo, me arriesgaba a sufrir pérdidas catastróficas. El telégrafo fue un gran alivio cuando se implantó. Y el teléfono ni te cuento... Poco tiempo después de partir de Inglaterra me «casé» y menos de un año después tenía un «hijo», Jacob. Todo mentira, claro. Se redactó un nuevo testamento (Jacob hijo lo heredaría todo), y asunto concluido. A partir de ahí solo tuve que procurar que ningún conocido me viera.

—¿Lo dices en serio?

—Naturalmente. Piensa que en aquellos tiempos era mucho más sencillo que no te vieran: la fotografía estaba aún en pañales; no había televisión ni cámaras de circuito cerrado. Me paseé por toda Europa durante treinta y cinco años recurriendo a media docena de identidades. Tenía dinero, no lo olvides. Con dinero y movilidad es todo muy fácil.

—A propósito, gracias otra vez por los veinte millones. Ya ves, otra frase que nunca creí que llegaría a utilizar.

—De nada.

—¿Y la esposa ficticia?

Otro descenso brusco de cometa. La esposa ficticia evocando a la esposa real. El subidón afrodisíaco que nos había proporcionado el fantasma de Arabella siendo obligada a mirar, la promesa de una oscura iluminación. Todo mal aparente promete lo mismo. Y es mentira. No existe oscura iluminación porque no existe el mal. Haga uno lo que haga —desde violar a un niño hasta gasear a un millón—, no deja de ser un acto más. Al universo le importa un pimiento. Desde luego, no te da un conocimiento divino a cambio. Todo el conocimiento y toda la divinidad están ya

dentro de ti al hacer lo que sea que te haya dado por hacer. ¿Quién lo sabrá mejor que un monstruo?

Eso no quita que mi polla se hinchara por la proximidad del calor húmedo de su mano. Ella la cogió, la sostuvo, y eso fue todo lo que el momento requería.

—Fiebre tifoidea —dije—. Pobre Emily, solo tenía veintidós años. Y el pequeño Jacob, apenas un añito.

—Partida de nacimiento y certificado de defunción falsificados.

—Eso es. Y yo me reuní con ellos en el panteón familiar gracias a un ataque al corazón en 1885. Me dejé crecer un bigote impresionante para mi regreso como Jacob hijo, me encasqueté unos anteojos, cambié de peinado. Naturalmente, mi acento ya no era el mismo. La gente, por regla general, ve lo que se les dice que vean.

—¿Y tienes hijos de verdad? A estas alturas los tendrás desperdigados por todo el mundo.

Oh. Eso.

No bien hubo pronunciado aquellas palabras, deseó tragárselas. Eran los últimos segundos antes de que algo terminara para siempre. Por un segundo (solo uno) pensé en mentir.

—Nosotros no podemos tener hijos —dije.

La frase penetró en ella y buscó el hueco que ya estaba allí esperando. Talulla lo sabía, claro; había querido negarlo, pero lo sabía.

—He dejado de menstruar.

—Lo siento, Lu.

—Richard y yo habíamos decidido empezar a probarlo. Y entonces descubrí lo que pasaba.

Nos quedamos un rato en silencio. El comfortable mecerse del tren como una cuna. Se me ocurrió que sería bueno pasar de aquel estado directamente a la muerte, un adormecimiento progresivo y apacible mientras el túnel se va haciendo cada vez más oscuro, hasta que al final uno mismo se convierte en oscuridad y desaparece. Se extingue. Adiós. La abracé, pero no como si mi abrazo pudiera realmente cambiar algo. (El recio abrazo del macho siempre resulta paternalista para la hembra abrazada.) No me había soltado la polla. Noté que sentía pena, rabia, inutilidad, y que hacía un esfuerzo por permanecer muy quieta. Como si estuviera ardiendo en la hoguera y tuviera que soportarlo sin pestañear o emitir el menor sonido.

—Yo lo sabía —dijo—, pero continué tomando la píldora. Imagino que ahora tocaría decir: «Bueno, es mejor así».

Trechos de cielo despejado cada vez más grandes. Estrellas.

Y, de pronto, la luna.

—Y para acabar de arreglarlo... —dijo, percibiendo la inapelable insinuación de propiedad allí donde nos lamía con su luz. En vista de que yo callaba, añadió—: Al menos estoy con uno que sabe cuándo hay que tener la boca cerrada. Imagino que eso es consecuencia de los doscientos años.

También yo tuve imágenes de arder en silencio y sin dolor mientras ella me ponía boca arriba y se subía poco a poco encima de mí. De arder o de una acelerada podredumbre, vista a cámara ultrarrápida como en los documentales de naturaleza, mi decapitado terceto de zorros pasando de rollizos cadáveres a mero polvo vía orgía de gusanos en imágenes con mucho grano. Las imágenes continuaron mientras follábamos (mientras ella me follaba), se interrumpieron cuando se inclinó hacia atrás y la luna se adueñó lujuriosa de sus pechos y su abdomen. Terminaron cuando yo acabé. Un rollo de película con el extremo aún dando vueltas...

Ella se quedó dormida al momento, medio abrazada a mí. El peso de su cuerpo expresaba la finalidad del nuevo hecho, una paz brutal ahora que la noticia había sido afrontada y asimilada. *Nosotros no podemos tener hijos*. Durante el polvo sentí que me odiaba por ello, es lógico, y que sabía que yo me daría cuenta y le buscaría un hueco a ese odio. Durante el polvo ella comprendió también que el amor estaba entre esas cosas que hacen un hueco a las venganzas irracionales por los seres queridos.

En Chicago alquilamos un Toyota. Nos pusimos en marcha evitando las autovías. Mi idea era: cuanto más vacío esté el paisaje, más fácil será detectar a un vampiro o a un agente del COMFO. Iowa. Nebraska. Wyoming. Utah. Estados sin lujo, estados de arrasada transparencia, estadios gigantescos para la colosal geometría de la luz y el clima. En ellos predomina aún lo planetario, un espectáculo introspectivo de masas y presiones cuyo fruto son esos accidentes de belleza sin par: cumulonimbos como yunques flotantes; una ventisca repentina. Allí uno se da cuenta de que el tiempo geológico no se ha detenido.

—Pero dices que el COMFO tiene exorcistas. ¿Qué es lo que exorcizan? —preguntó ella.

Uno regresa a la metafísica, pero con menos apremio. Se supone que los nuevos fenómenos han de encajar en alguna parte. ¿Qué importancia pueden tener media docena de especies nuevas? Ella ya se daba cuenta. Estaba sentada a mi lado con extraño primor, las rodillas juntas, las manos en los bolsillos de la cazadora. Se había recogido el pelo con horquillas y la nuca descubierta le daba un aspecto de brutal vulnerabilidad.

—Demonios —respondí—. Que yo sepa, demonios. Y también ángeles. Dios y el Diablo.

—Supongo que a estas alturas yo ya debería saber distinguir.

Me chocó el tiempo que hacía que no me planteaba yo tales cosas ni que estas eran motivo de preocupación para mí. Recordaba vagamente conversaciones de madrugada con Harley, aunque conocía muy bien su punto de vista: existía un reino trascendente pero se expresaba en multitud de lenguas. Isis era una palabra en una de ellas. En otra, Gabriel. En otra más, Afrodita. Lo único que teníamos era eso, el lenguaje. Nosotros mismos éramos lenguaje. Lo que hay *detrás* de la palabra permanece siempre oculto, ignoto. Claro, porque la Palabra, el Verbo, era cosa de Dios. ¿De qué podía servirle todo esto a ella?

—Pero ¿tú has visto cosas de esas? —preguntó—. ¿Has visto demonios?

—He visto personas con algo dentro que era ajeno, un ente completamente aparte. Y he visto (mejor dicho, he sentido) cómo esa cosa salía de ellas.

—¿Y era algo malo?

Llegamos al quid de la cuestión. No importa realmente cuál es el lenguaje, sino si está sostenido por una gramática moral trascendente. En realidad da lo mismo cómo se llame el infierno o quién maneje el cotarro: lo que importa es no ir a parar allí.

—Diría que su intención era hacer daño a seres humanos —dije—, pero como si no tuviera otra elección. Hay que elegir el mal.

Mantuvo las manos dentro de los bolsillos. Miraba fijamente la carretera. Ese era el problema de hablar. Tarde o temprano acababas así. Tarde o temprano todo acaba así.

Paramos no sé bien dónde para que yo pudiera orinar. Hacía cinco días que habíamos dejado Nueva York. La puesta de sol era una brecha entre el terreno y las nubes, como un ojo pequeño o una yema de luz rota, rosa dorado, malva, anochecer. Prados a cada lado perdiéndose en el horizonte, un efecto óptico que ofrecía una nueva versión de la Tierra como un disco de hierba pálida. La carretera continuaba recta hasta el punto de fuga; si te dabas la vuelta, lo mismo. Talulla bajó del coche, estiró brazos y piernas, se apoyó en el capó y encendió uno de mis Camel. (Yo le había explicado que fumar no le haría daño y ella había dicho que vale, que solo era por hacer algo.) No habíamos dicho nada todavía de adónde nos dirigíamos ni qué haríamos una vez allí; el no decir nada era para ella como ir acumulando moscas sobre la piel, más cada vez. Las dos últimas noches el hambre nos había mantenido despiertos a la fluctuante luz del televisor bebiendo bourbon, copulando hasta no poder más, incapaces de hallar solaz estando quietos. Faltaban ocho días para la luna llena.

—Cuando conducía por el desierto —dijo Talulla, mirando al horizonte—, podía recorrer más de cien kilómetros y no ver nada más que un panorama vacío.

Llevaba puesta una cazadora negra de piel, vaqueros y un jersey color crema de cuello vuelto. Yo estaba pensando en unos versos de Thom Gunn: «Espalda contra espalda, apoyados en el coche que se enfría / sobre el polvo de un continente pardo, / contemplan el sol, ahora al oeste de su Occidente...».

—Y de repente —continuó—, en medio de aquel vacío, casi como una broma, aparecía un solitario remolque. Ropa tendida, una camioneta, un perro. Alguien que vivía allí solo. Al principio barajé esa idea, alejarme de la gente todo lo que fuera posible. Quizá irme a Alaska. Al Ártico. —Una brisa jugueteaba con la hierba de las cunetas. Talulla dio una última calada, tiró la colilla y la aplastó con la puntera de la bota—. Pero no estoy hecha para eso —concluyó—. Para la soledad.

La rodeé con mis brazos y la besé, sintiendo el calorillo de su cuerpo bajo la cazadora. Su pelo olía a humo y a aire fresco. Tomé plena conciencia de las dimensiones exactas que ocupábamos en ese momento, dos cuerpos, y toda aquella distancia a nuestro alrededor.

—¿Sabes lo que pareces? —le dije—. Pareces una de aquellas actrices de las serie de policías de los años setenta. *McCloud*, *Kojak*...

—Bueno, ahora no te alarmes, pero es la primera vez que las oigo nombrar.

—«Estrella invitada, Talulla Demetriou en el papel de Nadine. Producida por Quinn Martin.» Eran tan hermosas, aquellas chicas, que destrozaban a los hombres... Supongo que es el lunar, la frente alta, el pelo con raya en medio...

—No suena muy prometedor, que digamos. Y al lunar puedes llamarlo «peca»; a fin de cuentas, no es más que eso.

La aparté unos palmos de mí y la miré con detenimiento. El hambre había adelgazado la piel de las órbitas pero el rostro conservaba sus centros de riqueza, las largas pestañas y los ojos oscuros, la boca del color de la carne cruda. Una expresión



de frágil control sobre unas energías demoníacas. Llevábamos tanto tiempo los dos solos que casi no había sido necesario dirigirse al otro por el nombre, pero aquella misma mañana en una tienda ella había hecho algún comentario y, al no oírla yo, había dicho «Jake», cosa que provocó en mí un acceso de ridículo e hiriente amor solo porque noté, en su voz al pronunciar mi nombre, una nueva, profunda y emocionante familiaridad.

Más tarde, conduciendo de nuevo a oscuras, ella dijo:

—Y también consideré lo otro, al principio. La solución radical.

Suicidarse.

—¿Pero...?

No respondió enseguida. Vi pasar unos ojos de gato. El turno de noche del hambre estaba haciendo ejercicios de calentamiento. Palpable y concreto, mi deseo se desplazó como con los músculos doloridos hacia las manos que ella tenía sobre el volante del Toyota, hacia las pequeñas pesas de sus pechos, hacia sus rodillas y el lunar junto al labio. Ella iba mirando al frente.

—Resulta que tampoco estoy hecha para eso —dijo—. No quería morir, lo que pasa es que durante un rato fingí que sí, que lo deseaba. No podía creer que seguiría adelante, pero era lo que estaba haciendo. No vale decir «hasta que las ranas críen pelo» cuando resulta que llevan todas melena.

El universo demanda algún tipo de pacto, y uno pacta. Entendido.

—Bien mirado, yo ya era un monstruo antes de que ocurriera todo aquello —continuó—. Heredé el narcisismo de mi madre y el complejo de inferioridad de mi padre inmigrante. Si hay que elegir entre el mundo y yo, gana el mundo. Lo cual es repugnante, desde luego, y también liberador. Ahí está el problema: que la repugnancia se supera, te sientes más grande y más vacío.

Observación que rompió algún tipo de barrera que ella tenía, una última resistencia a hablar de detalles concretos. Lo percibí —ambos lo percibimos— como sin duda habríamos notado un reventón. Ella comprendía las limitaciones de género, las formas que se suponía que debíamos guardar. La visión moralmente cómoda permite abrazar la monstruosidad solo como reacción al sufrimiento o como acto de rabia contra el Altísimo. El candidato a vampiro Louis de Pointe du Lac está desesperado por la muerte de su hermano cuando acepta la oferta de Lestat. La criatura de Frankenstein se vuelve violenta debido a la violencia a que es sometida. La misma rebelión de Lucifer surge de la tortura de un orgullo maltrecho. El mensaje está claro: «Transfórmate en una abominación, faltaría más, pero solo por efecto de la pena o de la ira». Talulla sabía que, por derecho propio, debería haber quedado huérfana o haber sido violada o sometida a abusos pedofílicos o enfermado gravemente o quedado a un paso del suicidio por depresión o furiosa con Dios por la muerte de su madre o, en cualquier caso, más o menos perturbada si quería justificar el no haberse quitado la vida una vez tuvo claro que para seguir viviendo tendría que matar y devorar personas. El mero deseo de estar vivo, independientemente de la

forma externa —hombre lobo, vampiro, Padre del Embuste—, no podía considerarse motivo suficiente desde el punto de vista ético. Pero aquí estaba Talulla, viviendo pese a todo. Te encanta la vida porque es lo único que hay. Esos, damas y caballeros del jurado, eran todos los cargos contra ella.

Por la noche, acostados el uno junto al otro en una cama de motel, supe lo que vendría a continuación.

—He matado animales —me dijo, en voz queda.

Nueve lunas, seis víctimas humanas. Una simple operación aritmética.

—Ya.

—¿Tú lo has probado?

—Sí.

Llovía. El motel estaba casi vacío. La habitación olía a yeso húmedo y a limpiamuebles. Un camión hizo sonar su bocina en la autopista mojada. Ella estaba pensando en sus padres. La madre muerta y el padre viviendo solo en aquella casa de Gilaley en Park Slope, envuelta en las sombras de los arces. Había dedicado buena parte de sus fuerzas a impedir que la Maldición le arrebatara el cariño compartido con Nikolai, quien sin dudarlo le habría acariciado la mejilla como si todavía fuera una niña.

—De nada sirvió —dijo—. En su momento ya sabía que no iba a funcionar. Es algo que se nota.

Desde luego que sí. No te hagas ilusiones, especifica la Maldición: han de ser carne y sangre humanas. No se trata de una sutileza. Un animal, *in extremis*, no «sirve». Niégale al hambre lo que te exige y verás lo que pasa. Al hambre no le gusta eso. El hambre considera que le corresponde darte una lección. De esas que no se olvidan.

—Pensé que me moría —continuó ella—. Cuando vomité después, fue como si quisiera darme la vuelta como a un calcetín. Sentí alivio al pensar que, mira por dónde, había resuelto el problema, que me había envenenado: suicidio accidental. Pero se me pasó, por supuesto.

Mi mano descansaba por encima de su monte de venus. La cuestión era si utilizar o no eróticamente lo que venía ahora. Noté que ella era consciente de esa posibilidad. No acababa de decidirse. Demasiadas cosas en la cabeza: la muerte de su madre, la soledad de su padre, *nosotros no podemos tener hijos*, víctimas inocentes, la perspectiva de vivir cuatrocientos años...

—Fue peor la segunda vez —dijo—. Pasado el tercer mes comprendí que no sobreviviría a otro cambio sin alimentarme debidamente. —Le costó emplear el verbo «alimentarse», tuvo que endurecer la voz. Se me ocurrió que quizá era la primera ocasión en que expresaba todo esto de palabra: los innumerables rituales de Kurtz—. Estaba como loca —dijo—. Dos horas antes de que saliese la luna conduciendo sin rumbo por Vermont. No sé qué estaría pensando. Tal vez en matarme. Entrar en un hotel y pasar todo el proceso de la transformación en medio

del vestíbulo. —Hizo una pausa. Cerró los ojos. Los abrió—. Bueno, he dicho conduciendo sin rumbo pero no es así, claro. Sabes lo que haces pero finges no saberlo. Recordaba un sitio, unas vacaciones de hacía muchos años. Era un bosque grande entre dos pueblos, las casas muy separadas entre sí. Elegí una al azar. No tomé precauciones, entré como si tal cosa. La puerta no estaba cerrada con llave. El chico tenía diecinueve años, se llamaba Ray Hauser. Le quedaba una semana de vacaciones estivales y sus padres habían ido a ver un montaje de *Titus Andronicus* a cargo de una compañía local. Eso lo supe después por la prensa.

No dije nada. Terapeutas, sacerdotes e interrogadores conocen bien la importancia de no decir nada. Cuando te mueras y llegue el juicio final Dios estará allí sentado, en un silencio infinito, y tendrás que hacer todo el maldito trabajo tú solo.

—Toca —dijo ella, separando un poco las piernas.

Tenía el coño húmedo. Estaba lo de matar. Estaba lo de devorar. Y luego esto. La monstruosidad central y cómo se sentía uno. De qué forma afectaba. Imposible convivir con lo que uno era sin echar mano de esto.

Dejé la mano allí. La acaricié. Esta monstruosidad central la había empujado casi al suicidio. Casi. Y en cuanto uno lo supera, se acabó.

—Soy más lista cuando me transformo —dijo—. Lista para todo lo malo, para todo lo que de verdad importa.

—Lo sé, Lu.

—Piensas que sobrevendrá una especie de nube roja, una especie de tenebrosidad animal, que lo tapará todo y dejará el instinto sin más. Y no.

—No.

—Sé lo que estoy haciendo. Y no solo me gusta hacerlo; no es solo que me guste...

—Ya lo sé.

—... sino que me encanta.

Dejamos un respetuoso silencio. Sus cabellos formaban una mullida corona en la almohada en torno a su cabeza. Hay que elegir el mal.

—Lo saboreé a placer —pasó a explicar con voz serena—. De cabo a rabo. Su juventud y su asombro, su desesperación y su terror. Y desde el primer momento supe que no iba a parar hasta que lo consumiera todo: la persona entera, todo el puto banquete...

Movió suavemente la grupa en respuesta a mis caricias. La discusión consigo misma acerca de lo que ella era, de lo que estaba dispuesta a ser, había quedado ya atrás. Su otro yo había dado un paso al frente y aceptado las cosas. Esto eran solo obligaciones residuales de tipo sentimental.

—Y después —dijo, levantándose un poco al notar el dedo que penetraba en su ano— vinieron las grandes frases, las promesas de que jamás volvería a hacerlo.

Podría haberle dicho que no se preocupara, que lo difícil se va haciendo más fácil; es ley de vida, para los humanos como para los hombres lobo. Uno sigue adelante y

al cabo de un año o dos las víctimas son como granos de uva que uno arranca del racimo.

—Es lo peor —dijo, volviéndose, forzando la postura debido a mi mano—. Es lo peor.

Había querido decir decir que *nosotros* somos lo peor. Y somos lo peor que hay porque para nosotros lo peor es lo mejor. Y únicamente es lo mejor para nosotros si es lo peor para un tercero.

Hay veces en que decir «te quiero» es una blasfemia digna del mismísimo Diablo.

—Te quiero —dije.

Mucho más tarde, después de estar largo rato acostados a oscuras oyendo la lluvia, noté caer la última barrera entre nosotros. Fue como si el aparato elástico de la noche se resquebrajara.

—Mataste a tu mujer, ¿verdad? —preguntó.

Ella sabía la respuesta. Me había follado sabiéndolo. Estaba allí a mi lado sabiéndolo. Adaptarse a eso, más aún que adaptarse a sus propias matanzas, era la prueba de haber penetrado en un mundo nuevo.

—Sí —respondí.

Silencio. Pero de reflexión, no de shock. Sentí que buscaba un enfoque justificativo —porque tarde o temprano te habrías visto obligado a hacerlo, la alternativa era convertirla a ella, lo cual era tan malo como matarla, imagínate, cuatrocientos años por delante para echártelo en cara— para acabar encontrando la injustificable verdad: no hay nada comparable a matar aquello que amas.

—Fue bueno —dijo.

Como conclusión, no como pregunta. Esa perspicacia que marchita la flor vieja y deja brotar la nueva.

—Sí, lo fue.

—Porque la amabas.

—Sí.

Y así llegábamos a una delicada lógica. Yo estaba pensando: Como lobo, ella será mucho mejor que yo. (Y fue al pensar esto que caí por primera vez en la cuenta de que ella no tenía ni una quinta parte de mi edad, que la mitad de su vida la viviría después de morir yo, en un mundo que me resultaba imposible de imaginar.) Ella, en tan poco tiempo, había comprendido cosas que a mí me había llevado décadas entender. Dentro de nada, uno o dos años, me costaría muchísimo estar a su altura.

—Igual me matas a mí —dijo, apoyando la palma de la mano en mi pecho—. Quizá era lo que yo estaba esperando.

Se me había ocurrido que ella podía buscar algo así, una estrategia de salida. Pero lo había dicho en pasado: «lo que yo estaba esperando». Es decir, si lo había deseado, ya no lo deseaba. O no tan limpiamente. Al menos.

—Hay algo aún mejor que matar a quien amas —le dije.

Me deshice de su abrazo, la tumbé suavemente de espaldas, le sujeté las muñecas

por encima de la cabeza, me puse encima, noté cómo se separaban sus muslos calientes por la cama. En la oscuridad brillaron sus ojos, sus pendientes, sus labios, sus dientes.

—¿Algo mejor?

La penetré al tiempo que ella elevaba las caderas.

—Matar con aquel a quien amas —dije.

No fue hasta más tarde, mientras ella dormía (preguntarse qué se sentiría sabiendo lo peor había sido una de las cosas que la mantenían despierta; ahora, habiéndole buscado un sitio en su interior, se había rendido al cansancio, al gozo de sentirse rápidamente abrazada por el sueño), cuando supe que no conduciría a nada, a nada en absoluto, contarle que Arabella estaba encinta y que al asesinar y devorar a mi esposa yo había asesinado y devorado también al único hijo que jamás podré tener.

Los grandes espacios abiertos empequeñecen a los dioses norteamericanos: Elvis, John Wayne, Marilyn, Charles Manson, JFK. Allí son como frágiles nubes que se desgajan, detrás de ellas solo un vacío azul. Eso puede volver loco a más de uno. Los norteamericanos lo saben, y su intuición colectiva les hace congregarse en la costas.

La vida reducida a las dimensiones de un coche. Falta de sueño y acumulación de kilómetros difuminaban nuestras categorías, provocaban disparatadas continuidades en la conversación, de Tom Cruise a la genética del COMFO, de Obama a la fragmentación del feminismo, de los orígenes de la Cacería a la versión cinematográfica de *El señor de los anillos*. Mientras tanto, Texaco, gospel, nubarrones, espantapájaros, Jack Daniel's, Camel con filtro (las divinas marcas muestran una asombrosa capacidad para mantenerse en la brecha), follar, estrellas, máquinas expendedoras y el cada vez más apretado torniquete del hambre. Quiso saberlo todo: Harley, Jacqueline Delon, Cloquet, Ellis, Grainer, las Cincuenta Casas vampíricas. Y esto solo en cuanto a lo contemporáneo. Yo había acumulado casi doscientos años de lugares, personas, cosas. Por más que le contaba, siempre había más que contar. Pero ella también quería hablar. La Maldición había dejado intactos sus recuerdos, pero no la sensación de que dichos recuerdos le pertenecían. Se habían vuelto inenarrables. Y heme aquí, aparentemente comiendo el pastel de mi pasado que yo mismo me servía. La pena que ella no había conseguido acallar tenía que ver con la pérdida del calor familiar. El clan de su madre era muy numeroso, repleto de personajes irlandeses (estereotipadamente irlandeses, algunos), colosos de la bebida y de la sensiblería, todo ello envuelto en el tremendo y ensangrentado tapiz del catolicismo. Los tíos carnales. Cuando ella era una niña estos hombres la levantaban con sus imponentes manos de dedos salchicheros y se la subían a los hombros entre vapores etílicos y pelos alborotados mientras decían tonterías increíbles. Las mujeres la iniciaron en el cotilleo y en las artes de la deflación masculina. Esa había sido la plantilla para su felicidad. Esto y la profunda confabulación con su doliente padre, que la llamaba «mi duendecillo», que la mimaba de la manera más temeraria, y que no solo la entretenía con héroes y dioses sino también con agujeros negros y cometas y datos precisos sobre la magnitud del Sol. Pero entre la tribu de Gilalee la ya desdeñable ortodoxia griega de Nikolai brillaba por su ausencia.

—Empezó capitulando —dijo Talulla—. Para casarse con mi madre aceptó la farsa de convertirse. Eso, naturalmente, le quitó valor a ojos de ella, pero mi madre jamás se habría casado con él sin ese paso previo. Era una mujer con todas las paradojas juntas, y las llevaba bien. Bueno, no es que yo pueda hablar demasiado, todavía arrastro mucha basura...

—Entonces, ¿tú crees en Dios?

Estábamos en Nebraska, al sur del río Middle Loup y al este de las Sand Hills. Era casi de noche, hacía frío y caía aguanieve desde que habíamos parado para

repostar, hacía una hora. La acneica cajera nos había mirado de soslayo. Esto era una novedad. En forma humana yo siempre pasaba por un ser humano normal y corriente. ¿Acaso estando juntos, los dos, se percibía nuestra otredad?

—Dejemos a un lado la fe —dijo Talulla—. Es más bien que hay cosas que no abandonas, como esos muebles horribles que te es imposible cambiar. Mi cultura me dice que el infierno no es nada, solo una ficción que heredé por azar. Pero mi otro yo sabe que voy al infierno. Últimamente es como si tuviera dentro una docena de personas que se turnan para mirar para otro lado.

—Es la solución posmoderna —dije—. Trastorno controlado de personalidad múltiple. Elegir una ficción y asignarle una faceta de ti mismo.

—Pero tú no crees que lo que dice el libro de Quinn sea ficticio, ¿verdad?

Le había contado lo que sabía, mi aventura en el chalet de Jacqueline Delon, los Hombres Que Se Convertían en Lobos.

—Ridículo, ¿eh? —dije—. Permitir que todo lo demás siga el curso de una evolución sin sentido pero que los de mi especie queden exentos. No es más que la resaca de... —Iba a decir «de la época de humano», pero comprendí que con eso podía salir otra vez a colación el hecho de la infertilidad—. Es la mierda de siempre —corregí—. El deseo de saber de dónde vinimos confiando en que eso arroje alguna luz sobre por qué estamos aquí y adónde vamos. El deseo de que la vida signifique algo más que un fortuito parloteo subatómico.

—Y ahora lo tienen los vampiros —dijo—. Suponiendo que tú creas que realmente lo tienen ellos...

—Yo así lo creo.

—Sé que es una tontería, pero no acabo de tragarme todo eso de los vampiros. Que existan de verdad.

—Que tengan que dormir de día es poco convincente, lo entiendo. Eso y la falta de sexo.

—¿No follan?

—No. Pierden el deseo. Bueno, ellos te dirán que joder no es nada comparado con dejar sin sangre a una víctima, pero a mí siempre me ha olido a chamusquina. Es uno de los motivos por los que nos odian.

Nos. Capté que ese pronombre evocaba en ella una tribu, una familia, una clase... pero el efecto pasó. Una especie entera convertida en polvo plateado.

—¿Y cómo sabemos realmente que no somos más? —dijo, como si hubiera compartido esta misma imagen, rotando la cabeza para aliviar los nudos que el lobo en ciernes ponía en su nuca—. Alfonse Mackar me convirtió, vale, muy bien. Según tú, la infección fue posible porque yo tengo alguna anomalía. Pero ¿y si la tenía él? Quiero decir, si lo que interfiere, lo que obstaculiza la infección es un virus, ¿quién nos asegura que él no era inmune? En ese caso, Mackar podría haber convertido a otros. Igual hay docenas, centenares...

—Tantos, imposible. El COMFO lo sabría. Harley lo hubiera sabido.

—Bueno, pues unos cuantos. Cabe la posibilidad, ¿no?

Era algo que había pensado, pero por algún motivo no refrendable con algo más elevado que el instinto de unas tripas de doscientos años, no lo creí.

—Sí, por supuesto —dije—. Cabe esa posibilidad.

—Pero tú la descartas.

—Sí. Y no sé bien por qué.

Otro silencio, su inteligencia trabajando a pleno rendimiento. Luego, un amago apenas de sonrisa.

—Es porque sería menos romántico —dijo.

Por las noches viajábamos horas y horas; así al menos el que conducía podía distraerse del hambre. Nuestro olor caldeaba el interior del coche, penetraba en nosotros, se negaba en redondo a concederle el sueño al deseo. Un poco de sexo mitigó los redobles durante una hora o dos, pero al cabo el ritmo se impuso de nuevo... para peor. Rendimientos decrecientes. Notaba que a ratos ella pensaba en su nueva experiencia antes de conocernos y que sentía una suerte de vértigo retroactivo por haber sobrevivido sola tanto tiempo. Como si, al salir el sol, hubiera visto que por la noche había estado caminando a solo un paso del más pavoroso precipicio. Con todo (le noté también) no dejaba de llevar a cabo diariamente el cambio estético o de disposición: mientras uno sigue pensando en el suicidio, la Maldición es una tragedia griega. No bien se toma la decisión de vivir, se convierte en comedia.

A menos que te enamores, Jacob.

(¿Fue el fantasma de Harley?, ¿el de Arabella? Hice caso omiso.)

Compré cosas que íbamos a necesitar. Una mochila liviana. Prismáticos. Cabos de anclaje. Talulla no hizo preguntas. No ya porque quisiera eludir la cuestión, sino porque por primera vez en nueve meses disfrutaba estando totalmente en manos de otra persona.

La madrugada del octavo día nos pilló en un motel Super-8 de Wyoming.

—Cuanto más lo pienso —dijo ella—, más imposible me parece que no sepan que existo. Hablo del COMFO.

Faltaba poco para que despuntara el día. Yo tenía la cabeza apoyada en su muslo. La solitaria ventana de diáfana cortina era un rombo de luz azulada de tabaco. Estábamos completamente despiertos, serenos. El hambre nos había privado de hacer comidas regulares. Así ocurre, como sin duda debió de saber Jacqueline Delon: el apetito humano ocupa más o menos los catorce días centrales del ciclo. El resto del tiempo estás en la bajada de haber matado o en el subidón de los preparativos. Ahora, a cuatro días del plenilunio (gibosa creciente), estábamos a dieta de agua, café solo, licor, cigarrillos. Incluso algo como masticar chicle nos parecía rotundamente inadecuado.

—A mí también me preocupa —le dije—. Estoy convencido de que Harley lo sabía, y si lo sabía él lo lógico es que lo supiese el resto de la organización. Pero ¿tú nunca has notado que te siguieran o que te vigilaran?



—¿Debería haberlo notado? Entonces es que hacen muy mal su trabajo.

*Touché.* De hecho, mi instinto para estas cosas había necesitado muchos años para desarrollarse. Ella era una cría. De pronto tuve la certeza de que el motel estaba rodeado y de que en cualquier momento alguien echaría la puerta abajo. Salté de la cama, descorrí el pestillo, me asomé. Nada. Ojos de mica parpadeando en el pavimento del aparcamiento. La carretera. Las montañas, algunas coronadas de blanco. El aire frío y limpio y el manto de inocencia con que el alba envuelve la tierra. Me metí dentro.

—Quizá me equivoco respecto a Harls —dije, mientras ella encendía un Camel para cada uno—. Es que nada más verte en Heathrow, creí entender el resto de aquel mensaje interrumpido. Hubo algo en su voz, yo la conocía muy bien. Pero podría ser que lo que me estaba diciendo fuera otra cosa. Podría ser muy bien que quisiera advertirme de que los vampiros me buscaban por lo del virus. O también que supiera que lo habían descubierto, que sus propios camaradas iban a por él, qué sé yo.

—Me he preguntado bastantes veces si llegaron a verme, aquella noche en el desierto —dijo—. Todo sucedió tan deprisa... El helicóptero no conseguía enfocarlo bien con el reflector. Puede ser que no me vieran. Solo digo que es perfectamente posible. De lo contrario, ¿no habrían vuelto a por mí?

—En el informe que pude leer no te mencionaban —dije—. De todos modos, supondrían que estarías muerta al cabo de doce horas. No había motivo para volver. Que ellos supiesen, no te ibas a convertir en otra cosa que en un cadáver.

Reflexionó sobre mis palabras, la vista fija en el techo. Los efectos del *nosotros no podemos tener hijos* se dejaban sentir aún. Se preguntaba qué forma adoptaría la pena, en qué acabaría resultando. Una posibilidad era la ira, mejor dicho, una mala intención concretada. Noté cómo pensaba eso, su entrega total a solo algunas de sus facetas: la inteligencia, la crueldad, la destrucción. Podía convertirse en Kali.

—Bueno —dijo al cabo—, así aprenderán a no hacerse los chulos.

A menor número de pruebas de que nos seguían, mayor el miedo a que nos siguieran. Desarrollé una hipersensibilidad de ciego en la nuca y la parte posterior de la cabeza. Me dolía la vista de tanto mirar por el retrovisor. Examen patológicamente riguroso de recepcionistas, mujeres de la limpieza, encargados de tienda, camareras. Mientras no se demostrara lo contrario, el mundo entero era vampiro o COMFO.

Pero íbamos cubriendo kilómetros sin el menor indicio de que nos siguieran o nos vigilaran.

Atravesamos las Rocosas rumbo al oeste. Mala idea, estando *wulf* tan cerca. El animal latente ansiaba los espacios puros. Amplias laderas acuchilladas por la nieve. Grandes rótulas de piedra surgidas de un mar de bosque. Cuando nos detuvimos y bajamos del coche, el aire era mineral y diáfano. Talulla tuvo accesos de fiebre, en los peores sudaba y tiritaba envuelta en una manta, pero luego pasaba a un estado de conciencia pura, como un niño después del baño vespertino. Cada vez era menos necesario hablar. El crepúsculo, con el primer ramillete de estrellas en el cielo, se

convirtió en nuestro elemento. Kilómetro tras kilómetro de sinuosa carretera y vibrante silencio en el coche. Yo la observaba cuando se sentaba al volante, percibía en su mirada cómo se rendía por momentos a lo que estaba por venir, a lo que ella era; la mirada de una niña consciente de un secreto que sabe que puede echar por tierra el mundo de los adultos.

No hubo más sexo. Sin haberlo pactado, ambos nos sentíamos como entumecidos; quizá de tan intenso que era el deseo, acabó fundiéndose con su contrario, como les ocurre a todos los extremos. Apenas si podía tocarla, ni ella a mí. Eso no nos sorprendió a ninguno de los dos. *Wulf* tenía sus propias ocultas necesidades: ahora que se aproximaba la gran consumación exigía una simbólica tarifa de pureza, un pequeño y limpio recibidor antes del gran salón de la mayestática inmundicia.

De madrugada, a los diez días de salir de Nueva York, ahítos de carretera, enrojecidos los ojos, con el hambre bombeando vida lupina entre la fatiga humana, dejamos atrás el estado de Nevada y entramos en California atravesando el aire cortante del lago Tahoe por su lado sur.

Faltaban dos noches para la transformación.

Mi última presa en California se remontaba a treinta y dos años atrás, verano de 1977. Led Zeppelin había actuado en el Oakland Coliseum y un montón de fans se habían trasladado en furgoneta a Muir Woods para meterse unos ácidos y follar. Yo tenía previsto ir más el norte, al Napa Valley (Muir estaba un poquito demasiado cerca de la ciudad y había patrullas de forestales), pero cuando un joven caballero con aspecto de muchachito, y unos rizos rubios de cuadro prerrafaelista que habrían hecho babear de envidia a Robert Plant, tuvo la poca sensatez de apartarse de sus compañeros de viaje alucinatorio y caer como quien dice sobre mi regazo... Bueno. Ni se enteró, pobrecito. Estoy casi seguro de que no sintió ningún dolor. De no ser porque ya estaba de vuelta de todo eso, sin duda me habría consolado pensando que para el chico yo no había sido más que una alarmante y, en definitiva, postrera alucinación. Total, que apenas hube de mover un dedo. Ni me molesté en enterrar los pocos restos que quedaron de él. Lógicamente los encontraron, pero eso fue tres días más tarde, y yo para entonces estaba ya en Moscú.

Talulla se sintió mal. Paramos en un motel de la neblinosa 68 al este de Carmel y la dejé metida en la bañera con agua bien caliente. Era arriesgado pero inevitable: la luna expondría sus necesidades en cuanto saliera al día siguiente. Era necesario proceder a un reconocimiento. De todas formas, desde nuestra partida de Nueva York, no había detectado el menor indicio de que nos siguieran. Teníamos teléfonos nuevos, contactaríamos cada hora. Si ella veía o notaba algo sospechoso, tenía que mezclarse con la gente y llamarme.

—¿Tan mal te pones cada mes? —le pregunté.

Estaba pálida, la mirada inerte, tiritaba de frío. Sus pequeños senos tenían la carne de gallina a pesar del agua caliente, los pezones hermosamente contraídos.

—A veces, peor.

—Santo Dios, ¿y cómo te las has apañado?

Se limitó a mirarme, apretando las mandíbulas, en nombre de las mujeres. Yo, por mi parte, había iniciado el proceso de burbujeo sanguíneo y espasmos en la osamenta. Las prematuras extremidades híbridas —manos y pies— me estaban jodiendo de mala manera (mucho cuidado al volante, Marlowe), mis hombros y caderas humanos tenían ya atisbos lupinos. Estar en movimiento me ayuda a sobrellevarlo; si me quedo sentado es peor. No era así para Lula. Parecía que no iba a querer moverse nunca más. Tenía todo el maquillaje corrido. Había empezado a quitárselo, pero luego lo había dejado estar. Me miraba con la triste resignación de una chica de diecisiete años que padece ese tipo de resaca del que saldrá —si es que lo consigue— con un sentimiento de modesto engrandecimiento espiritual.

—Esperaré un poco —dije—. Hay tiempo.

—No —dijo ella—. Tú tranquilo. Es cosa mía. Me durará hasta que anochezca y luego estaré rebosante de vitalidad. Dentro de unas horas quizá preferirás que esté

como ahora.

Pero no fue fácil partir. Hice varias salidas falsas.

—Si por alguna razón a mí me pasara algo... —dije, volviendo la cabeza tras el cuarto intento de abrir la puerta, pero entonces me di cuenta de que no sabía qué añadir.

—Anda, vete —dijo—. No te preocupes.

Le dejé una botella de Jack Daniel's, tres cajetillas de Camel, unos analgésicos y una cafetera llena del horrendo mejunje del motel. Y también la Luger de Cloquet, que yo conservaba todavía aunque le había cambiado las balas de plata por otras normales. No servirían contra vampiros en caso de que yo no volviera antes de ponerse el sol), pero sí contra sus allegados y los agentes del COMFO.

—Si alguien que no sea yo abre la puerta —le dije—, dispara.

Le castañeteaban los dientes cuando asintió. Luego cerró los ojos y se despidió agitando la mano. Cerré con llave al salir. Eran las doce del mediodía.

Sabido es que los novelistas trabajan siempre pendientes de cuanto oyen y ven por si lo pueden utilizar después. Lo mismo vale para los hombres lobo. No es que nos interesen los personajes pintorescos o retazos de diálogo pillados al azar, pero sí los lugares, los espacios propicios para atacar. Hacía años que tenía en cartera el tramo de costa entre Monterey y Morro Bay. Además de ser geográficamente apropiado y de contar con los fantasmas de Steinbeck, Miller y Kerouac, en Big Sur hay casas aisladas y superávit de residentes con más dinero que buena salud y sentido común. A finales de los años sesenta alquilé una casita en la zona (solo unas semanas; para la fecha clave volé a Alaska) y me llamó la atención su enorme y variado potencial. De hecho, es raro que haya tardado tanto en volver. *Lo reservabas para ella*, insistió mi corazoncito romántico, y yo —imbuido de esta nueva y generosa necesidad— no descarté por completo la idea.

Encontrar el dónde, el cuándo y el quién es todo un arte, o si queréis una artesanía. Naturalmente, con los años uno desarrolla cierto olfato, una sensibilidad especial para las variables. En los primeros años solía dedicar semanas a, digamos, reconocer el terreno. Ahora me dejáis en cualquier parte donde habiten seres humanos y antes de veinticuatro horas puedo señalar el blanco perfecto.

Hay caminos fáciles, naturalmente. El mundo occidental ha enloquecido tanto que puedes poner un anuncio en el periódico y seguro que contesta algún tío con ganas de autolesionarse. «Se necesita víctima para hombre lobo. Que sea regordete y jugoso. Preferentemente no fumador y con sentido del humor. Abstenerse pelmazos.» Había tenido ya mi cuota de drogadictos, borrachines, ciegos, sordos, lisiados, enfermos varios y perturbados. Había contratado a escorts (de ambos sexos), los había drogado y llevado al campo, los había dejado despertarse para jugar a cazarlos. Y todo eso sirve (la Maldición carece de estética o de juego limpio), pero queda lejos de la peculiar y profunda satisfacción del sistema directo —no me decido a decir «tradicional» o «limpio»— de depredación, que consiste en acechar a un ser humano,

plantarse delante de él (o de ella), darle tiempo de sobra para que asimile lo que está pasando, y hacer lo que viene después.

Me pasé el día conduciendo y caminando, provisto de mochila, sombrero de explorador, botas de senderismo Van Gorkom (lo mejor de lo mejor), prismáticos y un ejemplar de bolsillo de *Birds of the Western United States*, para despistar. Faltaba todavía un mes para la temporada turística y los caminos estaban desiertos. Todo el sitio para mí solo. El aroma de las secuoyas y de la tierra húmeda hacía latir mis colmillos y mis uñas.

Pasadas las tres de la tarde la niebla se había levantado del todo y lucía el sol. Trabajé con irregular fluidez, y cuando aún quedaba una hora para que se pusiera el sol tenía ya un blanco y dos más en reserva. Supondría una excursión de ida y vuelta a pie de veinticinco kilómetros y calcular bien el tiempo, pero podíamos hacerlo sin ponernos al descubierto ni una sola vez, y eso era lo mejor de todo.

Talulla me telefoneó cuando yo estaba montando en el Toyota.

—Te dará pena saberlo —dijo—, pero he entrado en una fase rebosante de vitalidad.

—Estupendo.

—No te entusiasmes. Es como un trastorno de déficit de atención pero con fiebre y alucinaciones.

Otro de los objetivos de la civilización es que podamos intercambiar amorosas trivialidades por teléfono.

—Lo tengo todo a punto —dije—. Dentro de una hora estaré ahí.

El sol empezaba a ponerse sobre el Pacífico y las montañas estaban teñidas de rosa y dorado. La cálida luz del atardecer bañaba el interior del coche, los aromas a combustible y plástico hablaban de Norteamérica. Conduje con cuidado, procurando no perder de vista la calzada. *Wulf* me interrumpía, manos y rostro contagiados ya de zarpa y hocico. Notaba que el cuero cabelludo se me aflojaba y se me encogía, ahora caliente, ahora frío. «Ya falta poco, hermano, muy poco.» Pero seguí conduciendo con cuidado, rumbo a mi amada...

Al día siguiente aparcamos el Toyota, ahora con su matrícula de California, en una estación de servicio de la Ruta 1 abierta las veinticuatro horas, a poco más de un kilómetro del parque estatal Andrew Molera. Lula llevaba una peluca rubia y yo lucía un bigote falso y una gorra de los Yankees. Ambos con gafas de sol. Los disfraces parecían excesivos, pero la gasolinera disponía de cámaras por circuito cerrado. Atardecía y el tiempo era fresco y húmedo. La luna saldría dentro de tres horas. Talulla había superado la ansiedad de la víspera; estaba callada y serena. Era su penúltima fase antes de la transformación; la última se produciría diez minutos antes del momento clave. Ella me la describió como una fase poco agradable.

Hasta el emplazamiento que yo había elegido había una hora de caminata. Secuoyas y robles compartían el espacio hasta casi un kilómetro del sendero más cercano. Desde allí unos diez kilómetros de carrera fácil hasta el lugar en cuestión. Matar. Diez kilómetros de regreso. Tres más hasta el coche. Se trataba de calcular bien el tiempo. En realidad, siempre se trata de eso. La luna saldría a las 20.06 y se pondría a las 07.14 del día siguiente. Once horas y cuarenta y seis minutos con la Maldición. Si hubiese ido solo, yo habría aguantado hasta las 04.00. Dos horas para matar y comer y una hora y catorce minutos para volver al campamento base. No bien has solucionado el hambre (despertar el apetito, mimarlo, darle gusto), lo mejor es que el tiempo entre crimen licantrópico y huida humana sea lo más corto posible... por la sencilla razón de que, si alguien descubre los restos y da la alarma, mejor no medir dos metros setenta, estar cubierto de pelo, lucir un hocico con rastros de vísceras y unas uñas sanguinolentas cuando las sirenas empiecen a aullar. Pero esta vez no iba solo.

—Ya llega —anunció Lu.

—Ven. Rápido.

Levanté unas ramas y la hice meterse debajo. Tenía el rostro tenso y sudoroso.

—Desvístete —le dije—. ¿Puedes sola?

De acuerdo con mi olfato, no había nadie cerca, y además nadie podían vernos. El crepúsculo que cubría pistas y senderos era, bajo los árboles, pura noche cerrada.

—¡Oh! —exclamó, ya en ropa interior, sujetándose el abdomen.

Tragó saliva varias veces. Una arcada, sin resultados. La ayudé a quitarse el sostén y las bragas y lo metí todo en la mochila con el resto de su ropa. Equipo comprobado: toallitas, espray con agua, jabón líquido, bolsas de basura. Trepé unos cinco metros de roble (lo había ensayado el día anterior) y sujeté la mochila al tronco con los cabos de anclaje. Una vez abajo me encontré a Lula postrada de rodillas y doblada por la cintura, abrazándose a sí misma.

—No me toques —avisó.

—Vale.

—Falta muy poco.

—Lo sé. Yo estoy igual.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiamos esa noche.

Ganó ella. De largo. Me había imaginado que mientras Lu estaría aún con los calambres yo —¿por mi condición de macho?, ¿de viejo? (de gilipollas, Marlowe)— ya habría completado la transformación, dispuesto a todo. Pues no. Su húmedo rostro ofreció una impresionante versión in extremis de sí mismo, vomitó bilis, se contorsionó, rodó por el suelo, frunció sus bonitos labios y, en menos de veinte segundos de extraordinaria fluidez simétrica, había realizado el Cambio, mientras yo seguía desembarazándome chapucestamente de mis formas y rasgos humanos. Algo así como imágenes generadas por ordenador *versus* foto a foto años cincuenta, una engorrosa discrepancia de la que dudé poder reírme más tarde.

Tampoco es que hubiera demasiado tiempo para consideraciones de esta índole, y menos aún con aquel desatado olor a hembra penetrando en mis híbridas narices. Oh. ¡Oh! Semanas de indicios olfatorios captados por mi nariz humana apenas sirvieron de preparativo para el bárbaro impacto del hedor a loba. Yo estaba de pie y creí que me caía. A la primera inhalación las pelotas se me llenaron de sustancia libidinosa y mi polla salió disparada hacia arriba como uno de esos muñecos que salen bruscamente de una caja con muelle. Lula, que seguía a gatas con el trasero en pompa, emitió un sonido grave y separó las patas para que la olisqueara. Y allí, querido lector, húmedo para mi húmedo hocico, estaba su coño lupino, más grande, osado y oscuro que la vagina humana, de un sedoso como para morirse y a reventar de sangre, firme y blando como un aguacate maduro, y despidiendo aquel olor dulzón perversamente rayano en lo podrido.

«Todavía no. Espera.»

Ella gruñó ante la orden que ambos, en simultánea telepatía, acabábamos de recibir, pero los dos sabíamos que sería una pena ayuntarnos ahora, con el hambre amenazando nuestras entrañas a punta de cuchillo y el regalo de la víctima todavía por desenvolver. Dejé que la punta de mi polla la rozara, sentí su entrada más caliente que la boca de un niño febril, por muy poco no suspendí la prueba del escarceo en el último segundo... pero me retiré, observando luego con cruel admiración cómo ella se erguía del todo, me miraba con sus sabios ojos animales, sonreía y se alejaba hacia la oscuridad. Lancé un caliente chorro de orina para marcar el árbol y fui tras ella.

Nos entendíamos. Esa clarividencia que, en nuestra forma humana, estaba limitada a la dosis normal entre enamorados recientes, se incrementó hasta alcanzar una casi total transparencia mutua. Ella, por ejemplo, sabía adónde íbamos aunque yo no se lo había dicho. La ruta que había trazado el día anterior la guiaba como una *songline* aborigen; estaba allí, visible delante de ella, como si yo hubiera dispuesto un camino fosforescente. Ídem, puesto que ella gozaba de libertad para hocicar en los archivos mentales pertinentes, la imagen de la casa que yo había seleccionado tras observar el tiempo suficiente con los prismáticos y aguzar bien el oído como para concluir que había un único residente, varón, para quien el nidito onda Frank Lloyd

Wright era una segunda vivienda más estudio de grabación incluido donde acudir en tiempos de crisis creativa. «Mira, Jerry, si van a seguir cambiando los *cue-points*, esto es una completa pérdida de tiempo.» Durante mi reconocimiento, el tipo había salido al porche con un café, un porro y el móvil. «No. No, aquí tengo todo el software. Es la misma mierda. La misma puta mierda si van a seguir cambiando los *cues*. Mira, yo... En serio. Dime cómo un pipiolo que está haciendo su tercera peli cree que puedes poner la banda sonora a unos rollos que no son los definitivos, joder. Es que... Exacto. Sí, en serio. Muy en serio. Ya. Bueno. El típico *wunderkind* de mierda...» Era guapo, el pelo rubio oscuro cortado como para darle un aspecto de juvenil dejadez, una bonita boca de labios finos, una mandíbula cuadrada y un cuerpo de largos músculos. Éxito más que suficiente con las mujeres como para superar la misoginia. O eso pensé yo, quizá haciéndome ilusiones. Había elegido un hombre — y guaperas, además— por no complicarle las cosas a Talulla con una mujer, razonamiento que ella estaba percibiendo ahora, como lo demostró que se volviera hacia mí con una sonrisa. Conmovida y ofendida a la vez.

La luz de la luna moteaba el lecho del bosque, nos tranquilizaba maternalmente en nuestro avance. Ella se detuvo un momento para alzar la vista y dejar que su rostro de mujer lobo recibiera el balsámico frescor, y vi entonces a mi amada en toda su plateada y sinuosa belleza, los pechos endurecidos, el vientre plano, las largas manos letales, los músculos pelicortos de muslo y pantorrilla. Me estremecí de lo cerca que había estado de sucumbir, y me acordé de Harley diciéndome en la biblioteca, con la nieve cayendo sobre Londres y el whisky teñido de oro por la luz de la lumbre: «Tienes el deber de vivir, como todos. Te encanta la vida porque es lo único que tenemos.» Las dos últimas semanas, de motel en motel, acumulando kilómetros en las carreteras, Manhattan, Heathrow, todo había tenido la encriptada cualidad de un sueño. Lo de ahora no: aquí el deseo y el hambre me empujaban al festín primordial con un embeleso renacido gracias al simple milagro de no tener que hacerlo solo...

Nos habíamos aproximado demasiado y demasiado pronto. Un riachuelo daba a un valle repleto de coníferas en su vertiente occidental (más allá el enorme flanco del Pacífico) y una combinación de bosque y rocas en la vertiente oriental, serpenteaba el arroyo junto a una carretera nueva (olía aún a asfalto), de un solo carril y escasamente iluminada. Talulla se detuvo, pintando nubecillas en el aire con su aliento. Yo me detuve detrás, le pasé los brazos alrededor ahuecando las manos sobre sus pechos y la mordí ligeramente en el hombro. Ella echó la cabeza hacia atrás y me lamió el hocico. *Cuando cambio soy más lista*, y se lo noté, sentí la acrecentada astucia y el afilado tino. Entre el arrollador estruendo del hambre, su yo depredador pensaba en ángulos y sombras, en líneas de cobertura y puntos de entrada, en lo lejos que podía llegar un grito. La había subestimado, a mi pesar, creyendo todavía en la delicadeza femenina como para suponer que tendría que echarle una mano. Y ella lo sabía, notó mi vergüenza. El lametón era una manera de decir *Bueno, no pasa nada. Te agradezco el detalle. Pero ya ves a lo que te enfrentas, ¿no?*



La casa (luces encendidas, Lexus negro en el camino de entrada privado) era como un búnker elegante en plena ladera. Tenía dos plantas, un sótano, una piscina, una terraza que rodeaba todo el piso superior, garaje de dos plazas, pilares de piedra, verja electrónica. Aun sin nuestras ventajas, entrar no era difícil. Las puertas del piso inferior estaban cerradas, vale, pero todavía era pronto (para el maestro, al menos) para que el cierre automático activara el sofisticado sistema de seguridad Shield 500XS. Hacia la mitad del piso superior, una de las puertas correderas estaba abierta; podía verse un descomunal sofá de cuero blanco y un televisor de plasma, sin volumen. Nuestro amigo, descalzo, en bermudas y forro polar azul pastel de cuello vuelto, estaba reclinado en el sofá con el mando en una mano y el teléfono en la otra, zapeando y despotricando —la monotonía con que lo hacía denotaba aceptación de la derrota ante el hecho de la nula profesionalidad del resto de los mortales— contra el director.

Según el plan, teníamos que esperar unas horas. Pero el plan estaba olvidado; hambre y deseo habían tomado las riendas sin ninguna ceremonia. Renunciar al plan fue un alivio compartido. El *pase lo que pase* nos otorgó su mántrica bendición cuando empezamos a remontar el lado oriental del valle, unidos por un vínculo invisible uno a cada lado de la calzada desierta, y seguimos camino —con el máximo sigilo lupino— hacia la casa.

Me adelanté yo. De un salto salvé la verja de entrada. De otro, alcancé el balcón del piso alto. Un tercer salto a través de la puerta abierta, y ya estaba en el sofá.

La hipérbole es un vicio de escritores, pero soy testigo de que le di a Drew (Drew Hillyard, según leímos después en la prensa) literalmente el susto de su vida. El esnob europeo que llevo dentro piensa que el chico gritó —más bien hizo un «¡aaaaah!» en falsete— por estar americanamente condicionado a ello en virtud de un empacho de televisión y cine. Te dan calabazas y vas a un bar a emborracharte. Alguien te adelanta de mala manera en la autopista y tú gritas «¡Hijoputa!» y le enseñas el dedo. Aparece un hombre lobo y chillas como una niña de seis años. Exigencias del guión. Bueno, el caso es que no solo hizo ¡aaaaah!, sino que levantó ambos brazos hacia la zona de la cabeza; el mando a distancia salió volando y fue a estrellarse contra una silla, dejando en la pantalla como duradera compañía el programa *America's Next Top Model*. Quién sabe si por un profundo instinto de supervivencia, no soltó el móvil. Se lo arrebaté sin violencia y lo estrujé dentro de mi inmenso puño de monstruo, espectáculo que provocó en él un extraño gemido nasal. Acto seguido su carita empezó a arrugarse y contorsionarse, presta a derramar lágrimas de niño de pecho crecido, pero la distensión en su boca y el hincharse de sus pulmones me previnieron de que se aproximaba un grito más fuerte. Eso sí que no, pensé.

Otro tanto pensó Talulla, pues su oscura mano de preciosos y largos dedos surgió por detrás y le tapó la mitad inferior de la cara.

Uno quiere orden, secuencia, categorías. Lo entiendo. Pero resulta que el misterio trinitario del follarmatarcomer echa por tierra las distinciones, barre de un plumazo todo el aparato que separa esto de aquello y da entrada, con el equivalente metafísico de un encogimiento de hombros a la francesa, *a una forma completamente nueva de experiencia*.

Por ejemplo, había un tupido césped, duro por la escarcha, que se quebraba al pisarlo con un crujido suave. ¿Césped? ¿Dónde? Estábamos en el salón de la casa. Nos movíamos como a cámara lenta, dos animales que entran llevados por un fluir paralelo de agua oscura, ni río ni mar, sin orilla opuesta. Las estrellas descendieron hasta posarse en el horizonte, se acunaron en la superficie del agua. Esto no quiere decir que no me acuerde de cómo Talulla le rasgó el cuello con el pulgar —mejor dicho, su negra uña— abriéndole una arteria mastoidea, de cómo manaba la sangre, de los opacos rugidos del maestro. El paisaje no estaba allí y desapareció del salón. Algunos fragmentos se desmenuzaron con un ruido sibilante revelando la divinidad que lo había creado, no Dios con mayúscula sino una de sus facetas, el gran espíritu limpio de la Depredación, al que pertenecíamos ella y yo y del cual teníamos en nuestro interior una pizca, una llama, de puro júbilo.

Nos miramos el uno al otro y todo quedó en suspenso. Con ello no quiero decir que el sofá blanco no quedara manchado de rojo allí donde la mano de Drew se movió rápidamente, como si saludara o como si intentara borrar algo.

Había entre nosotros la certeza compartida de la intensificación, una versión a cámara rápida del chacoloteo de los coches en una montaña rusa cuando ascienden para la Gran Caída. *Tú lo notas, ¿verdad?* Sí. Mientras tanto, la vida de Drew en gráficas viñetas, como al comienzo de un nuevo episodio de una serie televisiva: el cabezón de su madre con la rubia melena asomándose al cochecito de bebé (sombra azul de ojos, aliento a café) y descendiendo sobre él cual planeta benigno. El dolor en los dedos al esforzarse por cubrir las teclas del piano y esas teclas otras tantas pistas de la época anterior al nacimiento. Una niña de doce años y cabello oscuro mordiéndose el labio y la sensación como navideña o de cumpleaños de la joven mano de él colándose bajo la goma de sus bragas sus bragas, ¡sus bragas!, y Rheingold diciendo: «Tienes talento pero no calidad de estrella». Y era cierto. Un millón de páginas de imágenes televisivas, cowboys espadas Coca-Cola persecuciones de coches *Friends* las Torres Gemelas. Aquel sueño que tuvo, en el que nadaba hacia lo que parecía la playa cuando en realidad no era sino el llano confín de la Tierra antes de Colón y cómo de pronto era succionado hacia el negro espacio vacío —ni estrellas siquiera— donde el océano vertía sus pecios y sus tiburones y despertar bañado en sudor y la escort no estaba a su lado como debía sino sentada en el banquito de la ventana enviando un mensaje desde su blackberry y ahora con las mujeres solo tenía una relación contractual y quizá siempre había sido así ellas

fingían querer sexo cuando en el fondo qué coño siempre había algo más y era asombroso que a los cuarenta y uno uno pudiera aceptar que desde ahora y para siempre el rollo con las mujeres iba a ser meramente contractual a él todavía le gustaría tener un hijo varón y poder enseñarle música.

A pesar de la luna, el televisor parpadeaba y se estremecía visiblemente. Una de las candidatas a modelo, una rubia de ojos verdes, lloraba rutilantemente con la mitad del rostro oscurecido bajo el emplasto de sangre que adornaba la pantalla.

Talulla dejó lo que estaba haciendo y me miró. *Falta poco. ¿Lo notas?*

Cielo y agua movieron o giraron sus ocultas partes constituyentes y, como la solución a un enigma visual, las estrellas proporcionaron una nueva constelación dibujando la figura de un lobo, un diagrama del que se desprendía que no teníamos ninguna motivación, solo la certeza de existir, y comprenderlo fue como tomar la mano que había de guiarnos hacia la paz. Dentro del salón la noche mostró su acuerdo en el discurrir del agua y el aroma de la escarcha.

Con ello no quiero decir que no estuviéramos empapados de sangre ni que Talulla no arqueara el lomo ni que mi mano no abarcara sus pechos ni que sus piernas no se abrieran con taimada capitulación animal. Yo creía haber amado antes, y así era, a la mujer. Esto, sin embargo, era el monstruo, y el monstruo era suntuoso. Tuve un debilitante atisbo de mi tremenda capacidad para la adoración, y huí de ello como del borde de un abismo terrible. Ella lo captó también y el mensaje fue: *Lo mismo me ocurre a mí, ¿no lo ves?*

Su pregunta, a la postre, fue el punto clave. Un segundo de equilibrio absoluto y, desde la posición del fulcro, la penetré mientras ella desorbitaba los ojos y enroscaba la lengua en un gesto de victoria marcial o erótica (detonando, por absurdo que pueda parecer, a Dante: *Y una loba que todo el apetito / parecía cargar en su flaqueza*), mientras la súbita zambullida nos arrancaba de nuestros cuerpos y nos devolvía durante un momento inconmensurable a eso que no era Dios sino la faceta de él que conocíamos y en cuyo infinitamente generoso arquetipo no existíamos ni ella ni yo, sino tan solo el éxtasis que te conduce a la unión con la más dulce de las melodías y que quema sin dolor las correas y hebillas del yo sufriente.

El gozo.

Algo que, es lógico, escapa a toda descripción puesto que aniquila, puesto que uno no está allí realmente para experimentarlo. Uno tiene la subida y la bajada, pero nunca el cénit. Fuimos al lugar. Regresamos... viciados de por vida, convertidos en adictos. A partir de ahora no nos bastaría con menos. Pensé: doscientos años de ignorancia, y ahora esto. Y solo doscientos años por delante para repetirlo.

«Te quiero», nos aleccionó el momento (mientras la vida de Drew, como las últimas luces en el negro oeste, se extinguía), era una frase para la esfera humana. Aquí, humildes y colmados de ternura por la recién restaurada finitud de brazos y dientes y labios y vientres, nos lamimos, arrimamos los hocicos, paramos, miramos, atisbamos en el interior del otro y supimos que para bien o para mal habíamos sido

consagrados, no solo en nuestro impío matrimonio, sino también en nuestra soledad compartida. Que podía conducir al odio mutuo más absoluto fue algo que ambos asumimos con serenidad. Era un gran consuelo saberlo, comprenderlo, dejar abierta la puerta a todas las posibilidades. Nos sentíamos como pequeños dioses de modesta estirpe, rebosantes de un renovado amor por la vida y humildes ante el futuro. Si hubiéramos podido reír, nos habríamos reído.

El tiempo había hecho de la suyas, disfrazando las horas de segundos. Estaba desorientado. Había cometido el imperdonable error de desconcentrarme. Follarmatarcomer, sí, pero sin cautela y sin controlar la situación. *America's Next Top Model* había dejado paso a *Good Morning News*. (La típica pareja televisiva estadounidense: golfista misógino con tupé y maniquí de L'Oreal veinteañera. Que el padre con peluca se tire a la hija depilada está bien siempre que ambos conserven una calculada incredulidad y una rabia contenida ante *las cosas que pasan en el mundo*.) Ahora, como si la hubieran pillado dormida estando de servicio, la luna se despertó y empezó a enviarnos advertencias, una sensación de arrastre (menstrual, se diría) en la sangre de toda la parte inferior del cuerpo. Como si fuéramos dos peces grandes que acabáramos de picar el cebo de un inválido; eso sí, un inválido con poderes mágicos, a juzgar por la fuerza irresistible con que el fino sedal tiraba de nosotros.

A la vez, dejamos lo poco que quedaba de nuestra víctima, salimos por la puerta como perros de anuncio de comida canina, saltamos la barandilla de la terraza y nos adentramos en el bosque cómplice y en los vapores de la noche menguante. Mi reloj interno, que volvía a funcionar, me dijo que faltaba menos de una hora para que se pusiera la luna.

Corrimos y corrimos, pasándonos su espíritu del uno al otro como críos que se intercambian un chicle, la niebla pegada a nuestros cuerpos y el bosque un borrón resinoso que íbamos dejando atrás. A medio kilómetro del lugar de donde habíamos partido capté el olor de mi orina, torcí bruscamente a la izquierda, corrí, con Talulla pisándome los talones, a través de una franja de niebla, y pocos minutos después estábamos en el árbol marcado. Trepé a él de un salto para recuperar la mochila, que seguía atada al tronco, bañada ahora de rocío pero con el contenido seco, repleta de aromas de la civilización. Hubo un pequeño problema con los cabos de anclaje (no hay producto en el mercado que tenga en cuenta los dedos del hombre lobo), pero no quería desgarrarlos. Tras unos minutos de paciente dedicación, conseguí mi objetivo de desatarlos y guardarlos y salté a tierra.

El regreso a todo correr nos proporcionó veinte minutos más de tiempo. Quedamos tendidos en el suelo, juntos pero sin tocarnos, callados destinatarios de la ignorada (por el mundo) suite del amanecer de Pan, ese suave respirar de la hierba y el follaje, el zumbido de alas diminutas, el introspectivo trepar de los escarabajos, la trepidación del agua. El mundo, estaba pensando Lula, rezuma milagros, es un pulular, un arrastrarse de milagros. Y nosotros vivimos en la burbuja de la televisión y el alcohol. *Deberías llevar un diario*, le dije telepáticamente, pero demasiado tarde: la corriente metamórfica la había alcanzado ya. Sus receptores animales se estaban friendo. Iba a hacerle una caricia cuando recordé el *No me toques* y retiré la mano. Lula reptó a cuatro patas dibujando un semicírculo, se derrumbó, se hizo un ovillo en el suelo. Invisible desde el lecho del bosque, la luna se puso, un dolor minúsculo como arrancar la última fibra que sostiene un diente cómicamente flojo. En posición fetal, las mandíbulas apretadas, Talulla empezó a convulsionarse como si llevara el ritmo de algo. En su hocico la mucosidad vibraba.

De nuevo se me había adelantado. Eso le dio la oportunidad de observar —cosa que hizo, sentada y conteniendo la respiración— el desternillante gran espectáculo de Jake Marlowe volviendo a la forma humana.

—Gracias por no reírte —le dije, una vez tuve la seguridad de haber recuperado el lenguaje.

No contestó, estaba todavía volviendo a sí misma. Sus ojos se habían puesto grandes y brillantes, purificados por el asesinato. Mientras la ayudaba a limpiarse (los productos no entienden de diferencias, abordan sangre y vísceras con la misma alegría floral con que abordarían el ketchup o un lamparón de grasa), noté el pasmado reagrupamiento de sus facetas humanas, el shock y el asco ante lo que, una vez más, era la mayor de las degradaciones, un envilecimiento sin perdón, sin posibilidad de ser lavado de ningún modo. Seguido (su mirada se endureció) de la percepción de que shock y asco habían demostrado ser insuficientes. Seis veces nada menos. Esta era la séptima. Quedaba, pues, pendiente el asunto de llevarse bien consigo misma, en el

fondo era o eso o la muerte. «Sé por lo que estás pasando», quise decirle. No lo hice. Aparte de las tribulaciones psicológicas, estaba en plena resaca post-Maldición. Yo, veterano en estas lides, había olvidado la sensación de verse privado del aura, de tener la conciencia en carne viva. ¡Lo que menos desea uno es que le hablen!

Metí en la mochila los accesorios de limpieza y cubrí de tierra el lugar donde ella había vomitado la noche anterior. Luego, con la mochila a cuestas, hice una última comprobación. No había señales de que hubiéramos estado allí, aparte de un olorcillo a orina de hombre lobo.

Al cabo de una hora, húmedos de niebla y pesados de tanta carne, estábamos de vuelta en el coche. A mí me dolían las pantorrillas. Talulla tiritaba de frío. El interior del coche se nos antojó un palacio cuando las puertas se cerraron con un comfortable ruido sordo. Otro de los objetivos de la civilización es este, que puedas meterte en un vehículo, cerrar la puerta, sentirte rodeado de plástico y tecnología y viajar respirando aire acondicionado. Tiré la bolsa de basura (un acertijo de ADN para quien pudiera encontrarla) a un contenedor de un restaurante de carretera camino de San Francisco y varios kilómetros más adelante cambié las placas de matrícula en un área de descanso. Dos horas después, y habiendo devuelto el Toyota a la agencia, subimos a un Amtrak rumbo a Chicago.

Viajamos un rato en silencio. Talulla iba contemplando el paisaje por la ventanilla. El sol nos iluminaba las manos y la cara. Ella tenía las pupilas empequeñecidas. Parpadeaba despacio, como si cada encuentro y desencuentro de sus pestañas le proporcionara un inequívoco instante de paz. Todo su cuerpo irradiaba cansancio. El movimiento del tren actuó en nosotros como un sedante.

Yo tenía los ojos cerrados cuando dijo:

—Me voy acostumbrando.

Una declaración neutral. Ganancias y pérdidas anulándose mutuamente en perfecto equilibrio. Le noté la garganta dolorida. No dije nada, ella no esperaba que lo hiciese.

Al cabo de un rato, apoyó la cabeza en mi hombro, cerró los ojos y se quedó dormida.

**TERCERA LUNA**

**EL MES DE LA CRUELDAD**

Seis días después de asesinar a Drew Hillyard, aturcidos con tanto cambio de huso horario y tanto vivir a la intemperie, llegamos a Ithaca.

Mejor dicho a Ítaca, en Grecia. No Ithaca, estado de Nueva York.

El padre de Talulla, Nikolai, no había dejado de fastidiarla por teléfono desde nuestra partida, y ella insistió en que teníamos que ir a verle antes de marcharnos otra vez, de modo que, a pesar mío, pasamos una noche en Nueva York. Entre otras cosas para mediar entre su padre y Ambidextrous Alison, que por enésima vez había amenazado con largarse si Nikolai no dejaba de meter las narices. (Naturalmente, ahora no había ninguna necesidad de conservar los restaurantes, pero, aparte del problema de justificar la repentina adquisición de veinte millones de dólares, Talulla sabía que el negocio de Gilaley era para Nikolai un nexo con recuerdos felices.) De todos modos sirvió para dormir en una buena cama de hotel tras las exiguas dimensiones del coche cama. Y he dicho «dormir» porque eso fue lo que hicimos, castamente. Copular bajo la Maldición pone a cero la libido, del mismo modo que no copular sube el nivel al máximo. Si nos tocamos fue con geriátrica ternura. De los muchos recuerdos acumulados tras varias semanas de ajetreo, ninguno tan vívido como ese (dormir en frescas y limpias sábanas de hotel después de tres noches en el tren), dejarse vencer por el sueño como quien se sumerge voluntariamente en la muerte, los últimos vestigios de conciencia compartida: ¿descansar en *paz*? Por fuerza tiene que ser eso, renunciar a la voluntad y disolverse en la noche como las chispas de la estela de un cohete... Si hay noches de una inocencia monumental, aquella fue una. Despertamos del sueño con la clara sensación de haber sido sacados, nuevecitos, de un molde. Y, aprovechando la corriente de aquel suave vértigo, emprendimos nuestra segunda partida de Nueva York.

En American Airlines hasta Roma, luego en Air Italia hasta Cefalonia. De allí en barco a Ítaca. Un modesto chalet al final de un centenar de toscos y empinados escalones, vistas a la pequeña población costera de Konia. Mil doscientos euros a la semana, una ganga por ser fuera de temporada. Yo había estado allí hacía unos treinta años, después de matar a una joven y saludable estudiante francesa de danza contemporánea, que estaba de vacaciones al otro lado del mar Egeo, en Éfeso. Tenía la clara sensación de que ese lugar me había estado rondando, a un nivel inconsciente, desde que vi a Talulla en Heathrow por primera vez; de hecho, había programado la estancia antes de partir para California hacía tres semanas.

—Es el final feliz —dijo ella—. Ulises vuelve al hogar y con su fiel esposa. Hasta un crío podría entenderlo. Pero ¿no se suponía que eras listo?

Listo no. Felizmente estúpido. Estúpidamente feliz. La revolución de Jake Marlowe se había completado: el tedioso conocimiento de sí mismo había devenido dichosa ignorancia de sí mismo. Había que renegociar lo que antes eran certezas. El circuito del autoanálisis objetivo se había fundido. Una nueva inmersión en el plácido



flujo ciego.

Para Lula no fue tan sencillo. Puede que una parte de ella hubiera dado el paso de aceptarse, pero la otra no iba a rendirse sin presentar batalla. Despertaba chorreando de sudor tras una pesadilla. Tenía fugas: iba y volvía, no hablaba de ellas. A veces, todo el peso del odio hacia sí misma se concentraba en la forma de sostener un cigarrillo. Al despertar yo en la blanca habitación y ver que estaba solo, me entraba el pánico, iba a buscarla, me la encontraba metida en la bañera vacía o contemplando el mar desde el porche o acurrucada en el suelo de la cocina, abrazada a sí misma. Eran rituales necesarios, en los dos sentidos de la palabra: no había forma de eludirlos, y sobrevivir dependía de ellos. Lula era consciente, se sentía repugnada por la lógica de su propia continuidad. Es lo malo del asco, había dicho: que uno lo supera.

De madrugada una vez (después de ponerme medio histérico al ver que no estaba en la casa, ni en el jardín, y tampoco en el pueblo) me la encontré sola en el mar, desnuda y con el agua por las caderas. Me quité la ropa, vadeé a grandes zancadas (ella volvió la cabeza una sola vez, vio que era yo), me detuve a su lado. La playa estaba desierta. Hacía fresco, no frío. La luna (en cuarto creciente) sacaba guiños al agua. Supe que no debía tomarle la mano, que no debía tocarla. Cuando ella estaba así, deseaba tan poco el contacto como una mujer en pleno parto un beso con lengua.

—Cuando era pequeña mi padre solía contarme la historia de Licaón —dijo—. Siempre recalca mucho la condición de los ocho años, y el hecho de que ningún lobo hubiera recuperado la forma humana.

Existen dos versiones del mito. Según una de ellas Licaón, rey de Arcadia, intenta darle a comer a Zeus restos humanos dentro de una tarta y es castigado a convertirse en lobo. Según la otra, Licaón ofende a Zeus al sacrificar un bebé humano en el altar del dios y como resultado no solo el rey, sino todo aquel que realiza un sacrificio en el altar de Zeus, experimenta la transformación y solo recupera la forma humana si es capaz de no ingerir carne humana durante ocho años.

—¿Cuánto es lo que más has durado? —me preguntó.

—Cuatro lunas.

—¿Serías capaz de aguantar ocho años?

—Quien dice ocho dice ocho mil. Tú lo sabes. No hay vuelta atrás.

Pasó un rato antes de que ella volviera a hablar.

—No, yo no lo sé —dijo.

Una urgente virilidad me atosigaba, un estar dispuesto a toda costa a violentar a cualquiera —persona o cosa— que tuviese la obscena inclinación de hacerle daño a ella. Me era muy difícil no tocarla, no rodearla con mis brazos, no poner mi cuerpo y mi alma entre ella y todos los peligros imaginables. Era delicioso, un alivio de ninguna manera merecido, no tener que preocuparme más de mí. Solo de ella. De ella.

—Siempre va a ser así —dijo—. Huyendo. Mirando hacia atrás. Escapando por los pelos. Qué frase más desagradable, esta. Ah, por cierto, no pensaba ahogarme.

¿Nosotros nos ahogamos?

—Sí. Como humanos y como lobos. También ardemos.

El movimiento del mar en torno a sus piernas nos hizo creer que nos balanceábamos.

—En Nueva York estuve mirando muestrarios de tejidos con mi padre y con Alison —dijo—. Vamos a redecorar el piso de la Veintiocho Este. Y tres días antes te estaba follando con la cara metida en el cadáver reventado de un ser humano.

Se rió. Fue una sola carcajada, no histriónica como cabría suponer, porque lo que acababa de decir, además de ajustarse a los hechos, parecía sacado de una comedia de terror. De las de culto.

—Sí —dije—. Es verdad.

Sabía de qué hablaba. Las atrocidades no confesadas lo quemaban a uno por dentro. *¿Qué es la obligación de decir la verdad sino una obligación moral?*, había preguntado Jacqueline Delon. Se equivocaba. Se trata de una necesidad vital. Uno no puede vivir sin aceptar lo que es, y uno no puede aceptar lo que es sin decir lo que hace. Nombrar las cosas, un poder tan viejo como Adán.

Regresamos a la casa en silencio cruzando el pueblo bajo las constelaciones. Por primera vez desde la transformación noté un breve intercambio de lujuria entre nosotros. Luego me di cuenta: ella lo había sentido antes que yo, sabía que estábamos ya en la siguiente fase del ciclo, se enfrentaba de nuevo a su inevitable punto final. De ahí el chapotear a solas en aquel mar oscuro como vino.

El chalet olía a nuestra ropa de cama recién lavada y al pequeño limonero y el tomillo que había en la galería. Nos desnudamos con extraña y plácida precisión y nos metimos desnudos entre las frescas sábanas.

—¿No te extraña que haya confiado en tu palabra con respecto a eso de las drogas? —dijo.

De camino habíamos hablado de inhibidores, de mi época en la jaula, la caja de caudales, la llave. Yo le había dicho la verdad: es posible superarlo —medicado hasta casi la muerte— durante un par de lunaciones, tres como máximo (intentándolo una cuarta había estado a punto de quitarme la vida; me arranqué, literalmente, la piel a tiras; de no ser por la rapidez con que se cura el licántropo, me habría desangrado hasta morir), pero hay dos razones para no hacerlo. Primera: es el peor de los sufrimientos que un hombre lobo puede experimentar. Segunda: para qué, puesto que si no es este mes será el siguiente, o el otro, y uno mata de nuevo (a menos que se suicide) y sigue matando una y otra vez hasta que muere de viejo o por una bala de plata. Todo esto le había dicho.

—No, no me extraña —dije—. Seguro que lo entiendes: moralmente, un mes de abstinencia aquí o allá no tiene ningún peso.

—No es ese el motivo de que no lo haya intentado —dijo ella—. No lo he intentado porque me acuerdo de esas tres primeras veces, y me horroriza la idea de tener que pasar por eso otra vez. No se trata de entenderlo. Es simple cobardía.

—A mí me ocurre lo mismo. También me horroriza. Además, la última vez que probé me salió mal.

—Pero tú has salido adelante en la vida. Has encontrado el contrapeso.

—Cosas del dinero. Pero si tienes motivos para acabar en el infierno, de nada sirven. Y, encima, el dinero no es moneda de curso legal en el mundo de la ética.

La polla se me había desplazado hacia su mano. Sabía que ella lo sabía, que estaba preparándose para una exquisita rendición. De la pena y la vergüenza al cariño, a la paz de tenernos el uno al otro y nada más.

—La cosa no cambia —dijo—. Trato de pensar que hay una salida, pero al final todo queda en lo de siempre: o te suicidas o apechugas con lo que eres.

—No te suicides, Lu.

—¿Te quedarás conmigo?

—Sí.

*Quédate.*

—Podría acabar suicidándome —dijo ella—. Es difícil saberlo.

—¿Me prometes que no te suicidarás sin decírmelo primero?

—Sí.

—Pues dilo.

—Prometo no suicidarme sin decírtelo primero.

Aquella noche tuve un torrente de sueños, a cual más gráfico. Creo que hicimos otra vez el amor en esa duermevela que resulta casi mágica. Más sueños después. En uno había un insecto pesadísimo que me picaba repetidas veces en el cuello, y yo pensaba: Tengo que contárselo a Lu cuando me despierte. Tengo que... Pero, tal como lo pensaba, desaparecía de pronto en la negrura.

Cuando me desperté, ya tarde, la habitación estaba inundada de luz y de brisa marina. Antes de levantar la cabeza de la almohada noté un vacío allí donde esperaba encontrar su cuerpo, y entonces oí la voz de Ellis diciendo:

—Espabila, Jake, que no son horas.

Estaba sentado en el sillón de ratán, a los pies de la cama, de espaldas a la cristalera y a la galería, con las manos en la barriga y una pierna cruzada sobre la otra en un ángulo obtuso. Sus típicos pantalones de cuero negro, las botas con puntera metálica y una cazadora tejana descolorida. Esta vez llevaba la melena rubio platino suelta hasta la cintura. Un soplo de brisa me trajo el pantanoso olor de sus pies. El zumbido como de diapasón en los dientes me transmitió la presencia de balas de plata en el arma de fuego que llevaba metida dentro de la sobaquera. Me incorporé.

—La tenemos —dijo—. ¿Quieres una sesión de preguntas y respuestas o te lo suelto directamente?

—Habla —dije.

Ellis asintió brevemente como confirmando que había adivinado cuál sería mi reacción. Luego se levantó, hizo un gesto para indicar que enseguida volvía, salió a la galería y entró momentos después con dos tazas de café recién hecho. Me alargó una y volvió a sentarse.

—Primero deja que te tranquilice —dijo—. Talulla está bien, viva e ilesa. Se encuentra lejos de aquí en un lugar que no puedo revelar todavía, pero no debes preocuparte en absoluto por su bienestar. Te doy mi palabra, Jake.

Dejé la taza sobre la mesita de noche. Las manos me temblaban. La noche anterior, volviendo de la playa bajo las estrellas, ella me había tomado la mano. Ninguno de los dos había dicho nada pero el gesto nos hizo pensar a ambos, sin alterarnos, en la muerte. Tuve una imagen de ella sentada con las piernas encogidas en un catre espartano en una celda sin ventanas. *Bien, viva e ilesa*. Tenía que creer a Ellis porque de lo contrario me quedaba sin nada.

—No puedo seguir con esto estando desnudo —dije.

—Lo entiendo. Adelante.

Me puse de pie, percibí el perfecto vacío allí donde, ante cualquier otra persona, habría habido cierta concesión o cierto interés por mi desnudez, y me vestí a toda prisa con la ropa del día anterior. Luego me senté en el borde de la cama y encendí un Camel. Mi yo enamorado sollozaba y se mecía como un demente con camisa de fuerza repitiendo «La han cogido. La han cogido. La han cogido». Algo me escocía en el cuello y no pude evitar frotármelo.

—¿Todavía te pica? —me preguntó Ellis—. Un dardo sedante. Tenemos a un tipo nuevo, se hace llamar el Gato. Le va como anillo al dedo, puesto que se ha subido al balcón sin despertarte. ¿No has oído nada de nada?

En el sueño me picaba un insecto. Me sentí tan ridículamente inútil como un borracho.

—Venga —dije—, dame esa información.

—Bien, pues resulta que la tenemos. Podrás recuperarla y así ser felices y comer perdices eternamente a condición... de que mates a Grainer.

Levanté la vista. El rostro, apacible; los ojos azul oscuro, lúcidos. Me miró a su vez y dijo:

—Me has oído bien.

—¿Por qué a Grainer? —pregunté.

Ellis tomó un sorbo de café. Al tragar, su nuez de Adán se movió como un pequeño codo.

—Verás, Jake. Desde hace algún tiempo estoy metido en un movimiento dentro de la organización. Se trata de un grupo de personas (de la Cacería, del departamento técnico, del financiero) que han entendido el mensaje. A ver, es que no podría ser más claro: te necesitamos, Jake. Literalmente, eres nuestra razón de vivir. Bueno, no solo tú, también los vampiros, los demonios, los reanimados, los chicos del vudú, los satanistas, los djin, los poltergeist, toda la tropa. Lo malo es que la tropa se va haciendo cada vez más pequeña. Tú te das cuenta, ¿no?

Un estafalario rumor post 11-S aseguraba que los ataques habían sido iniciativa de la propia administración Bush, para así tener carta blanca de cara a invadir países árabes con petróleo e inyectar nuevo brío en el ya ultraproteínico brazo del complejo armamentístico-militar. ¿Que no hay miedo? Pues no hay pasta. Con Al Qaeda, igual: el mismo razonamiento.

—Hicieron tan bien su trabajo que se pusieron en el paro ellos solitos —dije.

—Ni más ni menos. Mis amigos y yo no estamos dispuestos a que eso pase. A Grainer le da igual, él tiene dinero y además está hasta los huevos de todo esto. Pero ¿qué va a hacer un tío como yo, eh? ¿Currar en una hamburguesería?

O sea que no solo era cuestión de pasta. Había crisis de identidad. Ellis no sabía hacer otra cosa. Las estrellas porno hablan de la industria como de una familia donde reina el amor. La Cacería, me imaginé, jugaba un papel parecido.

—Para tu información —prosiguió Ellis—, ahora hay dos COMFO. Control Mundial de los Fenómenos Ocultos, por un lado, y Fomento Mundial de los Fenómenos Ocultos, por otro. No hemos salido del armario, por decirlo así, y muy probablemente no saldremos nunca. Pero bajo tu influencia las cosas van a cambiar. Salvaremos lo que está en peligro de perderse para siempre.

—¿Matando a Grainer...?

—Tú no te imaginas, Jake, los contactos que tiene el tío. Y no solo él. Existe un núcleo, una especie de junta militar, digamos. Controlan los recursos, el reclutamiento, la investigación, la política, los medios. La mitad son cínicos que están desplumando a la organización y la otra mitad fanáticos incapaces de ver que sus propios aspavientos les convierten en algo superfluo.

—Pues yo te tenía en la casilla de los fanáticos —dije.

Ellis meneó la cabeza con benévolo desengaño.

—Soy un pragmático, Jake, lo he sido siempre. Pensaba que lo sabías.

—Y cuando hayas matado a Grainer (perdón, quiero decir cuando me hayas hecho matar a Grainer), ¿qué? ¿Golpe de Estado, o vas a cargarte a los generales de

uno en uno?

—Nosotros no queremos una revolución con derramamiento de sangre. —Apuró el café y dejó la taza en el suelo—. La organización es poco estable y no contamos con suficientes efectivos. La idea es eliminar a tres o cuatro cabecillas del conciliábulo británico. Y a una docena en Estados Unidos. No queremos pasarnos. La idea es *hacernos notar sin levantar la voz*. Una conducción tranquila, por así decir. ¿Vas captando la idea? Los fanáticos tienen que desaparecer, no hay vuelta de hoja, y Grainer es fanático hasta la médula, pero a los cínicos se los puede persuadir. De que desaparezcan voluntariamente o de que no sigan aprovechándose de la organización. Resumiendo, ni revolución con derramamiento de sangre ni tampoco de guante blanco.

—Entonces no me necesitas —dije—. Mata tú mismo a Grainer. De hecho, te conviene hacerlo para que la amenaza de tu grupo sea creíble.

—De hecho, lo voy a matar —replicó Ellis—. Seré yo quien sustituya las balas de plata por munición normal. Tú solo serás el camuflaje, Jake. Es la coartada perfecta, ¿entiendes? Tenemos que dar a entender a esos tíos que hemos sido nosotros pero sin proporcionarles pistas con que demostrarlo. Tienen conexiones con el mundo normal; si no lo montamos bien, podríamos acabar yendo a juicio.

—Lo has dejado para un poquito tarde, ¿no te parece? Ya solo quedo yo. Mantenerme a mí con vida, ¿qué va a cambiar?

Me miró, casi sonriendo.

—Muy buena, Jake, pero resulta que ahora está ella también. Tú no sabías si estábamos al corriente de eso. Tenías que averiguarlo. Bien, pues lo sabemos.

Un hilo de esperanza, muy fino, pero valía la pena intentarlo.

—¿Grainer lo sabe?

—No. Solo mi grupo.

Mi estrategia interior, luchando contra el pánico, no paraba de pensar. Grainer no sabe que existe Talulla: ¿eso es bueno? ¿Nos puede servir de algo? Quién sabe. Dame tiempo.

—Muy bien —dije—. Ahora somos dos, ella y yo. Menuda diferencia. Como para impulsar el gran renacimiento de la Cacería...

Ellis tardó en responder; de hecho parecía concentrado en algún tipo de frecuencia que solo él podía oír. Luego regresó.

—Jake, muchacho —dijo, tras un breve suspiro—, no tienes ni idea de lo que está pasando. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Noté que se me encogía el cuero cabelludo. Yo no quería que empezara. En cualquier caso, los detalles eran lo de menos. Lo único que importaba era que un colosal error en los Principios Fundamentales había provocado fantásticas ramificaciones falsas. Todo lo que uno creía saber... Todo aquello de lo que uno estaba seguro... ¿No lo has visto venir, tú, el gran lector?

—Hemos dado con el antivirus —dijo Ellis.

La tentación de decir «¿Qué?», aun habiéndole oído con toda claridad, fue abrumadora. Me aguanté, por muy poco.

—Serendipia de la buena —dijo—. Supongo que los grandes descubrimientos siempre han surgido así: cae un poquito de carne cruda en el fuego y *voilà!*... se inventó la cocina. Pero las gracias hay que dárselas a tu chica.

*Era para el hombre lobo, pero me había dado a mí. En la pantorrilla. Un sedante, a todas luces, porque un segundo después caí redonda.*

No, ángel mío. No fue un sedante. Cielo santo.

—¿Alfonse Mackar está muerto o no? —pregunté.

—Lo está. Murió la noche en que se tropezó con Talulla en el desierto. Pero no fuimos nosotros quienes lo matamos, sino unos cazadores aficionados de la zona. Iban en un puto jeep, ¿te imaginas? Tuvimos que reclutarlos para que no se fueran de la lengua. Te lo digo en serio, Jake, aquello parece un circo, o el primer día de las rebajas. Quinceañeros con nociones de fundición y un diploma de cazavampiros. Joder, en otra época los...

—¿Por qué no te dejas de historias y vas al grano?

Ellis levantó una mano.

—Tienes razón. Perdona. Deja que vaya a por más café. ¿Tú quieres?

Dije que no. Mientras se servía otra taza yo recogí las pocas prendas de Talulla esparcidas por la habitación y las puse fuera de la vista. Tapé la cama. Era espantoso que Ellis tuviese a la vista la prueba de nuestras intimidades ahora que todo había acabado mal. No podía dejar de pensar en la manera como Lula me había tomado la mano, y en que ninguno de los dos hubiese sido capaz de hablar. Como si ambos hubiésemos tenido el presentimiento de lo que iba a ocurrir.

Ellis asomó la cabeza por la cristalera y dijo:

—¿Quieres que nos sentemos aquí? Hace un día precioso.

Salí a la galería apretando los dientes. La luz me deslumbró; calculé por el sol que serían las tres. A nuestros pies unas cuantas casitas blancas salpicaban la colina hasta el pueblo propiamente dicho. Konia seguía entregado a sus absurdos y pintorescos asuntos. Sentado en un cabrestante, un pescador de piel morena remendaba una red. Apoyado en una farola, un camarero fumaba un cigarrillo. Cuatro adolescentes haraganeaban en torno a una Vespa naranja. Me senté enfrente de Ellis, con la luz en la espalda. El calor del sol se amoldó a mi cabeza como una kipá infernal.

—Bueno, verás —dijo Ellis—. Las investigaciones sobre la infección terminaron oficialmente hace cinco años. Extraoficialmente, nuestros chicos siguieron investigando. Fue duro, con tan pocos especímenes vivos, pero teníamos a Alfonse Mackar. Él fue, por así decirlo, nuestra gallina de los huevos de oro... hasta que se escapó. ¡Joder! Todavía me hago cruces de que fuéramos tan descuidados. Varios de esos jóvenes... —Meneó la cabeza—. En fin, la noche de la carrera por el desierto estábamos intentando atraparlo de nuevo. O, como mínimo, inocularle la última versión del antiviral. ¿Y qué pasa? Pues que el tío que dispara le da a Talulla por

equivocación. —Se inclinó hacia delante con las cejas levantadas—. ¿Y sabes quién disparó? ¡Yo! ¡Cegato de los cojones! —Se relajó y volvió a retrepase, risueño—. Ya ves, Jake, serendipia a punta pala. Nosotros lo que queríamos era darle al hombre lobo. De golpe y porrazo, por un accidente, pinchamos a la víctima. Talulla es la primera persona que sobrevive a la mordedura (y al Cambio) desde hace más de ciento cincuenta años. Y todo porque la pócima que cocinaron nuestros supercocos realmente funcionó. Todavía ignoramos si mata al virus en un licántropo comprobado, pero está claro que lo mata en el caso de un recién mordido. Una dosis de antivirus y, ¡bingo!, otro flamante hombre lobo. Bueno, al menos es lo que opina Poulson, que es el cerebro de la cosa. Vivimos unos momentos apasionantes, Jake.

—Esto no tiene sentido —dije—. Tú mataste a Wolfgang. Tú personalmente. Eres como un hijo para Grainer. Te has cargado a montones de hombres lobo.

Ellis asintió de nuevo, bajó la cabeza. Y, encima, suspiró.

—Es verdad, Jake —dijo, contrito—. Tardé demasiado tiempo. Estaba bajo el hechizo de ese hombre. Grainer tiene carisma, ¿entiendes?, tiene magnetismo. Ha sido, no lo niego, como un padre para mí. Pero no podía alejarme de él porque necesitaba saber quiénes eran los que movían los hilos de la organización. Él tiene acceso a todo el mundo. Fíjate que, incluso ahora, saber que no lo tengo cerca me pone un poquito enfermo, y ya hace un año que me uní a los renegados. Digamos que hay como un fantasma de ambigüedad, un espectro que nada entre dos aguas. Supongo que es el precio de llevar una doble vida profesional.

También yo me sentí enfermo. Entre otras cosas porque Ellis estaba loco, naturalmente. Su mundo interior era impenetrable. Tal vez estuviera diciendo la verdad. Tal vez era víctima de una alucinación prolongada. Faltaban los parámetros y los puntos de referencia fundamentales; fiarse de él requería tomar una decisión. Cosa fácil, puesto que la alternativa era un gran vacío (a falta de otra explicación).

—A propósito —dijo—, creo que es justo que lo sepas: a ti también te han administrado el antiviral, el nuevo. Más de una vez.

—¿Cómo?

—En el Zetter, dentro del vaso. Y después en Caernarfon. Poulson sigue buscando una versión que destruya el virus en el agente mordedor. Talulla fue mordida, recibió el antiviral y como consecuencia se transformó. Pero todavía no sabemos si ella puede hacer cambiar a otros. Además, en el fondo, disponer de la droga que permite infectar eficazmente a la víctima mordida tampoco lleva a ninguna parte. Piénsalo: haría falta estar allí, físicamente, cada vez que mordieran a alguien para administrarle la droga. No, es del todo inviable.

Me vino a la memoria aquel whisky que tenía un sabor peculiar. He pedido un Oban, le dije entonces a Harley, pero creo que me han subido Laphroaig.

Harley.

Mi vida es una lista de personas a las que he fallado, pensé.

—Claro, el problema es que tú no has mordido a nadie —continuó Ellis—. Esa es



otra parte del trato, evidentemente. Tendrás que ir dejando supervivientes aquí y allá. Hemos pensado que podrían ser dos vivos por cada muerto. Os vais a pegar la gran vida, con la excusa de aumentar el contingente hombrelobuno.

La luz que se reflejaba en la blanca galería me irritaba los ojos y el calor era una dura condena. A pesar de su irrelevancia, los detalles me estaban royendo el cerebro como gusanos.

—¿Por qué no os la llevasteis?

—¿Cómo dices?

—A Talulla. ¿Por qué no la apresaste aquella noche en el desierto?

Sonó su teléfono. Ellis echó una ojeadita al número y lo dejó sonar.

—Lo habríamos hecho —dijo—, pero apareció otra unidad. Gente del COMFO, versión oficial, con uno de los condenados directores a bordo. Evidentemente, no sabían lo que había pasado, ni idea de que hubiera un civil de por medio, pero se empeñaron en que sacáramos de allí el cuerpo de Mackar lo antes posible. Poulson había regresado para coser a tu chica, pero aparte de eso no podía hacer nada por sí solo. El director cambió de helicóptero y vino con nosotros para llevar a Alfonse al cuartel general en Phoenix. Poulson tuvo que dejarla a ella donde estaba y salir pitando. Lo recogimos a unos dos kilómetros de la autopista.

—¿A qué te refieres con «coser»?

—Una especie de micro, ya sabes —dijo Ellis—. Un chip. Tan pequeño como la mitad de la uña de un dedo meñique. Se implanta quirúrgicamente. Tu amiga lo lleva en el pecho. Poulson quería saber qué efectos tendría en ella el antivirus. Yo creo que ya entonces se lo olió. El tío es increíble para estas cosas. En fin, el caso es que se nos quedó allí. Pensamos que habría muerto como todas las víctimas, porque durante mucho tiempo no tuvimos noticia de ella. Pero hace dos meses, de repente, *biiip... biiip... biiip*. Yo quería ir a buscarla enseguida, pero la mayoría votó que no. Corría el rumor de que entre nosotros también había un topo. El clima era de paranoia. Uno de los del equipo de Poulson desapareció. Nuestro movimiento estuvo a punto de venirse abajo, pero conseguimos superar la crisis.

*Aún hay días que noto un ligero dolor en el pecho, como si tuviera clavada una astilla o algo. Uf, este tequila me ha bajado hasta los pies.* Pensar que ellos habían conocido en todo momento nuestro paradero mientras íbamos de un lado al otro del país, pese a todas mis inútiles precauciones, me hizo experimentar una especie de sensual rendición.

—¿Por qué no me contaste nada cuando viniste a verme al Zetter? ¿O en Cornualles?

Ellis frunció los labios, asintió, la mirada baja como reconociendo una flaqueza por su parte.

—Miedo y falta de preparación —dijo—. Aquel día Grainer tenía que reunirse conmigo en el Zetter. Sabíamos que tú empezarías a preguntarte si la coartada de Harley era segura. Los jefes consideraban que era necesario reforzar la historia de

aquel imbécil de francés. En el último momento recibí una llamada de la oficina informándome de que Grainer estaba liado con no sé qué y que me apañara yo solo. Todavía hoy no sé si me estaban poniendo a prueba. Quizá habían colocado micros en la habitación, y además estaba tu acompañante (cómo se llamaba... Madeline), que bien podía haber sido reclutada. Total, que aquel tinglado no me gustó. Además, de ninguna manera pensaba inmolarme tan fácilmente. Había demasiadas cosas en juego.

—Madeline no es del COMFO, ¿verdad? —pregunté, sintiéndome por dentro al borde de la fractura.

Que Maddy no fuese lo que aparentaba iba a ser un desengaño especialmente hiriente, de esas cosas que te hacen decir: «Joder, ¿ya no hay nada sagrado?».

—Puro civil —dijo Ellis—. Un ser insignificante. Olvídate de ella.

Podría haber sido peor.

—Vale —dije—, pero ¿y la operación de vigilancia en Cornualles?

—Eso fue mala pata. Mira, estaba a punto de contártelo todo cuando recibí un mensaje del equipo diciendo que habían detectado a otros dos vampiros. Por eso tuve que irme. Para tu información, esa noche matamos a tres más, pero nos llevó toda la noche, ¿entiendes?, y por la mañana te volviste cagando leches a Londres antes de que yo pudiera hablar contigo.

—Entonces, tú no estás al mando de todo esto —dije.

—Uf, qué va, hombre. No quiero más quebraderos de cabeza.

Una mentira diáfana —ambos sabíamos que en el fondo él buscaba la supremacía a largo plazo— que los dos pasamos por alto.

—Ya, y ¿quién manda, entonces?

—Venga, Jake, eso es confidencial. ¿Y a ti qué más te da?

Madeline habría dicho que quería tratar con el jefe, no con el chico de los recados.

—No estoy seguro —respondí—. Da la impresión de que a ratos hablas con una lógica rotunda y un momento después como si estuvieras totalmente chiflado.

Ellis asintió.

—Es un problema de actitud. La gente me dice que no voy de frente. Oye, tú sabes que soy huérfano, ¿verdad?

—No, no lo sabía.

—Mi madre me abandonó en un K-Mart de Los Ángeles cuando yo aún no había cumplido un año. Todavía sueño con aquel sitio: muchas luces, una cosa tipo navideño.

Su conciencia era como la resaca asesina del mar: no te das cuenta y de repente estás en aguas más frías, a dos kilómetros de la playa.

—Basta de rollos. —Me puse de pie—. Dime lo que tengo que hacer.

—Para el carro, Jake. De momento, nada. Faltan diecisiete días para la luna llena. Grainer quiere al animal. Él cree que estás en paradero desconocido. Dentro de un par

de semanas te pondrás en contacto con él para desafiarle. En venganza por lo de Harley. Mano a mano. Un solo ganador. Cíñete a tu cuartel general en el bosque galés. Eso lo tenemos cubierto. Dejaré a tres tíos contigo por si los vampis dan con tu rastro, pero haz el favor de andarte con mucho ojo. Ah, Jake, y no malgastes dinero tratando de sonsacarles dónde está ella, porque no lo saben. Esta noche vuelas a Londres. Aquí te dejo un teléfono nuevo y un cargador. Tenlo constantemente a punto, las veinticuatro horas. La única persona que te llamará a ese número seré yo. Así que, de momento, vete a casa y no te muevas de allí.

—¿Es todo?

—Sí. Confía en mí, Jake. Todo irá bien. Los dos vamos a salir de esta como ganadores.

Su teléfono volvió a sonar. Esta vez contestó, dijo «Ya puedes», esperó un poco y luego me pasó el aparato.

—Toma —dijo—. Habla con tu novia.

El cielo experimentó un subidón de partículas, por un momento se volvió de un azul más oscuro. La palma de la mano me sudaba cuando cogí el teléfono.

—¿Lu?

—¿Jake?

—¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Dónde estás?

—¿Seguro que estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No, no me han hecho daño.

—Te voy a sacar de ahí, tranquila. Todo va a ir bien.

—¿Dónde estás?

—Todavía en el chalet. ¿Tú no sabes dónde estás?

Periféricamente noté que Ellis ponía cara de decir: «Vamos, Jake, qué tontería».

—No, no lo sé. Creo que me subieron a un avión. Esto es una especie de hospital. Hay un médico por aquí. Bueno, al menos va disfrazado de médico.

—¿Qué es lo que te han hecho?

—Nada. Tomarme una muestra de sangre y otra de orina. Todo el mundo es muy atento conmigo.

—Escucha. Te tendrán ahí diecisiete días. Seguramente podré llamarte de vez en cuando... —Miré a Ellis. No muy a menudo, me dijo sin decirlo—. Pero tú no te preocupes. Voy a sacarte de ahí, ¿vale?

En la pausa que siguió pude notar, como si fuera una súbita caída de temperatura, hasta qué punto estaba Lu asustada.

—¿Me lo prometes? —dijo.

Tuve que tragar saliva y darle la espalda a Ellis.

—Te lo prometo. Voy a sacarte de ahí. Tú espérame.

—Bueno. Lo intentaré.

—Ellos quieren que... —Se cortó la comunicación. Me volví, furioso, hacia Ellis—. ¡Haz el puto favor de pasarme otra vez con ella! ¡Haz que se ponga ahora mismo!

—Eh, vamos, Jake. Cálmate, tío. Tú sabes cómo funcionan estas cosas. Has hablado con ella. Ha quedado demostrado que es tu chica. Sabes que se encuentra bien. Te garantizo que no le va a pasar nada. He visto la habitación donde está retenida, y ¿sabes qué?, ya la quisiera para mí. Tiene televisor, una cama como Dios manda, su cuartito de baño con ducha y todo lo demás. O sea que, en serio, no te calientes más la cabeza.

Tendió la mano para recuperar el teléfono pero no se lo di. La voz de ella había salido de aquel aparato, era como si todavía la tuviese en la mano.

—Jacob, no seas burro. Dame eso.

Le devolví el teléfono.

—Escucha bien —dije—. No pienso hacerte ningún favor hasta que la vea,

¿queda claro? Verla con mis propios ojos, en carne y hueso. O la veo cara a cara o te jodes. No es negociable.

Ellis se puso de pie. Me miró con gesto curioso, dio media vuelta y apoyó las manos en la barandilla de la galería, contemplando el rielante Egeo más allá de los tejados rojos y las barcas blancas.

—Jake —dijo sin volverse—, estás enamorado de ella, ¿verdad?

No respondí. Tenía la cabeza a punto de explotar. Del pueblo subía un olor a pescado. Una lancha rápida atravesó la bahía. Me di cuenta de que había cometido una estupidez.

—No pasa nada —dijo Ellis—. Es cojonudo. Pero estoy intrigado. A ver, llevas en este mundo casi doscientos años. Tarde o temprano supongo que se produciría la Muerte del Corazón. El Fin del Amor. Imagino que habrá habido décadas de... ¿cómo lo dicen los franceses? Ah, sí, *longueurs*. Caramba, estoy sorprendido de mí mismo. Décadas de *longueurs* y luego, ¡zas!, de golpe y porrazo otra vez el amor.

Su tono no había variado gran cosa, pero sí un poco. Guardé silencio. El sol y el calor como picaduras de un millón de arañas.

—No me obligues a ordenarles hacer algo —dijo Ellis, sereno—. Con ácido sulfúrico o qué sé yo. En la pierna o cualquier otra parte del cuerpo.

—Oye, no... —dije, pero él me interrumpió con un gesto.

—Jake, no tienes suficiente poder como para poner condiciones. Comprendo el impulso pero, verás, no eres coherente con la realidad.

En la pierna o cualquier otra parte. Es decir, la cara, los pechos o entre los muslos. El ácido produce un sonido que recuerda a un suspiro de alivio, o de éxtasis. La herida se cura pero duele mucho y pueden seguir haciéndolo y es una posibilidad prevista en tu contrato con el amor lo mismo que le ocurrió a Arabella cuando dijo aquello de «Eres tú, eres tú», así que esto sería el cuento de nunca acabar pero a Talulla no a ella no le hagáis nada a mí bueno pero solo a mí.

—Volverás a hablar con tu chica —dijo Ellis—. Y podemos estudiar la posibilidad de que la veas una vez (no prometo nada) antes de que cumplas tu parte. Pero, en serio, Jake, a ver si sintonizas un poco. El tono, tío. Que no pillas el tono.

En las películas el soldado baja la vista y ve que tiene los pies a unos milímetros de una mina semienterrada. Mira un poco más allá: hay minas por todas partes. A partir de ahora cada paso es cuestión de vida o muerte.

—Está bien —dije—. Es verdad, son las emociones. Te entiendo. Pero permíteme una sugerencia, una observación. ¿Puedo?

—Cómo no. Adelante.

—No tienes por qué hacer esto. No tienes por qué retenerla. A ver si me explico. O, mejor, deja que te haga una pregunta: ¿por qué mataron a Harley?

—Para que te cabrearas —dijo Ellis—. Aunque, así entre nosotros, yo pensaba que era preferible retenerlo con vida, hasta que tú estuvieras dispuesto a colaborar.

—Exacto. Harley murió porque sabíais que yo necesitaba un incentivo para

pelear. Y no os equivocasteis. Un mes antes estaba harto de todo. Un mes antes yo no quería vivir.

Ellis asentía ya, sonriente, con la cabeza.

—Pero todo ha cambiado. Ahora la tengo a ella. Mataré a Grainer tan contento y será un alivio hacerlo, porque mientras él viva constituirá una amenaza para la mujer que amo.

La sonrisa no era solo un anticipo de que comprendía mi postura. Era el reconocimiento de otro estratega.

—Eso también lo entiendo, Jake —dijo—. La lógica es aplastante. Y que conste que te creo, pero sabes muy bien que la cosa no va así. Aparte de que esto no es más que un intento por tu parte de negociar una concesión que no tenemos motivo alguno para hacer, resulta que ni siquiera depende de mí. Como te he dicho antes, no soy yo el que manda.

Silencio. Mentalmente, como si alguien atrapado en una habitación intentara una y otra vez abrir la puerta que sabe que está cerrada con llave. Sangre y orina. ¿Por qué? Todo el mundo es muy atento... A la larga es peor un secuestrador atento que uno cruel. Esto lo sabemos. Lo sabía ella; se le notaba en la voz.

Permanecimos allí de pie, en silencio, una eternidad, él contemplando la soleada bahía y yo con el rostro, las muñecas y los dedos llenos de vida inútil. Ellis daba la imagen de alguien que tuviera pensamientos nostálgicos, quién sabe si generados por el recuerdo de cuando lo abandonaron en un K-Mart. Luego se dio la vuelta y me tendió la mano. El sol arrancó destellos a su melena platino.

—Bueno —dijo—. Entonces, ¿trato hecho?

No hubo forma de convencerle para que me quitara de encima a los tres gorilas, pero conseguí sacarle una etapa previa en Londres: tras una llamada en voz baja a quienquiera que fuese el jefe, se acordó que podría esconderme en la antigua casa de Harley en Earl's Court. Así pues, y después de superar las primeras horas de vana incredulidad, he pasado aquí encerrado trece de los diecisiete días. Los agentes (ahora hay un cuarto que vigila el tejado, desde que descubrieron las claraboyas que hay en el desván) me suben comida para llevar, y yo me dedico a pulirme el whisky de Harley mientras pongo al día este cuaderno a la espera del racionado contacto telefónico con Talulla.

—El problema en parte es el aburrimiento —me dijo ayer—. El resto ya te lo imaginas.

A una semana de la luna llena, Talulla, lo mismo que yo, había dejado de comer. Yo le había dicho a Ellis que ella necesitaría tabaco, alcohol, agua, y él me había prometido —aparentemente de buena fe— que se aseguraría de que le proporcionaran todo eso. Pero luego habían intervenido las altas instancias. (Deduje que era cosa de Poulsom, cuyo nombre me producía cada vez mayor irritación.) Agua, sí, pero nada de alcohol ni de nicotina. Le ofrecieron, en cambio, pastillas para dormir y un relajante muscular, cosas que ella, después de dos noches torturada por el hambre, había aceptado. Era el primer mal rato, me dijo —aparte, por supuesto, de la privación de libertad—, que pasaba desde su secuestro. Sin contar las ecografías renales. Ya le habían hecho tres. Poulsom sospechaba que tenía piedras. A Lu le habían explicado la situación (Ellis en persona, quien, según ella, la trataba con una especie de risible cortesía medieval), entendía que, en principio, no tenían intención de hacerle ningún daño y que, tan pronto como yo hubiera cumplido con mi parte del trato, la dejarían en libertad. Aparte de la cuestión de fondo de si alguno de los dos saldría de esta con vida, estaba el enigma más inmediato de qué iban a hacer con Lu cuando hubiera luna llena.

—Poulsom asegura que lo tiene todo controlado —me explicó—. A saber qué quiso decir con eso.

Incertidumbre fingida. Ambos sabíamos lo que quería decir. O bien la mataban, o bien la ataban y amordazaban, o bien la metían en una jaula con una víctima viva... y grababan el espectáculo para los archivos del COMFO escindido.

—En fin, que se ocuparán de mí —añadió—. Tengo gel de baño comprado en Harrods y un juego nuevo de enormes toallas blancas. Oh, y más de cien canales de televisión. Ahora me he aficionado a *EastEnders*, *Coronation Street* y...

La línea enmudeció. Una amputación súbita, para que no olvidemos quién manda aquí, para que no olvidemos gracias a quién estamos aún con vida, para que no olvidemos que hay un asunto pendiente.

Vamos a empezar por lo primero y más evidente. Ellis no tiene la menor intención

de soltar a Talulla. O sí, pero Poulsom no. Suponiendo que exista realmente una hoja de ruta para reactivar una nueva generación licantrópica (hasta ahí, me lo creo), la ciencia está aún en pañales. Talulla sobrevivió a la mordedura y —supuestamente gracias al antivirus— se convirtió. Vale, muy bien, pero la pregunta del millón (y eso lo reconoce el propio Ellis) es si ella puede transformar a sus víctimas. Esto es trabajo para el laboratorio. Poulsom y compañía no la van a soltar sobre el terreno pudiendo proporcionarle víctimas de prueba en un entorno controlado.

Lo cual significa —no os riáis— que yo tengo que rescatarla.

Lo que a su vez supone o bien sacarla de allí por la fuerza en plan comando especial o emplear la astucia para llevármela de tapadillo. Se mire por donde se mire, significa que debo averiguar dónde cojones la tienen escondida.

Aquí es donde entra en juego el dinero. Gracias al reciente auge de los subcontratos militares, uno puede, con recursos suficientes, montarse su propio pequeño ejército. (Como ya es ampliamente sabido, la administración Bush compró uno —«Blackwater»— y lo desplegó por todo Irak sin atenerse a la ley.) Bien, yo dispongo de recursos suficientes... pero sigo sin saber dónde la tienen secuestrada.

Hay un solo modo infalible de averiguarlo.

Mientras tanto, mi vida aquí es como estar en la sala de espera del dentista. Pronto se estableció un ritmo, una rutina: el relevo de agentes (turno de día, turno de noche), las tardes en la biblioteca, las escasas e irregulares horas de sueño, las mañanas con los ojos enrojecidos, andando de un lado al otro o tumbado en el sofá durante el día. Harley nunca tuvo tele, de modo que no puedo solazarme viendo telenovelas, pero, evidentemente, estoy rodeado de libros. Esta misma tarde he ojeado una edición germano-holandesa de las *Metamorfosis* de Ovidio publicada en 1607, con ilustraciones de Crispijn de Passe. Valor de mercado, según un catálogo de 2006, ocho mil libras esterlinas. Desconozco qué planes tenía Harley para su colección de libros, si había hecho testamento, o qué será de esta casa ahora que él ya no está. Grainer Co. se han ocupado de echar tierra al asesinato (solo Dios sabe qué habrá sido de la cabeza que quedó en el maletero del Vectra), aunque es cuestión de tiempo que la compañía de la luz o los recaudadores municipales empiecen a moverse para cobrar. Harls no tenía parientes vivos. En Holborn cuento con un procurador, pero como no me interesa nada verme mezclado en una investigación del departamento de homicidios, no tiene mucho sentido que me ponga en contacto con él. Llevo, en cambio, la ropa de mi difunto amigo, me bebo sus whiskys, me entretengo como puedo con sus libros. Últimamente me ha dado por probar el bastón con puño de hueso.

Apenas tengo trato con mis guardianes. Les han enseñado a ser como esfinges, pero de todos modos no me apetece charlar. Aparte de intercambiar cuatro palabras cuando me traen cigarrillos o leña, yo me paso el día mudo y ellos hablan (en voz baja, por los auriculares) entre sí. Hay un hombre en cada planta. La vigilancia en el tejado es rotativa, nadie quiere estar allí. Me he ofrecido a colaborar (el hambre sin



un poco de aire fresco es una especie de infierno), pero no ha colado. Lo siento, amigo, es imposible. Eso me lo dijo Russell, el responsable de cortarle la cabeza a Laura Mangiardi allá en Cornualles, un tipo de una atractiva vivacidad y que se aburre tanto que sería capaz de hablar conmigo si no fuera porque yo le he dado a entender que quiero que me dejen en paz. Se dedica a fumar y a hacer sudokus y a inventarse chistes horrendos con los que fastidia a sus colegas —¿Cómo se llama un pequeño vampiro robot?: Nosferatu-D2— y a desmontar, limpiar y volver a montar su arsenal privado dos o tres veces al día. La potencia de fuego de mis amigos consiste en una mezcla de armas convencionales y material antivampiros: gafas de visión nocturna, lanzaestacas de largo y corto alcance, cartuchos de rayos UVA, una versión mini de la metralleta de dardos para quien le toque estar en el tejado. Russell, por su parte, también lleva encima un pequeño lanzallamas, aunque recuerdo que Harley me dijo que la mayoría de los Cazadores consideraban obsoletas hasta las versiones más compactas de dichas unidades («quemasanguijuelas», en argot COMFO). Gracias a la aparición de Sigourney Weaver en *Alien* se había producido un *revival* en los años ochenta, pero pronto se impuso la cruda realidad matemática en la ecuación peso-eficacia, y ahora estaban considerados casi un amaneramiento. En fin, el caso es que este muchacho, Russell, lleva uno a veces, lo cual es motivo de burla por parte de sus compinches. Con todo ese material pensado para protegerme, quizá debería sentirme a salvo. Pero no es así.

De puertas afuera, Londres sigue a lo suyo como un típico viejo verde. A la luz de la lumbre me acomodo en el banco de la ventana con un Macallan sin agua ni hielo (de una caja de doce, quedan solo dos botellas) y un Camel, y me dedico a contemplar el tráfico —paradas y arrancadas repentinas, como la sangre en una válvula muy compleja— y las ensimismadas idas y venidas de los transeúntes. Como de costumbre, la mayoría se mueve con brío, atribulados con sus cosas, bullendo de planes, lamentaciones, miedos, secretos, hambres, pecados. A veces, de amor. Una jovencísima pareja salía de una charcutería, no con cara de enamorados ni cogidos de la mano ni por supuesto en ningún cielo cercano al séptimo, sino enfrascados en una conversación y rutilantes de felicidad por tenerse el uno al otro. Mi corazón enamorado se tensó al verlo. Enamorado. Sí, eso es lo que me pasa. Esa es, en verdad, querido lector, la absurda enfermedad que me aqueja. A la Vida, que sonrío como un tiburón blanco, le encanta el chiste: años y años preparándose poco a poco para la muerte y ahora resulta que el tío quiere vivir. Venga, Jake, no me digas que no es para troncharse.

Pues no. Y menos con mi corazoncito en plena súplica amorosa, audible en mi interior cada vez que me distraigo de intentar distraerme: por favor... por favor... por favor... Hay cosas concretas —por favor, que no le hagan daño; por favor, que pueda volver a verla; por favor, que descubra dónde la tienen retenida—, pero el acto en sí de suplicar es mayor, emocionalmente hablando, que la suma de sus partes: va dirigido a un Dios que no está donde debería, al benévola mente apático universo, al

espíritu de la Historia (léase Relato), que ya sabemos que últimamente es proclive a los finales chungos. Por favor... por favor... por favor...

Mis muertos duermen, y duermen francamente mal, soñando con ser liberados. Parece ser que el amor consigue tenerlos a raya. Ellos se revuelven, se agitan. Crece el murmullo, amenaza con convertirse en algarada tan pronto se despierten, pero finalmente se extingue. El cruel hechizo del amor les impide sublevarse, pero yo no lo veo claro. El fantasma de Arabella sufre en agraviada vigilia sabiendo que algo ha terminado. Yo procuro no mirarla, la evito. Por primera vez en ciento sesenta y siete años, hace ciento sesenta y siete años ya no me parece como si fuera ayer. Por primera vez en ciento sesenta y siete años el presente importa más que el pasado.

Se diría que estos últimos trece días he dejado atrás el tiempo real y que floto en una especie de suspensión, un limbo en el que los segundos se hinchan y los minutos se alabean, adquiriendo su forma normal solo cuando la voz de Talulla suena por el auricular del teléfono.

Se diría. Pero solo hasta hace dos horas. Ellis ha estado aquí.

Estaba sirviéndome un trago cuando vi que se abría la puerta de la biblioteca y allí estaba él, oliendo a Londres húmedo. Tenía un orzuelo en el ojo izquierdo y se había puesto demasiado bálsamo labial, lo que le daba un aspecto de figura de cera humanizada pero por el lado terrorífico.

—No me importaría acompañarte con uno de esos, Jake —dijo antes de instalarse en el sillón, que lo recibió con un jadeo de cuero bueno—. Hace un tiempo asqueroso. —Serví otro whisky y se lo pasé; tuve que reprimir un estremecimiento cuando nuestros dedos se tocaron—. ¡Córcholis! —dijo, tras sorbo y chasquido de labios—. Ya me encuentro mejor.

El impulso de agredirle fue muy fuerte pero reflexivo, y supe contenerme. (Talulla debía de estar sentada en su catre, los ojos muy abiertos a la luz del televisor, tratando de traspasar la pared, la noche, la distancia, para verme a mí.) Eché otro leño a la lumbre, avivé un poco el fuego sin que hubiera necesidad y me senté en el sofá, de cara a Ellis. Obediencia. «Ella seguirá viva mientras obedezcas.»

—Veamos —dijo—. He aquí las instrucciones. Dentro de dos días, este miércoles a las nueve en punto de la mañana, llamas a la oficina del COMFO en Marylebone con este... Toma, con este aparato: es un teléfono totalmente seguro, con bloqueador de seguimiento. No te vayas a confundir de teléfono. Grainer estará a esa hora en la oficina. No podrás hablar personalmente con él, eso por descontado, el recepcionista de turno te largará el discurso habitual. Vale, tú dices que le pasen a Grainer el mensaje de que te llame al número limpio al cabo de una hora. Después cuelgas. Grainer llamará.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Joder, Jake, límitate a escuchar, ¿quieres? Llamará porque se pasa todo el puto día pensando en ti, ¿está claro? ¿O crees que me voy inventando las cosas sobre la marcha?

—Vale, vale.

—Estoy soportando mucha presión, colega.

—Vale. Perdona.

Ellis cerró un momento los ojos y se llevó el pulpejo de la mano al orzuelo.

—Cuando él te llame, concertáis la entrevista. La luna llena es este viernes, sale a las 18.07. Bueno, eso tú ya lo sabes. No permitas que él elija otro sitio. En Gales. Tu bosque, ¿de acuerdo? Eso lo tenemos cubierto. Si te me vas a los Pirineos o qué sé yo la hemos jodido, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Y cuándo veré a Talulla?

Sin respuesta. La sangre desapareció de mi cuero cabelludo. Las manos y las rodillas me ardían de adrenalina, ansiosas por moverse. Pero no podía hacer nada.

—Tengo que verla —dije. Luego, sin necesidad de fingir una cauta desesperación, agregué—: Por favor. Por lo que más quieras.

Ellis expulsó ruidosamente el aire. Aquella imagen intensa, de acentuada sensualidad, era (me di cuenta) puro cansancio. No me había percatado de que estaba al límite de sus fuerzas.

—Mecachis, Jake —dijo, meneando la cabeza cual benévolo rabino al que hubiera decepcionado con mi debilidad—. ¡Esa impaciencia! No, mira, ya sé que es duro para ti... —Se le vidriaron los ojos. Pareció que perdía el hilo. Buscó en su impenetrable interior...—. En serio, sé lo duro que está siendo para ti. Disculpa. No estoy utilizando la imaginación. ¿Sabes?, ese fue uno de mis propósitos de Año Nuevo: tratar de ponerme en el lugar del otro. Oh, y también leer un poema al día.

El tacto del atizador que yo acababa de utilizar no había abandonado las terminales nerviosas de mi mano. La herramienta perfecta para aplastar un cráneo humano. No moví ni un dedo.

—Bueno, atiende —dijo—. Ese hotel donde te hospedaste en Caernarfon, el Castle. Tienes una habitación reservada para el jueves por la noche. La misma de la otra vez, la que da a la calle. Ve allí el jueves y espera a que yo te llame. No salgas de la habitación para nada. Y no veas a nadie. Ni putas ni nada.

Volví a pensar en Maddy, «la pobre Maddy», como ha quedado en mi últimamente sensiblera memoria; pensé en aquel terrible momento, cuando comprendió (e intentó negar) al oír que Grainer decía: *He aquí un hombre lobo, nena*. Y, de pronto, en ese recuerdo detecté algo, pero no había tiempo para analizarlo.

—¿Me la traeréis al hotel? —dije.

—No, Jake, eso es imposible. Tú ve allí el jueves y espera.

—Ni se te ocurra hacerme una putada, Ellis. Hablo en serio. No voy a... —Callé. Ellis estaba muy quieto, con las espantosas manos blancas de largos dedos apoyadas en las rodillas—. Lo siento —dije—. Perdona. Las emociones. Maldita sea.

Rotó la cabeza un par de veces para aliviar la tensión cervical. Yo retuve la lengua entre los dientes. Fue una suerte que en ese momento apareciera Russell. Ellis alzó la vista.

—El Land Rover acaba de pasar otra vez, señor —informó Russell—. Nos dijo que le avisáramos.

—Está bien. A ver si podéis pillar la matrícula. Seguramente no es nada.

—Eso está hecho.

—Y dile a Chris que voy a salir, ¿vale?

—Oído, jefe.

—¿Qué Land Rover? —pregunté una vez el otro estuvo fuera.

—No pasa nada —dijo Ellis—. Lo han visto dos veces. Ahora tres. Será alguien que vive por aquí. Comprende que los chicos se aburren. —Apuró el vaso y, retrepándose en el sillón, volvió un momento la cabeza hacia la lumbre y contempló el baile de las llamas en el hogar—. Lo que haremos es pasar despacio en coche. Así la podrás ver, Jake. Hablaréis por teléfono. Nada más. No pidas extras. Es un favor que te hacemos, un gesto de buena voluntad. A cambio de una futura colaboración.

—Entiendo. Una cosa, Ellis...

Él me miró.

—Quiero ser franco contigo.

Las rubias cejas saltaron hacia arriba. Ojos como botones de lapislázuli:

—¿De veras?

—Sí. Escucha y no flipes antes de tiempo: yo sé que no van a soltar a Talulla. Espera, espera... —Ellis había abierto la boca para protestar—. No he terminado. Oye lo que tengo que decir y luego habla. Tú y yo sabemos que los cerebros la quieren como cobaya. Vale, me creo que estás interesado en que vuelvan los hombres lobo, pero no que Poulson y compañía vayan a arriesgarse con la selección natural. Sé que tengo muchas probabilidades de no volver a verla, incluso derrotando a Grainer... a no ser que me liquides también a mí. Por lo que me alcanza, ese es el plan. Yo te hago el favor de cargarme a Grainer y tus muchachos esperan con sedantes y una jaula. En ese caso, bueno. En ese caso, adelante. Si la única manera de terminar mis días con Talulla es haciendo ella de rata de laboratorio, de acuerdo. Prefiero compartir su destino a vivir sin ella. Y ahora, si te quieres reír, riéte.

No se rió, pero las cejas tardaron un buen rato en bajar. Al final esbozó una sonrisa.

—Te diré una cosa, Jake: me caes bien. En serio te lo digo. Tú ves la cosas claras. Muchos de los capullos con los que trato no hacen más que dar tumbos entre la puta niebla. —Se encogió de hombros—. Tienes toda la razón. Ellos quieren retenerla hasta que sepan que la transmisión funciona de verdad. Quieren aumentar la población licantrópica en cautividad a unos cincuenta ejemplares, y luego soltarlos a todos y que empiece la juerga otra vez. Si te soy sincero, no sé por qué se han molestado en colarte otra cosa. Yo estaba en contra, Jake. No será así cuando...

Calló. Y juro que casi se puso colorado. *Cuando yo mande*, había estado en un tris de decir.

—¿Y yo? —dije—. ¿Qué se supone que va a pasar?

—También te quieren a ti, desde luego, si es que podemos conseguirte sin riesgos.

—Entonces hazlo así, ¿de acuerdo?

Se quedó mirándome con divertida complicidad.

—Eso te lo prometo, Jack. Te doy mi palabra.

En cuanto a la operación en sí, no había mucho más que hablar. Yo le había dado las señas de Beddgelert poco después de mi llegada y Ellis había preparado un mapa donde estaba marcado un radio de unos ochocientos metros alrededor del lugar donde empezó, hace ciento sesenta y siete años, mi vida como hombre lobo. Yo debía mantenerme dentro de ese círculo. Los guardaespaldas no irían conmigo a Gales. Ellis calculaba que Grainer pondría vigilancia en la zona tan pronto yo le telefonara: si me veían (o me oían) con personal del COMFO, sabría que algo se estaba cocinando. El clima de paranoia era aplastante. Así pues, el jueves por la mañana vendría a recogerme un coche particular para llevarme, a mí solo, directamente a Caernarfon. Sí, durante unas horas yo sería vulnerable, en el hotel, pero eso era algo que no se podía evitar. Ellis, por su parte, estaría con Grainer.

—¿Querrá él que le acompañes? —pregunté.

—Siempre ha dicho que yo le acompañaría. Creo que quiere tener un testigo. Entiéndelo, es su razón de vivir, la culminación a todos estos años.

Mi cabeza no paraba de trabajar. Sobre todo revisando mentalmente con qué personas tendría que ponerme en contacto y cómo mover lo más rápido posible el asunto de los honorarios; si me sería posible pasar por encima del teléfono intervenido de la habitación del hotel, pero también analizando mis testarudos recelos acerca de que Ellis tuviera realmente intención de asesinar a su mentor. Recelos que no iban a ninguna parte: no había otra manera de llegar hasta Talulla.

—Aquí tienes el teléfono de la oficina de Marylebone —dijo—. El miércoles a las nueve de la mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Fue hacia la puerta. Le llamé.

—Sí, qué.

—¿De verdad está bien? ¿Seguro que nadie le está haciendo ningún daño?

Ellis se volvió para mirarme. Por un momento pude ver lo que estaba pensando, sin velos que lo ocultaran. Y lo que estaba pensando era que yo me había ablandado, que le había decepcionado en algo fundamental. Como también le había decepcionado Grainer. Y como su madre antes. Me di cuenta en ese momento de que Ellis era el ser humano más peculiarmente solo que jamás había conocido. En ese brevísimo momento de pureza entre ambos, vi cuál sería su futuro, la escalada hacia el despotismo, el aislamiento, la locura final, probablemente el suicidio. Todo ello sin amor. Lo vi yo y lo vio él. Y como si el universo estuviera empeñado en demostrar que la perversidad del corazón (incluido el del hombre lobo) no tiene fin, sentí una pizca de compasión por Ellis. También él lo sintió... y como un acto reflejo de puro terror se cerró en banda a ese sentimiento.

—No te preocupes por ella —dijo—. Está la mar de bien, confía en mí. No le des más vueltas. ¿Necesitas algo? ¿Tienes de todo?

Las tres de la mañana. Los del turno de noche están en el nadir de su aburrimiento. El fuego arde bajo en el hogar, a ratos sisea debido a la lluvia que se cuele por la chimenea. Llevo días dándole vueltas a esta situación (la mía y la de Talulla), intentando buscarle una salida. No la hay. A fin de cuentas, es un consuelo aceptarlo. Dentro de treinta horas, previa plegaria al Dios que no está donde debería, cogeré el teléfono y llamaré a la oficina de Marylebone.

La sangre que hay en estas páginas es mía.

Esto puede ser lo último que escriba. Si así fuera, confío en que quien encuentre este diario cumpla mi última voluntad (véase la solapa de la cubierta) y te lo haga llegar, ángel mío.

El miércoles a la hora convenida hice la llamada. Recibí la llamada solicitada, Grainer en persona. El truco, pensé, era no darle mucho bombo, no exagerar.

—Jacob —dijo—. Estoy horrorizado.

—No quiero conversación —dije—. El viernes cuando salga la luna. ¿Tienes papel y boli? Bosque de Beddgelert, en Snowdonia. Coordenadas SH578488, según mapa oficial. Ya tienes lo que querías.

—Pues bien pensado —dijo—, la verdad es que es el sitio más...

Le colgué.

Fue un día de retorcida y meticulosa pesadilla. No paraba de llover, el viento helado gemía como una gaita. Los paraguas se descoyuntaban. Los coches encendían los faros. Una alcantarilla de Earl's Court Road se atascó dando origen a un iridiscente lago negro. El hambre era como una mano de largas uñas que me arañaba por dentro, desde el gaznate hasta el ano. Y no hablemos del deseo. Que hubiera que urdir planes y que mi corazón suspirara de amor tenía totalmente sin cuidado a la libido pre-Maldición, la cual, por otra parte, tras la apoteosis con Talulla en la pasada luna llena, me estaba dejando claro que jamás se conformaría con menos que eso. Y debía tener cuidado con el alcohol, aunque el miércoles por la noche ya me había pulido la última botella de Macallan. Rendimientos anestésicos decrecientes. No salía de aquellas habitaciones desde hacía dos semanas. Quizá me estaba volviendo loco, pero a la vez tenía la certeza de que podía sentir a Talulla comunicándose telepáticamente conmigo. Exasperante hasta el límite de la claridad. Le había pedido a Ellis que la dejara telefonar, pero él me había asegurado que no estaba en sus manos hacerme ese favor, y que ya se había jugado el cuello para conseguir que pasara en coche para que yo pudiese verla.

Me habían confiscado mi teléfono particular y desconectado el de Harley. Estaba convencido de que los dos teléfonos de que disponía ahora estaban pinchados, pero correr el riesgo era un padecimiento difícil de resistir. Cada hora que pasaba era una hora que podía haber invertido en activar las fuerzas mercenarias. Antes que nada tenía que buscar un modo de escapar del hotel, puesto que era mi única oportunidad de actuar sin ser vigilado. He recurrido anteriormente, no sin reparos, a matones a sueldo. Los utilicé en España contra los fascistas, en la Francia ocupada contra los nazis, en Camboya contra los jemereros rojos, en El Salvador contra los Escuadrones de la Muerte, y no hace tanto en Darfur contra la milicia yanyauid y las fuerzas gubernamentales. Bien, pues, en ningún caso es posible hacer nada sin dinero. Que sea mucho y por adelantado. Tengo cuentas accesibles solo mediante código de seguridad en varios bancos suizos, pero, aun así y con mis contactos, montar un



operativo en menos de doce horas sería ponerme al borde de la locura. Sin embargo, no tenía otra cosa. No volvería a ver a Talulla a menos que me infiltrara en el COMFO, y no saldríamos de allí con vida a menos que contara con ayuda exterior profesional.

Otra cosa distinta pensaban los vampiros.

Pasada la medianoche oí a Russell al otro lado de la puerta de la biblioteca:

—¿Andy? ¿Me oyes? —Pausa—. Andy, vuelve. —Pausa. Luego, en voz alta—: Andrew, ¡ponte los malditos cascos!

Nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Russell asomó la cabeza a la puerta.

—Usted quédese donde está. —Y, por el transmisor—: Chris, no recibo a Andy. Hazme un favor, sube a ver qué pasa.

Andy tenía turno de tejado; Chris estaba en el piso inmediatamente inferior. Russell junto a la biblioteca. El cuarto hombre, un tal Wazz («Meada»: no me había molestado en preguntar el origen del mote) patrullaba la planta baja.

—¿Wazz? ¿Estás al corriente?... Sí. Espabila.

Me había levantado del sofá e iba a pedirles que me dieran un arma por si las moscas cuando pasó lo que pasó a continuación.

Todo muy rápido.

Un (literalmente) aplastante pestazo a sanguijuela. Las glándulas salivares tiesas y aquella oleada de náuseas. Un pie se alzó brevemente del suelo mientras la habitación se inclinaba. No sé cómo, me vi otra vez en el sofá. Tenía la vista nublada. Oí un grito en el piso de arriba.

Cuando recuperé la visión normal pude ver a Russell de perfil por el resquicio de la puerta de la biblioteca. Estaba mirando algo que yo no podía ver, con la cara que pondría un niño muy angustiado. En admirable testimonio del aprendizaje recibido, sus manos estaban haciendo lo que habían aprendido durante la instrucción y buscaban en el cinto el arma apropiada. Vi cerrarse sus dedos en torno a un cartucho UVA y cómo empezaba a desenfundarlo. Cosa que no hizo del todo. Enseguida oí el clásico sonido de carne y hueso destrozados, y una fracción de segundo después Russell tenía la cara y el pecho cubiertos de sangre. Acababa de desenfundar el cartucho, a ciegas, cuando le vi dar una sacudida y soltarlo sin haberlo hecho detonar, y cómo sus manos subían con elegante y peculiar lentitud hacia la garganta, donde tenía alojada una estaca de madera de las utilizadas normalmente por la propia Cacería.

Disparada o arrojada por quienquiera que estuviese avanzando hacia él por el rellano. Russell cayó de rodillas a cámara lenta, abiertos los ojos de par en par, abierta también la boca, intentando tragar aire sin llegar a conseguirlo.

El vampiro negro que yo había detectado en Heathrow apareció entonces en el rellano. Su rostro alargado, seductoramente sereno, era indicativo tanto de paciencia

como de solvencia. Con la mano izquierda sostenía un lanzaestacas recién disparado. Con la mano derecha iba tirando del cuerpo de Chris, el del segundo piso, por la columna vertebral, medio arrancada de la caja torácica y el abdomen. Con el hedor a vampiro me llegó también un penetrante tufo a mierda procedente de los intestinos humanos desgarrados.

Dos rápidas conclusiones: que solo quedaba con vida el guardián del piso de abajo, Wazz, y que yo estaba a una docena de pasos de ser capturado.

Había una segunda puerta en la biblioteca. Daba a un dormitorio desde el cual otra puerta comunicaba con el rellano. La pregunta (formulada en tal vez dos segundos de distendido onirismo mientras el vampiro soltaba el cuerpo de Chris, se acercaba al postrado Russell y tomaba suavemente el cráneo del joven entre sus manos) era por qué puerta decidirse.

Una persona cruza la calle, se gira, ve un camión que va a atropellarla, queda como paralizada. Esa parálisis corresponde al momento en que el cerebro hace sus rapidísimas operaciones para evitar el accidente, o sea para quitarse de en medio. Ya tiene los primeros cálculos geométricos de la trayectoria cuando... ¡pum! Adiós, muy buenas.

Aquí otro tanto. Estaba yo aún con la trigonometría cuando el vampiro, con profesional destreza, le partió el cuello a Russell y se lanzó hacia mí.

De repente se encuentra uno volando sin saber cómo. Qué cosas. El tiempo se estira para abarcar referencias periféricas: el Camel hecho casi una colilla en el cenicero de ónice; la botella vacía de Macallan en el suelo; una primera edición autografiada de *American Psycho* que uno de los agentes me había subido de la colección de narrativa contemporánea; el fuelle que le regalé a Harley por Navidad hace unos veinte años.

Lamentablemente otros detalles, más cercanos, se hacían notar también: los negros ojos del vampiro con el blanco tirando a marrón; su olor como de carne rancia y la serenidad del rostro alargado; el tacto de su fría mano izquierda en torno a mi garganta (me había hecho sangre ya con una uña) y su fría mano derecha pellizcándome la carne del pecho a través de la ropa. Discrepancia abrumadora de fuerzas. Tan abrumadora como el hecho de que, estando yo en su poder y los dos en el aire, el vampiro podía hacer de mí lo que le diese la gana.

La repugnancia era mutua, de eso puedo dar fe. Su cara estaba un poco crispada. «El hombre lobo —escribió un vampiro—, huele como la forma platónica de un animal sarnoso.» Me pregunté —pues tuve la libertad de hacerlo mientras surcábamos los aires bibliotecarios— si las sanguijuelas vomitaban. Pero vomitar ¿qué? No tenían dentro más que sangre. Harley me lo habría explicado. (Pobre Harls. A él no le gustó mucho *American Psycho*. ¿Una sátira salvaje o un polvo retorcido?, recuerdo que me preguntó al terminar de leerlo. Las dos cosas, le dije yo. Es una falsa dicotomía: los días del romántico «o esto o lo otro» pasaron a la historia. ¿Quién lo va a saber mejor que yo?)

Fuimos a estrellarnos, juntos, contra la repisa de la chimenea y caímos a la derecha del hogar. Algo frágil se partió debajo de mí. La columna —mi columna—, pensé, puesto que las vértebras habían recibido el grueso del impacto. Pero en lo que tardó él en rajarme la cara con cuatro dedos (calor blanco, sangre acumulándose en mi ojo izquierdo como si cincuenta mil tíos estuvieran haciéndome tragar a la fuerza un cóctel de color rojo), supe dos cosas: que lo roto no era hueso y que se me presentaba una ocasión única de escapar.

Habíamos acabado yo hecho un guiñapo contra la pared y él sentado a horcajadas sobre mis muslos. Vi que tenía en la cara un reguero de verrugas o pecas (cosa que trajo a mi memoria, con genuino horror, el bello torso de Lula con sus preciosas constelaciones de lunares) y una favorecedora convexidad desde la nariz hasta el labio superior. Eso lo encasillaría en papeles de señor de la droga o conserje con ínfulas de filósofo. Me puso la mano en la cara y yo me debatí como si intentara escabullirme, cuando de hecho estaba intentando agarrar eso que se había partido debajo de mi espalda.

No fui lo bastante veloz, no lo suficiente. Antes de que yo pudiera actuar —mi único acto posible, mi primer y último y único recurso—, con la otra mano él me había traspasado la camisa, ejecutado un movimiento de destornillador en el interior de mi tórax y extirpado un sanguinolento pedazo de músculo pectoral, no la famosa libra de carne de Shylock, pero sí motivo suficiente para que el grito (¡por un momento llegué a pensar que el tipo me había arrancado el pezón!) me saliera en un falsete de ópera bufa.

Seguramente redundó en mi favor, ese grito: consiguió desconcentrar un poco al vampiro y hacerle interpretar los meneos que yo me traía allí debajo como parte de un inútil forcejeo. Vaya usted a saber. El caso es que finalmente conseguí asir la parte superior del bastón de Harley —que por la mañana había quedado apoyado en la pared al servirme la primera copa del día, y se había partido en dos al caer yo encima—, sacarlo de allí detrás e incrustarlo con todas mis fuerzas (rezando simultáneamente al Dios que no estaba donde debía estar) en el corazón del vampiro.

Como ocurre en momentos así, el prosaico guirigay de las cosas quedó en segundo plano por simple respeto a la magnitud de lo nuestro. El tiempo hizo una pausa y el espacio se solidificó: nos convertimos por un momento en figuras de un pisapapeles. Él compuso una expresión de desnuda sorpresa —un súbito cambio en el semblante, como si estuviera haciéndole carantoñas a un niño— al levantar las manos y ver que las venas se le ponían negras como si se le estuvieran llenando de tinta. Lo que no podía ver era que otro tanto le estaba pasando en el cuello y en la cara; sus capilares se oscurecían rápidamente formando un improvisado y mágico mapa de carreteras de su muerte. Vi que se iba poniendo tieso, paralizado primero por la incredulidad y luego, más literalmente, por... bueno, por la parálisis. Me escurrí, me lo quité de encima con una sacudida de caderas. El tipo se inclinó hacia un lado con rigidez taxidérmica o de peso ligero, las piernas dobladas en ángulo recto, las manos

fijas como si se dispusiera a lanzar una invisible pelota de baloncesto. Había cerrado los ojos.

Me levanté. Las heridas en la cara y el pecho eran otros tantos puntos ardientes. Me curaría, claro, pero el dolor nunca desaprovechaba una ocasión para hacerse notar.

Ah, pero la oportunidad la pintan calva. Russell y sus colegas tenían cada cual su móvil. Acababa de doblar el tiempo de que disponía para organizar un rescate. (No sabía aún cómo iba a comunicar a los míos, una vez hubiera penetrado en la sede del COMFO renegado, dónde diablos estaba el sitio en cuestión, pero decidí confiar en que ya encontraría la manera mientras me preguntaba, con macilento realismo, si los móviles de ahora serían ya tan pequeños como para poder esconderme uno dentro del culo.) Salí al rellano a toda prisa.

Del piso de arriba me llegó aire fresco y sonido de lluvia. El vampiro debía de haberse colado por una de las claraboyas después de cargarse a Andy, el del tejado, lo cual me trajo a la memoria al pelirrojo Wazz, todavía en paradero desconocido y antes patrullando en la planta baja. En caso de seguir con vida, debía de estar muerto de miedo y con el dedo en el gatillo. Yo no quería que me pegara un tiro por error. Por otro lado, y aunque me doliese en el alma, iba a tener que matarlo si es que pensaba sacarles partido a los teléfonos.

Pasé por encima de los restos de Russell y de Chris y me asomé cautelosamente a la escalera. La sangre me resbalaba por las mejillas como calientes lágrimas infantiles.

—¿Estás buscando esto? —dijo una voz femenina.

Giré hacia la izquierda. Era la vampira rubia, Mia, quien me hablaba desde el rellano, a unos cuatro o cinco metros de distancia. Tenía la mitad inferior de la cara cubierta de sangre, de la misma y supuestamente entrañable manera en que un niño de foto familiar la tiene cubierta de chocolate (o de mierda una actriz de porno coprófago, pienso siempre que veo uno de esas repulsivas criaturas), y de su mano pendía la cabeza un tanto chapucosamente cortada del pobre Wazz. La lengua le sobresalía a este lascivamente por entre los labios, los ojos le habían quedado completamente en blanco. Como si hubiera palmado cuando se disponía a hacerle una pedorreta a alguien, por aquello de expresar el tedio más absoluto.

En cambio, con sus botas negras, falda negra de ante, medias negras, blusa negra de raso y cazadora negra de piel, Mia tenía un aspecto superabundantemente vivo, sonriendo tras la máscara de sangre. Sus ojos azules —no el lapislázuli oscuro de Ellis, sino algo a medio camino entre turquesa y vincapervinca— despedían un brillo como de alborozo. En la sien se le destacaba una vena. Mia estaba muy pálida, incluso para un vampiro. Por el nombre y por quienes la acompañaban en casa de Jacqui Delon, yo había supuesto entonces que era italiana, pero al registrar nuevamente su «¿Estás buscando esto?» me di cuenta de que el acento, por más mezclado que fuese, tenía sus orígenes muy al este de Trieste. Una rusa con tez de

nórdica, ¿y por qué no? Mil años atrás, maleantes escandinavos habían descendido por el Volga y ocupado Novgorod. Siendo una inmortal, ella bien podía haber estado presente cuando los vikingos asaltaron Constantinopla.

Todas estas superfluas conjeturas trataban en vano de superar la paradoja perceptiva de una mujer hermosa que exudaba olor a carne en descomposición y mierda de cerdo. Al principio la pestilencia de su compañero de equipo —menos fecal pero más potente— había disimulado la suya, que ahora percibía yo con claridad y sin mezclas. Doblé las rodillas, adelanté una mano para no derrumbarme del todo, resbalé en el lago de la sangre de Russell y caí de bruces junto a su cadáver.

El margen de tiempo era muy pequeño, por no decir nulo. En cualquier momento ella soltaría la cabeza de Wazz y vendría a por mí. En menos que canta un gallo, todo habría pasado.

No obstante lo cual, hice algunos cálculos. (Ocurra lo que ocurra, siempre está pasando algo más.) Russell había acabado boca abajo con el brazo derecho atrapado por su propio cuerpo. De ahí que la mayor parte del material —incluido el cartucho UVA que todavía empuñaba— estuviese fuera de mi alcance. La funda del lanzaestacas vacía, el arma a un metro y medio, en el umbral de la biblioteca. Agarrar la estaca propiamente dicha (Russell la tenía aún clavada en el cuello) supondría casi cuatro segundos, uno más del que yo dispondría en cuanto hiciera el menor movimiento. La única arma a mi alcance era el lanzallamas, y no sabía muy bien cómo...

Entonces oí el golpe sordo de la cabeza contra el suelo y noté un cambio en el aire. Ya viene qué hago qué hago qué hago, alargué el brazo para coger la pistola de balines que Russell llevaba colgando del muslo, en una cartuchera. Demasiado lento. La bota vampírica me abrió una brecha en el cráneo al pasar ella volando como una exhalación. Me derrumbé por segunda vez.

Quédate donde estás.

No solo porque el golpe, que sonó brusco y ensordecedor dentro de mi cabeza, me había aturdido, sino porque en esa postura disimulaba mi singladura vía Braille rumbo al lanzallamas. Mia no había reparado en el arma, no sabía que estaba allí. Me habría venido muy bien el clásico soliloquio del malo de película Bond. No iba a tener la suerte de esa demora: ella había venido a secuestrarme, no a matar.

—Aaaahg —exclamé, sin fingir del todo.

El hoyo que me había abierto con el tacón estaba en la fase de transición entre muy frío y muy caliente. La herida del pecho era como una rosa de fuego. Abrí los ojos en el momento en que ella se posaba en el suelo. Vampira voladora. Joder. Los cerré otra vez. Concentré mentalmente mis energías en las yemas de los dedos. *En el fondo no es más que una pistola de agua con pretensiones*, había dicho Harley, no sabiendo de qué hablaba. Dos gatillos, uno para soltar combustible y el otro para ignición. Ergo, necesitaba las dos manos. Aquello iba de mal en peor.

—¿Phil? —dijo Mia.

Al volar sobre mí había dejado atrás el umbral de la biblioteca y descubierto periféricamente a su solitario ocupante. Ignoraba lo ocurrido.

El lanzallamas casi fuera de la funda.

Estaba con los pies separados y una fea caída en las extremidades, contemplando con la cara desencajada el achicharrado cadáver que yacía junto a la chimenea. La lluvia seguía martilleando la casa.

Noté que la boca del arma estaba enganchada en algo pero no pude ver con qué. Interiormente oía la voz de Talulla diciéndome bajito: «Se te acaba el tiempo».

Cerrar los ojos me habría ayudado a palpar, pero entonces Mia se volvió hacia mí.

—¿Has sido tú? —inquirió. Y, sin darme tiempo a que yo le mintiera, dijo—: No te molestes.

La luz más intensa de la biblioteca dio vida a los colores de su rostro: rojo, azul, blanco. Se agachó con calma (una rodilla hizo *cloc*, dándole una dimensión humana) para recoger el lanzaestacas del suelo.

—Recuerda que me queréis con vida —le dije.

Avanzó hacia mí. Yo la miré desde abajo: era el ángulo de cámara ideal para mi papel de sumiso y el suyo de dominatrix, una perspectiva todo bota y muslo y cadera estrechándose hasta diosa en la cima de un monte que era su desdeñosa lejana cabeza digna de adoración. Tomé aire para reiterar mi defensa, momento que ella eligió para dispararme una estaca a la pierna.

Dolor, desde luego, un fucilazo de dolor, pero también sensación de injusticia como habría experimentado un colegial. La estaca me había astillado el fémur sin llegar a fracturarlo, había entrado en ángulo por el cuadrilateral y el *vastus externus*. Ninguna arteria importante, aunque el nervio ciático, violentamente agraviado y conmocionado, estaba representando ya la escena de la ducha de *Psicosis*, una sensación que me subía hasta la muela del juicio.

Vandalismo mezquino por parte de la madame. Algo con lo que tenerme entretenido mientras procedía, tras tirar el lanzaestacas escaleras abajo y volverse con una expresión que daba fe de cómo le afectaba a ella *mi* pestilencia, a sacar un móvil y marcar.

—Soy yo —dijo—. Lo tengo. —Pausa—. Phil está muerto.

Cerré la mano izquierda en torno a la estaca, mordí con fuerza la codera de cuero de Russell, tiré. Qué raro que hacer muecas sea un acto reflejo, porque no ayuda nada. En fin, sea como fuere, varios gruñidos de Popeye después logré extraer la condenada estaca. En vez de expulsar un chorrito de sangre, la herida solo produjo una especie de pedo o eructo. El nervio ciático estaba desconsolado, incapaz de hacer nada por sí mismo salvo sollozar. Gimiendo de dolor, tendido prácticamente encima del cuerpo de Russell, volví a mis disimulados intentos de sacar de su funda el lanzallamas atascado.

—Trae la furgo —dijo Mia.

Se había alejado unos pasos y se encontraba ahora de espaldas a mí, hurgando en

el bolsillo de su falda.

El arma salió por fin de la funda.

—Nada serio —dijo ella por el teléfono. Se llevó a la nariz el pañuelo blanco que acababa de sacar. La siguiente frase me llegó amortiguada—. Cuatro. —Pausa—. ¿Tú qué opinas?

La pequeña unidad de combustible estaba aún sujeta a la espalda de Russell dentro de su estuche antibalas. No había tiempo para soltarla. Hiciera lo que hiciese, iba a tener que hacerlo desde donde me encontraba. Muy bien. Me puse de rodillas, levanté el lanzallamas y apreté los dos gatillos.

No pasó nada. Bueno, quiero decir que no pasó lo que yo quería (un espectáculo de fuego escupido), sino que cierta cantidad de combustible no inflamado emergió por la boca del cañón yendo a salpicar la cazadora de cuero de la vampira. Mia giró la cabeza, cosa perfectamente lógica.

Miré el lanzallamas como si mi propio hijo se hubiera vuelto en mi contra. Después la miré a ella. Si dispuse de una fracción de segundo antes de que ella se lanzara de nuevo sobre mí fue, primero, por el efecto sorpresa y, segundo, por el efecto vergüenza. Ponerse de espaldas a mí había sido un error de novato. Si llegaba a verlo Don Mangiardi... La turbación tuvo consecuencias. No diré que la blanca piel se sonrojara, pero es evidente que el sentimiento de culpa ejerció una labor de sensibilización: la pestilencia fue en aumento.

Mientras tanto, yo estaba en pleno bricolaje mental con una serie de elementos mecánicos y un corte transversal aproximado: manguera de combustible, tubo del gas, gatillo liberador, clavija de válvula, gatillo de ignición, bujía, batería, válvula de encendido.

Válvula de encendido. Permite la entrada del gas comprimido en el cañón del arma, donde se mezcla con aire y combustible que salen de unos pequeños orificios. Sin abrir esa válvula, el gatillo de ignición no puede encender como quien dice ni una cerilla.

Abrí la válvula.

Ella estaba en el aire cuando el chorro la alcanzó, espectacularmente, en el pecho. La inercia del salto la mantuvo en su trayectoria, pero yo no dejé de apretar ambos gatillos. Viró y fue a estrellarse contra la entrada de la biblioteca... en curioso silencio. El rellano se impregnó de un calor grasoso. Yo notaba la piel de la cara tirante. Dejé de apretar durante un segundo. Ella gateó y se revolcó cual robot en cortocircuito, se lanzó de espaldas hacia la biblioteca. Apreté otra vez los gatillos. Sus brazos soltaban pétalos de llama. Se elevó en el aire, se dobló, cayó al suelo. Una estantería había prendido. El sofá también. Yo había estirado al máximo la manguera de los tanques que Russell llevaba sujetos a la espalda pero Mia estaba aún, por los pelos, dentro del alcance de tiro. Disparé de nuevo; eran, adiviné, los posos del combustible. Las alarmas antiincendios empezaron a sonar. Con lo que quizá eran ya sus últimas fuerzas, Mia se lanzó contra la ventana, rompió la luna y desapareció

hacia las alturas.

El fuego medraba en las estanterías, devoraba poco a poco el sofá. La habitación era una leñera de valor incalculable.

Lo siento, Harls.

Pero no había tiempo para lamentaciones. El incendio del sofá había alcanzado la alfombra, y mi diario (este diario, querido lector, que, espero, honras a los muertos) estaba a solo un palmo de las llamas. Di un salto, lo rescaté, volví a saltar hacia atrás. Tras un rápido registro del cadáver de Russell, me hice con su teléfono. Ídem con el de Wazz después de, prácticamente, caer escaleras abajo. En el vestíbulo cogí un abrigo de Harley, lancé una silla contra la ventana de la cocina (los chicos habían cerrado las puertas con llave y no había tiempo para ponerme a buscarlas), me hice un corte en la pierna con una esqurila al colarme por la ventana y, mientras el hambre me roía las entrañas, huí de allí cruzando el empapado jardín posterior.



Una hora más tarde me hallaba tumbado en una cama extragrande de una habitación doble en el hotel Grafton, en South Kensington. No había sido fácil entrar. El abrigo de Harls disimulaba la mayor parte de la sangre, pero el pelo chamuscado y los cuatro arañazos que tenía en la cara, pese a que casi habían sanado, dieron motivos de recelo al recepcionista. «No haga preguntas», le dije, estampando contra el mostrador mi tarjeta Amex Platinum (a nombre de Tom Carlyle). Simultaneidad táctica: un tono brusco y un plástico de calidad. Funcionó, por poco.

—¿Se puede saber qué coño está pasando? —preguntó Ellis, con mucha calma, por el teléfono de Ellis.

(Yo ahora tenía el suyo, el de Grainer, el de Russell y el de Wazz. El teléfono de Grafton —¡sin explotar!— había convertido los dos últimos en superfluos.) Sus ayudantes no le habían avisado. Él, naturalmente, había llamado a *sus* teléfonos. A mí me había parecido prudente contestar tan solo al único que se suponía que estaba en mi poder.

—Quiero decir, Jake —insistió, todavía muy sereno—, que me cuentes qué coño está pasando.

Le informé sobre el ataque de los vampiros. No le dije que ya había llamado a mi contacto en Aegis (versión británica de Blackwater, antes SAS, MI5, ejército y armada) y puesto en movimiento los durmientes haberes de tres de mis cuentas suizas.

—Qué potra tienes, Jacob —dijo al cabo.

—Hombre, yo de ti recomendaría la obligatoriedad del lanzallamas en el equipo de los agentes.

—No me refiero a eso. Me refiero a que tuviéramos a uno de los nuestros en las fuerzas locales.

—¿La policía?

—Piensa en lo que podría parecer todo esto: cuatro cazadores muertos mientras Jake Marlowe escapa milagrosamente vivito y coleando. Ya me dirás si no es como para pensar que te los habías cargado tú y luego habías huido.

Llevaba razón. Vaya, si eso no se me había ocurrido, ¿qué otras cosas podía haber pasado por alto? La habitación del hotel tenía moqueta mullida y cortinas gruesas. Por un momento sentí la agradable tentación de ponerme a dormir y no despertar nunca más.

—Por suerte para ti —continuó Ellis—, nuestro agente ha verificado los restos vampíricos una vez extinguido el fuego. Lo lamento, pero de la biblioteca de Harley no ha quedado apenas nada.

Separé dos dedos las cortinas y miré al exterior. Había parado de llover. El Londres chorreante respiraba, medio dormido, agitándose aquí y allá donde prendían las neuronas del drama nocturno: una mujer que estaba siendo violada; un

heroinómano estirando la pata; alguien que proponía matrimonio; un bebé que gateaba. A la luz del día la urbe es todo vitalidad y desparpajo, no se plantea frenar. De noche se nota el cansancio, se ve por qué funciona de día: por el terror a reconocer que ha sido un gran error de principio a fin.

—Eso de «vivito y coleando» no es del todo exacto —dije—. Me han clavado una estaca en la pierna. Tengo el cráneo abollado y un agujero en el pecho del tamaño de una pelota de tenis.

Cosas, todas ellas, que se iban curando mientras lo decía gracias a la impresionante capacidad de mis células para regenerarse.

—Si yo hubiera estado presente —dijo Ellis—, la cosa habría cambiado.

—Tal vez. Todo ocurrió muy rápido. Oye, ¿qué pasó con el Land Rover?

—¿El qué? Ah, eso. No. Imagino que Russell se despistó. Yo mismo me había olvidado por completo. Pero, bueno, está clarísimo que eran los vampiros.

—Eso parece, sí —dije, aunque Mia, como yo recordaba bien, había dicho «Trae la furgó», no «Trae el coche». De todos modos, eran tantas las cosas que recababan mi atención que el asunto del Land Rover me pareció de muy poco peso.

—Habrá que cambiar el punto de recogida —dijo Ellis—. ¿Dónde estás?

—Dile a tu hombre que a las diez de la mañana frente al cuartel general masón de Long Acre Street.

—Jake...

—Mira, Ellis, hace más de dos semanas que no puedo ir a mear sin que alguien me dé el visto bueno, y eso con un tío pegando la oreja a la puerta mientras lo hago. Dame una noche de tranquilidad. Sabes que no voy a fugarme. Tú tienes la sartén por el mango. Solo necesito poner un poco de orden a mis pensamientos. ¿Cómo se llama el conductor?

Pude notar a través del teléfono hasta qué punto deseaba Ellis ser independiente. Alguien iba a tener que dar su beneplácito, alguien que no le caía bien. Fuera quien fuese esa persona, sus días de incontestado liderazgo estaban contados. A Ellis le caía yo mejor que ellos.

—De acuerdo —dijo—. Pero no me engañes, Jacob. Ya sabes a lo que te expones...

—Puedes estar seguro de ello.

—El conductor se llama Llewellyn. Te reconocerá, pero, por si acaso, lleva un todoterreno BMW matrícula foxtrot tango seis siete dos eco uniforme delta. La contraseña es «lupus». A las diez en punto. No me falles, Jake. Y no —eso mientras yo tomaba aire para pedírselo—, ahora no puedes hablar con ella. La verás mañana. Confía en mí, se encuentra perfectamente y a gusto.

Me pasé el resto de la noche hablando por el teléfono del hotel.

El conductor, Llewellyn, un joven rubio, delgado pero musculoso, con la pulcritud y la cabeza casi rapada de un proselitista mormón, llegó a la hora exacta. La contraseña me parecía redundante pero igualmente la pedí, y el chico me respondió «Lupus, señor». «Señor.» O sea, seleccionado para esta misión porque seguía las órdenes al pie de la letra. «Debes tratar al señor Marlowe con toda cortesía, pero nada de entablar conversación.» Bueno. En cualquier caso, yo estaba intranquilo por la falta de sueño e interiormente descalabrado por el hambre.

—Tendré que empalmar un cigarrillo detrás de otro, Llewellyn —le advertí—. Supongo que eso no será un problema, ¿verdad?

Me abrió la puerta de atrás del lado izquierdo.

—Ningún problema, señor —dijo—. De todos modos, hay una separación.

Oh, sí. Cristal a prueba de balas, me pareció a simple vista. Ídem las ventanillas.

—¿Es que está previsto que nos acribillen? —le pregunté, al tiempo que daba unos golpecitos en el cristal.

—Viene de serie, señor —respondió—. ¿Quiere que encienda la radio?

Llamó para informar a quien fuese (el éter me dijo que no era Ellis) de que yo estaba a bordo, y nos pusimos en camino. Hacía una bonita mañana: cielo azul de primavera, un sol alegre y una brisa que hacía temblar los charcos y cabecear los capullos de las flores londinenses. No es que yo me enterara mucho, teniendo en cuenta que estaba aguantando como podía los prolegómenos de la Maldición, la elongación fantasma de dedos y hocico, los espasmos contenidos, las inoportunas erecciones, una presciencia ocasional en las uñas de los pies y en los colmillos. Bueno, los dientes me tableteaban como el principio de una gripe, hasta el punto de que Llewellyn se animó a recordarme que yo mismo podía controlar la calefacción desde la parte de atrás. Y a todo esto Piccadilly, Park Lane, Marylebone, el Westway, la M40. Intenté dormir. Ni por esas. Jugué a imaginarme los efectos del dinero invertido, la fecundidad del pago por adelantado. Imposible saber cuántos hombres harían falta para la fuga, pero yo había pagado a Aegis en concepto de un comando de cincuenta, a fondo perdido. Calculaba que no iba a haber un gran sistema defensivo donde fuera que tuviesen retenida a Talulla. La sección londinense de los renegados tendría a lo sumo quinientos miembros, la mayoría de los cuales seguiría cumpliendo sus funciones habituales en el COMFO oficial. El complejo militar de Poulson tenía que basarse por fuerza en la ocultación, más que en el número de efectivos.

Aparte de rumiar sobre esto y lo otro, no dejé paralelamente de arengarme. Maldito idiota, conseguirás que te maten. Seguro que torturan a Talulla, seguro que la violan, luego harán experimentos con ella, la aparearán con animales y si todavía no estás muerto te obligarán a mirar; todas estas fantasías de rescatarla y sobrevivir que te has inventado son tan ridículas y obscenas que hasta Charlie, el de Aegis, tuvo que

aguantarse la risa hablando por teléfono contigo porque el que paga manda y esto va a ser tu funeral, eres un capullo, un gilipollas, y ella morirá y lo mismo digo de ti...

Sonó el teléfono de Ellis.

—Jake, me dicen que estás de camino.

—¿Ella está contigo?

—Aún no. *Calmez-vous*. La verás esta noche. Bien, escucha. Confirmemos: la luna sale mañana a las 18.07. Estaremos solo Grainer y yo. No hagas cosas raras, él ya está allí: quédate en el hotel. Llewellyn pasará a recogerte mañana a las dos y media de la tarde y te dejará en Beddgelert. Luego seguirás a pie. Tú ya conoces el camino, naturalmente.

—¿No vas a estar después, cuando pase ella en coche?

—No puedo. Salgo ahora mismo para reunirme con Grainer. Él querrá que lo acompañe. Yo me encargo de comprobar las armas. Hay que seguir todo un ritual, ¿sabes? Pero no te preocupes, Jake, te prometo que ella está en buenas manos. Tú no te muevas de la habitación hasta que recibas la llamada.

El resto del viaje fue un cúmulo de altibajos febriles. Momentos de una gran viveza —las enormes ruedas de un camión, un cuervo alzando el vuelo de un animal recién atropellado, un arcén totalmente cubierto de azafranes de primavera— y largos trechos borrosos: la hipersensibilidad pre-Maldición, que distorsionaba los sentidos. Sentía cosquilleo en la cara, picazón en los ojos, las piernas ya no sabía dónde las tenía, acribilladas a pinchazos de lo que pronto serían patas de lobo. Me ceñía al recuerdo de haber matado con Talulla, una raíz que me tenía firmemente agarrado desde las pelotas hasta el cerebro, y que no conseguían difuminar ni el miedo ni el cansancio. *Wulf* salió de ese recuerdo, alcanzó el punto de desgarro, buscando. Ella estaba por aquí, cerca, en alguna parte...

Bajo un cielo ruano, azul grisáceo y cúmulos, a eso de las tres llegamos a Caernarfon.

Los móviles de Russell y Wazz agotaron sus respectivas baterías con una diferencia de minutos, como una pareja de ancianos que no soporta la separación, al cabo de una hora de reiteradas llamadas a Aegis. No me atrevo a usar el teléfono de la habitación. Casi seguro que está pinchado, pero existe también la posibilidad de que me llamen por él para avisarme de lo de Talulla. El caso es que no lo he tocado.

Naturalmente, sin las llamadas solo queda esperar. Fumar. Ir de un lado a otro. Escribir. Beber. Me he permitido una única botella de whisky entre ahora y mañana por la tarde. Es un Talisker de dieciocho años, en el Castle no tienen nada mejor. Lástima no abandonar este mundo con algo de más categoría, si es que abandonar este mundo es lo que estoy haciendo.

La habitación es tal como la recuerdo de hace una década. La pobre Maddy con los blancos hombros encorvados y la cara rebosante de fe, aunque había dicho: ¿Es de verdad? No, ¿verdad que no? No ha sido indoloro. No ha sido rápido.

Perdona, Harls, por complicarte tanto la vida. Por haberte *costado* la vida. Sí, la venganza, demasiado tarde, con infamante retraso, pero venganza al fin. Grainer. Y también Ellis, ya se verá. Perdona que haya tardado tanto. Y perdona que lo que te hicieron a ti no fuera motivo suficiente. Perdona que hiciera falta querer a alguien más. No solo a ti.

Oscuridad. He visto extinguirse la última claridad sobre el mar de Irlanda. Ahora por las ventanas solo aparece la calle. No me llaman.

La existencia entera reducida a estar pendiente de que suene el teléfono.

Algo me incomoda al pensar en Madeline en esta habitación. No es todavía un recuerdo concreto, está ahí, al borde, solo al borde.

Las 22.50. No me llaman. Ya vuelve a llover. Si quiero verla bien tendré que abrir la ventana.

Por fin.

Empezaba a perder la esperanza. Unos minutos después de medianoche sonó el teléfono. No era Ellis. Parecía un hombre más viejo.

«Acércate con el microteléfono a la ventana. Hora prevista, dentro de dos minutos. Ahora cuelga.»

Dice un verso cursi que el tiempo pasa demasiado despacio para los que esperan. Abrí la ventana. Los dos minutos se hincharon y alabearon, pero iban pasando coches y no eran ellos. Entonces un monovolumen grande con lunas de espejo se detuvo al otro lado de la calle. El microteléfono volvió a sonar.

—Diga. ¿Lu?

—Escucha con atención —contestó la voz de hombre—. Tienes treinta segundos, ni uno más ni uno menos. No es negociable. Adelante.

La ventanilla de atrás bajó lentamente... y allí estaba el rostro de Talulla, despierto, expectante, con su agilidad perceptiva habitual. Incapaz de disimular el

miedo, aunque en esa primera y breve mirada pude darme cuenta del gran esfuerzo que había hecho para que no se le notara. Me sonrió.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí, estoy bien. Te sacaré de ahí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ya falta poco, te lo prometo.

—Ten cuidado. Dime que tendrás cuidado.

—Descuida. Voy a ir a por ti.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado.

—Prometido.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada. Un rasguño. Estás preciosa.

—Te quiero.

—Y yo a ti. ¿Seguro que no te han hecho daño?

—Puedes estar tranquilo. Te echo de menos.

—Nos veremos muy pronto.

—Te he notado cerca todo el día.

—Yo a ti también.

—Ojalá pudiera estar contigo ahora mismo.

—Oh, Lu, Dios mío...

Una mano enfundada en un guante negro de conducir se apoderó del teléfono. Vi cómo le cambiaba el semblante. Y entonces uno piensa: Por qué no me pasé días y días abrazándola, besándola, mirándola nada más. El elevavolante eléctrico hizo el resto. Una fracción de segundo para ver sus suaves ojos oscuros esforzándose por mirar al exterior.

—Se acabó, jefe —dijo la voz, y luego colgó.

Segundos más tarde, el monovolumen se había perdido de vista.

Algo me ha ocurrido. Se acabaron las abstracciones. Esto es el amor: uno deja de preocuparse por lo universal, por lo genérico, y se ve absorbido por lo puramente local y particular: ¿Cuándo la volveré a ver? ¿Qué haremos hoy? ¿Te gustan estos zapatos? Teoría y Reflexión son esos dos tíos viejos y delicados a los que quitan de en medio con malos modos sus sobrinos Acción y Deseo. Los temas se evaporan y solo queda la trama. Madeline siempre tuvo razón en sus prioridades.

No fui consciente de mi conversión hasta que releí estas páginas, y ahora que deberían salir a relucir, las conclusiones se me escapan. Para ser un hombre lobo que se enfrenta a las que podrían ser sus últimas horas, este narrador se encuentra patéticamente falto de máximas recapitulatorias. Los grandes misterios permanecen sin resolver, ocultos (salvo el amor, que no es tanto un misterio cuanto la fuerza que aparta misterios hacia los lados); desconozco de dónde salió el universo o qué ocurre cuando morimos. No sé si todo es fruto de un azar que se va desentrañando o si responde a un plan inescrutable. No sé cómo deberíamos vivir, pero sí sé que uno tiene que vivir siempre y cuando pueda soportarlo. Te encanta la vida porque es lo único que hay. Y eso lo sé solo porque —una vez más— he encontrado el amor. Qué poca cosa que aportar después de doscientos años.

Me duele el cráneo de tener alojada la luna toda la noche, como si fuera un trozo de hielo que se derrite lentamente. Llewellyn no tardará. No he dormido pero, a pesar de la tortura pre-Maldición, me he duchado, afeitado y cortado las uñas (de manos y pies). Como no tengo ropa limpia, me he lavado los calcetines y el calzoncillo con champú y los he puesto a secar encima del radiador. Ellis dice que podré equiparme a placer cuando todo haya acabado. Me he terminado el Talisker a eso del mediodía. Luego, todo ha sido café y tabaco y algún que otro vaso de agua del grifo. Llueve pero sin fuerza. Este banco junto a la ventana se ha convertido en un lugar deprimente. Grises aledaños de la ciudad: una calle, coches que pasan, ancianas con pañuelo en la cabeza, gente paseando el perro, de vez en cuando uno que ha salido a correr. Más allá una tapia gris, una playa estrecha, los cambiantes colores del estrecho de Menai, Anglesey.

No por mucho tiempo.

Mis muertos interiores se hacen notar ahora como silenciosos feligreses. Arabella, su sacerdotisa, ha desaparecido y ellos están aún conmocionados. Hay un espacio dolorido en torno a su ausencia, como la blanda cavidad sanguinolenta de un diente recién arrancado. ¿Qué puede significar que yo matara y devorara a mi esposa y a mi hijo nonato y que ahora vuelva a amar, salvo que la justicia no existe y que uno debe —si puede soportarlo— vivir?

Basta. Los nervios me traicionan. La reflexión se me va de las manos, no tiene sitio al lado del amor.

Además, ahí está ya Llewellyn. Para bien o para mal, es hora de partir.

No me violó nadie. En primer lugar, porque todos parecían tenerle miedo a Poulson e imagino que él había descartado cualquier cosa parecida. En segundo lugar, porque violarme habría significado tener que matarme también: una cosa es que te persiga una mujer violada, y otra distinta que te persiga una mujer lobo violada. Al cabo de unas horas del primer rapto, dejé de preocuparme por ello.

Luego vino el segundo rapto.

Ver a Jake había sido duro. Qué mal aspecto tenía. Aquellos arañazos en la cara eran como un insulto. Parecía tan solo, junto a la ventana del hotel... Llevaba la camisa mal abrochada, un botón fuera de sitio, consecuencia —por mínima que fuese— de que algo estaba mal. Eso me hizo sentir, maquillada como estaba, casi pornográfica. Yo quería, entre otras muchísimas cosas, estar guapa para él... y el universo había cooperado perversamente. Antes del paseo, en el lugar donde me retenían —yo lo llamaba «la cárcel blanca» para mis adentros— una de las guardianas me había pasado una bolsa de papel con algunos cosméticos: lápiz de ojos, rímel, brillo de labios, sombra de ojos, colorete. «Sé que esta noche vas a ver a tu hombre —me dijo—. No te chives, ¿eh?» Estaba como avergonzada. Lo curioso es que hasta ese momento solo había puesto cara de perro. Yo la había apodado la Esfinge. Me quedé tan estupefacta que no supe qué decir. Después, sentada en el catre, me eché a llorar. Leí en alguna parte que de pequeño te hace llorar la crueldad de la gente, y de mayor te hace llorar su bondad. Hasta aquel momento no me había percatado de que en mi fuero interno la bondad no contaba en absoluto. Y luego, cuando vi a Jake tan hecho polvo, tan rematadamente solo, haberme maquillado me pareció vulgar y un gesto de chica estúpida. (La «chica» está todavía ahí, chapoteando en la sangre y las vísceras de las víctimas del monstruo. Tal vez haya algo que pueda matarla, pero si lo hay no me imagino qué puede ser.) *¿Estás bien? Sí. Y tú, ¿estás bien? Sí.* Varias semanas esperando y cuando llega el momento ponerse a decir estas cosas. Su cercanía me produjo dolor: fue como si mi corazón, mi cabeza, mis pechos, ¡mi útero!, hubieran puesto en movimiento al lobo y este quisiera liberarse a toda costa. El recuerdo de lo que compartimos en California me produjo cierto calorillo, como después de un trago de licor fuerte; empezó primero en el pecho y fue irradiando hacia fuera, un éxtasis secreto en las manos, los dientes, el cuero cabelludo. Y Poulson dijo: «Cuidado, te vas a hacer daño». Con las esposas, se refería. Yo no me había dado cuenta de que estaba haciendo fuerza.

*Ojalá pudiera estar contigo ahora mismo.*

*Oh, Lu, Dios mío...*

Treinta segundos, nos habían prometido. Ni que hubieran sido tres. Visto y no visto. Una broma a costa del amor. Y luego, cuando el coche arrancó, estiré el cuello para mirar por detrás. Jake se fue haciendo más pequeño en la ventana iluminada. Hasta que desapareció. La misma sensación que el primer día de colegio, un gran



vacío en el estómago porque mi madre me había visto llorar pero pese a ello se marchaba caminando hacia el coche, un Volvo gris plata que después de aquello no pude soportar nunca más. Que lo esencial es la pérdida, se aprende pronto. Luego te pasas la vida tratando de olvidar que es así.

Jake dice que se acabó hacer abstracciones. Bien, en mi caso parece que es al revés. No me resulta fácil escribir esto. No he llevado un diario desde que dejé la universidad. En aquella época todo el mundo llevaba un diario, kilómetros y kilómetros de joven caligrafía femenina como alambre de espino, la teatralización de la propia vida. «Me da igual lo que diga. ¡¡¡Es la última vez que ese capullo me jode bien jodida!!!»

Supuse que saliendo de Caernarfon me llevaban de vuelta a la cárcel blanca (llevaban, en plural, porque eran Poulson y dos guardias, Merritt y Dyson), dondequiera que estuviese la maldita cárcel blanca. Yo sabía que estábamos en Gales, pero nada más. Como buena norteamericana, no tengo ni idea de geografía de Europa, y los nombres de lugares que había visto hasta entonces —Llandoverly, Rhayader, Dolgellau— podían haber pertenecido al País de las Maravillas. Desde que me habían raptado me atormentaba el hecho de saber que tenía que hacer algo y saber al mismo tiempo que no podía hacer nada. No me había tragado eso de que me pondrían en libertad en cuanto Grainer muriese, Jake tampoco, pero la única opción era seguirles la corriente. Durante las llamadas a tiempo racionado, el mensaje de Jake me había llegado entre frase y frase: *No hagas nada. Yo te sacaré*. En los momentos buenos era como tener en el bolsillo un poderoso talismán; en los malos era como si una voz (la de mi tía Sylvia, ni más ni menos, aquella furcia que caía como lluvia ácida sobre el optimismo infantil) me repitiera «Él no vendrá, estúpida criatura, date por muerta». Y ahora, después de haberle visto, tocaban malos momentos. Se le veía tan cansado... Aquellos arañazos y la camisa mal abotonada.

Llevábamos en marcha unos veinte minutos (era una carretera estrecha y sinuosa, flanqueada de bosque por ambos lados) cuando un accidente de tráfico nos obligó a parar: una ambulancia silenciosa derramando su triste luz sobre los árboles, dos sanitarios atendiendo a un motorista con casco que yacía en el asfalto, la moto a unos metros de allí, caída de costado.

—Esto... —dijo Poulson.

Iba en el asiento de atrás, conmigo y con Dyson. Al volante estaba Merritt.

—Problemas —dijo Dyson.

—Marcha atrás —ordenó Poulson—. Ya.

Lo que sucedió a continuación sucedió muy rápido. Se oyó el ruidito de una bala que penetraba limpiamente por el vidrio cilindrado, y al momento la cabeza de Merritt se dobló hacia atrás y quedó apoyada en el reposacabezas.

Esto dio paso a un ballet onírico: Poulson sacando su arma de la sobaquera, Dyson tratando de pasar por encima de nosotros dos para salir por la puerta del lado opuesto al disparo, yo intentando —sabiendo, como se saben las cosas en sueños, que

era inútil— quitarme las esposas. Si alguien nos hubiera visto habría dicho que parecíamos Los Tres Chiflados. Recibí en el muslo todo el peso de Dyson cuando apoyó allí una de sus botas para salir por la puerta, hecho lo cual salió disparado hacia los árboles tratando de ponerse a cubierto.

No lo conseguí. Una ráfaga de arma automática lo tumbó a menos de dos metros. En el silencio posterior pude notar a mi lado cómo el cuerpo de Poulson se relajaba, aceptando la situación.

—Sal de ahí —dijo una voz de hombre—. Despacio, Poulson. Las manos donde las podamos ver.

Miré hacia el parabrisas. Los sanitarios y el motorista estaban de pie junto al portón trasero de la ambulancia, armados con rifles. Había empezado a llover.

—Bueno, Talulla —dijo pausadamente Poulson—, creo que me toca pasarlo mal.

Bajó del vehículo. Yo me quedé muy quieta. Tampoco tenía donde elegir: en mi celda había gozado de libertad de movimientos, pero para el transporte me habían puesto esas cosas que llevan los de Guantánamo, un artefacto con forma de I que sujeta a la vez muñecas y tobillos y únicamente permite andar a pasitos cortos. En este caso, de los tobillos partía otro juego de esposas que me sujetaba a la base del asiento.

—Tira el arma —le dijo la voz a Poulson—. Túmbate boca abajo con las manos a la espalda. Vamos.

Mirando hacia la izquierda por el hueco de la puerta abierta del coche vi cómo Poulson obedecía. Un instante después de haberse colocado como le decían apareció, salido de la oscuridad del bosque, un tipo atlético vestido de pies a cabeza con prendas militares negras. Por el equipo que llevaba debía de ser un cazador del COMFO. Lucía un corte de pelo castrense y tenía los párpados muy caídos. Se arrodilló sobre el cuello de Poulson mientras procedía a esposarlo y luego lo ayudó a ponerse de pie amablemente.

—Señorita...

Me llevé un susto. Junto a la puerta del lado derecho estaba el motorista —sin casco, cara juvenil y alegre, barbita de chivo y aro en la nariz— sujetando unas pesadas cizallas. El aire frío me alcanzó en la cara y la garganta. De repente sentí una sed apremiante.

—No se alarme. Solo voy a soltarle las piernas. Perdone. —Se inclinó y, sin apenas esfuerzo, cortó el grueso cable que sujetaba los grilletes al asiento—. Por ahora tengo que dejarle puesto lo demás —dijo—. Si quiere apoyarse en mi brazo, la ayudaré a salir. Eso es.

A pesar de la adrenalina y de que mi cerebro estaba haciendo mil conjeturas (¿eso era cosa de Jake?, ¿dejaban que me largara?), fue un alivio ponerse de pie después de tantas horas apretujada en el coche. Alcé la cara hacia la lluvia. El aire era delicioso, su olor a campo y humedad entreverado de aromas a asfalto mojado, cordita, diésel y el seductor tufillo de la cazadora motera. Tan cerca del cambio, el hambre sobreviene

en oleadas que me dejan sin un gramo de fuerza en las piernas. Sentí un mareo, creí que me caía. La oleada era muy intensa. A pesar de la densa capa de nubes, la luna sabía que yo estaba allí. Es algo que noto en el velo del paladar, en los dientes, en las palmas de las manos, en el vientre y en el coño. (Una de las torturas de estar encerrada había sido la terca insistencia del sexo: masturbarme bajo la colcha o en la ducha, aunque estaba segura de que había cámaras por más que Poulson me hubiera asegurado lo contrario. «Sé que la libido va a ser un problema importante para ti cuando entremos en la fase gibosa creciente», me había dicho. Por un momento, temí que me ofreciera consolarme con sus hombres, o con un vibrador, o ¡con él mismo!, pero entonces añadió: «Quiero que sepas, Talulla, que la vigilancia termina en la puerta de tu cuarto. El espacio que ocupas del otro lado es totalmente privado. Te doy mi palabra. No tenemos el menor deseo de complicarte la vida más allá de lo estrictamente necesario». Lo cual supuso otra tortura que añadir al confinamiento: tratar de ser cortés con Poulson. De hecho, le odié nada más verle, y él lo sabía, pero sabía también que yo no correría el riesgo de hacerle cabrear. Recuerdo que una actriz se quejaba en una entrevista de que Christopher Walken —o puede que fuera James Woods— olía, o quizá hasta *sabía*, a formol. A mí me parecía posible, tanto lo uno como lo otro, y Poulson era un tipo así: ojos de pez, piel cerúlea, cara de haber pasado demasiadas horas bajo fluorescentes...)

El cazador habló por un auricular: «Aquí todo bien. Adelante». Un furgón blindado surgió de una brecha entre los árboles y se detuvo detrás del monovolumen. Mientras los sanitarios procedían a cerrar las puertas de la ambulancia y a levantar la moto, Poulson y yo fuimos escoltados hasta el furgón. El motorista nos abrió las puertas traseras. El interior del vehículo lo ocupaba una jaula de acero atornillada al suelo. No vi que hubiera cerradura ni llaves, solo una misteriosa lámina de algo como cristal oscuro en un marco metálico donde debería haber estado la cerradura.

Misteriosa, pero no por mucho tiempo. El cazador aplicó allí la palma de la mano y, tras una sucesión de pitidos y un susurro hidráulico, la puerta de la jaula quedó abierta.

—Adentro —dijo.

Poulson entró primero, e instantes después ya lo tenían sentado en el suelo y con las esposas sujetas a los barrotes. El motorista me ayudó a mí a entrar y, después de atarme las muñecas a la jaula, me quitó los grilletes.

—Así estará más cómoda —dijo—. Se ahorra ir dando tumbos como si fuera una lechuga.

El cazador montó de un salto y se situó al lado de Poulson. Con el rifle automático al hombro, extrajo una pistola de su sobaquera y apuntó a Poulson a la cabeza.

—Teléfono —dijo.

—¿Qué?

—Que llames. Has sacado un arma. Estás dando un rodeo. Ellos esperan tus

novedades, pero Ellis tiene luz verde. Nada más.

—Pero sabrán...

—No sabrán una mierda si tú no pronuncias una sola de las palabras de alerta. Y como te puedes imaginar, yo me las sé todas. ¿Ha quedado claro?

Pausa.

—No te lo diré dos veces.

Poulsom abrió el teléfono.

—Marco yo —dijo el cazador.

Teniendo en cuenta que le estaban apuntando a la cabeza, la actuación de Poulsom fue de lo más convincente, una mezcla de tensión, fatiga y enfado; era el déspota estresado de tanto trabajar, víctima ahora de la mala suerte y de la incompetencia ajena.

El cazador dio su visto bueno y recuperó el teléfono. Luego le hizo una seña al motorista, sin mirarme. Su desdén era palpable; no tanto hacia mí como hacia las mujeres en general. Me lo imaginé estrangulando a una chica mientras la sodomizaba, en su rostro una expresión indicativa de que tampoco eso, ni siquiera eso, era suficiente. He ganado mucho olfato para este tipo de cosas. Él sabía que yo lo sabía, lo cual generaba una repulsiva y claustrofóbica intimidad. Fue entonces cuando empecé a preocuparme otra vez por ser violada. Violar era su modus operandi por defecto. Para él solo había obstáculos de tipo práctico. Sin embargo, el hecho de que él supiese qué era yo me hizo sentirme vagamente segura. Noté otra oleada de hambre a lo largo del fémur. La cara me ardía. El cazador dio media vuelta y se apeó del furgón.

El motorista sacó del bolsillo una jeringa pequeña.

—Hora de dormir, doctor —dijo. El miedo y una especie de sensual repugnancia crisparon el rostro de Poulsom a medida que el motorista se le iba acercando—. Relájese, hombre. Solo es un sedante. Estese quieto.

—Sea lo que sea lo que estéis tramand... —empezó a decir Poulsom, pero el otro le atizó en plena cara, un revés seco y duro (noté un calor repentino en las axilas).

—Silencio. Y relájese. Así.

—¿Adónde nos lleváis? —pregunté.

—Lo siento, señorita, no se lo puedo decir. Pero no es muy lejos. Descuide —al ver que yo miraba la jeringuilla—, a usted no le voy a pinchar nada.

Me hizo un guiño y fue con los demás. Cuando miré a Poulsom vi que tenía los ojos cerrados.

—Bueno, caballeros, en marcha —dijo el cazador.

Oí cerrarse las puertas del monovolumen y cómo arrancaba la ambulancia. En total la emboscada había durado como mucho tres minutos.

Un ligero balanceo me alertó de que nuestro conductor había abandonado el furgón. Momentos después un hombre de cuarenta y pocos años con uniforme de empresa de seguridad se acercó al cazador.

—Como a tres kilómetros de aquí —dijo— me ha parecido detectar que nos seguían. No puedo asegurarlo, señor. Quizá era solo paranoia.

—¿Vehículo?

—Land Rover blanco, alfa lima dos cinco cinco Julieta papa Romeo. Un solo ocupante, varón. Posiblemente solo era uno que se acercaba más de la cuenta.

—Es porque era blanco —intervino el motorista—. El blanco se nota más. Efecto Moby Dick, lo llaman. ¿A qué idiota se le ocurriría seguir a alguien en un coche blanco?

—El mundo está lleno de idiotas —dijo el cazador—. De todos modos, informaré al jefe. Vámonos.

Me pareció que el trayecto duraba entre quince y veinte minutos. Solo había una ventanilla de cristal opaco en la puerta trasera y el cazador no tardó en marearse e ir a hacerle compañía. Cuando por fin nos detuvimos, yo ya estaba a punto de vomitar (en sentido figurado, puesto no que había comido nada que pudiera devolver). Abrieron el portón de atrás. El cazador aplicó de nuevo la mano a la cerradura de la jaula. El segurata subió para desatarme y me ajustó otra vez los grilletes de los tobillos. Detrás de él pude ver al motorista bajando de su máquina. A Poulson, que todavía estaba grogui, lo dejaron allí mismo, maniatado.

La oscuridad no me permitió ver bien. Estábamos delante de una pequeña alquería de piedra. No había luces encendidas. El terreno parecía desierto. Creí sentir la presencia de campos abandonados, restos de muro de mampostería. Ni vacas ni ovejas, nada.

—Llévala adentro —dijo el cazador sin mirarme.

La casa tenía planta en forma de L, era húmeda y de techo bajo, los muebles parecían sacados de una tienda de viejo de los años treinta del siglo pasado. Había una estantería para libros —sin libros— de madera oscura; un sofá verde que no animaba a sentarse; un sillón del que salía el relleno como si fuera ectoplasma; una descolorida alfombra de motivos florales. Todas las cortinas estaban echadas. Encendieron lumbre en el hogar de piedra. Me dolían las pantorrillas. El lobo se hacía notar en las uñas de manos y pies (una pequeña descarga, como cuando tocas una cerca eléctrica para ganado).

—No vale la pena que pregunte qué está pasando, ¿verdad? —le dije al motorista cuando el cazador se hubo alejado lo suficiente.

—Eso me temo, señorita —respondió, con la sonrisa diamantina y los vivaces y amistosos ojos verdes.

Sus cabellos ondulados tenían los dos tonos del surfero, rubio y castaño.

—Ni cuánto tiempo me van a tener aquí...

—Ojalá pudiera decírselo, créame. Procure no pensar en ello.

Estaba retirando el celofán a un paquete de Marlboro. Poulson me había privado de tabaco y de alcohol, pero puesto que su tiranía había pasado a la historia...

—¿No me invitarías?

Los encendimos.

—Gracias —dije—. Ahora ya solo necesito una botella de Jack Daniel's. Igual podrías ir a escarbar por ahí...

—¡Carter! —Era el cazador. El motorista se volvió—. Fuera. Controla a Poulson dentro de una hora. Si ves que se despierta inquieto, le pinchas otra vez.

Cuando el motorista —Carter, evidentemente— se hubo marchado, el cazador vino hacia mí. Recordé las pajas que me hacía en la celda; a oscuras, por descontado, pero seguro que había infrarrojos. Me sobrevino una terrible sensación de asco. Él se

metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de cinta adhesiva.

—Puedes estarte callada por tu propia voluntad o porque yo te tape la boca con esto. Tú decides —dijo—. No podrás elegir una segunda vez.

El espacio que mediaba entre los dos contenía datos. Él dependía de un superior. Su autoridad era limitada. De lo que pudiera ser capaz, no lo era todavía. Y había, por lo demás, el inequívoco olor del miedo, un pestazo como a curry que desprendía su cuerpo. Eso, que tuviera miedo de una mujer, le estaba causando problemas. Para superarlos, se recordaba constantemente a sí mismo que yo no era una mujer, sino un monstruo.

—Me estaré callada —dije con la vista fija en la lumbre.

Fue una mala noche. Se turnaron para montar guardia, dos hombres fuera y uno dentro. Por supuesto, no pude pegar ojo, con las garras de la fiebre pre-Maldición y las del hambre royéndome por dentro. En la cárcel blanca Poulson me había «permitido» un relajante muscular, que yo había acabado tomando con profundo rencor. Ahora me habría tragado media docena con toda la gratitud del mundo. Estoy tumbada en el sofá con una manta encima, tiritando a pesar del fuego. Y cuando no es la tiritona es el sudor. Jake dice que donde se nota primero es en los hombros y las muñecas, pero a mí me pasa en la línea que va de la base del cráneo al final de la columna. Durante mis delirios, el lobo de dientes amarillos del libro de *La Caperucita Roja* que tenía yo de niña se me acerca —con su chaqueta morada y todo — salido de la pared o la lumbre o la alfombra, o simplemente materializado en el aire, se me acerca y me envuelve con su cuerpo grande e ingravido e intenta meterse dentro de mí.

El motorista preparó café instantáneo y yo me bebí dos tazas porque era mejor eso que nada. La ropa me escuece. En la cocina había un reloj de péndulo que hacía *tonc... tonc...* y ese suave sonido era casi insoportable. Jake entraba y salía de mi estado febril. Unas veces era el lobo del cuento, otras el lobo tenía la voz de Jake. *Me verás muy pronto. Te he sentido cerca todo el día. Yo también.* A veces era simplemente él, invisible a mi lado en el sofá, fuente —como en «fuente de calor» o «fuente de luz»— de no-soledad. La manera en que solía apoyar la mano en la parte baja de mi espalda. Era como si mi conciencia estuviera en aquel punto, en el sacro, no dentro de la cabeza. O, al menos, esa parte de la conciencia que le tenía pavor a estar sola otra vez.

En algún momento de la madrugada trajeron a Poulson para que pudiera ir al baño. Le dieron agua y después se lo llevaron de nuevo al furgón. Debía de estar muerto de frío, allí dentro.

Amanecía cuando el cazador y el del disfraz de segurata entraron con caras desencajadas. El motorista, por su parte, se puso a preparar el desayuno como si tal cosa con lo que encontró en la nevera: huevos, beicon, pan, queso, atún en conserva. El olor a frito era nauseabundo. Me senté en el baño con el extractor en marcha y moviendo una botella abierta de lejía bajo la nariz. No había ventana, así que era

inútil pensar en escapar, y me habían dejado puestos los grilletes tipo Guantánamo.

Después de una noche sin incidentes, mi escolta estaba visiblemente aliviada. El cazador descorrió las cortinas del salón. Nubes bajas y luz mortecina. La impresión que me había llevado del entorno la noche anterior había sido acertada: un paisaje vacío con muretes de piedra aquí y allá. Por el este, los campos se extendían apenas ondulados hasta una lejana serie de colinas. Por el oeste, los limitaba un bosque a unos trescientos metros de la casa.

Yo había dado por hecho que con el nuevo día habría novedades, pero, aparte de la pinta que traían ellos —como de haber sobrevivido quién sabe a qué horrores—, todo siguió igual. Vi al cazador hablando por un teléfono móvil a unos cincuenta metros. El segurata le llevó a Poulson los restos, ya fríos, del desayuno.

A las cuatro de la tarde el motorista y yo nos fumamos los dos últimos Marlboro del paquete. Empecé a preguntarme si sería verdad lo imposible, es decir, que ellos realmente no supieran que antes de dos horas yo iba a convertirme en un monstruo. En tal caso, lo único que tenía que hacer era solicitar una visita al baño lo más cerca posible del momento crucial, transformarme... y matarlos. Luego me pregunté si podría hacerlo. El cazador llevaría sin duda munición de plata. O quizá la llevaran todos.

—Muy bien —dijo el cazador, al término de otra llamada telefónica a cincuenta metros de distancia—. Es la hora. Metedla en el furgón. No, un momento...

Se acercó a mí y sacó por segunda vez el rollo de cinta adhesiva.



Debían de haberle puesto otra inyección a Poulsom, porque estaba inconsciente cuando volví a ocupar mi puesto en la jaula del furgón. Me costó un esfuerzo supremo no volverme loca por culpa de la cinta que me tapaba la boca. Increíble lo que cambia las cosas no poder hablar. Con el añadido, esta vez, de tener los grilletos de manos y pies sujetos a los barrotes, la sensación era como de estar enterrada viva.

El trayecto no fue largo pero tampoco fácil. La mejor postura era estar de pie, pero el cable que iba de mis tobillos a mis muñecas era tan corto que me obligaba a sujetarme con las manos a la altura del ombligo. Las sacudidas y los giros bruscos me lanzaban de un lado a otro. Poulsom, tirado por allí como una lechuga (por usar la frase del motorista), se despertaría cubierto de cardenales. Si es que llegaba a despertar.

Cinco minutos antes de detenernos, el terreno empeoró. Lo que parecía una tosca carretera se convirtió en lo que no podía ser sino una pista de tierra, llena de baches y roderas. Mantener el equilibrio me fue imposible. Qué suerte tenía Poulsom de no enterarse de nada.

Paramos. Un giro cerrado en un espacio reducido. Otra vez parados. Se abrieron las puertas de atrás, y allí estaba el cazador con los brazos en jarras, mirándome. Desde la jaula pude ver que estábamos en una pista de tierra —poco más ancha que un camino de herradura— que se metía entre árboles semipelados antes de torcer a la derecha unos seis metros más allá siguiendo el curso de lo que, por el murmullo y el olor, solo podía ser un arroyo. En la otra margen había un trecho de hierba, unos arbustos de lilas y más allá árboles. No había señales del motorista ni del segurata.

—Tendrás hambre, ¿no? —dijo el cazador.

No le miré a la cara. Concentrada en respirar por la nariz. El aire era arcilloso y húmedo. El cielo ya no estaba tapado y había aparecido el lucero de la tarde. Notaba las ventanas de la nariz calientes e irritadas. Faltaban solo dos horas para que saliera la luna. Ahí estaba ya el primer atisbo de claridad animal, una suerte de perverso regocijo en saber que al cabo de poco una fuerza inusitada ascendería por las plantas de mis pies irradiando tobillos, pantorrillas, caderas, codos y hombros. Si es que vivía para entonces.

—Adelante —dijo el cazador—. Ahí tienes un buffet libre. No te quejarás.

Refiriéndose a Poulsom, claro está. *Poulsom dice que está todo previsto*, le había comentado yo a Jake al hablar de la luna llena, el cambio y la necesidad de alimentarse, *signifique eso lo que signifique*. Que en ningún caso, para él, podía haber significado esto. Tuve que hacer un gran esfuerzo por contenerme, los dientes fuertemente apretados, la cinta adhesiva marcada todavía por el calor y el peso de la mano que me la había aplicado a la boca.

Le miré de hito en hito. Luego, muy despacio, lo mandé al carajo enseñándole el dedo corazón. Él se rió por lo bajo y cerró la puerta del furgón.

Poulsom se despertó bañado en sudor y tiritando. Por lo que pude distinguir a la escasa luz que conseguía colarse por el cristal escarchado, las veinticuatro horas pasadas en el furgón no le habían sentado nada bien. Murmuró algo, inútilmente, con la boca tapada igual que yo. Luego se miró el reloj.

No me hizo falta ver su reacción para saber hasta qué punto era inminente la transformación. Yo me encontraba ya en la penúltima fase, el lobo mirando por ojos humanos con callada pero ardiente conciencia animal. Tenía sangre en las muñecas y los tobillos, allí donde se me habían clavado los grilletes entre los espasmos del hambre. A pesar del dolor, sin embargo, mis extremidades se habían calmado.

«Se habían» calmado. Digo bien, porque la penúltima fase estaba tocando a su fin. De un momento a otro empezaría la fase final: calambres, náuseas, alternancia de calor y frío, medio minuto infinito de músculos hechos pedazos y articulaciones descoyuntadas. Las esposas reventarían o me rebanarían limpiamente. (Tuve una imagen de mí misma con cuatro muñones sangrantes. Supe el sonido que harían esos muñones al golpear el suelo y las paredes del furgón.)

Miré a Poulsom. No paraba de menear la cabeza como si dijera no, no, no. Al cabo de nada, cuando los cambios empezaran a ser visibles, se pondría a debatirse y a gritar tras la mordaza, aterrado, y su vida entera emergería a la piel, deliciosa, para que yo la consumiera. El hambre me resultó un alivio por su rechazo de toda negociación, por ser algo sólido con que combatir la incertidumbre.

El olor de Jake llegó de repente. Casi se me doblaron las piernas. Me arrimé todo lo posible a la puerta de atrás. Tuve que reprimir el impulso de hacer cuanto más ruido mejor. *¡Soy yo! ¡Estoy aquí dentro! ¡Jake!*

Espera. No hagas tonterías. Escucha. Había voces.

—Creía que habías dicho que estaríamos solos. —Era Ellis.

—Ya lo sé. —Una segunda voz—. Pero ocurrió algo después de que habláramos por última vez.

Presumiblemente al reconocer la voz de Ellis, Poulsom empezó a dar patadas.

—¿A quién tienes ahí? —dijo Jake—. ¿Qué cojones es esto?

Se abrió el portón trasero. Como a seis metros de distancia estaban Jake, Ellis y un tercer individuo con ropa de la Cacería. Cuarentón. Cabello oscuro vetado de gris. Pómulos grandes. *Parece un indio norteamericano*, recordé que había dicho Jake... y comprendí que tenía delante a Grainer.

El otro cazador, para quien, como comprendí entonces, Grainer era «el jefe», se situó cerca de la jaula apuntándome con su arma automática.

—Nada de tonterías, Jake —dijo Grainer.

Y entonces sucedió algo completamente extraordinario.

Grainer dio un paso atrás y otro medio paso hacia su izquierda. Lo hizo como si ejecutara rígidamente unos pasos de baile. Todo se paralizó durante un segundo. Jake

se había quedado con la boca medio abierta. Aún llevaba los botones de la camisa mal abrochados. Ellis movió muy lentamente el brazo para coger el rifle que colgaba de su hombro, ligeramente hacia el centro de la espalda. La mano de Grainer subió hasta su nuca. Hubo como un susurro breve y un destello de metal. Todos los que observábamos dimos un salto, como si hubiéramos recibido una descarga eléctrica en el mismo momento, el momento exacto en que el filo, un sable rutilante, sesgó —el sonido fue el que haría una rama empapada al partirse— el cuello de Ellis.

La cabeza cayó antes de que las piernas cedieran. La melena rubia se enredó con el cañón del rifle. Se podría decir que el cadáver tuvo una caída curiosamente pulcra. Primero de rodillas, dudando un poco, y luego de bruces, como en actitud de total adoración. La cabeza, que seguía prendida al arma por los cabellos, quedó pegada a la cadera boca abajo, como si ya no quisiera ver nada.

—Lu —dijo Jake—. ¿Estás bien?

—Sí, descuida —dije.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Jake a Grainer.

—¿Cómo nos enteramos siempre de todo? Teníamos infiltrada a una buena chica. Siempre he dicho que no hay mejor agente que una mujer. En ellas el engaño es una cosa innata. Y no es para extrañarse: si tú nacieras con un agujerito donde la mitad de la población pudiera meter la polla cuando le diese la gana, también aprenderías a engañar. La biología es el destino. No se puede culpar a las mujeres.

Grainer se pasó la espada a la mano izquierda y con la derecha sacó una pistola de su funda lateral y apuntó a Jake. Yo caí de rodillas y vomité bilis. Estaba a punto.

—Vigíla bien, Morgan —dijo Grainer.

El cazador que estaba al lado de la jaula redirigió su arma hacia mí. Se le había desviado un poco durante la decapitación.

—Lo siento, ángel mío. He sido un estúpido —dijo Jake.

Yo no podía ni hablar. «Teníamos infiltrada a una buena chica.» No tenía por qué ser la Esfinge. Había más mujeres en la cárcel blanca. Pero la situación me hizo recordar otras cosas. *Sé que esta noche vas a ver a tu chico.* Y yo, como una idiota, llorando en mi catre. No tenía por qué ser ella, pero luego estaba la versión para cínicos de la navaja de Ockham: en igualdad de condiciones, la explicación más chungueta es la mejor.

—Lo siento mucho —dijo Jake.

—No es... —Un calambre, y el acto reflejo era doblarse por la cintura, cosa que yo no podía hacer puesto que las esposas seguían sujetas a los barrotes—... culpa tuya —conseguí decir—. Ha sido culpa mía. Perdona.

A pesar de todo, la carne de Poulson, saturada de miedo, caliente como un radiador a tope, palpitó en el reducido espacio del furgón.

—¿Lista para el banquete? —me dijo Morgan con una sonrisa.

Grainer miró su reloj.

—Ya queda poco, chicos —dijo—. Ah, por cierto, Jake, antes de que te vayas.

Enhorabuena. Estoy seguro de que habrías sido un buen padre.

Poulsom se debatía y rugía.

—¿Qué? —dijo Jake, y acto seguido cayó sobre una rodilla, se estremeció, se puso a cuatro patas.

Apretó los dientes. Sus prendas empezaban a abrirse por las costuras. Le salía el pelo. A mí también.

—Sí —continuó Grainer—. Por lo visto es el principal efecto secundario del antiviral. Parece que tu parienta está de dos meses. Pregúntale a Poulsom. Está loco de contento, ya sabes, empeñado en pasar a la historia como el hombre que cambió para siempre la reproducción de los hombres lobo. Salvo que, naturalmente, ya no le va a servir absolutamente de nada, pobrecillo.

Jake me miró. Noté un movimiento en la columna. Las hombreras de mi blusa empezaron a abrirse. Una ondulación en lo alto del cráneo. El cinturón de mi falda cedió. «Parece que tu parienta está de dos meses.» Era imposible, no obstante, en cuanto oí esas palabras, fue como caer por un precipicio. Sin fumar. Sin beber. Ultrasonidos. Toallas de Harrods, televisión, palabras de consuelo. Pensé en aquellas imágenes de Magic Eye, el inquietante momento en que tres dimensiones se reducen a dos. Era imposible. Pero hasta el antiviral también lo era sobrevivir a la mordedura.

—¡Talulla! —gritó Jake.

Estaba a punto. Sus ojos estaban desapareciendo. La ropa era ya andrajos. Pronto no podría articular palabra.

Grainer, cuyo semblante no expresaba nada, apuntó con la pistola a la cabeza de Jake. En ese momento uno de mis grilletes de abajo se partió. El otro se me clavaba en la carne cada vez más hinchada. Jake se convulsionó. Mis prendas, como si estuvieran muy lejos, se desintegraban mientras Poulsom seguía chillando tras la mordaza. El miedo que envolvía a Morgan era como un enjambre de moscas.

—¿Qué es mejor —dijo Grainer—, que la mate a ella delante de tus narices o que te mate a ti delante de las suyas? ¿Y qué tal una cesárea improvisada? A Morgan se le da muy bien el cuchillo.

Mi transformación estaba recalentando el vehículo. En el último espasmo, yo había roto el cable que me sujetaba a la jaula. El grillete de la muñeca izquierda ya no estaba. El de la derecha seguía hincándose en la carne con furiosa monotonía. A pesar de lo cual yo estaba llena de gozo y mi boca ardía. Jake continuaba en pleno trance. Las piernas de Poulsom hacían intentos de levantar el cuerpo, que despedía un potente olor a miedo y a carne.

—Tu amiguita te lleva ventaja, Marlowe —dijo Grainer—. Hace que parezcas un aficionado.

Jake en posición fetal mientras empezaban a dejarse ver las garras y las puntas de las orejas. Finalmente, levantó su largo y suave cuello y empezó a ponerse de pie.

—Adiós, Jake —dijo Grainer.

Y entonces pasaron dos cosas a la vez.

Mi segundo grillete de los pies se partió (fue un inmenso alivio sentir una oleada de sangre), y una jabalina de plata se hincó a gran velocidad en el pecho de Grainer. Este se tambaleó hacia atrás, soltó la pistola y cayó de hinojos.

Morgan giró en redondo y disparó una ráfaga sin mirar adónde, hirió hierba y árboles, involuntariamente dio un paso hacia atrás. Yo me lancé contra los barrotes.

El paso atrás lo había dejado casi a mi alcance. Estirándome al máximo, pude agarrarle el cuello de la chaqueta y el sudoroso pelo de la nuca, lo arrimé contra la jaula de un fuerte tirón y mientras él se debatía agitando los brazos le sujeté la garganta con una mano y con la otra le arrebaté la automática, aunque luego se me cayó al suelo. Él se retorció pero, ya fuera por un perfecto entrenamiento o por una extraordinaria fuerza de voluntad, superó el impulso de liberarse de la mano que lo estaba asfixiando, sacó un cuchillo de la vaina que llevaba al cinto y me lo clavó en el antebrazo. El dolor me hizo abrir la mano y Morgan quedó libre para agacharse y coger el arma que había caído.

Cuando Jake dio un salto, su trayectoria dibujó un arco que me permitió ver a Grainer con curioso lujo de detalles. Estaba aún de rodillas, medio erguido gracias a la jabalina, los brazos colgando inertes, los ojos semicerrados, y de su boca abierta pendía un goterón de sangre oscura. Parecía un icono religioso de épocas antiguas. Y luego Jake descendió, cayendo sobre Morgan acompañado de una corriente de aquel aire vespertino teñido de luna, y de una sola pasada —el gesto tuvo una suerte de enfática elegancia masculina— lo desgarró de la garganta al abdomen. El cuerpo de Morgan perdió su consistencia y cayó como un muñeco.

Jake asió los barrotes de la jaula y se preparó para tirar pero yo, en medio de la confusión —su cabeza hervía con el júbilo creciente de *embarazada no puede ser jabalina amor por amor Cloquet no puede ser pero oh por favor que ella...*—, le transmití la imagen de la palma de Morgan, pude notar cómo emergía en él entre el caos como una foto en el proceso de revelado y sentí su tremendo deleite animal cuando se acercó al cadáver del cazador, le arrancó el brazo de cuajo, aplicó la mano al panel y obtuvo, como por arte de magia, los pitidos y el susurro hidráulico. La puerta quedó abierta.

Nos abrazamos. Ya no podíamos recurrir al habla, pero no nos hacía falta, fusionados como estábamos por el lobo, liberados corporalmente y con aquel milagroso parpadeo (¿o fueron imaginaciones mías?) de una vida nueva en mi útero. Así estuvimos un momento, abrazados, y todo lo demás, salvo la pura certeza de la especie compartida, de la sangre común, de la *mismidad*, desapareció como por ensalmo. El mundo, por un momento, fue perfecto.

Si yo no hubiera cerrado los ojos...

Jake ha escrito mucho sobre el condicional.

Con los ojos cerrados del puro goce de sentir que me abrazaba, de su corazón latiendo pegado al mío, no pude ver nada, solo noté el golpe sordo del impacto y luego, como si hubiese sucedido mucho más tarde, oí un disparo.

Todavía abrazada a él, abrí los ojos. Por encima de su hombro vi a Grainer, que, apenas consciente, trataba a la desesperada de sujetar la pistola para hacer un segundo disparo. Alcé lentamente a Jake y me di la vuelta para ofrecer la espalda al asesino, pensando: Mátame también a mí, puesto que ya no me queda nada.

*No digas eso, ángel mío. El niño.*

Le miré. Pude notar cómo la plata engullía su vida con implacable codicia. Verle morir fue como si me arrancaran algo de dentro. De mi útero. El grillete que se hincaba en mi muñeca izquierda cedió por fin. Ambos quedamos empapados en sangre.

*Vive, me transmitió Jake. Dios no existe, y ese es su único mandamiento.*

De acuerdo.

*¿Lo prometes?*

Prometido. No me abandones.

Se le cerraron los ojos. La seducción estaba muy presente en él, tironeándole la sangre. Noté que su corazón se iba con ella, como una barca al soltarse de las amarras. Pero entonces abrió los ojos y, con un postrer esfuerzo de voluntad, recogió los restos y me miró.

*Esto te va a doler.*

Me sujetó con sorprendente y repentina fuerza y luego hundió una garra más arriba de mi pecho.

Pese a todo, el acto reflejo dictaba apartarse —el dolor fue pequeño, preciso, intensísimo—, pero él concentró sus últimas fuerzas en mantenerme quieta, y enseguida se me pasó. Del amasijo de sangre y tejido sobresalía un diminuto fragmento de metal.

*Ya no podrán encontrarte.*

Un instante de perplejidad y luego comprendí. Entre el barullo sensorial una clara punzada de asco por haber sido víctima de aquella intrusión en mi cuerpo. Por el hecho de que se hubieran burlado de nosotros.

*Mi amor...*

Quédate. No me dejes.

Sus ojos se cerraron otra vez. Una punta de luna llena asomó por encima de la línea de los árboles. No quedaban nubes y el cielo era de un bonito azul crepúsculo.

No hubo segundo disparo.

Es difícil saber cuánto tiempo estuve allí, en medio de lo que se había convertido en un pequeño campo de batalla, con su cuerpo enfriándose junto al mío. Lo cierto es que la luna ya estaba alta cuando me puse de pie y deposité suavemente su cuerpo en tierra. Mi voz, como en un sueño, repetía sin sentimiento dentro de mi cabeza: Se ha ido, se ha ido, se ha ido... El bosque estaba muy quieto. Hasta el arroyo parecía haber enmudecido. El aire se notaba limpio y diáfano. Todo cuanto había alrededor —el

furgón blindado, los cadáveres, los árboles— tenía una extraña, compacta y estática viveza, como si alguien hubiera dispuesto así los elementos para darles un significado.

Transcurrió un tiempo indeterminado, entre el sueño y la realidad. Había preguntas, pero eran como objetos distantes o imprecisos. ¿Qué le pasaría a Jake cuando la luna se pusiera? ¿Su cadáver recuperaría la forma humana o quedaría tal como estaba? Había otros tres cadáveres. ¿Qué hacer con ellos? ¿Y dónde andaba Cloquet? Si en verdad yo estaba embarazada, ¿qué ocurriría si me ponía de parto en plena Maldición? ¿Qué aspecto tendría el bebé?

Hubo, sí, todas estas preguntas, pero por encima de todo, como si el sonido de mí misma estuviera alcanzando un volumen que yo sabía que podía causar verdadero dolor, estaba el hambre.

La plena conciencia volvió del mismo modo que recuperamos la plena audición una vez sale del oído el agua que se nos había metido dentro. Una ligera brisa agitaba los brotes jóvenes. El arroyo despedía su aroma a piedra mojada. Noté un cosquilleo en las yemas de los dedos. Volvía a ser consciente de mi transformación, de la caricia del aire fresco en mi hocico, mis orejas y mi cuello.

Subí al furgón.

Poulsom estaba hecho una pena. Le arranqué la cinta adhesiva (y también, sin querer, aunque no puede decirse que tuviera mucho cuidado, un trocito de labio superior). Tras un segundo de demora, notó el dolor de la carne arrancada y gritó. Le agarré la garganta con la mano derecha —la muñeca me sangraba todavía, profusamente— y empecé a apretar. Solo hasta que se calló. Luego bajé la vista y me miré la barriga.

Me di cuenta de que Poulsom trataba de ver qué le convenía más, decir la verdad o mentirme. Era casi digno de ver, el obstinado calculador en plena faena pese a las circunstancias. Luego, supongo yo que por aquello de que los virtuosos serán (a la larga) recompensados, vi que decidía apostar fuerte por la verdad. Asintió y dijo (o más bien graznó):

—Sí. Embarazada.

*No digas eso, ángel mío. El niño. Tienes que vivir. Prométemelo.*

Y yo se lo había prometido.

Era ya noche cerrada para cuando terminé con Poulsom. Lo devoré deprisa, pero mi apetito contenía un surtido de sensaciones: pena, rabia, pérdida, confusión. Y también algo así como una sorda esperanza irreverente. Me vi a mí misma en el zoológico de Central Park llevando a una criatura de la mano camino del foso de los osos polares. Era mi primer recuerdo de infancia, la oportunidad de dárselo a otro.

Había algo que sí podía hacer con los cadáveres, incluido el de mi pobre Jake. Si decidía seguir viviendo, tenía que empezar de inmediato. Yo era un monstruo en medio de Gales. Aunque superara la Maldición, no tenía dinero, ni papeles, ni ropa, ni un sitio seguro adonde ir. Pensé en mi padre, en los restaurantes, en Ambidextrous Alison, en mi piso y en lo agradable que sería estar de nuevo allí, de una pieza, tumbada en el sofá con una taza de café y una revista tonta. Pensé en las pocas probabilidades que tenía no solo de volver a verlo nunca, sino de seguir con vida pasadas veinticuatro horas.

Pero tienes que lograrlo. Dios no existe, y ese es su único mandamiento.

Con grandes dificultades (ténganse en cuenta mis manos de mujer lobo) me dispuse a reunir el equipo necesario. Poulsom era el que tenía la talla de zapatos más pequeña, de modo que utilicé su calzado. Los pantalones militares y el cinturón de Grainer, la cazadora de cuero de Ellis. Rebuscando aquí y allá, reuní algo más de ciento cincuenta libras en metálico. Las prendas de Jake habían quedado hechas jirones, pero el diario, manchado de sangre y medio doblado, estaba en el bolsillo interior de su abrigo. Lo cogí. Detrás del asiento delantero del furgón encontré una bolsa de lona con algunos utensilios básicos: cables de arranque, llave circular, gato, linterna. La vacié y metí mi nuevo guardarropa dentro. Aún me imaginaba explicárselo a Jake más tarde, cuando todo hubiera terminado. La muñeca ya había empezado a sanar.

Cogí la pistola de Grainer y tres cargadores que llevaba en el cinto, pese a que no tenía ni idea de disparar. Ni siquiera estaba convencida de que el seguro fuese la pieza que a mí me parecía que era. Vi una que podía serlo y la moví en sentido contrario, pero no tenía la menor garantía de que el maldito artefacto no se disparara solo y me diera en el pie.

No fue fácil abandonar a Jake. Por dos veces me alejé y tuve que volver a mirarle por última vez, tocarle, olerle. Los hombres (y mujeres) lobo, descubría ahora, no pueden llorar. Lágrimas no derramadas me atoraban la garganta. El hecho esencial de mi nueva soledad se deshacía a cada momento en la fantasía de que él despertara.

*No seas sentimental. Concéntrate. Tienes mucho que hacer.*

El espíritu de Jake, o al menos la versión que yo me inventaba de él. En cualquier caso, hizo que me levantara y, paso a paso, me fue apartando hacia los árboles.

No había caminado más que un corto trecho cuando me topé con Cloquet. Sin duda era él, a tenor de la descripción que me había dado Jake, aparte de la jabalina —



hecha a medida, con los nombres de él y de Jacqueline Delon entrelazados en escritura angélica—, clavada ahora en el pecho de Grainer. Cloquet no pareció muy sorprendido al ver que tenía delante a un licántropo, y tampoco, dicha sea la verdad, muy asustado. Estaba recostado en el tronco de un haya, con un cigarrillo en una mano y media botella de vodka en la otra. Tenía un balazo en la pierna izquierda, consecuencia de los disparos efectuados a lo loco por Morgan tratando de darle a Jake.

—*Bon soir, mademoiselle* —dijo, y luego, en inglés—: Él mató a mi reina, yo le he matado a él. *C'est tout*. Aquí paz y después gloria. Adelante, máteme si lo desea, pero no me haga sufrir.

«Me has salvado la vida», quise decirle, pero, lógicamente, no podía hablar. El impulso de ayudarlo fue extrañamente fuerte, en parte por Jake, porque sabía que, en cierto modo, había existido entre ellos cierta singular camaradería. De todas formas, ¿qué podía hacer yo?

Estaba el furgón, pero con la papilla de los restos de Poulson dentro, y por otro lado no me veía con fuerzas de meterme allí otra vez. Me vino a la mente la pregunta retórica del motorista: «¿A qué idiota se le ocurriría seguir a alguien en un coche blanco?». Pues a este, claro. Sin acabar de creer lo que estaba haciendo, le señalé y luego hice el gesto de mover un volante. Varias veces. «¿Dónde tienes el coche?»

Cloquet, como es natural, tardó unos segundos en asimilar lo que estaba viendo. Pero después se rió, una carcajada histérica que cesó con la misma brusquedad con que había empezado. Sentí el espíritu de Jake en la espalda como si me calentara el sol.

—*Un kilomètre* —dijo Cloquet, señalando detrás de él.

Me di cuenta de que había recuperado las luces. Hasta aquel momento solo pensaba que había llegado su hora final. Ahora veía una posibilidad de vivir... con ayuda de una mujer lobo. Le tendí la mano, la garra. Él rió de nuevo, dio la impresión de que lloriqueaba un poco y, finalmente, la tomó.

Y esto, en cierta manera, pone el broche final a la tarea que me había propuesto, terminar el relato de Jake. Quería atenerme estrictamente a los hechos, dejar los sentimientos al margen. Pero, al releer estas pocas páginas, me doy cuenta de que no lo he logrado del todo. ¡Cuán difícil es (querida Maddy, habría dicho Jake) ceñirse a la historia! Naturalmente, hay otra historia (destacaré solo un detalle: cómo hacer entrar en un Land Rover a una mujer lobo de dos metros setenta), pero no es este el lugar para dejar constancia de ella. Ya habrá tiempo. Tengo la impresión de que he pillado el virus de la escritura, en honor a Jake, desde luego, pero también por necesidad psicológica. Puede que hablar sola no cure la soledad, pero ayuda.

Ha transcurrido un mes desde la noche en el bosque de Beddgelert y, aunque he sobrevivido, no ha sido fácil. No lo habría logrado sin la ayuda de Cloquet, pero, una vez más, esa es otra historia.

Mañana, si todo sale según lo previsto, salgo hacia Nueva York.

Mientras tanto, me toca abordar otra vez la Maldición. Mañana es luna llena, y al hambre le da igual los apuros que hayas pasado, los miedos presentes, o dónde vas a estar la semana que viene. La pureza de sus exigencias, su impermeabilidad a la lógica o al arrepentimiento, son factores que consuelan. En su cruel sencillez, el hambre enseña a ser una buena mujer lobo.

Tal vez sea esta la mejor manera de poner punto final, afirmando la aceptación definitiva. Me llamo Talulla Mary Apollonia Demetriou y soy el último licántropo sobre la faz de la Tierra.

Hasta que nazca el bebé. Entonces seremos dos.

## **Agradecimientos**

Mi más sincero aullido para: Jonny Geller, Jane Gelfman, Melissa Pimentel, Nick Marston, Jamie Byng, Francis Bickmore, Marty Asher y la gente de Canongate y Knopf; también para Stephen Coates por su genio musical y la psicoterapia gratuita; así como para Kim Teasdale, sin quien todo esto no habría sido nada divertido.



Glen Duncan (Bolton, Lancashire, Inglaterra, 1965). Estudió filosofía y literatura en las universidades de Lancaster y Exeter.

En 1990 se mudó a Londres, donde trabajó como vendedor de libros durante cuatro años, escribiendo en su tiempo libre. En 1994 visitó India con su padre (en parte para investigar para su siguiente novela). Después viajó a Estados Unidos, donde pasó varios meses viajando en el tren Amtrak, escribiendo la que sería su primera novela, *Hope*, publicada en 1997.

En 2013 adoptó el seudónimo *Saul Black* para publicar el thriller *The Killing Lessons* en 2015

# Notas

[1] Los términos que componen este nombre alemán significan en inglés «lobo» y «jauría» o «pandilla». (N. del T.) <<

[2] Literalmente «una vez cada luna azul». Se deja traducir por «de Pascuas a Ramos», o «muy de vez en cuando». (N. del T.) <<

[3] Acónito, una planta. «Matalobos» es uno de sus nombres comunes. (N. del T.) <<



[4] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[5]; Es decir, *You Can't Go Home*, título de una obra de Thomas C. Wolfe (1900-1938), novelista norteamericano cuyo apellido suena como wolf, «lobo» en inglés. (N. del T.) <<